DE LA AUTORA BESTSELLER DE *MI VIDA CON LOS CHICOS WALTER*

ALI NOVAK





Mi regreso con los chicos Walter



UNA CHICA.
UN CHICO.
UN VERANO
DESPUÉS...



ALFAGUARA

ALI NOVAK

Mi regreso con los chicos Walter

Traducción de Victoria Simó

ALFAGUARA

Para Jackie, el mejor hermano del mundo.
Perdona por apropiarme de tu nombre
cuando éramos niños y gracias
por tomártelo tan bien

Prólogo

Jueves, 6 de junio, 13.32

JACKIE HOWARD

Estoy enfadada contigo

COLE WALTER

¿Por qué?

JACKIE HOWARD

¡Por besarme!

COLE WALTER

Qué raro…
Hace dos horas parecías encantada

JACKIE HOWARD

Ya, pero ahora no puedo dejar de pensar en ti,
y es una mierda, ¡porque pasarán muchos
meses antes de que vuelva a verte!

COLE WALTER

Esa era la idea

JACKIE HOWARD

Eres lo peor.
Ahora estoy embarcando. Ya continuaremos luego esta conversación

COLE WALTER

Ya sé que tienes cosas que resolver en casa. Mejor lo hablamos cuando vuelvas en agosto, ¿no?

JACKIE HOWARD

Uf, vale

COLE WALTER

Que tengas buen viaje

Jueves, 6 de junio, 21.37

JACKIE HOWARD

Hogar dulce hogar

COLE WALTER

Me alegro de que hayáis llegado bien. Pero ¿me haces un favor?

JACKIE HOWARD

Conociéndote, depende…

COLE WALTER

No le enseñes muchas cosas chulas a Danny. Me da miedo que ya nunca quiera marcharse de Nueva York

JACKIE HOWARD

Lo siento, no te puedo prometer nada. En el avión hemos redactado una lista de planes para el verano.

COLE WALTER

¿Hemos? No me lo creo

JACKIE HOWARD

Bueno, vale. La he redactado yo.

COLE WALTER

Ya me parecía

JACKIE HOWARD

Para que te enteres, ha sido Danny el que ha empezado a hablar de todo lo que quería hacer. Yo solo lo he puesto por escrito

COLE WALTER

¿Como qué?

JACKIE HOWARD

¿Te importa que te lo cuente mañana?
Estoy hecha polvo y la cama me está llamando

COLE WALTER

Sueña conmigo

JACKIE HOWARD

Buenas noches, Cole

Lunes, 10 junio, 8.12

COLE WALTER

¿Ya te has olvidado de mí?

JACKIE HOWARD

¿Qué?

COLE WALTER

Tenías que contarme los planes
que habíais hecho Danny y tú

JACKIE HOWARD

Mierda, perdona. He tenido unos días raros

COLE WALTER

Tranqui
¿Raros en qué sentido?

JACKIE HOWARD

No sé. Me resulta extraño
estar aquí otra vez

COLE WALTER

¿Te apetece hablarlo?

JACKIE HOWARD

Ahora no puedo. Hoy empiezo unas prácticas

COLE WALTER

No me digas. Como añadas más cosas
a tu currículum, los de la uni van a tardar
meses en leerlo

JACKIE HOWARD

Soy concienzuda, ¿vale?
Hoy no estoy para estos rollos

COLE WALTER

Es broma, Jackie. Felicidades.
¿Dónde vas a hacer las prácticas?

JACKIE HOWARD

En la empresa de mi padre. Luego te cuento

COLE WALTER

Buena suerte

Lunes, 10 de junio, 19.28

COLE WALTER

¿Qué tal tu primer día?

Viernes, 14 de junio, 15.52

COLE WALTER

¿Sabes qué? El encargado de Tony se ha marchado. Me han ascendido

Sábado, 15 de junio, 10.11

JACKIE HOWARD

¡Qué bien, Cole! ¡Felicidades!

COLE WALTER

¡Gracias! Tendré menos tiempo para trabajar con los coches, pero necesito dinero para la uni.
Ayer fui a cenar a casa y se os echaba en falta a ti y a Danny

Domingo, 23 de junio, 16.34

COLE WALTER

Haciéndome la cama, ¿eh?

JACKIE HOWARD

No sé de qué hablas

COLE WALTER

Mentirosa. Has llevado a Danny a un musical de Broadway

JACKIE HOWARD

Qué tiene de malo

COLE WALTER

Que dice que es el mejor musical que ha visto en su vida.
No podré convencerle de que vuelva a Colorado si se enamora de Nueva York

JACKIE HOWARD

¿Quieres que le encierre para que no pueda salir?

COLE WALTER

Sí, no estaría mal. Pero bueno, ¿cómo estás? No me contaste lo de las prácticas

Miércoles, 25 de junio, 23.02

COLE WALTER

¿Estás enfadada conmigo?

JACKIE HOWARD

No, ¿por?

COLE WALTER

Porque casi no me hablas desde que te marchaste

Viernes, 28 de junio, 17.16

JACKIE HOWARD

Oye, Cole, perdona por el silencio.
Volver a casa ha sido más difícil
de lo que pensaba.
Necesito un tiempo para aclararme.
¿Te importa que hablemos cuando
vuelva en agosto?

Uno

Cuando llegué a Colorado por primera vez, estaba de los nervios. Era lógico, teniendo en cuenta las circunstancias. No solo tuve que dejar atrás el único hogar que había conocido, sino que me vi obligada a mudarme a la otra punta del país para vivir con una desconocida, que muy oportunamente olvidó mencionar la existencia de sus doce hijos hasta después de que el avión hubiera despegado.

Pero esta vez era distinto.

Cuando el avión aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Denver, no podía atribuir el aleteo que notaba en el pecho a lo mismo que aquella vez. Nueva York ya no era el único lugar en el que había vivido, Katherine se había convertido en una verdadera figura materna y sus doce hijos… Los chicos me habían enseñado que no hace falta ser siempre perfecta.

El motivo de mi nerviosismo actual se debía a algo muy concreto. Tenía que enfrentarme a Cole Walter y no tenía ni idea de cómo me recibiría. Mientras esperaba a que apareciera mi maleta en la cinta del equipaje, estuve a punto de enviarle un mensaje. Por suerte, solo escribí tres palabras antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo y me apresuré a eliminarlo. Puede que fuera una cobarde, pero ¿qué iba a decirle después de dos meses sin apenas dirigirle la palabra? Además, si no se había enterado ya de mi regreso, lo

descubriría muy pronto. Las noticias y los cotilleos corren como la pólvora en casa de los Walter.

Esperaba que para entonces ya se me hubiera ocurrido la manera de disculparme.



No me considero una persona violenta, pero cuando Isaac Walter paró el coche junto a la acera más de una hora más tarde con una sonrisa idiota en la cara, como si no hubiera llegado con un retraso imperdonable, no pude evitar imaginarme mis manos alrededor de su cuello. Tras lanzar mi maleta a la caja de la camioneta, abrí la puerta del copiloto y le lancé la mirada más gélida que fui capaz de proyectar.

—¿Dónde estabas? Llevo esperando…

—Hola, Jackie. Me alegro de verte —me dijo bajando la visera solar del coche para mirarse en el espejo—. Antes de que me eches esa bronca que llevas tanto rato ensayando, quería preguntarte una cosa.

Se pasó los dedos por el pelo negro azabache antes de mirarme de reojo mientras me sentaba.

—¿Tienes permiso de conducir?

—No —le dije apretando los dientes. Como me había criado en la ciudad, nunca pensé que fuera a necesitarlo—. ¿Qué importa eso?

—Importa porque, si las miradas matasen, tendrías un cadáver que esconder y un largo camino a casa que tendrías que hacer a pata. ¿No deberías darme las gracias por haber venido a buscarte?

—¡No, porque tendrías que haber llegado hace horas!

—Yo no tengo la culpa de que el vuelo se haya retrasado —respondió, y yo tuve que darle la razón, aunque fuera a regañadientes. Habíamos quedado en que Katherine vendría al aeropuerto, pero el avión se había retrasado tanto que la llegada acabó coincidiendo con el fútbol de Jordan.

—No, pero tu tía me prometió que estarías…

—Da igual lo que te prometiera mi tía, porque te lo dijo antes de hablar conmigo —me cortó Isaac con una especie de tic nervioso en la mandíbula. Inspiró hondo y luego añadió en un tono más tranquilo—: Había quedado.

—Vale, muy bien —gruñí mientras me abrochaba el cinturón—, pero tampoco te habrías muerto por avisarme.

—Perdona, pero llamaste en un mal momento. Bueno, malo para ti. Alucinante para mí. Digamos que me pillaste… en el instante álgido.

Entorné los ojos al oír el giro final de la frase. A juzgar por su tono arrogante, me convenía más seguir en la ignorancia, pero, si mis sospechas sobre su tardanza eran ciertas, estaría dispuesta a saltarme mi política de no violencia. El sujetador de encaje azul tirado en el suelo del coche me escamaba, pero no podía considerarse una prueba irrefutable. Aunque no fuera el pan de cada día encontrar ropa interior en el vehículo que los chicos compartían, tampoco era infrecuente. Lo que sí me llamó la atención fue la enorme cantidad de cigarrillos en el vaso desechable que Isaac usaba como cenicero, tantos que alguna otra persona debía de haber fumado en la camioneta con él. Además, el vehículo apestaba a tabaco y a… me puse colorada.

A sexo. Apestaba a sexo. Al principio no lo había notado porque la esencia de cáncer de pulmón enmascaraba el olor, pero ese tufillo característico como de almizcle y sudor seguía presente en el coche.

—¡Ay, Dios mío! —Bajé la ventanilla para que entrara aire fresco—. ¿Acabas de echar un polvo aquí dentro?

—*Moi?* —Se plantó una mano en el esternón y frunció el ceño fingiendo estar muy ofendido—. Esa es una acusación muy grave. ¿Por qué lo dices?

—¡Porque apesta a sexo!

—Vale, me has pillado —respondió Isaac con otra de esas sonrisas que me inducían a la violencia—. Pero dime una cosa… ¿Cómo sabes a qué huele el sexo?

El rubor de mi cara se convirtió en un incendio. Aunque yo tenía cero experiencia en cuestiones sexuales, no era la primera vez que la camioneta se usaba para algo que no fuera el transporte. Nunca olvidaré la vergüenza que pasé un día al subir después de clase y preguntar, arrugando la nariz, de dónde venía ese pestazo. Danny, Lee y Nathan se pasaron el viaje de vuelta partiéndose de risa.

—A ver si te he entendido bien —le dije obviando su pregunta—. ¿Me has hecho esperar más de una hora porque estabas echando un polvo?

Isaac ni siquiera se molestó en fingir arrepentimiento mientras arrancaba el coche y maniobraba con cuidado por el frenético tetris que era la zona de recogidas en la terminal de llegadas.

—Ya te lo he dicho, había quedado.

Inspirando hondo, me ordené no perder los nervios. Tras pasar el verano en Nueva York, había llegado a una conclusión sorprendente: me gustaba vivir con los Walter. Eran una pandilla comprensiva y

animada, y siempre me hacían reír. Pero, aunque la distancia hubiera avivado el cariño que sentía por ellos, también me había hecho olvidar lo fastidiosos que podían ser a veces.

—Flipo contigo, en serio.

Una sonrisilla asomó a sus labios.

—Eso me dicen. A menudo.

Aunque tenía ganas de estrangularlo, el día había sido muy largo y no tenía fuerzas para seguir oyendo esas insinuaciones suyas tan repugnantes, así que me puse los auriculares. A lo mejor podía sobornar a uno de sus primos pequeños para que me ayudara a vengarme una vez que estuviera recuperada después de una buena noche de sueño.

—Va, venga, Jackie —dijo haciendo un mohín—. No seas así. Llevamos todo el verano sin vernos.

—Y obviamente no ha sido tiempo suficiente.

Subí el volumen de la música, clavé la vista en la ventanilla y me puse cómoda para el viaje. Solo tuve que pasar de Isaac un par de minutos antes de que renunciara a hablar conmigo y, ya sin distracciones externas, mi pensamiento voló hacia Cole. Era inevitable si tenemos en cuenta que la última vez que había pasado por esa carretera, aunque en dirección contraria, me sentía en el séptimo cielo, aunque estaba empapada hasta los huesos. Se me aceleró el corazón al recordar nuestro beso de despedida, pero me apresuré a reprimir esos sentimientos; solo servirían para que mi reencuentro con Cole fuera aún más complicado.

Para cuando llegamos a Copper Valley, la pequeña ciudad de montaña próxima al rancho de los Walter, notaba el sabor de la

sangre en la boca de tanto morderme el labio. Me olvidé del nerviosismo cuando enfilamos por la calle principal.

—¿Qué pasa ahí? —pregunté mirando por la ventanilla. Había obreros descargando vallas en las inmediaciones de la plaza del pueblo.

—Ah, ¿ahora me hablas?

—Eso aún está por ver.

Dependería de si seguía portándose o no como un idiota.

—Están preparando la fiesta popular de mañana —me dijo—. Habrá algodón de azúcar, maquillajes de fantasía y una guerra de globos de agua. Justo el rollo sanote que a ti te va. Seguro que lo pasarás en grande.

Le miré levantando una ceja.

—¿Y te extraña que no te hable?

Diez minutos más tarde, Isaac se desvió por el camino de gravilla que yo tan bien conocía. Cuando llegamos a lo alto de la colina y el rancho asomó ante mis ojos, una sonrisa se dibujó despacio en mi cara. Tenía el mismo aspecto que cuando me marché, recortado contra un fondo de infinito cielo azul y prados verdes, con sus acogedoras contraventanas amarillas, las múltiples ampliaciones y un porche que rodeaba toda la casa y que todavía necesitaba una mano de pintura.

Katherine abrió la puerta principal antes de que yo pusiera un pie en el suelo.

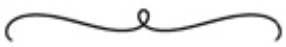
—¡Jackie, ya estás aquí! —dijo a la vez que me abrazaba con fuerza—. Ay, cielo, cuánto te he echado de menos. Cuando Isaac me dijo que tu vuelo se había retrasado otra vez, me he sentido fatal. Debes de estar agotada.

¿Que se había retrasado otra vez? Fulminé a Isaac con la mirada por encima del hombro de Katherine y él me devolvió una sonrisilla burlona.

¡Menudo trolero de mierda!

Me despegué de Katherine, pero no me molesté en sacarla de su error. Chivarse era un pecado mortal entre los hermanos Walter, una lección que aprendí por las malas, de modo que, por mucho que me fastidiase que Isaac hubiera contado una mentira, no tropezaría dos veces con la misma piedra.

—Gracias, Katherine —le dije mientras ella me acompañaba a la casa—. Es un placer estar de vuelta.



Mi hermana, Lucy, siempre se burlaba de mi obsesión con las listas.

Puede que mi personalidad tipo A tenga la culpa, pero redactarlas me tranquilizaba. Redactaba listas de tareas diarias con precisión militar, caprichosas listas de cosas pendientes que nunca volvía a mirar, listas de ideas para regalos de cumpleaños y Navidad clasificados por precio, listas de mis libros y películas favoritos, cada cual con su puntuación. Incluso tenía una para ordenarlas: un índice de todas mis listas importantes.

Cuando llevábamos unas semanas en Nueva York y Danny me confesó que añoraba mucho su casa, hice una lista de todo lo que yo echaba de menos de Colorado para que no se sintiera tan solo. En el primer puesto estaba la música de Nathan. Me encantaba oírle tocar, tanto si estaba en plena composición de una canción y las notas aún sonaban inseguras como si tocaba un tema que había terminado hacía tiempo, porque su música me tranquilizaba; daba

igual lo que estuviera haciendo o si la cabeza me funcionaba a toda pastilla, siempre me paraba a escucharle.

Así que, cuando llegué al piso de arriba y oí la suave melodía de guitarra que salía de su habitación, el estrés del viaje me abandonó de inmediato. Tenía tantas ganas de verle que dejé la maleta en el suelo del descansillo y entré en su cuarto sin molestarme en llamar.

Fue un despiste tonto.

La cama de Nathan estaba vacía, pero un movimiento al otro lado del dormitorio captó mi atención.

Pasaron tres segundos enteros antes de que procesara la escena que tenía delante y, cuando lo hice, tuve que coger aire de la impresión. Alex estaba apoyado contra el cabezal de su cama y tenía agarrada a una chica delgada por la cintura. Tardé otro segundo en reconocer la melena sedosa de ella y en comprender que era Kim, la mejor amiga de Alex de la infancia y una de las pocas amistades que yo había hecho después de mudarme al rancho. Kim estaba sentada a horcajadas en el regazo de él, con la boca pegada a su cuello, y los dos iban sin camiseta.

—¡Oh, Dios mío!

Al retroceder tropecé con el escritorio de Nathan y tiré sin querer una cejilla de guitarra al suelo.

Kim levantó la cabeza a toda prisa. Lanzó un grito al verme y se apartó de Alex para taparse.

—Mierda, lo siento —dije cerrando los ojos para no ver nada más. Sin esperar respuesta, me largué pitando.

—¿Jackie?

La cama chirrió y unos pies se plantaron en el suelo de tarima.

—¡Jackie, espera!

Pero, sinceramente, esperar era lo que menos me apetecía. Escapé a toda prisa por el pasillo sin pararme siquiera a recoger la maleta. Estaba a punto de refugiarme en el viejo estudio de pintura de Katherine cuando una mano me rodeó la muñeca.

—Eh —dijo Alex a la vez que tiraba de mí para apartarme de la puerta—. ¿Adónde vas con tanta prisa?

Como le había pillado pegándose el lote con Kim, pensé que la respuesta a su pregunta era obvia: a cualquier parte menos a su habitación. Pero, al mirar a Alex por primera vez desde que me había marchado a Nueva York, lo único que pude hacer fue abrir y cerrar la boca como una idiota.

El verano le había sentado bien a Alex Walter. Exhibía una piel dorada, tostada por el sol, y los rizos rubios se le habían aclarado, como si hubiera pasado cada instante de los últimos meses al aire libre. También había dado un estirón, porque ahora me sacaba toda una cabeza. Una sonrisa se le dibujó en los labios mientras yo asimilaba todos esos cambios. No era una sonrisa arrogante, como la de cierto hermano mayor que yo me sabía, pero sí cargada de intención.

—Hum, hola. —Sonreí con inseguridad y fingí que el rubor no me ascendía por el cuello—. Esto no es incómodo ni nada.

Alex hundió las manos en los bolsillos del pantalón de deporte y se recostó contra la pared.

—Bueno, no he sido yo el que ha irrumpido en el dormitorio sin llamar.

—Es verdad —dije con una mueca—. Ya sé que me repito, pero lo siento muchísimo. He oído música y pensaba que era Nathan.

—Yo también lo siento —respondió él—. Habría preferido que te enteraras de otra manera, pero todo está perdonado si me prometes no enfadarte con Kim. Le preocupa que ya no quieras ser su amiga.

A juzgar por la expresión de Alex, Kim no era la única que estaba preocupada.

Les agradecía su inquietud, pero era innecesaria. Pasar el verano en Nueva York me había ayudado a tener claro que nuestra decisión de romper fue acertada, porque casi no había pensado en él.

—No tiene por qué preocuparse. Tú y yo rompimos, ¿no te acuerdas?

—Sí, estaba allí. —Lo dijo en un tono desenfadado y burlón, pero noté que estaba aliviado—. Entonces ¿hay buen rollo entre nosotros?

—Claro que sí. La verdad es que me alegro por los dos —le dije—, pero…, hum…, tenía ganas de ver a Nathan. ¿Sabes dónde puede estar?

—Ah, ya veo de qué va esto.

Alex no se había puesto la camiseta y, cuando se cruzó de brazos y me sonrió con malicia desde sus nuevas alturas, tuve que hacer un esfuerzo consciente para no mirar. Que ya no estuviéramos juntos no significaba que estuviera ciega.

—Me dejas y Nathan me roba el título de tu Walter favorito. Eso duele, Jackie.

Estuve a punto de soltarle que él nunca fue mi Walter favorito, pero me mordí la lengua en el último momento.

—¿No tienes una novia con la que volver?

—*Touché.*

Se despegó de la pared y echó a andar hacia su habitación.

—Últimamente Nathan pasa mucho tiempo en el altillo, así que yo miraría allí —me dijo—. Nos vemos en la cena.

—¡Alex, espera! ¿Sabes si…? O sea, ¿tu hermano cenará en casa esta noche?

Porque, si Cole iba a estar aquí, tenía que prepararme para el encuentro.

Se paró, pero no se volvió a mirarme.

—¿Qué hermano? Tengo unos cuantos.

—Ya sabes a quién me refiero —respondí en tono suave.

—Y tú ya sabes que no nos hablamos. Deberías preguntarle a otro.

—Vale —dije optando por no insistir. Debería haber sido más lista y no mencionarle a Cole—. Luego nos vemos.

Después de recuperar mi maleta y dejarla en mi cuarto, salí en busca de Nathan. Mientras tanto, le daba vueltas a la noticia bomba de la tarde. Mi ex, con el que vivía, salía con una amiga mía, y ninguno de los dos se había molestado en contarme que ahora estaban juntos. No digo que tuvieran que darme explicaciones, pero habría sido un bonito detalle que me hubieran avisado.

No mentí al decir que me alegraba por los dos. Alex y Kim eran amigos desde mucho antes de que yo apareciera en escena. Además, compartían las mismas aficiones frikis. Eso siempre fue un motivo de fricción en mi relación con Alex; que a mí no me interesase *Reunión de dioses* y que él fuera incapaz de entender la importancia que yo daba a los estudios. Dicho eso, tardaría un tiempo en acostumbrarme a este giro de los acontecimientos. Puede que Alex y Kim encajasen de maravilla, pero seguía siendo un cambio impactante.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que hice el paseo de cinco minutos al granero en piloto automático. Cuando llegué a lo alto de la escalera y me asomé al altillo, me quedé de piedra. Más cambios. Había diez o doce cajones de plástico apilados contra la pared del fondo de tal modo que creaban una especie de mueble de almacenamiento para la colección de vinilos de Nathan. Y la vieja tele había desaparecido del mueble multimedia, y en su lugar había un tocadiscos.

Nathan estaba desparramado en uno de los destartalados sofás con un lápiz en una mano y un libro en la otra. Debió de oírme entrar y dar por supuesto que era otra persona, porque soltó un suspiro de sufrimiento infinito sin levantar la vista de lo que estaba leyendo.

—Jordan, ya sé que te prometí ayudarte a elegir la banda sonora de tu documental, pero solo han pasado dos horas. Todavía no he empezado.

—No soy Jordan.

El lápiz repiqueteó contra el suelo cuando Nathan levantó la cabeza de golpe.

—¡Jackie! —exclamó mientras una sonrisa se dibujaba en su cara. Dejó el libro a un lado y se puso de pie a toda prisa—. ¡Has vuelto! Estaba tan… Oye, ¿por qué estás enfadada?

Me llevé las manos a las caderas.

—Porque me debes una buena explicación.

Como en realidad no estaba enfadada con él, esperé solo un momento antes de dejarme de cuentos y estrecharlo entre mis brazos. Igual que Alex, había crecido más de un palmo este verano y refunfuñé al notar que me apoyaba la barbilla en la cabeza.

La expresión de Nathan era insegura cuando nos despegamos.

—¿De qué explicación hablas?

—Hum, deja que lo piense. Conoces a un tal Alex y a una tal Kim, ¿verdad?

Nathan me miró estupefacto.

—Pero… si acabas de llegar. ¿Cómo te has enterado?

—He oído música en tu habitación mientras iba a dejar la maleta.

La explicación parcial fue suficiente para que Nathan se encogiera horrorizado, y tuve el presentimiento de que sabía perfectamente cómo continuaba el relato.

—Ya sé que no es excusa, pero hace casi tres meses que no nos vemos y te echaba de menos.

—Oh, no —musitó a la vez que se desplomaba en el sofá—. Estaban allí, ¿no?

Asintiendo, me senté a su lado.

—Estaban medio desnudos y liándose a saco. No te puedes imaginar lo incómodo que ha sido.

—¿Tan traumatizada estás que se te ha olvidado que comparto cuarto con Alex? Claro que me lo imagino —dijo Nathan—. ¿Por qué te crees que me escondo aquí? Prácticamente vivo exiliado en el altillo desde que empezaron a salir.

Uf, no se me había ocurrido.

Si tenía que guiarme por los cambios en el altillo, Nathan pasaba muchísimo tiempo en el granero. Cuando me fijé mejor, vi una cesta de mimbre con mantas y almohadas. Me daba mucha rabia que tuviera que dormir ahí fuera porque Alex y Kim andaban siempre metidos en faena. Por desgracia, ya existía un precedente de desconsideración hacia un compañero de cuarto en casa de los

Walter: Danny me confesó una vez que compartir habitación con Cole tenía la culpa en parte de su costumbre de trasnochar, y las ojeras de Nathan hablaban por sí solas.

¿Cuánto hacía que duraba esta situación?

Cuando se lo pregunté, Nathan hizo una mueca.

—Pues… empezaron a salir un par de días después de que te marcharas, así que, más o menos, todo este tiempo.

—¿Lo dices en serio?

Nathan interpretó mal mi reacción. Musitó algo para sí que sonó muy parecido a «qué movida» antes de correr a ofrecerme una disculpa que no venía a cuento.

—Lo siento mucho, Jackie. Ya sabía que pasaría esto. Llevo toda la semana pensando cómo darte la noticia, pero…

—Nathan —le corté, y él se hundió tanto en el sofá que daba la sensación de que se fundiría con los almohadones—. No me molesta que esos dos estén juntos, sino cuándo me he enterado. ¿Cuántas veces hemos hablado este verano? ¿Cinco o seis? ¿Por qué no me lo contaste?

Aunque me parecía muy bien que Alex y Kim fueran novios, habría sido agradable poder asimilar la noticia mientras estaba en Nueva York en vez de enterarme de golpe y porrazo nada más llegar al rancho.

—Ya lo sé. Es que… tú te habías marchado y no me correspondía a mí contártelo. Además, tenía la sensación de que necesitabas un descanso de tanto melodrama. Tenía pensado decírtelo en cuanto llegaras, te lo juro por Dios. Supuse que tendría más de un milisegundo para hacerlo, pero debería haberme imaginado que no, teniendo en cuenta lo que he tenido que vivir este verano.

—¿Tan horrible es? —le pregunté después de decidir que era mejor dejarlo correr. Todavía me molestaba que Nathan me hubiera ocultado el asunto, pero no podía reprocharle que hubiera respetado cualquier protocolo de *bros* que tuviera con sus hermanos.

—¿Te acuerdas de cuando Isaac salía con una amiga de Danny del club de teatro? Ya sabes, la que tenía un lunar en el labio que se vestía como recién salida de una obra de época.

—No. Me parece que fue antes de mi llegada y, si te digo la verdad, no me apetece que me cuentes detalles truculentos de la vida amorosa de tu primo.

—Claro. Pero te lo imaginas, ¿no? Isaac y una tía rara pero guapa que es una fanática del teatro. Eran el ejemplo viviente de por qué a la gente le revientan las demostraciones públicas de afecto.

—¿Por qué me lo cuentas?

Nathan suspiró.

—Alex y Kim son mil veces peor.

Puaj. No me extrañaba que Nathan viviera prácticamente en el granero.

—Así pues… —dijo al ver que yo no respondía—. Solo para tenerlo claro: ¿seguro que no te sabe mal el tema Kilex?

—¿Kilex?

—Pensé que sonaba mejor que Aim. ¿No te gusta?

Arrugué la cara.

—Suena a imitación barata de Kleenex para asesinos.

—¡Kilex! ¡Los únicos pañuelos que liquidan al que se suena! —dijo Nathan como en esos publirreportajes nocturnos que anuncian los productos a voz en grito. Su propia broma le arrancó un bufido—. Tienes razón. Es malísimo.

—Obvio —respondí con retintín.

—Eh, tampoco es que tú estés proponiendo nada.

—Ya, porque sería superraro que lo hiciera.

Psicótico incluso. ¿A quién se le ocurriría emparejar el nombre de su ex y de la nueva novia de este?

—¡Ajá! —Me apuntó con un dedo acusador—. Sí que te molesta.

—¿Qué? ¡No!

Le tiré un horrible almohadón de volantes a la cara, pero lo esquivó mientras se partía de risa.

—Te juro que me parece muy bien que estén juntos. Están hechos el uno para el otro —insistí.

—Eso es verdad —asintió—. No sé si es por Kim o porque Cole ya no vive en casa, pero Alex está distinto. Menos ácido, más seguro de sí mismo.

—¿Y no será porque ha crecido doce centímetros y se ha puesto cachas? No es justo que los Walter tengáis esa genética. Es de locos que todos seáis tan atractivos.

—Mucha gente comparte esa idea, pero se equivocan. En realidad es el agua, no los renacuajos.

Arrugué la nariz.

Nathan era muy maduro para su edad y por eso nos llevábamos tan bien. Pero de vez en cuando soltaba algo que me recordaba que, en realidad, solo era un adolescente, y además pariente de Isaac, por si fuera poco.

—En primer lugar, qué asco. Nunca vuelvas a decir eso. En segundo lugar, si eso es verdad, estoy lista para mi transformación.

Se rio con ganas.

—Lo siento, pero tendrás que pasar aquí más tiempo. No bastan unos pocos meses para que se obre la magia.

—Bueno, no tengo intención de marcharme pronto.

—Bien. Esto no ha sido lo mismo sin ti.

Nathan guardó silencio y torció la cabeza para echarme un buen vistazo.

—¿Te ayudó volver a casa?

—Un poco. Estar en el apartamento me trajo un montón de recuerdos, así que fue… duro al principio. Pero Danny fue mi salvavidas. Me ayudó mucho tenerle allí.

Me callé y tomé una bocanada de aire, porque todavía no estaba preparada para entrar en detalles.

—Pero no hablemos más de mí. ¿Qué tal tus vacaciones?

—Ya te lo he dicho, un tanto incómodas.

Nathan suspiró y empezó a deslizar por la cadena la púa de guitarra que llevaba colgada al cuello.

—Aparte de eso, no hay mucho que contar. Un verano tranqui en el altillo.

—¿Nada más? —le pregunté con incredulidad. Seguro que había pasado algo emocionante.

—Me ha dado por los sudokus. —Señaló el libro de rompecabezas numéricos que había allí cerca—. ¿Eso cuenta?

A juzgar por su manera de evitar mis ojos, estaba claro que no le apetecía hablar de sí mismo. Y, ahora que lo pensaba, tampoco me había contado gran cosa las veces que habíamos hablado por teléfono. Siempre procuraba desviar la conversación hacia mi persona. Mi lado más curioso quería presionarle para que me diera una respuesta sincera, pero mi lado lógico se apresuró a señalar lo

hipócrita de mi actitud. Al fin y al cabo, ¿no acababa yo de cambiar de tema para esquivar su pregunta?

—Pues claro que sí —le dije—. Bueno, ¿y qué es eso que me han contado de una fiesta popular?

Eso animó a Nathan.

—Es la fiesta de despedida del verano de Copper Valley. Se celebra cada año el penúltimo sábado antes del comienzo del curso escolar. Hay gastronetas, música en directo y juegos para los niños. Algunos fingimos que somos demasiado guais para participar, pero nadie se la pierde.

—¿Nadie? ¿Ni siquiera Cole?

Tan pronto como las palabras salieron de mis labios, Nathan enarcó una ceja. Yo tragué saliva y bajé la mirada. «Madre mía —pensé mientras me retorcía las manos—. ¿Se puede ser más patética?». No hacía ni un día que había llegado y ya estaba preguntando por Cole a sus hermanos. Pero no podía evitarlo. El aleteo que noté en el pecho tan pronto como aterricé en Denver empeoraba a medida que la posibilidad del encuentro se aproximaba.

—Aún no has hablado con él, ¿no?

Gimiendo, volví a dejarme caer sobre los raídos almohadones.

—Si piensas que voy a mantener esta conversación contigo, lo tienes claro.

Nathan esbozó una sonrisilla de suficiencia —«¡uf, cómo se parece a Cole cuando hace eso!»—, pero no insistió.

—Respondiendo a tu pregunta, no. Dudo mucho que vaya. Está demasiado ocupado. Si no está en el taller de Tony, estará trabajando de socorrista en la piscina municipal o haciendo un turno

en Gas Exchange. No le vemos mucho, pero siempre viene a cenar los viernes. Aunque no creo que venga esta noche. Dijo algo de que tenía que hacer el equipaje.

Aunque sabía que Cole se marchaba a la universidad, una realidad que había tenido presente durante mis numerosas sesiones introspectivas a lo largo del verano, se me revolvieron las tripas ante esa prueba tangible de que su partida era una realidad. El hogar Walter no sería el mismo sin él. Y, si no pensaba venir al rancho esta noche, ¿tendría que esperar una semana entera para verle? Madre mía, me habría dado de cabezazos por ser demasiado gallina como para enviarle un mensaje de texto. Me moriría si tenía que esperar tanto tiempo.

Quería seguir preguntando, pero una voz crepitante e incorpórea habló desde alguna parte del sofá.

—Jack a Nathan. Contesta, Nathan.

Nathan se incorporó y rebuscó entre los almohadones hasta que encontró un walkie-talkie. Se lo acercó a los labios antes de presionar el botón.

—Adelante, Jack.

—La cena estará en cinco minutos.

—Gracias. Entendido, cambio y corto —dijo, y tiró el artilugio a la mesita de café.

—¿Un walkie-talkie? —le pregunté.

—Mi padre compró un montón para el grupo de *scouts* de Zack y Benny. Los necesitaban para ganar la condecoración al mérito radiofónico. La cobertura aquí fuera es una porquería, así que vienen bien cuando alguien necesita hablar conmigo.

Nathan se levantó del sofá y me ofreció la mano.

—Vamos. Si no nos damos prisa, los pequeños bárbaros se lo comerán todo.



La cocina era el corazón del hogar de los Walter, y cuando Nathan y yo entramos cinco minutos más tarde nos recibió el caos que reinaba cada vez que la mayoría de la familia se reunía allí: risas, payasadas y todo el mundo hablando a la vez. Perros correteando mientras se preparaba la comida. Música, peleas y más risas. Había tanto alboroto que era casi abrumador, pero igualmente la estancia conservaba el ambiente cálido y hogareño.

La puerta de la despensa estaba abierta de par en par y vi a Benny aupar a su hermano gemelo para ayudarle a coger un paquete de Oreos del último estante. Will no reparó en el gran robo de las galletas porque estaba ocupado susurrándole algo a su esposa al oído. Fruncí el ceño al ver un cubo tapando el grifo, pero entonces me fijé en que George estaba en el suelo con la cabeza metida en el armario y una caja de herramientas al lado.

—Tía Kathy, no queda mantequilla —dijo Lee, que rebuscaba en la nevera. Esta noche debía de tocarles a él y a Isaac ayudar con la cena, porque este último estaba cortando sandía.

—Sí, sí que queda —respondió ella mientras sacaba un guiso del horno—. Hoy he comprado. Aparta, Jack. Esto está caliente. —Dejó la fuente humeante en el trípode de hierro que había dejado preparado y añadió—: ¿Has mirado en el cajón de la fruta? Zack y Benny me han ayudado a sacar la compra y ya sabes cómo va eso.

Dos risitas confirmaron su teoría.

Katherine era muy estricta con lo de cenar en la mesa, así que me sorprendió ver que dejaba las cosas en la isla al estilo bufet. Entonces reparé en el motivo del cambio.

—Hala —dije mirando el despliegue.

La superficie de la mesa de granja, de diez metros de largo, estaba llena de cosas: montones de ropa doblada con pulcritud, pilas de libros y cajas de almacenaje llenas de juguetes y baratijas.

—¿Qué es todo eso?

Nathan se encogió de hombros.

—Mi madre nos pidió que sacáramos cosas viejas para la recaudación de fondos de este otoño, pero no sé muy bien de qué va.

—Es para un mercadillo comunitario. Quieren conseguir dinero para un nuevo parque —respondió alguien con voz queda y, cuando me volví a mirar, vi que Kim estaba allí mirándome con cautela—. Hola, Jackie, me alegro de…

—¡Jackie! —Un cuerpecito chocó con el mío dejándome casi sin respiración—. ¡Has vuelto!

—Uf. Hola, Parker —le dije devolviéndole el abrazo—. ¿Has pasado un buen verano?

—¡Genial! Mi padre me enseñó a usar el tirachinas y estoy aprendiendo a jugar al tenis. Quería apuntarme a boxeo, pero mi madre dice que ya soy bastante violenta por mí misma.

Mientras Parker seguía parloteando, articulé con los labios en dirección a Kim:

—¿Hablamos luego?

Ella asintió. Después pasé dos minutos escuchando a Parker, que me contó todo lo que me había perdido desde que me marché.

Teniendo en cuenta el difícil comienzo de nuestra relación, su emoción me sorprendió, pero también me conmovió. Me recordaba a mí cuando era pequeña y la ilusión que me hacía que Lucy me dedicara un ratito.

—Escuchadme todos —gritó Katherine por encima del jaleo a la vez que daba unas palmadas para captar nuestra atención—. La cena esta lista. Coged un plato y servíos. Hoy cenamos fuera.

Como había presenciado otras veces el furor alimentario de los Walter, decidí que era más seguro esperar. Fue la decisión correcta. Mientras Isaac y Lee forcejeaban para ser los primeros en servirse muslitos de pollo, Zack y Benny golpeaban a todo aquel que tenían cerca con los platos de papel. Jack salpicó a todo el mundo de salsa barbacoa cuando sin pensar desenroscó el tapón y luego agitó el frasco, y el plato de Alex estuvo a punto de salir volando cuando tropezó con su padre, que seguía debajo del grifo reparando la fontanería.

—¡Eh, basta ya! Deja algo para los demás —exclamó Parker, que estaba delante del humeante guiso junto con Jordan. Intentó arrancarle el cucharón de la mano, pero él la esquivó con facilidad, se sirvió el que debía de ser el tercer cucharón y vertió el contenido en un plato que contenía un solo alimento: patatas con queso fundido. Cuando hizo ademán de servirse más, Parker le atizó un puñetazo en las costillas.

—¡Au! —Jordan soltó el cucharón, que repicó contra la cazuela—. ¡Mamá, Parker me ha pegado!

—¡Sí, porque eres un gilipollas y acaparas las patatas!

—¡Esa lengua! —la regañó una voz ahogada debajo del fregadero.

Katherine se pellizcó el puente de la nariz.

—Parker, ¿qué te he dicho de pegar?

Ella resopló, pero agachó la cabeza.

—Que solo es aceptable en ciertos deportes de contacto y si alguien intenta secuestrarme.

—Es la segunda vez que te lo aviso. Si vuelve a pasar, te castigaré. Y, Jordan…, tienes que comer algo más que patatas para cenar. Ponte algo sano en el plato.

Una vez que todos los demás tuvieron sus raciones, me serví y pasé unos minutos charlando con Will y con Haley, a los que no había visto desde la boda. Los recién casados se habían comprado su primera casa hacía dos semanas, un rancho para reformar en las afueras del pueblo, y tenían un montón de planes para la renovación. Cuando la conversación derivó a un debate sobre encimeras de granito frente a las de cuarzo, puse una excusa y me escapé afuera.

La tarde estaba lo bastante avanzada como para que el sol poniente hubiera despejado el calor del día, dejando tras de sí un fresco agradable y franjas de nubes moradas en el cielo. El aire olía tal como yo siempre había imaginado que tenía que oler el verano: a una mezcla de barbacoa, cloro y hierba recién cortada. Era mucho mejor que el típico aroma de pis sobre el asfalto caliente y basura podrida de Nueva York. Me quedé un ratito en el sitio empapándome de todo hasta que la voz de alguien que gritaba mi nombre me sacó de mi ensoñación.

—Hooola, Tierra a Jackie.

Al otro lado del porche estaban Isaac, Lee, Alex, Kim y Nathan sentados a la mesa de la terraza. La escena parecía incompleta, como si alguien hubiera borrado parte de la foto con Photoshop.

Entonces me percaté de que se debía a que faltaban los gemelos Walter mayores. Se me encogió el corazón al pensar en Danny. Habíamos pasado el verano juntos, así que su ausencia me provocaba desasosiego, pero él había decidido quedarse en Nueva York para perseguir su sueño de dedicarse a la interpretación.

Alex me miró levantando una ceja y empujó hacia fuera la silla vacía que tenía al lado.

—¿Te vas a quedar ahí toda la noche o te vas a sentar con nosotros?

—No, ven a sentarte conmigo —me pidió Parker a la vez que me arrastraba hacia la zona del césped—. Todavía no he terminado de contarte lo que he hecho este verano.

Su sonrisa era demasiado inocente como para que me fiase, pero no tenía ganas de sentarme con Alex y Kim todavía, no cuando era tan reciente lo que había pasado por la tarde. Después de dirigirle a Alex una sonrisa de disculpa, dejé que Parker me llevara a la mesa de pícnic en la que estaban cenando los pequeños, y Zack y Benny nos miraron como hipnotizados mientras ella me conducía a un punto muy concreto del banco. Jack parecía concentrado en su comida, pero estaba claro que tramaban algo porque no se veía por ninguna parte a su hermano gemelo. Conociendo a Jordan, seguro que estaba agazapado por allí cerca con la cámara preparada para captar lo que me tuvieran reservado. Echando un vistazo debajo de la mesa (les seguiría la corriente siempre y cuando la broma no incluyera otro encuentro con Rumple, la serpiente del maíz de Jordan), me senté y me preparé para lo que viniera a continuación.

No tuve que esperar mucho.

Parker intentó distraerme con truculentas historias de la semana que pasó de campamentos, pero los Walter no eran nada sutiles y vi con el rabillo del ojo el asentimiento de Jack. Su señal disparó un extraño petardeo, y una milésima de segundo más tarde un chorro de agua me empapó la espalda. Grité, más por la impresión del agua fría que por la sorpresa del ataque, y los niños chillaron de risa. Había un aspersor entre los arbustos de atrás y me salpicó una vez más antes de que pudiera levantarme a toda prisa para ponerme a salvo.

—¿Qué pasa aquí?

Nathan estaba de pie al borde de la terraza y nos miraba con el ceño fruncido. Nadie contestó, pero él solo tardó un segundo en observar la escena y adivinar lo que había pasado. Cogió una toalla de las tumbonas y bajó a toda prisa.

—Jackie, ¿te encuentras bien?

—Sí, estoy bien —le dije a la vez que cogía la toalla que me ofrecía y me la echaba a los hombros.

Mi respuesta no debió de convencer a Nathan, porque se volvió para asesinar a los niños con la mirada.

—¿De qué cojones vais, chicos?

—No te enfades, Nate. Solo ha sido una broma de bienvenida —dijo Jordan, que salió de los arbustos con la cámara en la mano. Sus cómplices se rieron por lo bajo—. Lo he grabado todo. ¿Lo queréis ver?

La expresión en la cara de Nathan anunciaba una explosión inminente, así que le apoyé una mano en el brazo para tranquilizarle.

—Eh, no pasa nada, te lo prometo.

—Sí que pasa —replicó, todavía enfadado con sus hermanos, que se habían apiñado alrededor de Jordan para ver la repetición de la jugada—. Llevas menos de tres horas en casa y ya te han…

—Nathan. —Le lancé una mirada de advertencia y, en un tono de voz mucho más bajo, añadí—. No han hecho nada que yo no haya permitido.

Abrió la boca para discutir, pero se calló cuando captó el sentido de mis palabras. Al cabo de un momento se hizo la luz en sus ojos.

—¡Ah! Entonces les has dejado…

Asentí.

—Sí, no es para tanto.

Y no lo era.

Mi antiguo yo habría insistido en secarse el pelo y cambiarse de ropa, pero… habían pasado muchas cosas desde mi primer encuentro con los Walter, cuando Zack y Benny me tiraron a la piscina. La ropa seca nunca estaba garantizada en el rancho Walter. En algún momento entre mi caída en una poza de agua helada, la lluvia que me había pillado en varias ocasiones y los ataques sorpresa con pistolas de agua, había aprendido que no pasa nada por mojarse un poco.

Al fin y al cabo, ¿que era un poco de H2O comparada con las sonrisas de sus rostros?

Dos

Pasé el resto de esa primera noche reconectando con los Walter. Después de cenar, George encendió una hoguera en el jardín y todos nos sentamos alrededor a intercambiar historias sobre el verano. Lee relató una desastrosa acampada familiar y me reí con tantas ganas que al final me dolían los costados, y yo les expliqué la primera experiencia de Danny en el metro, donde una mujer vestida de gala le acribilló con ositos de goma sin motivo, solo porque Nueva York es así de rara. Pasaba de la medianoche cuando por fin decidí dar la velada por terminada e irme a dormir. Completé mi rutina nocturna a toda prisa —lavarme la cara, cepillarme el pelo y los dientes—, antes de subir a rastras a mi habitación. El antiguo estudio de Katherine me pareció más acogedor que nunca. Había echado de menos los murales multicolores de las paredes y las ventanas de guillotina que me ofrecían vistas diversas del rancho. Hasta el crujido de la tarima me arrancó una sonrisa.

Lo último que hice antes de apagar la luz fue quitarme el collar —un tallo de lavanda seco preservado en un colgante— y guardarlo en el joyero de mi cómoda. Había pertenecido a mi madre —una posesión muy querida y un accesorio que la definía—, y, aunque siempre me había encantado, no tuve fuerzas para quedarme la delicada pieza después de su muerte. Eso cambió el mes pasado,

cuando por fin me decidí a limpiar el dormitorio de mis padres. Tan pronto como me topé con el collar en el tocador, me colgué la cadena de plata al cuello. Ahora la llevaba de vez en cuando para sentir a mi madre más cerca.

Estaba tan cansada cuando me metí en la cama que creí que me quedaría dormida en cuanto apoyara la cabeza en la almohada. Al fin y al cabo, apenas podía mantener los ojos abiertos.

Descubrí cada vez más frustrada que no podía conciliar el sueño. Mi cerebro tenía la mala costumbre de activarse a tope cuando estaba agotada y esta noche le daba vueltas y más vueltas a lo mismo: Cole Walter. Enterarme de que al día siguiente trabajaba me alivió y me molestó al mismo tiempo. Saber que no tendría que enfrentarme a él todavía fue como si aplazaran mi ejecución. Podría disfrutar de la fiesta popular sin preocuparme por si el reencuentro desembocaba en pelea. Pero, por otro lado, quería pasar el mal trago cuanto antes y ni de broma podía esperar al viernes siguiente para verle. Si el próximo fin de semana Cole aún no había aparecido por el rancho, iría a buscarle el lunes, aunque tuviera que suplicarle a uno de los Walter que me llevara en coche a la ciudad.

Cole y yo teníamos que hablar sin falta.

Para mí, las cosas habían cambiado durante el verano.

A principios de este año, el tío Richard me había obligado a marcharme de Nueva York porque pensaba que yo no estaba gestionando bien el duelo. No le parecía sano que permaneciese en ese hogar al que mi familia nunca regresaría y sugirió que estaba utilizando los deberes, las extraescolares y los voluntariados como mecanismo de afrontamiento. Si me sobrecargaba de trabajo, dijo, acabaría tan agotada que podía caer en la apatía. Mudarme a vivir

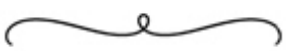
con los Walter me había ayudado hasta cierto punto; aprendí lecciones importantes, como que a veces hay que dejarse llevar y ser menos perfeccionista.

Pero solo cuando volví a Nueva York y me obligué a afrontar mi pena viviendo en una casa que no me permitía huir de los recuerdos comprendí que el tío Richard tenía razón: llevaba huyendo del dolor desde el instante en que mi familia falleció. No me comporté de manera distinta en Colorado. En lugar de los estudios y las extraescolares, había usado a Alex y a Cole como distracción. Conocer a los dos chicos me permitió no tener que hacer frente al insoportable dolor de la pérdida. Y, cuando me di cuenta de eso, me invadieron el sentimiento de culpa y los remordimientos. Mi familia había muerto y, en lugar de llorarlos, yo me había dedicado a salir con chicos y preocuparme por cosas sin importancia como los ligues y los besos.

Y ahora tenía que dejar de huir. Lucy y mis padres merecían algo mejor. Yo merecía algo mejor, y Cole también. Era obvio que a Alex no le afectaría; nos separamos de buen rollo y él reconoció haberme utilizado tanto como yo a él. Pero en el caso de Cole no lo tenía tan claro, pues con él nada era sencillo; el melodrama le seguía allá donde iba. Ni siquiera estábamos saliendo y nuestra relación ya era un laberinto de minas y obstáculos. Además, él se marchaba y yo tenía que volver a enfocarme en mi formación.

Por más que mis sentimientos hacia él fueran reales, no podía salir con Cole Walter.

La vida sería más sencilla si nos limitábamos a ser amigos.



Al día siguiente contemplé los primeros rayos de sol que despuntaban sobre el rancho mientras esperaba a que Nathan se reuniera conmigo para salir a correr. Terminé de hacer los estiramientos y, al ver que no aparecía, pensé que se le habrían pegado las sábanas y decidí marcharme sin él. A los chicos Walter les gustaba dormir hasta las tantas los sábados, así que no me sorprendió encontrar la casa en silencio a mi regreso. Solo cuando me acerqué a la cocina y escuché el final de una discusión comprendí que no era la única que estaba levantada.

—… casi las siete y acabas de llegar a casa —decía Katherine—. No lo voy a consentir.

—Ya te he dicho que me quedé dormido viendo la tele en casa de un amigo —respondió alguien, pero no distinguí quién era. ¿Isaac quizá?—. ¿Qué más quieres que te diga? Solo fue un despiste, te lo juro.

—Te concedería el beneficio de la duda si fuera la primera vez que pasa, pero llevas todo el verano forzando los límites y saltándote las normas. —Me bastaba oír el tono de voz de Katherine para visualizar su expresión impasible—. No pienso tolerar esta conducta.

La cafetera emitió un pitido para indicar que el café ya había salido.

—Perdona. Te prometo que no volverá a pasar.

Sí, seguro que era Isaac. Lo supe porque la voz no sonaba nada arrepentida.

—De todas formas estás castigado.

—¿Qué? ¡Tía Kathy, no es justo! —protestó él—. Todo el mundo irá a la fiesta.

—Pues deberías haberlo pensado antes de saltarte tu hora de llegada y entrar a hurtadillas por la mañana —replicó ella sin un ápice de compasión.

—¡Vaya mierda!

Oí un golpe fuerte e inesperado y me asomé a hurtadillas. Agrandé los ojos al ver una marca en el pladur y a Isaac sacudiendo la mano con los nudillos ensangrentados.

Katherine se levantó tan aprisa que volcó la silla.

—¡Isaac Walter!

Como no quería que me pillara el fuego cruzado, me alejé de la cocina sin hacer ruido y fui a buscar mi neceser. Si me duchaba antes del desayuno, con un poco de suerte Katherine e Isaac habrían dejado de pelearse para cuando volviera a la cocina. Aunque no me sorprendía que se hubiera saltado su hora de llegada y luego hubiera intentado colarse a escondidas, no era normal que Isaac reaccionara con tanta violencia a un castigo normal y corriente. El chico podía tener muchos defectos, pero la conducta violenta no era uno de ellos. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, jamás me habría creído que le había atizado un puñetazo a una pared.

Mientras subía las escaleras esquivando con cuidado los calcetines y los juguetes que había tirados por el camino, noté una sensación de agitación en el pecho. La sensación fue tan efímera que estuve a punto de desdeñarla, pero al pensar en el día anterior tuve que reconocer que algo había cambiado en casa de los Walter mientras yo estaba fuera. Seguía siendo el hogar ruidoso y caótico al que llegué a comienzos de año, claro que sí, pero también había diferencias: la ausencia de Danny y Cole, la relación entre Alex y Kim, las ojeras de Nathan y la actitud de Isaac. Cada una de estas

cosas por separado sería insignificante, pero sumadas… no podía pasarlas por alto.

Puede que estuviera exagerando, pero me invadió el desasosiego al comprender que las cosas no iban del todo bien.



Como Isaac estaba castigado, solo éramos cuatro los que subimos a la camioneta cuando llegó la hora de partir hacia la fiesta, y el viaje a la ciudad fue raro, no sé por qué. Aunque estábamos muchísimo más cómodos ahora que ocupábamos un asiento cada uno, echaba de menos la energía vivaz que caracterizaba nuestros trayectos de ida y vuelta al instituto. Sin la tranquila seguridad de Cole al volante, los interminables cotilleos de Isaac o la implacable vigilancia del cable auxiliar por parte de Danny, que siempre se aseguraba de que todo el mundo pudiera oír la canción que había elegido, en el coche reinaba un silencio chirriante. Para cuando Alex encontró un sitio a pocas manzanas de la plaza del pueblo, yo me moría por salir del vehículo.

—Vale, escuchad todos —dijo Alex mientras ponía el punto muerto y apagaba el motor—. Le he prometido a Kim que la llevaría a casa y tiene hora de llegada, así que tenéis que estar aquí a las once y cuarto. Si no estáis, daré por supuesto que vais a volver por vuestra cuenta y me marcharé, así que sed…

Lee abrió la portezuela del copiloto, tiró el monopatín al suelo y salió en mitad del discurso de Alex.

—Eh, ¿me estás escuchando? Si llegas tarde…

—Sí, sí —dijo Lee poniendo los ojos en blanco—. Ya he oído antes ese rollo y, para que lo sepas, a Cole se le daba mejor. Os veo luego,

perdedores.

Alex se quedó boquiabierto, pero se apresuró a reemplazar su expresión estupefacta por un ceño fruncido.

—Siempre tan capullo —murmuró entre dientes.

Nathan y yo nos aguantamos la risa mientras bajábamos de la camioneta. Una vez en la acera, Alex aseguró las puertas, gruñó una despedida y se marchó a buscar a Kim, así que nosotros dos nos dirigimos juntos a la fiesta. Una música animada sonaba cada vez más alta a medida que nos acercábamos y, cuando llegamos a nuestro destino dos minutos más tarde, Nathan movía la cabeza al ritmo de una canción rock con arreglos de blues que yo nunca había escuchado.

Sabía que las fiestas populares eran habituales en ciertas partes de Nueva York, pero yo no había asistido a ninguna porque vivía en el Upper West Side.

Aquello parecía más bien una mezcla entre un mercadillo de granjeros y un festival. Habían cerrado al tráfico las cuatro calles que conformaban el centro del pueblo, así que había gente por todas partes: haciendo cola delante de las numerosas gastronetas; paseando por los puestos que habían instalado las tiendas; jugando a juegos tradicionales como lanzar saquitos de arena, la petanca y el golf de escalera; formando corrillos con bebidas en la mano. Grupos de niños recorrían las calles limítrofes en bicicleta mientras las familias merendaban sobre mantas extendidas en el pequeño parque que había en el centro de la plaza.

—¿Así que esto es una fiesta popular?

—Pues no exactamente —respondió Nathan mientras rodeaba una de las vallas blancas y anaranjadas—. Esta es mucho más grande y

más comercial. Mi padre me contó que la fiesta original empezó en una urbanización de las afueras en los años noventa, pero creció tanto que el consistorio municipal decidió patrocinarla y la trasladaron al centro.

—¿A ti qué te gusta hacer aquí? —le pregunté.

Nathan señaló la carpa blanca que había al otro lado de la plaza.

—Me gusta quedarme cerca del escenario y escuchar los conciertos de los músicos de la zona. Este año habrá un concurso de bandas y unos cuantos amigos míos participan.

—¿Tienes amigos que tocan en un grupo?

Hice una mueca de dolor tan pronto como la pregunta salió de mis labios. ¿De verdad había estado tan pendiente de sus hermanos que no sabía nada de la vida social de Nathan? Fue mi primer amigo en el hogar Walter, así que el descuido era imperdonable, y estaba dispuesta a rectificar.

—Sí, se llaman Miami Bay —dijo al tiempo que nos abríamos paso entre el gentío.

—¿Y tú no tocas con ellos?

Con su atractivo y el encanto Walter, no costaba imaginarse a Nathan como un cantante hipnótico con su propio club de fans.

Negó con la cabeza.

—He compuesto unos cuantos temas, pero siempre me he considerado un solista. ¿Te gustaría conocerlos? Seguro que ya están por aquí.

Abrí la boca para responder, pero me interrumpí al oír mi nombre.

—¡Jackie, aquí!

La zona estaba tan concurrida que tuve que mirar dos veces a mi alrededor antes de ver a Riley, que agitaba los brazos por encima de

la cabeza para que la viera. Heather, Skylar y ella estaban desparramados sobre la manta que habían tendido en la hierba y había una nevera portátil a su lado. El sol de la tarde era abrasador. Seguro que habían llegado muy pronto para agenciarse un sitio bajo la sombra de un viejo arce. La escena era idílica y me apetecía apuntarme, pero me contuve al recordar los errores que había cometido hasta ahora en mi relación con Nathan.

—Ve a saludar a tus amigos —me dijo cuando le miré mordiéndome el labio—. Luego te presento a los músicos.

—¿Seguro?

Nathan me empujó hacia ellos con suavidad.

—Segurísimo. Volverás a casa con nosotros, ¿no?

—Ese es el plan —respondí. Le escudriñé el rostro al tiempo que caminaba despacio hacia atrás. Por suerte, no vi nada en su sonrisa afable que delatara decepción.

—Vale. Si no te veo por la carpa del escenario, nos vemos luego. Y recuerda…

—A las once y cuarto o me voy a enterar —terminé agitando un dedo. Él se rio y me saludó al estilo militar antes de perderse entre la multitud. Cuando me reuní con mis amigos, Riley se arrojó a mis brazos.

—¡Jackie! Por fin has vuelto.

Me abrazó con tantas ganas que solté un gritito estrangulado.

—¡Qué sola me he sentido este verano sin ti!

La intensidad de su abrazo lo decía todo y me volví a mirar a Skylar y a Heather con las cejas enarcadas. Las chicas —exceptuando a Kim, que se pasaba la mitad del tiempo con Alex— eran inseparables, y, aunque Skylar tendía a ser más independiente,

Riley y Heather eran sus mejores amigas. ¿Había cambiado algo más mientras yo no estaba?

Skylar desdeñó mi extrañeza con un gesto de la mano.

—No le hagas caso. Se está poniendo dramática —dijo antes de sugerirme que cogiera una bebida y me pusiera cómoda. Mientras elegía una limonada y me quitaba las sandalias de dos patadas, Skylar me explicó que Heather había pasado el verano en California con su padre y su madrastra, y él había trabajado como consejero de un campamento, así que Riley se había quedado en casa pudriéndose —la expresión era de Riley, no de Skylar— en su soledad.

—¿Y Kim? —le pregunté—. ¿No la has visto?

La sonrisa de Riley se desvaneció.

Cuando Skylar y Heather intercambiaron una mirada, puse los ojos en blanco y añadí:

—No hace falta que me deis la noticia. Ya sé que está saliendo con Alex, y no me importa.

—¿En serio? —Riley se animó—. ¿No estás disgustada?

—No, nuestra ruptura … —Dejé la frase en suspenso mientras buscaba las palabras adecuadas.

Skylar arqueó una ceja.

—¿Estaba cantada?

—¿Era inevitable? —sugirió Heather.

—¿Fue cosa del destino? —añadió Skylar.

—Fue amistosa —dije por fin torciendo el gesto—. Los dos nos dimos cuenta de que estábamos juntos por razones equivocadas. Alex incluso admitió que no había olvidado a Mary, así que no acabo de entender cómo es que Kim y él comenzaron a salir de inmediato.

Nathan me dijo que sucedió pocos días después de que yo me marchara.

—Kim estaba colada por Alex desde que empezamos la secundaria —reconoció Riley hurgando en la nevera en busca de otra bebida. Se decidió por una Coca-Cola de cereza, le retiró el agua y abrió la lata antes de continuar—: Tenía pensado declararse una vez que el drama de Mary quedara superado, pero entonces apareciste tú de la nada y Alex…, bueno, digamos que se obnubiló.

—Se obsesionó —dijo Skylar fingiendo una tos.

Heather, que había asentido durante toda la explicación, intervino a toda prisa.

—Cuando Alex le dijo que habíais roto, Kim se lanzó. No quería que nadie más se le volviera a adelantar.

—Oh, Dios mío —dije con los ojos yendo y viniendo de uno a otro mientras me pellizcaba la piel del cuello—. No tenía ni idea. Kim debe de odiarme.

—No —me aseguró Riley—. Kim no es así. Es una de esas personas tan buenas que casi dan rabia. Solo quiere que todo el mundo sea feliz.

—Además, al final es mejor así —añadió Skylar—. Seguro que prefiere ser la novia definitiva que el clavo que desclava a otro clavo.

—Supongo que tienes razón, pero ¿seguro que hay buen rollo? —pregunté—. Quiero que seamos amigas, pero vivo con su novio y eso no puedo evitarlo. ¿Y si me está maldiciendo en secreto, a mí y a mi futura descendencia?

Riley se rio con ganas.

—Es gracioso que las dos estéis tan preocupadas por si os odiáis la una a la otra. Kim ha estado a punto de provocarse una úlcera. No

sabes el alivio que sentirá cuando sepa que no te molesta que estén saliendo.

Alex me había dicho algo parecido, pero los chicos suelen ser muy ingenuos en esas cuestiones, así que tener la confirmación me quitó un gran peso de encima.

—Alivio no, lo siguiente —dijo Skylar—. Quiere que todos seamos una gran familia feliz para que podamos formar equipo en una campaña de Dragones y Mazmorras, ¿no os acordáis?

—Ay, por Dios. —Riley gimió y se dejó caer de espaldas en la manta—. Me había olvidado completamente. Por favor, no se lo recuerdes.

—Jamás de la vida. La última vez que estuve en su casa, le escondí el manual del jugador y la colección de dados.

—¡Eh! Centraos, gente. —Heather chasqueó los dedos en dirección a Skylar y a Riley para captar su atención y luego se giró hacia mí—. Cuéntame más detalles. ¿De verdad fue una ruptura tan limpia? Porque se rumorea que Alex te partió el corazón y que por eso volviste a Nueva York.

Uf, eso era lo que me reventaba de los pueblos. En la gran ciudad es mucho más fácil pasar desapercibida.

—Qué tontería —le dije—. Katherine me planteó la posibilidad de pasar el verano en Nueva York, así que me lo estaba pensando desde antes de que rompiéramos. Alex no tuvo nada que ver con mi decisión. De hecho, él me convenció de que me marchara, ahora que lo pienso, pero no porque me partiera el corazón. Me ayudó a darme cuenta de que tenía asuntos internos que resolver en casa.

—¿Y qué pasa con Cole?

—¿Qué pasa con él? —respondí, aunque no estaba lista para mantener esa conversación. No antes de que hubiera hablado con él. De todas formas, debería haberme esperado la pregunta de Heather. Estaba claro que mis amigos querrían saber en qué punto se encontraba mi relación con Cole, sobre todo después de explicarles cómo habían terminado las cosas entre su hermano y yo.

—Alex y tú ya no estáis juntos —dijo, como si eso lo explicara todo —. ¿Ha intentado algo Cole?

«Últimamente no», pensé. Pero ni en sueños pensaba contarles lo de nuestro beso de despedida. Nunca me dejarían en paz. Los cuatro estaríamos hasta Navidad analizando al detalle cada uno de los tres segundos del beso como si no hubiera nada más interesante en el mundo que besar a uno de los chicos Walter. En vez de eso, le pregunté a Heather:

—¿Por qué piensas que hay algo entre nosotros?

—Por favor —dijo Riley poniendo los ojos en blanco con un gesto tan exagerado que debió de asomarse a su propio cerebro—. Que salieras con Alex no significa que no saltara a la vista que Cole estaba loco por ti. La tensión sexual era asfixiante.

—Todavía no he podido hablar con él —dije esquivando la pregunta lo mejor que pude—. Ya no vive en el rancho.

—Pero ¿y durante el verano? —insistió Heather—. ¿No habéis hablado?

Me libré de responder cuando algo captó la atención de Skylar. Se incorporó para sentarse y se bajó una pizca las gafas de sol.

—Bueno, pues será mejor que vayas pensando qué le vas a decir —me soltó con los ojos chispeantes de risa—, porque tu oportunidad de hablar con él viene hacia aquí.

—¿Qué?

Seguí la trayectoria de su mirada y…

Me dio un vuelco el corazón. Abriéndose paso entre el gentío como si se encaminara a una misión importante estaba Cole, ya con la mirada clavada en mí. A diferencia de Alex, no había cambiado lo más mínimo mientras yo estaba fuera: los ojos de un tono azul que quitaba el aliento, la piel perfectamente bronceada, la misma mata de bucles dorados y su característica seguridad en sí mismo. No había olvidado que era guapo a rabiar ni la sensación que me provocaba su mirada, pero recordarlo y experimentar la intensidad de sus ojos eran dos cosas muy distintas, y todo mi cuerpo vibró al tenerle cerca. Durante un momento no pude hacer nada más que mirarle. No parecía enfadado, pero había un brillo decidido en sus ojos que hizo que me revolviera en el sitio.

—Sí, está claro que no hay nada entre vosotros dos —dijo Riley sacándome de mi trance. Heather y Skylar se rieron.

No se equivocaban, pero eso no cambiaba mi decisión.

Como no quería tener público en una conversación que sin duda iba a ser incómoda, me puse de pie y fui a reunirme con él sin preocuparme ni de las sandalias ni de las pullas de mis amigos. La hierba seca me hacía cosquillas en la planta de los pies al caminar descalza sobre el césped, pero estaba demasiado concentrada en Cole como para darme cuenta. Llegamos a la acera al mismo tiempo y nos detuvimos a cosa de un metro de distancia, pero él no dijo nada. Solo me miraba con una expresión impávida. El aleteo que tenía en el pecho se convirtió en algo desagradable y aterrador. Y entonces, justo cuando me había convencido de que solo estaba allí

para echarme la bronca, apareció en su cara la sonrisilla exasperante de siempre.

—Eh, Nueva York, ¿me has echado de menos?

Todas mis aprensiones se desvanecieron, pero como siempre andábamos al toma y daca, él en plan arrogante y yo supuestamente irritada, me aguanté las ganas de sonreír.

—¿Qué puedo hacer para que te olvides de ese horrible apodo?

—Bueno, Jacqueline —me miró de arriba abajo—. Se me ocurren unas cuantas cosas

Resoplé. Aunque casi nunca le revelaba a nadie mi nombre completo, no me molesté en preguntarle de dónde había sacado esa información confidencial. Seguro que el culpable era Danny, el muy traidor.

—Nadie me llama así.

—Ya, pero todos los demás te llaman Jackie. —Dio un paso adelante y puso los ojos en el collar de mi madre. Sin decir una palabra, levantó el colgante con los dedos y lo examinó un momento antes de dejar que la flor volviera a posarse entre mis clavículas. Cuando sus ojos buscaron los míos de nuevo, me disparó otra sonrisa—. Yo quiero ser especial.

Una parte enorme de mí quería decirle que ya era especial, casi todo el mundo lo pensaba, pero era una confesión demasiado embarazosa. En vez de eso, decidí cambiar de tema.

—¿Qué tal el verano?

Se encogió de hombros.

—He pasado casi todo el tiempo trabajando y no el suficiente hablando contigo.

—Lo siento, Cole. Ya sé que…

—Déjalo —me dijo con firmeza—. No hace falta que te disculpes. Tenías cosas importantes que solucionar y supongo que tendremos que hablarlo en algún momento. Le he prometido a mi madre que mañana iría a cenar a casa, ya que me perdí la cena de anoche. Si te parece bien, podríamos dejarlo para entonces. Acabo de terminar un turno de doce horas en Gas Exchange y solo me apetece pasar un rato contigo y divertirme.

Quería decirle que sí, pasar una noche agradable con él antes de enviarlo todo a paseo, pero ¿sería justo? Era evidente que no estaba enfadado conmigo, al menos no lo suficiente como para guardarme rencor por lo que había pasado este verano, así que podía dar por supuesto que pretendía retomar las cosas donde las habíamos dejado. Dejarle pensar que yo quería lo mismo habría sido egoísta por mi parte.

Cuando enarcó las cejas en respuesta a mi silencio, me di cuenta de que le estaba dando demasiadas vueltas a la cabeza. Aunque no podía ofrecerle la relación que quería, ¿bastaría quizá con una noche? De todos modos, dentro de nada se marcharía. Me volví a mirar a mis amigos, que nos observaban como si estuvieran en el cine. Las dudas debían de reflejarse en mi cara, porque Heather me miró con severidad y me ordenó por gestos que me marchara. Skylar me lanzó las sandalias.

«Bueno, supongo que la decisión ya está tomada», pensé mientras me giraba de nuevo hacia Cole.

—Muy bien —asentí—. Pasar un rato juntos y divertirnos. Me parece bien.

Tan pronto como me puse las sandalias, Cole me cogió de la mano y me llevó al centro del mogollón. Debía de tener un destino en mente, porque se abría paso entre el gentío con determinación implacable. Dejé que me arrastrara sin pronunciar palabra, como si eso pudiera servir para que no notara que estaba roja como un tomate por nuestros dedos entrelazados.

Una vez que noté la piel fresca otra vez, carraspeé.

—¿Adónde vamos?

—La fiesta popular era mi parte favorita del verano cuando era niño y me gustaría enseñarte las mejores atracciones, revivir mi infancia y todo eso.

—Otra visita turística, ¿eh? —dije recordando la que me ofreció cuando llegué a Colorado. Fue el carisma personificado cuando me enseñó el rancho, como un guía encantador pero poco profesional que coquetea sin poder evitarlo. Solté una risita al imaginarlo enfundado en una americana y acompañando a turistas por el Met.

Él me miró de reojo con una sonrisa en las comisuras de los labios.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada.

Mi sonrisa insinuaba otra cosa, pero él no insistió. Ya se había vuelto hacia otro lado.

—Vale, primera parada —dijo mientras nos acercábamos a una pequeña carpa.

Había una fila de niños delante de la tienda y yo me asomé al interior por encima de sus cabezas. Vi una mesa alargada con paletas de pinturas faciales, tubos llenos de tatuajes temporales y cristales decorativos, así como pequeños frascos de purpurina. Había

tres sillas plegables para los clientes; dos estaban ocupadas por niños emocionados que intentaban sentarse muy quietos mientras los maquillaban. La única silla vacía estaba delante de una chica de expresión arisca que hacía globos de chicle y deslizaba el pulgar por su teléfono. Aunque tendría nuestra edad, no la había visto por el instituto y su vibra de «pasad de mí» era tan clara que entendí de inmediato por qué ninguno de los niños que hacían cola quería sentarse en su silla.

—¿Pintura facial? —dije volviéndome a mirar a Cole—. ¿En serio?

—Eh, no me avergüenza reconocer que me encanta. Cuando tenía seis años pensaba que llevar una araña en la frente era la hostia. Hasta sería capaz de pintarme algo ahora mismo para demostrarlo.

Esquivó la fila y se dejó caer en la silla vacía.

—No estás ocupada, ¿verdad?

La chica torció tanto el gesto que me encogí, pero la sonrisa de Cole no flaqueó y ella, después de mirarle un momento con desprecio, suspiró.

—¿Qué quieres?

—Lo dejo en tus manos —dijo.

Ella debía de saber quién era Cole, porque señaló el balón de futbol en la pizarra en la que aparecían las opciones.

—¿Qué te parece esto?

—No —salté yo antes de que él lo viera—. Ni hablar.

Cole se inclinó hacia delante para averiguar qué me había provocado una reacción tan intensa, pero le empujé hacia el asiento otra vez.

—No vale mirar.

Lo pensé un momento y a continuación señalé una de las pocas opciones que no incluían purpurina, flores ni el color rosa. La chica se encogió de hombros y cogió un pincel. Cuando terminó, pasados unos minutos, le ofreció a Cole un espejo para que viera la llama que le rodeaba un ojo y le subía por la sien.

—Ah, es fuego. —Cuando encontró mis ojos en el espejo, movió las cejas arriba y abajo y añadió—: Lo has escogido porque te derrites conmigo, ¿verdad?

—Quería que te sintieras la hostia, pero después de esa broma me arrepiento de no haber escogido una cara de payaso.

El niño pequeño que estaba el primero de la cola dio un respingo. Tiró de la muñeca de la mujer que estaba a su lado.

—¡Mamáää! Esa chica ha dicho una palabrota —dijo a la vez que me señalaba con el dedo. Su madre me regañó con la mirada. Entre eso y la maquilladora gruñona, supuse que había llegado el momento de marcharnos.

—Venga —le dije a Cole tirando de sus manos para que se pusiera de pie—. Salgamos de aquí.

Él se rio por lo bajo y me plantó una mano en el hombro.

—No tan deprisa. Te toca.

Como sabía que negarme no serviría de nada, examiné las distintas opciones mientras él me empujaba hacia la silla que acababa de dejar libre. Señalé la mariposa morada. Era pequeña y, con un poco de suerte, la chica no tardaría mucho en pintarla.

—Me gusta esta.

—Déjame escoger a mí —dijo Cole a la vez que me apartaba un mechón de la cara y me lo pasaba por detrás de la oreja. Sus dedos se demoraron en mi cuello—. Es lo justo.

—Su-supongo que sí —accedí—. Pero ten en cuenta que yo he sido muy considerada. No elijas algo ridículo.

—Hum. —Cole inclinó la cabeza a un lado mientras sopesaba posibilidades—. Ahora mismo no sé si escoger la máscara de Batman o la cara de tigre.

A pesar de la broma, escogió un diseño muy mono: un sol sonriente en la mejilla salpicado de purpurina amarilla. Pagó y le dio las gracias a la chica que nos había pintado la cara, pero ella siguió mirando el móvil sin pronunciar palabra.

—Vale, ¿y ahora qué? —pregunté cuando salimos a la zona soleada.

Una sonrisa radiante e infantil le iluminó el rostro.

—Ahora que nos hemos empapado del espíritu de la fiesta, ha llegado el momento de la atracción principal.

—¿Que es…?

En lugar de responder, me llevó hacia un grupo de niños que se apiñaban alrededor de lo que debía de ser un juego. Cuando nos acercamos lo suficiente para ver en qué consistía, fruncí el ceño. En una mesa plegable habían instalado dos canalones de PVC llenos de agua. Un niño con una camiseta de Bob Esponja estaba inclinado sobre uno de los canalones y una niña con coletas, sobre el segundo, y los dos soplaban burbujas en el agua ayudándose con pajitas.

—¿Qué hacen? —pregunté levantando la voz para que Cole me oyera por encima de los gritos de ánimo de los curiosos.

Él se inclinó hacia mí para hablarme directamente al oído.

—Es una carrera de piscardos. ¿Ves el pececito? Se trata de conseguir que tu piscardo sea el primero en cruzar la línea de meta.

La única regla es que no puedes tocar el pez, así que soplas por una pajita para que las burbujas lo empujen. Parece mucho más fácil de lo que es, créeme.

—¿Esta es la atracción principal de la fiesta popular? —pregunté estupefacta.

—Para un niño de diez años, lo era —respondió mientras veíamos a un minúsculo pececillo, que no sería más grande que mi dedo índice, cruzar la línea de meta en el canalón de la niña de las coletas.

—Mi padre siempre nos daba veinte pavos a cada uno para que los gastáramos en lo que quisiéramos y, como esto solo costaba veinticinco céntimos, podía pasarme el día jugando. El que consigue hacerlo en menos tiempo al final de la fiesta gana el bote, y yo fui campeón tres veces.

Sonreí.

—Entonces no puede ser muy difícil.

—¡Oooh! Te pones muy chula para ser alguien que hace un minuto ni siquiera sabía lo que es una carrera de piscardos.

—¿Y? Me juego algo a que te gano.

En realidad, ganar me traía sin cuidado, sobre todo porque, por lo que parecía, la carrera requería más suerte que habilidad, pero Cole estaba tan mono con esa expresión ofendida en la cara que no pude resistirme. Me mordí el labio para no echarme a reír.

—Acepto la apuesta —dijo bajando la mirada a mis labios—. ¿Qué me darás si gano?

—¿El derecho a vacilarme por toda la eternidad? —sugerí al tiempo que intentaba desentenderme de la aceleración de mi pulso.

—Trato hecho —dijo, y luego se alejó un momento para inscribirnos.

Mientras esperábamos turno, me dediqué a observar las carreras para ver si distinguía alguna técnica que me ayudara, pero los peces parecían nadar a su antojo. Diez minutos más tarde nos dieron una pajita a cada uno y nos pidieron que ocupáramos nuestros puestos. Nos marcaron el comienzo de la carrera con el clásico «¡preparados, listos, ya!» y mi piscardo salió disparado tan pronto como lo liberaron. El pequeñín había recorrido la mitad del camino antes incluso de que lo hubiera azuzado para que siguiera nadando.

Al final ganó Cole, pero solo porque jugó sucio. Cuando mi piscardo estaba a treinta centímetros del final, alargó el brazo por debajo de la mesa y me clavó el dedo en el costado. El ataque me pilló desprevenida y me tragué un sorbo de agua por la pajita. Mientras yo sufría un ataque de tos, el piscardo de Cole cruzó la línea de meta.

—¿No vas a felicitar al ganador? —me preguntó cuando nos apartábamos para que pudiera empezar la carrera siguiente.

—Oh, disculpe usted.

Miré alrededor para asegurarme de que no hubiera ningún niño mirando y le enseñé el dedo corazón.

Una suave carcajada le brotó de la garganta.

—Cómo voy a disfrutar pasándote esto por las narices —dijo—, pero ¿sabes qué habría sido aún mejor?

—¿Ganar limpiamente? —sugerí con sorna.

Cole se inclinó hacia mí y sus labios me rozaron la oreja.

—Un beso tuyo —dijo con voz grave en un tono que me provocó un vuelco en el estómago.

Teniéndolo tan cerca, cada vez que respiraba me inundaba el aroma de su colonia. Me entraron ganas de aferrarlo por la pechera de la camisa y…

Maldita sea. Esta era justo la clase de situación que quería evitar. No debería haber accedido a pasar el rato con él antes de que mantuviéramos una conversación sincera, pero siempre tomaba decisiones estúpidas cuando Cole andaba cerca. Él era mi punto débil.

—Va a ser que no —le dije fingiendo un tono altivo y levantando el mentón con aire digno.

—¿Seguro? —me preguntó, pero se apartó lo suficiente para no seguir invadiendo mi espacio personal—. Te prometo no volver a mencionar mis facultades superiores para las carreras de piscardos.

—Aunque quisiera, que no quiero —*lies, lies, lies,* cantaba mi conciencia—, mi boca sabe a pescado ahora mismo.

Cole echó la cabeza hacia atrás y se rio. Cuando por fin consiguió dominarse, me cogió de la mano y me arrastró por el mismo camino por el que habíamos venido.

—Habrá que ponerle solución, ¿no? No puedo dejar que vayas por ahí con el aliento apestando a pescado y, de todas formas, ya es hora de pasar a la siguiente etapa de nuestra gira.

—¡Eh! —Le pegué un manotazo en el brazo—. Quería decir que tengo un sabor desagradable en la boca, no que me huela el aliento.

Mientras caminábamos, Cole me estuvo contando cosas sueltas de su verano: el puesto de encargado en el taller de Tony estaba bien pagado, pero le fastidiaba que le quedaran menos horas para trabajar con los coches; su mejor amigo, Nick, y él hicieron un viaje en coche a Yellowstone y se quedaron atrapados en un atasco de

bisontes; y la monitora de aerobic de la piscina en la que hacía de socorrista, una mujer de casi ochenta años, le pasó su número de teléfono el último día de trabajo de Cole. Llegamos a las gastronetas en un santiamén y él se desvió hacia la que vendía granizados.

—No es una fiesta popular de verdad a menos que te tiñas la boca de azul con un granizado de frambuesa —me dijo.

—Prefiero el de cereza —le contesté por llevarle la contraria. La verdad era que todos los sabores me apetecían.

Cole gimió mientras nos poníamos a la cola.

—Qué aburrido.

—Es un clásico.

—Sí, un clásico aburrido.

—La frambuesa azul ni siquiera es una fruta de verdad.

—El granizado no se hace con fruta de verdad —dijo Cole—. Se hace con siropes. ¿Por qué no reconoces que eres demasiado gallina como para ir por ahí con los labios azules el resto de la noche?

Puse los ojos en blanco.

—Tienes razón. No todos podemos ser la hostia, como tú.

Tardamos otro minuto en llegar al principio de la cola y pedir, pero, una vez que nos dieron los granizados, cogí un puñado de servilletas y me dirigí a una mesa de pícnic vacía. Cole me agarró el codo con suavidad y me arrastró en dirección contraria. Cuando hubimos cruzado las vallas y estuvimos lejos de la fiesta, le miré con perplejidad.

—¿Nos vamos? —le pregunté, aunque la respuesta era evidente. Todavía nos quedaban muchas cosas por ver, como la carpa de música y los puestos de los vendedores.

—Sí —respondió, ya con los labios azules—. Se acabaron las cosas de críos. Ha llegado el momento de divertirse de verdad.



Fuimos andando a un barrio residencial de allí cerca. Las calles estaban flanqueadas de viejos árboles, tan grandes que las ramas proyectaban sombra en toda la acera. Las casas eran antiguas pero bien conservadas, con porches cubiertos, ventanas en saledizo que daban a la calle y cuidados jardines delanteros. Llegamos a un chalet verde aislado del exterior por una valla de madera, al otro lado de la cual retumbaban las notas graves de un bajo. Cole se apartó del camino y cruzó el césped en dirección a la puerta. Levantó la aldaba y abrió de un empujón antes de cederme el paso, y entré en el jardín más encantador que había visto en mi vida.

Un camino de piedras atravesaba la frondosa hierba hacia una zona de patio cubierta por una pérgola con farolillos colgando de las vigas. Había un foso con una fogata rodeado de bancos con almohadones, un jacuzzi de alberca de acero y una hamaca colgando de dos árboles. Por todas partes vi a gente que conocía del instituto, algunos jugando a los dardos con latas de cerveza y otros reunidos alrededor de la hoguera, aunque la mayoría se había congregado en el patio, donde charlaban y reían.

Llegar a la fiesta con Cole me recordó todas las veces que habíamos recorrido juntos los pasillos entre clase y clase; allá donde íbamos, llamaba la atención sin proponérselo. Las cabezas se giraban, la gente le saludaba y las sonrisas se sucedían a su paso. La diferencia fue que esta noche me saludaban a mí también, algunos con un gesto de la cabeza, otros con un hola amistoso. El

contraste con el primer mes que pasé en Colorado era enorme. Entonces me miraban fijamente y me buscaban los defectos por ser la chica nueva. La sensación de ser aceptada era reconfortante y, con un poco de suerte, un indicativo de que el nuevo año escolar no sería tan malo como el pasado.

—¿Patio o fogata? —me preguntó Cole después de saludar a sus colegas del fútbol.

Atisbé a Kim acurrucada en el regazo de Alex en un sofá de exterior y dudé.

—Hum…

Cole siguió la trayectoria de mi mirada, avistó a su hermano y corrigió nuestro rumbo.

—Fogata —decidió, pero daba igual dónde fuéramos, porque todos eran sus amigos.

Reconocí a la mayoría de la gente que estaba en torno a la hoguera porque había hecho pellas con ellos la primavera pasada. Aparte de Nick, había un chico con un piercing en el labio que se llamaba Joe, aunque prefería que le llamaran Jet; su hermana mayor, Molly, y la mejor amiga de Molly, Kate, que se había teñido de morado el mechón que antes llevaba rosa. Luego estaban los dos defensas del equipo de fútbol cuyos nombres yo siempre confundía. ¿Ryan y Tim? O puede que se llamaran Bryan y Jim.

—¡Cole, has venido!

Kate se levantó de un salto y le echó los brazos al cuello antes de sorprenderme con un abrazo a mí también.

—Hola, Jackie. ¿De vuelta para el curso escolar?

—Sí —contesté, y negué con la cabeza cuando Nick me ofreció en silencio una cerveza—. Llegué ayer.

—Uf, qué envidia me das —dijo a la vez que se acomodaba en el regazo de Jim/Tim para hacernos hueco a Cole y a mí—. Ojalá pudiera coger un avión y pasar el verano en algún sitio divertido como Nueva York.

Dudaba que los dos cupiéramos en el espacio que nos habían dejado. Cole se sentó y, cuando yo titubeé, puso los ojos en blanco, me acomodó a su lado y pasó el brazo por el respaldo del banco. Una vez que estuve sentada (y haciendo esfuerzos por hacer caso omiso de su cuerpo pegado al mío del hombro a la rodilla), aceptó la cerveza que le ofrecía Nick y la abrió con una sola mano.

—Kate —le dijo Molly con una mirada de reproche—, no fastidies. Te marchas a la Universidad del Sur de California en menos de una semana mientras que los demás tendremos que conformarnos con las universidades cutres de por aquí.

Nick tomó la palabra.

—En realidad yo voy a ir a…

—La UF, ya lo sabemos —dijo Bryan/Ryan—. Nos lo has dicho un millón de veces. Si nos vuelves a vacilar una vez más con la Universidad de Florida, me tiro al jacuzzi y me ahogo.

—Algunos aún tenemos que terminar el instituto —gruñó Jet por lo bajo.

—¿En qué universo Boulder es una universidad cutre? —preguntó Kate—. Es la más grande de Colorado, literalmente. Solo estás enfadada porque no has entrado en Berkeley.

Un chico de pelo castaño y rizado que yo no conocía rodeó los hombros de Molly con el brazo y buscó un momento la mirada de Cole antes de ofrecerle a ella una sonrisa compasiva.

—Eh, anímate. Lo vamos a pasar bomba los tres.

Molly suspiró y apoyó la cabeza en el pecho del chico.

—Sí, ya lo sé. —Guardó silencio un momento antes de volverse hacia Cole—. ¿Cuándo te vas a mudar a la residencia universitaria?

Cole bebió un trago de cerveza antes de responder.

—Este jueves. ¿Y tú?

Aunque no pensaba dejar que lo nuestro pasara a mayores, me dio un vuelco el corazón al oír su respuesta. En menos de una semana Cole se habría marchado.



La conversación sobre la universidad se prolongó hasta la noche y, aunque yo no podía aportar gran cosa porque todavía me quedaban dos años de instituto, me conformé con escuchar. Cole también estaba muy callado, algo que era raro en él; solamente intervenía cuando le hacían una pregunta. Se pasó la noche mirando el fuego y dibujándome formas en el brazo con aire distraído.

—Eh —susurré dándole un codazo suave—. ¿Va todo bien?

—Lo siento. Te he prometido una noche divertida, pero —bostezó — estoy hecho polvo.

—No pasa nada. ¿Por qué no te vas a casa y descansas?

—Pero por fin estás aquí —dijo enterrando la cara en mi pelo con una sonrisa adormilada— y quería… Ay, por Dios, hueles a vainilla y a cítricos. ¿Es el champú?

—Perfume —respondí, y él asintió con un murmullo.

Me quedé esperando a que me explicara lo que quería, pero bostezó de nuevo en vez de seguir hablando y se acurrucó contra mí como si se dispusiera a echar una cabezadita.

—Cole, ¿sigues aquí?

La fiesta languidecía, pero en el patio alguien chilló de risa.

—No —gruñó—, así que irme a la cama no es una idea tan mala, supongo, pero ¿cómo volverás al rancho? ¿Necesitas que te lleve?

—Alex me llevará.

Le busqué con la mirada, pero Kim y él debían de haberse marchado en algún momento, porque no los veía por ninguna parte.

Eso espabiló a Cole.

—No, ni hablar.

Se despegó de mí, apuró el resto de la cerveza y se levantó con energía renovada.

—Vamos —me dijo a la vez que me ofrecía una mano para que me pusiera de pie—. Te llevo a casa.

Abrí la boca para responder, pero en sus ojos brillaba la determinación. Siempre se portaba como un bobo cabezota e impulsivo en las cosas que guardaban relación con su hermano, así que no me molesté en discutir. Nos despedimos y todos sus amigos prometieron que nos volveríamos a ver antes de que se marcharan a sus universidades respectivas. Recorrimos paseando el breve trayecto hasta la Gas Exchange, donde estaba aparcado el Buick. Para cuando llegamos al rancho eran casi las diez.

Cole aparcó junto al cobertizo y apagó el motor.

—No parece que haya vuelto nadie todavía —dijo echando un vistazo a la casa.

Todas las luces estaban apagadas, y eso significaba que Katherine, George y los pequeños, o bien seguían en la fiesta, o bien ya se habían acostado.

—Sabes dónde está la llave, ¿verdad?

—Pegada debajo del columpio del porche, pero no creo que la necesite. Conociendo a tu madre, habrá dejado abierta la puerta trasera.

—Seguramente. —Cole se frotó la nuca y suspiró—. Mira, lo de esta noche… Perdona si la fiesta popular te ha parecido una bobada y por haberme casi quedado frito después, pero me he pasado el verano trabajando. Estoy funcionando en reserva ahora mismo.

—Has compartido recuerdos de infancia conmigo. ¿Por qué iba a parecerme una bobada? —le dije con sinceridad. Era posible que Cole Walter se portase como un idiota en ocasiones, pero también era un chico muy dulce, sobre todo cuando no competía con Alex para fastidiarse mutuamente—. Me alegro de haber podido pasar un rato contigo.

Alargó la mano por encima de la consola del coche y entrelazamos los dedos.

—¿Lo dices de verdad?

—Te lo prometo —le aseguré mientras él me deslizaba el pulgar por los nudillos. Había estado supercariñoso toda la noche, más que nunca, y con cada roce y suave caricia me sentía como si tuviera electricidad en el cuerpo. El ambiente estaba cargado y comprendí que tenía que alejarme antes de que hiciera algo de lo que me arrepentiría más tarde.

—Voy a entrar. ¿Nos vemos mañana en la cena?

—Sí, allí estaré —respondió, pero cuando intenté separarme, me aferró con fuerza.

—Esto… ¿Cole?

Necesitaba la mano para marcharme. Miré de reojo nuestros dedos entrelazados y luego otra vez a él. Su manera de observarme

me provocó un nudo en la garganta. A pesar de la oscuridad, sus ojos me atravesaban.

—¿Hablaremos entonces? —me preguntó—. ¿De tu verano y todo eso?

Carraspeé para aclararme la garganta, pero la voz me salió ronca igualmente.

—S-sí. Duerme un poco, ¿vale?

Cole asintió y esta vez me soltó la mano cuando intenté retirarla. Le dediqué una sonrisa y le di las gracias por llevarme a casa; luego desabroché el cinturón del asiento y me dispuse a abrir la portezuela.

—Jackie, espera —me dijo aferrándome el brazo.

Me volví a mirarle por encima del hombro, y Cole se inclinó hacia delante para posar los labios en los míos.

Tres

Lo cierto es que el verano no había sido fácil. No me esperaba que volver a una ciudad que adoraba resultara tan complicado. Cuando Katherine me propuso que regresase a Nueva York en junio, acepté sin pensarlo dos veces. No podía dejar escapar esa oportunidad.

Sin embargo, una de las primeras cosas con las que me encontré fue la cantidad de recuerdos que me esperaban allí. Estar de nuevo en el apartamento de Nueva York me hizo ser consciente de que nunca volvería a mirar las noticias de la noche con mi padre ni a ayudar a mi madre a elegir el tejido para un nuevo diseño. No volvería a robarle un top a Lucy, ni oiría su risa ni me acurrucaría con ella en el sofá para otra maratón de *Crepúsculo*. Pensaba que había superado lo peor del duelo, que me estaba recuperando bien, pero el dolor me arrastró otra vez como una ola.

Pero aún había más. Parece ser que estaba demasiado abrumada como para pensar en lo que sentía por Cole, y mucho menos para hablar con él. No podía. No mientras estar de nuevo en mi casa fuera como vivir rodeada de fantasmas a diario. Para cuando los sentimientos perdieron intensidad y pude recomponerme, había pasado tanto tiempo que empezaron a invadirme las dudas. Cole era guapísimo, eso no podía negarlo, y había química entre los dos. Por si fuera poco, siempre sabía qué decir para hacer que me derritiese,

pero también podía ser cruel y mezquino cuando le convenía. ¿Aún querría hablar conmigo después de mi largo mutis? ¿Nuestra conexión era real o yo había sido víctima del efecto Cole, como Riley y Heather me advirtieron que sucedería?

Cuanto más lo pensaba, más aumentaban mis conjeturas. Porque, si mis sentimientos no eran tan fuertes como yo creía al principio, ¿lo serían los de Cole? ¿Podía fiarme de que fueran sinceros o quizá me consideraba su nuevo juguete, una chica más en una larga lista, cuya proximidad le facilitaba las cosas?

Ahora, al besarle, supe que nuestros sentimientos eran auténticos.

Empezó siendo un beso recatado —solo un roce de sus labios contra los míos para probar la temperatura del agua—, pero bastó con eso para romper las últimas hebras del poco autocontrol que me quedaba. Como si tuviera vida propia, mi mano le rodeó la nuca y fue el impulso que Cole necesitaba para atraerme contra su cuerpo y fundir su boca con la mía. Debía de haberse comido un caramelo de camino a casa, porque su sabor era a canela y azúcar, y no a la cerveza que había bebido en la fiesta. No sabía si sentirme halagada o molesta por la premeditación.

Cuando me deslizó los dientes por el labio inferior y me lo mordió, una descarga eléctrica me recorrió las venas. Deseosa de más, le tiré del pelo, y él respondió aferrándome por la cintura y estrujándome.

—Ven aquí —me dijo con voz ronca, y me arrastró con cuidado por encima de la consola central. Hicieron falta unas pocas maniobras, pero una vez que me tuvo sentada a horcajadas sobre su regazo, capturó mi boca con otro beso ardiente que me arrebató el aliento. Jugueteó con el borde de mi camiseta y de vez en cuando se

atrevió a explorar por debajo, pero solo cuando sus labios se despegaron de los míos y empezaron a recorrer el lateral de mi cuello, mi aturdido cerebro reaccionó por fin.

«¡Ay, Dios mío! ¿Qué narices estoy haciendo?».

—¡Cole, para! —le dije jadeando para recuperar el aliento—. Tengo que irme.

Se recostó contra el asiento respirando deprisa, con los labios hinchados y brillantes, y soltó una risa queda como si yo hubiera dicho algo gracioso.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada —dijo con una sonrisilla en las comisuras de los labios mientras negaba con la cabeza—. Es que… pareces Cenicienta; siempre escapando de mí.

No supe qué decir.

—Tu familia debe de estar a punto de llegar.

Con un suspiro, Cole me plantó un último beso en la frente y me soltó las caderas.

—Buenas noches, Jackie —me dijo a la vez que me abría la portezuela—. Volveré mañana para la cena.

—Vale. —Me levanté de su regazo y salí del coche. La gravilla crujió bajo mis pies—. Nos vemos entonces.

Cuando se marchó, crucé el jardín y subí pesadamente los peldaños del porche. Con los ojos clavados en el móvil, le escribí un mensaje a Alex para decirle que no me esperase. Un búho ululó en alguna parte, invisible en la oscuridad.

—Vaya, qué rápidos sois.

Grité y, sin pensarlo, lancé el teléfono hacia la zona de la que salía la voz. Alguien soltó una maldición mientras el dispositivo rebotaba

contra el muro de la casa y caía al suelo. La linterna de un móvil se encendió dos segundos más tarde y vi a Isaac. Estaba repantingado en una de las butacas Adirondack vestido solo con unos calzoncillos y unas chanclas de piscina. A su lado, sobre una mesa, había un encendedor, un paquete de cigarrillos y una bolsa de hielo seco.

—¡Por Dios, Jackie! Casi me arrancas la cabeza.

—¡Isaac! —exclamé llevándome una mano al corazón. Me latía tan rápido que notaba el pulso en el cuello—. ¡Me has provocado un infarto!

—No sé de qué te quejas. —Se frotó el hombro e hizo una mueca —. A ti no te han disparado un móvil a la cabeza.

—Perdona.

Vi mi teléfono en el suelo, a su izquierda. Lo recogí y lo inspeccioné para ver si había sufrido daños. Por suerte la funda había hecho su trabajo.

—No sabía que hubiera alguien aquí fuera.

Alargó la mano hacia los cigarrillos.

—Eso ha sido obvio desde el instante en que Cole y tú habéis decidido montar un espectáculo.

A juzgar por su mueca maliciosa, Isaac pretendía sacarme de quicio, pero saberlo no impidió que me entraran ganas de estrangularlo.

—¿Y te has quedado sentado en la oscuridad observándonos como un pervertido?

—Bah, tranqui.

Encendió un cigarrillo y dio una larga calada antes de mirarme a los ojos con una sonrisilla.

—Eres mona, pero no me interesa ver cómo te tiras a mi primo.

—Yo no me he… ¡No lo hemos hecho! —repliqué balbuceante.

Isaac resopló.

—Madre mía, mira cómo te picas. Estás desentrenada, Jackie.

Cruzándome de brazos, me recosté en la barandilla del porche delante de él.

—¿Tienes algún motivo especial para portarte como un imbécil?

—¿Aparte de que me hayas tirado un teléfono a la cabeza? Deberías dar gracias de que haya sido yo el que ha presenciado tu numerito y no otra persona. ¿Te imaginas que te pillara mi tía? Le daría algo. —Isaac giró la cabeza a un lado y sopló una gran bocanada de humo—. Te lo aviso, está de un humor de perros últimamente —añadió.

Había pasado muchas noches de insomnio planteándome una posible relación con Cole. La había contemplado desde todos los ángulos, sopesando los pros y los contras, o eso pensaba. Alex era un factor para tener en cuenta, pero nunca incluí al resto de los Walter, y eso había sido un descuido imperdonable por mi parte. Dudaba mucho que Katherine diera saltos de alegría si me encontraba sentada a horcajadas encima de su hijo y besándole como si no hubiera un mañana. Tampoco daría saltos de alegría si pillaba a Isaac fumando, aunque no me molesté en señalárselo. Era un milagro que nunca le hubiera pescado, pues el olor era inconfundible, pero yo sospechaba que Katherine no lo sabía porque George se fumaba un cigarrillo a escondidas de vez en cuando.

—¿Ah, sí? —le pregunté obviando el brote de pánico que se desplegaba en mi estómago—. ¿O solo estás resentido porque te ha castigado y te has perdido ese «rollo sanote» en el que tú, por ser tan guay, no querías participar?

—Por fin. —Isaac sujetó el cigarrillo con los labios y me aplaudió despacio—. Eso está mejor. Si te esfuerzas un poco más, seguro que dentro de nada estarás machacando a la gente y rompiéndoles el corazón a mis primos como antes.

Empezaba a dolerme la cabeza, así que le dejé ganar ese asalto.

—Lo que tú digas, Isaac. Estoy demasiado cansada para aguantar tus chorradas. Me voy a dormir.

—Dulces sueños —respondió en un tono empalagoso y burlón.

—Que te den.

—Pensaba que el rollo sexual era cosa de Cole.

Le lancé a Isaac una mirada larga y reflexiva. Algo iba mal. Había tensión en su manera de comportarse y sus palabras eran más hirientes de lo habitual.

—Es posible que yo esté desentrenada o lo que sea, pero estás raro. Antes no eras tan idiota.

—A lo mejor es que aún no me conocías bien. —Apagó el cigarrillo en la mesa—. Tengo una idea… Cuando te canses de Cole y te apetezca probar con otro de nosotros, dímelo. Seguro que podríamos pasar un buen rato «familiarizándonos» mutuamente.

Era casi cómico; esta noche todo había discurrido al revés de lo que me esperaba. Me había preparado para soportar la ira de Cole en algún momento —podía ser muy cruel cuando no se salía con la suya—, pero solo me había ofrecido comprensión, amabilidad y besos de los que quitan el aliento. En cambio, no me esperaba el veneno de Isaac. En el fondo sabía que no estaba enfadado conmigo, pero le había pillado en un mal momento y estaba pagando conmigo la rabia que llevaba dentro.

Los haces de unos faros iluminaron el porche y, cuando miré por encima del hombro, vi la furgoneta de Katherine subiendo por el camino.

—Vale, me voy adentro —le dije separándome de la barandilla—. Te dejo para que puedas comerte el coco con lo que sea que esté reconcomiéndote.

Isaac no dijo nada mientras me encaminaba a la puerta principal, pero notaba sus ojos clavados en mí cuando entré y dejé que la mosquitera se cerrara sola.

Puede que no mereciera sus pequeñas pullas, pero en una cosa tenía razón: Cole y yo habíamos tenido suerte de que no nos pillaran.



Era la misma pesadilla de siempre, la del accidente de mi familia.

Mi madre y mi padre viajaban en los asientos delanteros, mientras que Lucy y yo compartíamos unos auriculares detrás para no tener que escuchar el rollo de conversación que ellos tenían.

A juzgar por el paisaje, estábamos en el norte del estado de Nueva York, ¿quizá en el lago George? El cielo estaba despejado y la nubecilla verde claro de los nuevos brotes envolvía las ramas de los árboles. Esos eran los detalles que me inquietaban cada vez que me despertaba, porque no eran correctos. Mi familia murió en invierno, pero en el sueño era primavera, y el accidente ocurrió en la ciudad, no en una carretera sinuosa y pintoresca. Era extraño que los sueños distorsionaran la realidad y emanaran tanta autenticidad al mismo tiempo.

Cuando la canción terminaba, yo sabía lo que se avecinaba.

Mi cinturón de seguridad se soltaba como hacía siempre, pero yo no me molestaba en abrocharlo de nuevo. Por más veces que lo intentara, siempre volvía a desabrocharse. A continuación, en un abrir y cerrar de ojos, yo estaba de pie en el arcén. Los árboles se marchitaban y morían, y el cielo se tornaba negro y tormentoso.

El coche pasaba a toda velocidad y yo veía a mi familia por última vez antes de que la carretera se abriera como un desfiladero y los tres cayeran por el borde y me dejaran atrás para siempre.

Pero esta vez no era el flamante BMW de mi padre el que pasaba a toda pastilla por mi lado. Era una vieja furgoneta con un adhesivo en el parachoques en el que se leía ORGULLOSA MADRE DE UN ALUMNO DE MATRÍCULA y una abolladura en la parte trasera. El pánico se apoderaba de mi pecho al ver las caras que tan bien conocía en el interior: Katherine, Nathan, Parker, Alex y…

Me desperté de golpe, resollando de la impresión.

¿A qué narices había venido eso?

Si dijera que el sueño me puso los pelos de punta, me quedaría corta. Di vueltas en la cama durante el resto de la noche, pero no podía sacarme la imagen de la cabeza: Katherine acompañada de todos los Walter circulando a toda velocidad hacia el mismo final aterrador que había sufrido mi familia. Era un giro cruel de la tortura a la que me sometía mi inconsciente de tanto en tanto, así que, cuando por fin el día asomó y mi habitación se inundó de la luz violeta del alba, di gracias al cielo. Me levanté tan pronto como sonó

el despertador, me puse la ropa de deporte y corrí abajo con un ansia que solía brillar por su ausencia en mi rutina matutina.

El running y yo manteníamos una relación de amor-odio: los primeros quince o veinte minutos eran un infierno absoluto, y yo detesto sudar, pero era mi catarsis. Lo que empezó siendo un método para estar en forma se transformó en una válvula de escape, una manera de canalizar y quemar mi energía nerviosa. Nada me ayudaba más a calmarme y a despejarme la cabeza que una carrera larga y agotadora.

Mientras esperaba a Nathan haciendo estiramientos en el porche me quedé mirando la luz del amanecer que inundaba el horizonte y se derramaba sobre el rancho. Cuando pasaban quince minutos de la hora a la que normalmente salíamos a correr, supuse que Nathan tampoco se presentaría y me marché sin él. Su ausencia era inquietante, pero ya me preocuparía por eso más tarde. Emprendí la carrera por la ruta de siempre y me concentré en poner un pie delante del otro.

No paré hasta llegar a lo alto de la colina que ascendía en el otro extremo del terreno, donde me tumbé entre la hierba del campo para recuperar el aliento. En ese lugar exacto Cole y yo estuvimos contemplando el ocaso a lomos de un caballo la primera semana que pasé con los Walter. El recuerdo me hizo sonreír. No debería haber dejado que me besara anoche, pero desde el momento en que nos conocimos Cole demostró tener un don para que cayera rendida a sus pies, y ayer no fue una excepción. Mi plan de disculparme por haber pasado de él todo el verano y luego desengañarle con suavidad se había esfumado tan pronto como le vi aparecer en la

fiesta popular. Largarme con él y todo lo que vino después fue un error más que sumar a mi lista, por el que tendría que disculparme.

Si la noche anterior me había enseñado una cosa era que los dos sentíamos algo por el otro. Pero esos sentimientos solo eran un motivo más que sumar a la lista de razones por las que no estaba bien iniciar una relación con Cole. Cualquier cosa que no fuera una amistad podría hacerle daño. Por fin me había resignado a afrontar el proceso de duelo, pero aún tenía un largo camino por delante. Un verano no bastaba, ni mucho menos.



—No me lo puedo creer —exclamó Parker negando con la cabeza mientras miraba fijamente la pantalla. Tenía la boca abierta y bajó la vista al mando como si este tuviera la culpa de que hubiera perdido.

Yo levanté el dedo índice y soplé como para disipar el humo de un disparo.

—Pues será mejor que te lo creas, P-Walt.

Durante el desayuno, los Walter más jóvenes me habían engatusado para que los acompañara a la piscina, ya que no les dejaban bañarse si no había un adulto o alguno de los mayores presente. Isaac, Alex y Lee abandonaron la cocina tan pronto como Zack mencionó la natación, pero yo fui tan incauta como para dejarme embaucar por su encantadora sonrisa. Tras eso, pasé una hora muy agradable relajándome al sol mientras Benny, Parker y él jugaban a Marco Polo, seguida de cuatro interminables horas más durante las cuales recurrí a todos los trucos habidos y por haber para sacarlos de la piscina.

En cierto momento oí la risa de Isaac, que me veía pasarlas canutas desde la ventana de su dormitorio. Alex fue tan amable de traerme un sándwich a primera hora de la tarde, pero estropeó el detalle al preguntarme si había aprendido la lección. Ni siquiera Katherine o George acudieron a mi rescate. Parker accedió por fin a convencer a los gemelos terroríficos de que fueran a los columpios, pero solo si jugaba con ella a *Mario Kart.*

Me vengué machacándola cinco veces seguidas.

—No lo entiendo —repitió por tercera vez—. Juegas fatal.

—Me conozco de memoria hasta la última curva de la Senda Arcoíris, Parker. No es verdad que juego mal. —Me levanté del puf de pera para guardar el mando—. Si perdí las otras veces fue porque te dejé ganar.

Eso la desconcertó aún más que todas mis victorias.

—Pero… ¿por qué?

La pregunta era sincera; no entendía por qué alguien podía estar dispuesto a perder voluntariamente. Basándome en las conversaciones que habíamos mantenido y en las interacciones entre Parker y sus hermanos que había presenciado, sospechaba que ella tenía la sensación de que ser la única chica de la familia le exigía demostrar que estaba a la altura. No podía limitarse a existir. Tenía que ser la más rápida, la más dura, la más lista y, por lo tanto, no podía perder. Como perfeccionista en recuperación, yo entendía esa lógica, aunque conociera sus deficiencias. ¿Acaso no me había pasado años imitando a mi padre para que mis padres se sintieran orgullosos? Hacía poco había descubierto que tratar de estar a la altura de imaginarias expectativas ajenas era una tarea imposible.

Con un poco de suerte, con el tiempo, podría enseñarle a Parker que bastaba con que fuera ella misma.

—Quería que fuéramos amigas —le confesé, porque hay que predicar con el ejemplo y todo eso.

—Vaaale. —Su tono sugería que mi respuesta era una tontería—. ¿Eso significa que ya no quieres que seamos amigas?

—Exacto. —Una sonrisa se dibujó despacio en mi cara—. Como hermana mayor, he decidido que es más importante enseñarle a mi hermana pequeña un poco de esa humildad que tanta falta le hace.

La emoción chispeó en sus ojos.

—¿Y me podrías enseñar a ganar a todo el mundo en vez de eso?

Alex, que debía de haber oído parte de nuestra conversación, entró en la habitación.

—Ni se te ocurra. —Me apuntó con un dedo—. No permitiré que les transmitas tus superpoderes a mis hermanos pequeños. Me niego a perder el título de mejor *gamer* de la casa.

Parker me miró con asombro.

—¿También le has ganado a él?

Mi sonrisa se agrandó aún más.

—Le pegué una paliza.

—¡Eh! —exclamó Alex—. Eso no fue lo que…

—¡NO ERES MI PADRE, ASÍ QUE DEJA DE PORTARTE COMO SI LO FUERAS!

Alex, Parker y yo nos quedamos paralizados al oír la voz rabiosa de Isaac. La casa se quedó en silencio un segundo y luego George le gritó algo que no pudimos distinguir. Varias puertas se abrieron en el pasillo. Nathan, Lee, Zack y Benny salieron de sus habitaciones para averiguar qué estaba pasando. Todos nos acercamos al rellano de la

primera planta, donde Jack y Jordan ya estaban apostados. Aunque no se veía nada desde ahí arriba, la cámara ya estaba grabando.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras los gritos continuaban.

—Isaac se hizo un tatuaje mientras todo el mundo estaba en la fiesta —susurró Jordan en un tono de asombro reverencial.

—Qué idiota —dijo Lee con cariño negando con la cabeza—. ¿Qué se ha tatuado?

—No he podido verlo bien porque papá nos ha echado de la cocina —explicó Jack mientras se ajustaba las gafas—. Pero se lo ha hecho en el omóplato. Mamá se ha enfadado porque Isaac no podía salir de casa, pero la bronca no ha estallado hasta que ella ha empezado a sermonearle diciendo no sé qué de alterar el cuerpo de por vida y tomar decisiones que lamentará más adelante. Isaac ha dicho, y cito literalmente: «Tranqui, tía Kathy. Tendrías que sacarte el palo del culo». Papá estaba tranquilo hasta ese momento, pero entonces se ha puesto como una fiera.

George e Isaac seguían intercambiando gritos cuando apareció alguien al pie de las escaleras. Nos apartamos de un salto, porque no queríamos que nos pillaran espiando, pero solo era Cole. Todos se relajaron al verle menos yo. No me esperaba que viniera a casa hasta la hora de la cena.

—¿Lo has visto? —preguntó Benny casi dando saltitos sobre un pie y sobre el otro mientras Cole subía las escaleras—. ¿Has visto el tatuaje? ¿Es guay? ¿Qué es?

—Una sirena montada en un narval —le soltó Cole.

—Mentira —replicó Alex por lo bajo.

—Sí —intervino Parker—. ¡Dinos qué es!

—Lo que tendríais que hacer es meteros en vuestros asuntos —respondió Cole, como si la invasión de la intimidad no fuera algo habitual en el hogar de los Walter.

Le habría señalado la hipocresía de sus palabras —¿cuántas veces me habían espiado o me habían grabado sin mi permiso?—, pero, a juzgar por su talante tenso, la situación abajo era más grave de lo que parecía. A continuación, añadió:

—Volved a vuestras habitaciones antes de que mamá salga. Hoy no está para tonterías.

—¿Qué es un narval? —preguntó Zack, que no había captado la tensión del ambiente.

Alex se rio y revolvió el pelo de su hermano con cariño.

—Es un unicornio marino.

Abajo, en la cocina, cesaron los gritos. Si la advertencia de Cole no había bastado, el súbito silencio sin duda fue suficiente. Todo el mundo supo por instinto que había llegado el momento de evaporarse.

—¿Cole ha dicho la verdad? —susurró Benny mientras el grupo se dispersaba.

—Lo dudo, colega —contestó Nathan reprimiendo una sonrisa a la vez que le empujaba con suavidad—. Isaac no es de los que se tatúan sirenas.

Las conversaciones se apagaron, las puertas se cerraron y de repente me quedé a solas con Cole en el rellano. Se me aceleró el corazón. Había llegado el momento: por fin íbamos a mantener esa conversación que tanta falta nos hacía, pero, en vez de experimentar alivio, me sentía como una criminal de camino a su ejecución. Por suerte él no se percató de que estaba nerviosa. Se pasó una mano

por la cara y luego me rodeó con el brazo. Si después de esta noche no me odiaba, tendríamos que establecer unos límites muy claros. Sin embargo, de momento, dejé que me atrajera hacia su cuerpo. Suspiró y la tensión le abandonó cuando me tuvo entre los brazos.

—Hueles a cloro —dijo a modo de saludo—. ¿Esos gamberretes te han embaucado para que te quedaras en la piscina con ellos?

¿Gamberretes? Más bien engendros diabólicos.

—Puede —refunfuñé.

Cole rio por lo bajo y me recorrió un estremecimiento de placer cuando noté su torso escultural contra el mío.

—Anímate, Jackie. Todos hemos pasado por eso.

—Exacto —le dije a la vez que me apartaba—. Todos habéis tenido una vida entera para aprender, pero ¿alguien se ha molestado en prevenirme? Pues claro que no. Sería un detalle que alguien me avisara de vez en cuando en lugar de sacar las palomitas y reírse a mi costa.

—Pero entonces nunca aprenderías —respondió tocándome la nariz—. Venga, vamos a un sitio más tranquilo.

Fruncí el ceño, pero le seguí por el pasillo. Para llenar el silencio, Cole me describió el tatuaje de Isaac con todo detalle. Como estaba demasiado nerviosa para prestarle mucha atención, solo capté cosas sueltas. Algo con plumas. ¿O era fuego?

Cuando llegamos al estudio de pintura, Cole se acomodó en mi cama. Había espacio de sobra para los dos en el colchón, pero necesitaba guardar las distancias, así que me senté en la silla del escritorio. Si no lo hacía, temía que la conversación no discurriera como yo quería… otra vez. Lo sucedido anoche en su coche era

prueba más que suficiente de que mi cerebro se iría de vacaciones si me ponía las manos encima.

—¿No te vas a sentar conmigo? —me preguntó mientras ponía un brazo por detrás de la cabeza.

—Estoy bien aquí, gracias —respondí haciendo un esfuerzo para mirarle a la cara y no a la deliciosa extensión de su bíceps.

—Te prometo que me portaré bien. —El tono acaramelado de su voz decía otra cosa, así que negué con la cabeza—. Allá tú, pero tengo una noticia muy emocionante que darte y no creo que te quieras quedar ahí una vez que la hayas oído.

Noté un pequeño revuelo en el pecho y estuve a punto de gemir de frustración. Me lo estaba poniendo difícil sin intentarlo siquiera.

—Antes tengo que decirte una cosa —le dije obligándome a permanecer quieta a pesar de la acuciante necesidad que sentía de revolverme en el sitio.

—Vale, dispara.

Hice de tripas corazón y empecé a soltarle el discurso que había preparado.

—Cole, quiero disculparme por cómo te he tratado este verano. Tendría que haber hablado contigo en lugar de evitarte, pero…

—Jackie. —Parecía divertido y exasperado a partes iguales—. Ya te lo he dicho, no tienes que darme explicaciones.

—Ya lo sé, pero es importante para mí que me entiendas. Si no…

Dejé la frase en suspenso. Me temblaba la voz cuando las palabras que había ensayado se negaron a salir.

Sus cejas dibujaron una V.

—¿Qué tengo que entender?

—Por qué no puedo estar contigo —susurré. El sentimiento de culpa y los remordimientos se me anudaban en el pecho, pero sabía que estaba haciendo lo correcto. No solo para mí, sino para los dos.

Cole lanzó una carcajada explosiva.

—Qué graciosa eres —dijo, pero al ver que yo no respondía, le flaqueó la sonrisa y se incorporó—. Un momento, ¿hablas en serio?

Me escocían los ojos por las lágrimas que estaba conteniendo y asentí.

—Ya sabes que siento algo por ti, Cole. Eso no lo puedo negar, pero… no estoy bien. Ojalá pudiera dejar la pena atrás y concentrarme en nosotros, pero todavía sufro ansiedad y horribles pesadillas y… mierda, a veces me duele el mero hecho de respirar. —Cole me observaba con una mirada tan penetrante que tuve que apartar los ojos—. Yo… no tengo la capacidad emocional para dar prioridad a una relación cuando algunos días se me va la olla por detalles insignificantes. No sería justo, y me importas demasiado como para hacerte eso.

—Yo podría ayudarte. —Se levantó de la cama de un salto, me rodeó las manos con las suyas y se arrodilló a mis pies—. Los días más duros. Quiero ayudarte, Jackie, solo tienes que dejar que lo haga.

La sinceridad de su oferta me quitó el aliento y me traspasó el corazón. Podía enfrentarme a un Cole sulfurado, de hecho, esperaba que se pusiera en ese plan, pero esta versión suya tan delicada y dulce… Verle así me destrozó y las lágrimas que estaba reprimiendo me resbalaron por las mejillas.

—Es posible que pudieras, pero esto tengo que hacerlo sola —respondí apartando las manos—. Además, esta semana te marchas a

la universidad y yo tengo que concentrarme en entrar en Princeton. No puedo dejar que nada me distraiga.

Se tensó al oír esas palabras.

—¿Me consideras una distracción?

—Yo no he… O sea, no. No exactamente. Es que…

Vacilé, porque no sabía cómo explicarle lo que me pasaba sin hacerle daño. Que hubiera usado a Cole para no prestar atención a mi dolor no era lo mismo que considerarlo una distracción. Pero él lo interpretaría de ese modo, daba igual cómo formulase la frase, así que di un rodeo.

—¿Te acuerdas de lo que dijiste al principio del verano? ¿Eso de que nunca encontrábamos el momento perfecto? —Me sorbí la nariz y me la enjugué—. Todavía no lo es.

Cole era una persona expresiva por naturaleza. Si algo le molestaba, se le dilataban las narinas o apretaba los dientes. La emoción le iluminaba los ojos y la decepción se los velaba. Por lo general era todo confianza y sonrisas maliciosas, así que me encantaba verle fruncir el ceño cuando estaba desconcertado, porque entonces atisbaba ese lado suyo más sensible y menos artificial que encontraba adorable. Por eso, ver que cualquier rastro de emoción desaparecía de su rostro me provocó una sensación de ahogo.

—Si eso es lo que piensas, muy bien.

Se levantó a toda prisa y se dio media vuelta.

—¡Cole, espera! —Me puse de pie tan rápidamente que estuve a punto de caer de bruces al suelo—. ¿No podemos hablarlo?

—¿Hablar qué? —El tono frío de su voz me detuvo en seco—. No hay nada más que decir.

El silencio que reinaba en la cocina cuando todo el mundo se sentó a cenar era inquietante.

Yo ocupé mi sitio de costumbre y fingí que no me importaba que Cole se desplazara a la otra punta de la mesa. A pesar de la distancia notaba las olas de furia que proyectaba. Exceptuando a Nathan, cuyos ojos pasaban de uno a otro, nadie se dio cuenta de que algo iba mal entre Cole y yo. Los pequeños estaban rendidos después de haberse pasado todo el día en la piscina, y los demás estaban pendientes de Katherine. Había una tensión en su rostro que nos inducía a proceder con cautela.

Nadie se atrevía a mirar a Isaac, que estaba hundido en su sitio habitual entre Lee y Alex con expresión resentida.

La conversación se fue animando poco a poco a medida que circularon los platos, pero era una charla comedida, que no llegaba a alcanzar los niveles de bullicio habituales. Cuando Cole carraspeó hacia el final de la cena, me dio un vuelco el estómago. No tenía ni idea de lo que iba a decir, pero presentía que no sería nada bueno.

—El contrato del apartamento de Will termina esta semana —anunció en cuanto tuvo claro que todo el mundo le prestaba atención.

Me acordé del día que Cole había recogido sus cosas y se había marchado durante la fiesta de graduación que dieron Danny y él. Después de la boda, Will se mudó a vivir con Haley, porque ella tenía un apartamento más bonito y espacioso. Will pensó que sería un engorro buscar a alguien que subarrendase su casa durante tres meses, por lo que le ofreció a su hermano ocupar su antiguo

apartamento durante el verano, sin coste. El arreglo parecía perfecto: Cole estaba más cerca de su empleo en el taller y el contrato finalizaría justo cuando tendría que mudarse a Boulder para empezar el primer semestre.

—¿Necesitas ayuda para mudarte a la residencia de estudiantes? —preguntó George.

—Sobre eso… —empezó Cole—. Después de pensarlo mucho, he decidido que no me matricularé todavía. No quiero pedir un crédito estudiantil y endeudarme hasta las cejas, y de momento no puedo pagar la matrícula. Estoy ganando bastante dinero ahora que Tony me ha ascendido a encargado; así que me pasaré un año trabajando y podré ahorrar para la universidad.

Katherine lo miró en silencio, dejó el vaso de agua en la mesa y asintió con un gesto de aprobación.

—Es muy responsable por tu parte, Cole. ¿Vas a renovar el contrato de alquiler?

Él negó con la cabeza.

—La verdad es que había pensado volver a casa.

Estuve a punto de atragantarme con el pastel de carne. Había olvidado por completo las palabras que había pronunciado antes, pero ahora volvía a oírlas mentalmente, una y otra vez: «Tengo una noticia muy emocionante que darte y no creo que te quieras quedar ahí una vez que la hayas oído».

—¡Oh, cariño! Eso sería maravilloso —exclamó entusiasmada—. Puedes venir cuando quieras y nos encantará tenerte aquí otra vez. Solo tenemos que pensar dónde vas a dormir. —Katherine ya estaba mirando al infinito mientras trataba de resolver el problema—. ¿Y si Isaac y Lee vuelven a compartir habitación?

—¿Qué? —exclamó Isaac rompiendo el silencio por primera vez esa noche—. ¡Y una mierda! Ahora que tengo por fin mi propio dormitorio, ¿puede venir él, cambiar de idea y robármelo? ¡No es justo!

—Tampoco es justo que nos hables como nos has hablado a tu tía y a mí esta tarde —le dijo George en un tono gélido—. ¿Qué te hace pensar que mereces una habitación propia ahora mismo?

Jack y Jordan, que se estaban tirando guisantes a escondidas, se detuvieron para escuchar. Si Katherine no hubiera prohibido usar cámaras en la mesa, seguro que uno de los dos la habría sacado y habría empezado a grabar.

—¿Y yo qué? —dijo Lee mientras pinchaba una croqueta de patata con el tenedor—. Yo no he hecho nada.

Una sonrisa suavizó la expresión concentrada de Katherine.

—Tienes toda la razón, Lee. Pueden compartir Cole e Isaac.

—No quiero quitarles el cuarto a Isaac o a Lee —dijo Cole—. Además, tengo pensado mantener mi otro empleo en Gas Exchange y normalmente me asignan el segundo turno. ¿No sería mejor que tuviera mi propio espacio? Si no, despertaré cada noche a quien comparta cuarto conmigo. Había pensado instalarme en el sótano.

Katherine dudó.

—No sé si me gusta la idea de que duermas ahí abajo. No hay salida al exterior.

—¡Mamá, Cole puede dormir con Benny y conmigo! —propuso Zack rebotando en la silla.

—Eres muy amable por ofrecerlo, Zack —le dijo ella a su hijo pequeño—, pero no creo que haya sitio para los tres, y tu hermano tiene razón. Necesita su propio espacio.

Se hizo el silencio en la mesa mientras todos meditaban el problema. De repente Parker se animó.

—¡Tengo una idea! —Me miró con ojos chispeantes y sonrió—. ¿Por qué no compartimos cuarto Jackie y yo? Cole puede quedarse el estudio, porque mi habitación es más grande.

La expresión de Cole era indescifrable cuando nuestras miradas se encontraron. Era la primera vez que me miraba desde que nos habíamos sentado a cenar, y tuve que hacer esfuerzos para no revolverme en el asiento.

—No sé si es buena idea. —Su tono de voz sugería preocupación, pero yo no me lo tragaba—. Jackie nunca ha compartido habitación, le costará acostumbrarse. Además, trabaja mucho y está muy centrada en los estudios. ¿Y si Parker la distrae?

Entorné los ojos.

—Me las apañaré.

—Hum… —Katherine ladeó la cabeza mientras lo pensaba—. Supongo que podría funcionar. ¿Seguro que te parece bien, Jackie?

—¡Claro! —dije mirando a Parker con una sonrisa—. Lo vamos a pasar bomba. ¿Verdad, P-Walt?

Ella asintió con entusiasmo.

—¡Podemos jugar a *Mario Kart* cada noche y te enseñaré a eructar el abecedario!

Esa perspectiva habría bastado por sí sola para que me echara atrás, pero Cole me miraba con una sonrisa petulante y no quise darle la satisfacción de rajarme ahora. Además, si compartir cuarto con Parker le facilitaba las cosas a Katherine, me sacrificaría. Echaría de menos el estudio de pintura, pero si de verdad quería que me

considerasen una más de la familia, no podía permitir que me dieran un trato especial.

La cena llegó a su fin al poco rato. Todavía no me habían añadido a los turnos de limpieza, así que, después de llevar mi plato al fregadero, me escabullí al exterior para tomar el aire y buscar un lugar tranquilo donde acostumbrarme a la idea de que había perdido mi refugio. Mientras caminaba de un lado a otro, mis pensamientos estaban en guerra: una facción terminantemente decidida a ayudar a Katherine y enviar a tomar viento a Cole; la otra exclamando a voz en grito: «Aymadreaymadreaymadre, ¿qué he hecho?».

La puerta principal se abrió de golpe y Cole salió sonriendo para sí. En lugar de dirigirse a los peldaños del porche como pensaba que haría, inspiró hondo como si quisiera saborear el momento.

—¿Te doy un consejo? —dijo sin tomarse la molestia de volverse hacia mí.

Aunque era yo la que le estaba observando, pegué un bote. No pensaba que me hubiera visto y la pregunta me pilló desprevenida.

—No hace falta que te dediques a complacer a los demás a toda costa. Es repugnante.

—No sé de qué me hablas —le respondí en tono educado, aunque me apetecía pegarle un corte. ¿Cómo se atrevía a calificarme de repugnante cuando acababa de cederle mi cuarto? Debería darme las gracias, pero, como le había rechazado, me montaba una escena. No pensaba rebajarme a su nivel.

Cole soltó una carcajada queda.

—No te hagas la tonta, Jackie. Ya sé que no querías renunciar a tu habitación.

Cerré los puños.

—¡Pues claro que no! Pero tu madre necesitaba…

—Exacto —me cortó con rabiosa satisfacción—. Mis padres tienen que cargar contigo tanto si les haces la pelota como si no, así que deja de esforzarte tanto.

Me saludó con una inclinación de cabeza cuando le miré boquiabierta. A continuación, bajó del porche y se encaminó a su coche.

—Que disfrutes de tus nuevos aposentos —gritó por encima del hombro—. Yo estoy encantado con los míos.

Cuatro

El miércoles por la noche, el cambio ya era oficial.

Pasé el lunes y el martes guardando mis cosas y llevándolas de una punta de la casa a la otra. Aunque Katherine había redistribuido los muebles y encontrado un hueco para una segunda cómoda en la habitación, no había espacio suficiente para todo mi vestuario. Después de reducir mi guardarropa, me permitieron guardar las prendas descartadas en el fondo de mi antiguo armario junto con la colección de esmaltes de uñas de Lucy.

Aparte de perder la intimidad, pensé que lo peor de la situación era la vieja litera que George había sacado del trastero para que Parker y yo la compartiéramos. Y entonces llegó Cole con todas sus cajas. Verle vaciarlas en el que antes fuera mi refugio del hogar Walter y saber que estaba durmiendo en mi cama no me parecía bien, no sé por qué.

Por si fuera poco, él llevaba dos días fingiendo que yo no existía. Cada vez que nos cruzábamos en el pasillo, miraba directamente al frente como si yo fuera invisible. Si yo entraba en una habitación y él estaba allí, se marchaba al momento. Y la única vez que intenté entablar una conversación con él me miró con ojos inexpresivos y desvió la vista sin pronunciar palabra.

Conciliar el sueño me resultaba imposible. Traté de culpar de mi desasosiego a la lamparilla quitamiedos de Parker y a los monstruosos ronquidos que se dejaban oír al otro lado de la pared que compartíamos con Lee, pero lo cierto es que mi mente estaba alterada. No paraba de pensar en Cole. En lo desconcertante que era que de repente estuviera en casa en lugar de marcharse a la universidad o en cómo se había contraído su rostro cuando le dije que no era un buen momento para que estuviéramos juntos. Yo había tomado la decisión correcta, pero mi pensamiento revivía una y otra vez lo bien que me había sentido cuando me sentó en su regazo y me besó en la oscuridad de su coche.

Después de dar vueltas en la cama durante más de una hora, empujé a un lado el edredón y decidí recurrir al remedio favorito de Katherine contra el insomnio: un vaso de leche caliente con miel. Por poco me tropiezo al llegar al fondo de la escalera y ver que había luz en la sala de estar; por una milésima de segundo pensé que encontraría allí a Danny mirando uno de los programas de crímenes reales que le gustaban, pero entonces recordé que él estaba en Nueva York. Se me hizo un nudo en la garganta. Aunque me alegraba de que se sintiera en la ciudad como un pez en el agua, echaba de menos su compañía y nuestras charlas de madrugada. Durante el verano nos habíamos hecho inseparables, y, aunque Nathan siempre sería mi mejor amigo de los hermanos Walter, Danny se había convertido en mi hermano.

Asomé la cabeza por una esquina para ver quién estaba levantado y sonreí. Nathan estaba tumbado en el sofá con un brazo detrás de la cabeza y una bolsa de bolitas de queso en la barriga. En la tele estaban echando una reposición de *Jeopardy!,* un concurso de

conocimiento. Fui a la cocina, me preparé la bebida a toda prisa y volví cinco minutos más tarde con una taza humeante en la mano.

—Quita.

Le aparté los pies del almohadón del extremo para hacerme un hueco, pero cuando me senté los plantó en mi regazo.

—¿No los puedes poner en otra parte?

Me dedicó una sonrisilla y agitó los dedos de los pies debajo de los calcetines.

—¿Por qué? Yo estaba aquí antes.

—Vale, pero si tengo que soportar el pestazo de tus pies, tendrás que pagar un peaje.

Nathan me tendió la bolsa.

—¿No puedes dormir?

—Para nada. —Cogí un puñado gigante de bolitas de queso antes de devolvérselas. Mi madre nunca quería comprar comida basura, así que a mi llegada a Colorado me volví un poco loca probando todos los aperitivos que Katherine tenía en la alacena. Estos eran con mucha diferencia mis favoritos—. Es raro estar en la habitación de Parker.

—¿Quién es Howard Garns? —murmuró Nathan con los ojos clavados en la tele. Me miró de reojo y dijo—: No puedo creerme que accedieras a cambiarte.

—Ni tú ni yo —respondí.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Por culpa de Cole —confesé notando un calorcillo en las mejillas. En la pantalla apareció la apuesta del día.

—¿Te empujó a renunciar a tu cuarto? —preguntó Nathan—. ¿Cómo lo hizo?

En lugar de responder, le saqué la lengua y le robé la bolsa de aperitivos.

—Si te los vas a comer todos, lo menos que puedes hacer es contarme de qué va esa movida. ¿Qué ha pasado entre vosotros dos? Y no me digas que nada —añadió antes de que yo pudiera protestar—. Vi las miradas asesinas que te lanzó en la cena del domingo. Y te evita desde entonces.

Me llené la boca de las deliciosas bolitas para no responder. ¿Se lo contaba o no? La situación era complicada, pero si había una persona en la casa capaz de escucharme sin prejuicios era la minicopia de Cole, por irónico que fuera.

—Vale —le dije después de tragarme los aperitivos—, pero solo si tú me cuentas qué pasa contigo.

Nathan se tensó.

—¿De qué hablas? A mí no me pasa nada.

—¿Ah, no? —Le tiré una bolita a la cara—. Pues no lo entiendo, porque no has venido a correr conmigo ni una mañana desde que volví. ¿Qué tienes que decir a eso?

—¡Ay, mierda! —Se incorporó a toda prisa con los ojos muy abiertos y expresión arrepentida—. Lo siento mucho, Jackie. Se me olvidó completamente.

—¿Se te olvidó entrenar?

Eso no tenía sentido. Nathan tenía la costumbre de salir a correr cada mañana desde mucho antes de que yo me mudara a Colorado.

Se encogió de hombros.

—No era lo mismo sin ti, así que decidí hacer un descanso.

Me miraba con expresión compungida y puede que en realidad le supiera mal, pero no me pareció que Nathan estuviera siendo

sincero. Sabía que mentía, pero no tenía claro en qué sentido ni por qué, así que decidí dejarlo correr de momento. Con un poco de suerte me contaría la verdad cuando se sintiera preparado.

—Bueno, pues tus vacaciones han terminado. —Me sacudí el polvo de queso de las manos, estiré las piernas y me levanté—. Me voy a la cama. Nos vemos por la mañana.

—Espera, ¿no me ibas a contar lo de Cole?

Le sonreí con descaro.

—He decidido usar eso como incentivo. Si de verdad quieres saber qué ha pasado, será mejor que estés mañana en el porche a la hora de costumbre. Solo comparto información con mis compis de running.



—¿Desayuno? —le pregunté a Nathan cuando llegamos al final de la última cuesta. La casa asomó ante nosotros iluminada por las primeras luces del alba.

—Sí, y un litro de café —refunfuñó él.

Después de tres meses haciendo el vago y durmiendo hasta las tantas, Nathan estaba desentrenado. No solo cabeceó durante los estiramientos, sino que apenas podía seguirme el ritmo. Tuvimos que parar a descansar a mitad de camino para que recuperara el aliento, pero no me importó. Así pude contarle la situación que estaba atravesando con Cole.

Ese fue el motivo de que Nathan cambiara de opinión tan pronto como llegamos a la cocina y descubrimos que Cole era la única persona levantada en la casa.

—Ahora que lo pienso, necesito una ducha —murmuró a la vez que daba media vuelta antes de que pudiera detenerle.

—Cobarde —cuchicheé con rabia, pero Nathan no tuvo ningún reparo en abandonarme.

En cuanto se marchó, lo noté: en la cocina se creó un ambiente raro y la tensión llenó el espacio que me separaba de Cole. ¿Cómo iba a vivir con él si esta era nuestra nueva normalidad? No podría soportarlo, así que inspiré hondo y me volví a mirarle con una sonrisa.

—Buenos días, Cole.

Estaba recostado contra el mostrador, vestido con un pantalón de chándal gris y nada más. Aún tenía el pelo revuelto de la cama y una taza de café recién hecho en la mano. Cuando despegó la mirada del móvil, la expresión de indiferencia en su cara apagó en mi pecho la chispa de esperanza que albergaba de que las cosas hubieran cambiado. Me observó un instante antes de volver a lo que fuera que estuviera haciendo sin devolverme el saludo.

Suspiré mentalmente. La actitud de Cole era frustrante, pero no inesperada. Me habría gustado que pudiéramos tratarnos con educación, ya que no podíamos ser amigos, pero si estaba decidido a hacerme el vacío, me aguantaría. Estaba claro que sería más agradable desayunar en el porche, de modo que cogí una magdalena y un termo antes de girarme hacia la cafetera, que Cole tapaba con su cuerpo.

—Perdona —le dije con más educación de la que se merecía.

Fue como si oyera llover, porque no se movió.

—Cole —le dije de malos modos, ya perdiendo la paciencia—. Aparta.

Él siguió ignorándome.

¿Así iban a ser las cosas? Muy bien. Cuando alargué el brazo para coger la cafetera, le propiné un codazo en las costillas. No con demasiada fuerza, pero sí la suficiente para que notara que estaba molesta. Él lanzó un gruñido quedo, pero guardó silencio.

Justo cuando terminaba de añadir leche y azúcar al termo, entró Alex en la cocina.

—Buenos días, Alex —le dijo Cole en tono alegre—. ¿Quieres café?

Oh, menudo cerdo.

Alex se quedó paralizado en mitad de una zancada y se volvió despacio a mirar a su hermano. Tardó tres segundos enteros en recuperar la compostura.

—No, gracias —respondió a la vez que abría la nevera. Apartó una fiambrera y sacó una bebida energética—. Prefiero esto.

Cole se encogió de hombros con indiferencia.

—Oye, ¿haces algo este sábado?

—¿Por?

La respuesta de Cole fue críptica.

—La cascada.

Aunque yo sabía a qué se referían —había estado en la cascada que había al final del terreno de los Walter unas cuantas veces—, la respuesta de Cole no aportaba el contexto suficiente como para que entendiera por qué la había mencionado. Saber que lo hacía adrede me fastidiaba todavía más.

Pero Alex sí que le entendió, porque torció la cabeza a un lado mientras lo pensaba.

—¿Quién viene?

—Isaac y Lee se apuntan y seguro que los monstruitos se acoplan también.

—Entonces todo el mundo, prácticamente.

Abrió la lata y tomó un sorbo, todavía indeciso.

—No. —Cole me miró de reojo y desvió la vista a toda prisa con los labios apretados—. Mamá ha dicho que Nathan tiene visita con el neurólogo.

«Jackie no» quedaba implícito. Me dolía que me excluyeran, pero me negaba a morder el anzuelo, pues la última vez que lo hice acabé perdiendo mi habitación.

Alex tardó un momento en percatarse de lo que pasaba, pero por fin, mientras yo erguía los hombros y me encaminaba a la puerta, se le encendió la bombilla.

—Sí, claro —le dijo a Cole—. Será divertido. —Entonces se volvió a mirarme con una sonrisilla maliciosa. —Eh, Jackie, ¿te apuntas?



Dos días más tarde supe que al final de cada verano, justo antes de que empezaran las clases, los Walter pasaban un día entero en la cascada. La excursión representaba el último momento de libertad antes de que la avalancha de deberes, actividades extraescolares e interminables entrenamientos los arrastrase. Aunque siempre había pensado en ese lugar como un trocito de paraíso, tenía la sensación de que en esta ocasión sería pura magia. Flotaba algo especial en el ambiente, una energía nerviosa que circulaba entre los Walter y que me hizo sentir ingrávida mientras los veía correr por el sendero hacia el claro.

Los rayos de sol se colaban entre las ramas de los árboles y bailaban en la superficie del agua. Me detuve un momento para contemplar las vistas y respirar el aire fresco de Colorado. Mientras tanto, Cole, Lee, Jack, Jordan y Parker eran un revuelo de extremidades en movimiento según se despojaban de la ropa y tiraban las bolsas al suelo. Lee fue el más rápido y se tiró al agua con un grito triunfante. Los otros le siguieron al momento y lanzaron suspiros satisfechos al emerger a la superficie.

Hacía un día despejado, kilométricas extensiones de cielo azul en todas direcciones. El calor del sol parecía seda cálida sobre mi piel. Extendí una toalla en la playa de arena junto a Isaac, que había reconocido a regañadientes que no se podía bañar por culpa de su nuevo tatuaje. Se subió las mangas de la camiseta para dejarse los hombros al descubierto, gruñó algo de que se iba a estropear el bronceado y se tumbó boca abajo con el teléfono en la mano. Alex había invitado a Kim y los enamorados extendieron las toallas en la otra punta de la pequeña playa para poder hacerse arrumacos en privado.

Saqué de mi bolsa un ejemplar de *Grandes esperanzas*, que era la primera lectura de Literatura inglesa avanzada de este semestre. Quería adelantar trabajo antes de que empezaran las clases, así que la semana pasada le había enviado un email al profesor para pedirle el programa. Aunque Isaac no dijo nada, noté que se mordía la lengua para no hacer un comentario sarcástico cuando abrí la primera página. Apenas había leído unas cuantas frases cuando un chillido dramático desvió mi atención al agua. Riéndose como un maniaco, Cole levantaba a Parker en el aire. Sin poder evitarlo me

fijé en sus músculos ondulados por el esfuerzo de sostener a su hermana en alto.

De repente noté la boca seca. Cortar mi relación incipiente con él había sido la decisión correcta, pero era difícil no admirarle de lejos. Su expresión pícara era justo lo opuesto a los ceños que me había dedicado estos últimos días. Aunque su afecto no estuviera dirigido a mí, me alegraba de que estuviera tan contento y no despegué la vista cuando volvió a lanzar a Parker al agua. Jack y Jordan estallaron en gritos de guerra y se abalanzaron sobre él para aferrarle las extremidades. Cuando Parker emergió pasado un momento, la expresión de su cara anunciaba tormenta; se arrojó sobre Cole y ahora eran tres contra uno. Aunque sus hermanos eran más y lo arrastraban al fondo, su expresión era de pura alegría.

La imagen me removió algo por dentro. Cole era un encanto con sus hermanos pequeños —revoltoso pero paciente— y mentiría si dijera que eso no me parecía lo más sexy del mundo.

Tardé más de lo debido en darme cuenta de que el juego se había interrumpido. Cole me observaba desde el agua, aunque no quedaba ni rastro de la cálida sonrisa que exhibía hacía un momento, y una sensación ardiente se extendió por mis mejillas. Aparté la mirada y traté de concentrarme en el libro que tenía en las manos. El bullicio volvió a empezar poco después, pero yo no despegué la vista de la página abierta.

A medida que el sol se desplazaba por el cielo y el día avanzaba, me sumergí en la lectura y fui haciendo anotaciones en los márgenes del texto. El ambiente se había apaciguado. Mientras Jack, Jordan y Parker merendaban galletitas saladas en forma de pez a orillas del agua, Lee se relajaba haciendo el muerto con los ojos

cerrados y el sol cayendo a plomo en su cara. A mi lado, Isaac soltó un gran gemido y, despegándose por fin de la toalla, se puso de pie y estiró los brazos.

—Voy a hacer pis —dijo alejándose con parsimonia en dirección al bosque.

Me reí para mis adentros —Isaac siempre era explícito con las palabras— y me tumbé de espaldas. Después de pasar tanto rato encorvada, leyendo, era agradable estirar la espalda y relajarse. Acababa de cerrar los ojos cuando noté que la luz cambiaba y el interior de mis párpados se oscurecía. Con un suspiro, abrí un ojo. Cole estaba plantado delante de mí tapándome el sol, con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre el pecho. Ni siquiera sus músculos podían distraerme de la fría expresión de su rostro.

—Me parece inapropiado que me mires embobada mientras juego con mis hermanos. ¿Se te ha olvidado que me dejaste hace como un minuto o solo estás desesperada por llamar la atención?

«No salíamos», quise decirle, pero me callé la boca.

Sus desagradables palabras me recordaron por qué no era buena idea dar rienda suelta a mis sentimientos por Cole Walter. A veces su cariño me provocaba una sensación de libertad, como si pudiera hacer cualquier cosa y ser como quisiera. Pero, si no tenía cuidado, el lado más rencoroso de su personalidad, que a menudo esgrimía como arma, podía provocarme daños importantes.

Su gesto rabioso se intensificó ante mi falta de respuesta. Sentía el impulso de pedirle perdón y decirle que me gustaría que todo fuera distinto, pero sabía que solo serviría para empeorar las cosas.

—¿Va todo bien, chicos?

Isaac se detuvo a pocos pasos de nosotros con las manos en los bolsillos. Su mirada iba y venía de Cole a mí, porque notó al momento la tensión entre los dos.

Cole puso los ojos en blanco y se marchó ofendido en dirección al agua.

—Por favor, dime que no has oído nada —le pedí a Isaac en un tono bajo.

Él sonrió con malicia.

—¿Problemas en el paraíso? ¿Tan pronto?

—No es asunto tuyo.

—Venga, Jackie —dijo a la vez que se sentaba en su toalla—. ¿Qué ha pasado?

Incliné la cabeza a un lado mientras meditaba la pregunta. Me lo había preguntado sin mala intención, lo notaba, pero también sabía que era muy capaz de usar mi respuesta como munición. Últimamente no podía hacer caso omiso del nudo que notaba en el pecho; el miedo a compartir algo sincero con él y que luego me lo tirara a la cara bastó para que no despegara los labios.

Pasado un rato, Isaac se encogió de hombros.

—Cole es un capullo, seguro que ya te has dado cuenta. No te merecías eso.

Me habría echado a llorar al oírle, pero respiré unas cuantas veces para mantener la compostura.

—Gracias, Isaac.

Él respondió con un asentimiento. Pensé que la conversación había terminado, pero al cabo de un instante siguió hablando en un tono suave:

—Gracias por cambiarte al cuarto de Parker. A mí siempre me toca compartirlo todo con mi hermano y con mis primos. Es agradable tener un espacio propio por una vez.



Kim me acorraló en el instante en que volvimos a casa de los Walter para cambiarnos y asearnos antes de la cena.

—¿Jackie? —me dijo cuando todo el mundo había bajado de la camioneta, agotados pero contentos después de todo el día en el agua—. ¿Tienes un momento?

Al oír la pregunta, Alex, que estaba descargando una nevera portátil con ayuda de Lee, levantó la vista. Me miró fijamente, agrandando los ojos, y yo le respondí con un leve asentimiento.

—Claro.

Me eché la bolsa de playa al hombro y señalé la casa con el mentón. El aire acondicionado funcionaba a toda máquina cuando entramos y se me puso la piel de gallina tras pasar tantas horas al sol.

—Vamos arriba —le propuse reprimiendo un estremecimiento—. Podemos cambiarnos y charlar.

Cuando abrí la puerta de mi nuevo dormitorio en lugar de llevarla al estudio de pintura, Kim frunció el ceño.

—¿Qué hacemos aquí?

—Es una historia un poco larga, pero ahora comparto habitación con Parker.

Dejé mi bolsa en el escritorio y me volví a mirar a Kim. Ella estaba de pie al borde de la alfombra de trapillo —una monstruosidad naranja y azul marino de la que Parker se negaba a deshacerse—

con los brazos pegados a la barriga. Aunque era una de las chicas más altas de la clase, se las arreglaba para ocupar poco espacio.

—Supongo que quieres hablar de Alex —le dije.

—Sí, yo…

Bajó la mirada.

Si no supiera que Kim era la autenticidad personificada, habría pensado que no se sentía tan culpable como aparentaba (al fin y al cabo, se había pasado el día intercambiando risitas y susurros con mi ex), pero, a juzgar por la explicación que me habían dado mis amigos, había decidido vivir a tope su relación con Alex. Yo aspiraba a adoptar esa actitud más a menudo, así que no se lo podía reprochar.

Respiró angustiada y volvió a probar.

—Todo el mundo me ha dicho que no te molesta que salgamos y te lo agradezco, pero me siento una persona horrible. No debería haber…

Levanté una mano.

—Kim, no hace falta que digas más. Tienes razón, he hablado con Alex y con Riley, Heather y Skylar. Me explicaron la situación y, si te digo la verdad, yo también me siento fatal; de haber sabido lo que sentías por Alex, nunca le habría dado pie —le dije—. Quiero que seáis felices, así que, si tú no me guardas rencor, me encantaría que superáramos este rollo raro.

Kim levantó la cabeza de golpe.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí. Estoy segura de que Alex estaba por ti mucho antes de que yo le conociera, solo que era demasiado tonto para darse cuenta. —Le ofrecí una sonrisa que era compungida y burlona

al mismo tiempo—. Además, solo una de las dos soporta su obsesión con *Reunión de dioses* y desde luego no soy yo.

Noté restos de nerviosismo en la carcajada con la que Kim me respondió, pero se relajó visiblemente.

—Eres la mejor, Jackie.

—¿Lo olvidamos todo con un abrazo? —le pregunté dando un paso hacia ella con los brazos abiertos—. Me parece que te vendría bien.

—Ay, madre, sí.

Kim me estrechó entre sus brazos con fuerza, como si intentara transmitirme todo lo que había quedado por decir: «Gracias, lo siento mucho».

—Uf, todavía estás mojada.

Arrugué la nariz y me aparté mientras ella se reía, esta vez de verdad. Me acerqué a la cómoda y miré los cajones buscando algo para cambiarme.

—Entonces ¿has cogido Literatura inglesa avanzada este año? Nadie más se ha apuntado y sería genial tener al menos una amiga en clase.

Cinco

Las clases empezaron el lunes y, para mi sorpresa, el primer día del penúltimo año transcurrió sin complicaciones. Además de compartir una asignatura con cada uno de mis amigos y dos con Alex, a nadie le importaba ya que yo fuera la alumna nueva. Aún mejor, Kim me defendió cuando Riley y Heather empezaron a freírme a preguntas sobre mi historia con Cole; le bastó una mirada gélida bien dirigida para que las dos me dejaran en paz.

Para el viernes ya me había instalado en una cómoda rutina y decidí que había llegado el momento de escoger una extraescolar. Cuando asistía a Hawks, participaba en un montón de actividades académicas, desde el club de debate hasta el comité del anuario. El año pasado, sin embargo, el tutor académico me prohibió apuntarme a ninguna extraescolar a petición del tío Richard, para que me adaptara al nuevo entorno y me centrara en mi recuperación. La primera reunión del consejo estudiantil se iba a celebrar una vez terminaran las clases y pensé que sería un buen comienzo. Cuando llegué al auditorio, Skylar me estaba esperando fuera.

—Vaya, pero mira quién está aquí —dije cruzándome de brazos. En el almuerzo les había preguntado a mis amigos si a alguno le apetecía acompañarme, pero todos respondieron con carcajadas—.

Me sorprende verte aquí después de un rechazo tan rotundo. ¿Qué dijiste? ¿Que no querías pasar más tiempo del necesario en el insti y menos trabajando gratis con un puñado de empollones?

Skylar ni siquiera intentó fingir arrepentimiento. Me dedicó una enorme sonrisa.

—Puede que dijera algo así, pero nada me prohíbe cambiar de idea. Sería una crueldad por mi parte dejarte sola, sobre todo tras verte antes con esa expresión tan derrotada y patética.

—Yaaa… —Puse los ojos en blanco—. ¿Por qué será que no te creo?

—Después de vivir con los Walter, supongo que has desarrollado un excelente detector de mentiras —dijo.

Su respuesta me arrancó una carcajada.

—Es verdad. Lo necesito como mecanismo de supervivencia. Pero, en serio, ¿a qué se debe el cambio de idea?

Hundió las manos en los bolsillos.

—Porque Chase ha comentado que a lo mejor venía a la reunión de hoy.

—¿Quién? —pregunté.

—Chase Kennedy. Es el redactor jefe del periódico escolar. A veces, cuando hay escasez de noticias, utiliza algún artículo de mi blog para rellenar el espacio.

Contuve una exclamación fingiendo sentirme ofendida.

—¿Así que te apuntas para estar cerca de un tío cualquiera solo porque ha mencionado que «a lo mejor» venía, pero no para acompañar a una buena amiga? Vaya, vaya, ya veo.

—Para que te enteres, Chase es un guapísimo alumno de último curso con el que llevo tres años obsesionado en secreto —dijo—. Lo

siento, guapa, pero a su lado no tienes nada que hacer.

—Pues claro. Pero qué tonta soy.

Skylar sonrió y entrelazó el brazo con el mío.

—Me alegro de que haya quedado aclarado. Vamos, o llegaremos tarde.

La reunión debía de estar a punto de empezar, porque cuando entramos en el auditorio todos estaban sentados y se volvieron a mirarnos.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó una voz maliciosa que conocía bien. Busqué el origen de la voz. Pelo largo y castaño, grandes ojos marrones, una cara en forma de corazón que reconocí de inmediato. Erin estaba sentada delante del escenario, rodeada de un grupito de amigas que reaccionaron con risas nerviosas a su pregunta. Yo sabía que en teoría debía mantener la cabeza alta y fingir que no la había oído, pero antes de volver al instituto había tomado la decisión de no aguantar más chorradas. Ni de los chicos Walter ni de Mary ni desde luego de ninguno de los antiguos rollos de Cole.

Miré a Erin de arriba abajo.

—Perdón, ¿me he equivocado de sala? Pensaba que aquí se reunía el consejo estudiantil, una organización formada por alumnos, y que yo sepa soy alumna de este instituto.

Erin se puso roja como la grana y desvió la mirada cuando un montón de gente se rio al oír mi respuesta. Me lo tomé como la victoria que era y seguí a Skylar a una fila de asientos vacía al fondo de la sala.

La hora siguiente transcurrió entre aburridas informaciones de tipo administrativo y avisos del comienzo del semestre. El único momento digno de mención fue cuando Erin levantó la mano junto

con otros aspirantes a la presidencia. Cuando la reunión terminó, me acerqué a anotar mi nombre en la lista del comité del baile de bienvenida mientras Skylar se acercaba como quien no quiere la cosa a un chico que parecía un príncipe sacado de una película Disney: pelo negro ébano con un corte de peluquería, ojos azul aciano y una nariz agresivamente aristocrática. Cuando me di la vuelta, estuve a punto de estamparme contra Erin.

—Solo para que te quede claro —me dijo en tono amenazador—. Si te crees que puedes entrar aquí y sabotear mi campaña presidencial, te vas a enterar.

Por Dios, qué tontería más grande. Presentía que, si no cortaba esta *vendetta* a una banda de inmediato, todas las reuniones a partir de ese momento serían un infierno.

—O sea que, solo porque un chico que te gustaba decidió que yo le interesaba más, ¿piensas que te la tengo jurada?

Erin me miró boquiabierta.

—¿Qué?

—Mira, no he venido a montar una escena ni a sabotearte ni nada de lo que puedas estar pensando —le dije. De haber sabido que Erin formaba parte del consejo estudiantil, habría escogido una actividad distinta para ahorrarme complicaciones—. No quiero problemas contigo. Solo pretendo hacer una extraescolar para mejorar mi solicitud de acceso a la universidad y que me dejen en paz.

Mi sinceridad debió de pillar desprevenida a Erin, porque se quedó callada. La amiga que la acompañaba, en cambio, resopló con desprecio.

—Y entonces ¿por qué no has escogido otra actividad?

Me encogí de hombros.

—Porque el consejo estudiantil encaja muy bien con mi perfil. Tengo dotes organizativas; crecí ayudando a mi madre a organizar fiestas, actos benéficos y desfiles de moda, y pasé el verano haciendo prácticas en una empresa de inversiones financieras. Además, no necesito vuestro permiso para apuntarme.

Eso hizo callar a la amiga.

—Vale —dijo Erin después de observarme un poco más. Su expresión gélida fue desapareciendo—. ¿Por casualidad serías capaz de emplear todas esas habilidades que tienes para organizar una campaña presidencial?

Levanté las cejas sorprendida, pero me di cuenta de que me estaba ofreciendo una rama de olivo.

—Sí, creo que sabría hacerlo.

Ella sonrió y me tendió la mano.

—En ese caso, te doy la bienvenida al consejo estudiantil, Jackie.



Para cuando me fui a la cama esa noche, ya tenía esbozado un plan aprobado por ella para conseguir que Erin fuera elegida presidenta del consejo estudiantil.

Lista de tareas pendientes para la campaña

1. *Lluvia de ideas para pensar eslóganes*
2. *Diseñar un logo (Katherine podría echarme una mano)*

3. Imprimir, colgar y distribuir carteles y folletos por el instituto
4. Crear contenidos para las redes sociales
5. Contactar y colaborar con otras organizaciones estudiantiles
6. Encargar camisetas (¿que sean una sorpresa?)
7. Ayudar a Erin a prepararse para el debate
8. Redactar el discurso de la victoria



La cocina estaba sorprendentemente concurrida cuando entré a desayunar el sábado por la mañana.

Nathan, Alex, Lee, Jack, Parker, Zack y Benny estaban sentados a la mesa, cada uno con un montoncito de dinero del Monopoly delante. Isaac estaba de pie detrás de la isla con un rallador de queso en los labios y les mostraba una caja de pizza casi vacía.

—Seiscientos a la una, a las dos…, ¡adjudicado a Alex por seiscientos! —anunció en tono entusiasta.

—No fastidies —gimió Lee a la vez que estampaba la cabeza contra la mesa.

Alex se puso de pie a toda prisa.

—Mala suerte, primo. —Intercambió casi todo su dinero falso por dos porciones de pizza de peperoni—. No deberías haber gastado tanto en una barrita de granola.

—¿Y cómo iba a saber que estaba caducada?

Me deslicé al asiento vacío que había al lado de Nathan.

—¿De qué va esto?

—Jordan ha tropezado y se ha caído por las escaleras —me explicó. Tenía delante el envoltorio de un pastelillo relleno de jalea de uva junto con cuatro billetes color beige de cien y uno azul de cincuenta—. Mi madre le ha llevado a urgencias y ha dejado a Isaac encargado de que todo el mundo coma.

Vaya, eso explicaba el trompazo que había oído hacía veinte minutos.

—¿Jordan está bien?

Nathan asintió.

—Se ha roto un dedo, pero se recuperará.

—Entonces no lo entiendo.

—¿Qué no entiendes? —me preguntó con un ceño en la frente—. Jordan es un tío duro. Tenía el dedo doblado a un lado y ni siquiera ha llorado.

—Me refería a tu madre, no a Jordan. Pensaba que la situación debía de ser grave si estaba tan aterrada como para dejar a Isaac al mando.

Isaac se irguió todo lo alto que era.

—Yo soy el mayor.

—Y sin embargo… —dije ladeando la cabeza.

—El menos responsable —terminó Nathan con una sonrisa burlona.

—¿Quién lo dice? No solo os estoy dando de comer a todos, sino que me aseguro de que lo paséis en grande.

Miré de reojo a Jack, que estaba comiendo helado en un cuenco de repostería lleno hasta el borde. Le había añadido salsa de chocolate, nata montada y, cosa rara, jalapeños.

—Sí, seguro que Katherine se refería exactamente a esto —le solté sin inmutarme—. ¿Y qué haces con el rallador?

—Es el micrófono —respondió Isaac fingiendo que la pregunta le ofendía—. Soy un subastador.

—¿Y no podrías haber elegido algo un poco más, no sé…, cilíndrico?

Eché un vistazo al bote para utensilios de cocina que había junto a los fogones. Contenía montones de opciones mejores, incluido un batidor de varillas y una cuchara mezcladora.

Los labios de Isaac dibujaron una sonrisa maliciosa.

—Yo puedo ofrecerte algo cilíndrico.

—Puaj —dije arrugando la nariz—. No he dicho nada.

La subasta continuó. Nathan gastó el resto de su dinero en una empanada de jamón y queso que compartió conmigo, mientras que Parker cometió el error de comprar un artículo sorpresa. Resultó ser una fiambrera con restos que Isaac había encontrado en el fondo de la nevera. Normalmente Parker era un agujero negro capaz de devorar cualquier cosa comestible que se le pusiera por delante, pero hasta a ella le entraron arcadas cuando vio las judías cubiertas de moho. Los únicos que aún no habían comprado nada eran Zack y Benny, porque no querían gastarse el dinero y perdían todas las pujas.

—A continuación —anunció Isaac a la vez que mostraba la lata que se había escondido en la espalda—, tenemos una limonada de fresa Kickstart.

—¡Eh! —Alex despegó la vista de la pizza—. No puedes subastar esa lata. ¡Es mía!

Yo levanté un dedo.

—¡Sí, lo secundo!

Isaac me dedicó una mueca despectiva.

—No hace falta que te pongas de su parte, Jackie. Ya no sois novios.

—No me pongo de parte de nadie —respondí—. No me parece sano darle a un niño de seis años tanta cafeína.

Una vez leí los ingredientes de la bebida: era veneno enlatado y todos pagaríamos las consecuencias si uno de los gemelos terror se convertía en el Demonio de Tasmania. Además, dudaba mucho que Katherine pensase que una bebida energética era una comida como Dios manda.

—Yo dudo que tanta cafeína sea sana para nadie —añadió Nathan.

—No os preocupéis —dijo Alex—. Yo me tomo una cada día y estoy perfectamente.

—Ya, bueno, eso explica por qué es tan idiota —murmuró Lee—. Tanta bebida energética le ha derretido el cerebro.

El gesto de Alex se crispó y le lanzó a su primo una mirada asesina.

—Te estoy oyendo, lo sabes, ¿no?

Después de intercambiar pullas durante cosa de un minuto, convencimos a Isaac de que guardara la lata de Kickstart, que reemplazó por otro artículo sorpresa. Benny, que dio saltos de alegría al ganar finalmente una puja, se echó a llorar cuando Isaac le entregó media cebolla y un frasco de salsa de soja.

Al momento se desató el caos: Alex se levantó indignado y volcó su silla, Jack y Parker estallaron en abucheos y Lee le tiró a la cara a su hermano la barrita de cereales a medio comer. Yo intenté consolar a Benny, pero nada de lo que le decía le convencía de que no se quedaría sin comer.

—No sé cómo tranquilizarle —dije volviéndome hacia Nathan para pedirle ayuda. En ese momento vi a Cole con el rabillo del ojo. Estaba de pie en la entrada de la cocina, descalzo y con el pelo mojado de la ducha. Observó la escena con expresión perspicaz antes de atravesar la cocina y acuclillarse delante de su hermano pequeño.

—Eh, colega. —Frotó los brazos de Benny con las manos, arriba y abajo—. ¿Qué pasa?

—I-Isaac está subastando la comida —respondió entre hipidos—, ¡pero los demás se están quedando con todas las cosas ricas!

—A mí me parece que tu primo os está tomando el pelo —dijo Cole.

Isaac resopló, pero Cole no le hizo caso.

—¿Sabes lo que sería muy guay?

Cuando Benny negó con la cabeza, Cole le hizo señas con el dedo para que se acercara y se apoyó la mano en un lado de la boca como si estuviera a punto de contarle un secreto.

—McDonald's —le dijo en un susurro lo bastante alto como para que todos lo oyéramos.

Debía de ser la palabra mágica, porque Benny dejó de llorar de inmediato.

—Me he gastado todo el dinero en la cebolla.

—No te preocupes —le dijo Cole con una expresión dulce en el rostro—. Yo invito. Solo tú, yo y Zack Attack. ¿Qué te parece?

—¿Puedo pedir un Happy Meal y un batido?

Cole sonrió y revolvió el pelo de Benny.

—¿De chocolate o de vainilla?

Seis

No podía dejar de pensar en Cole, no después de presenciar la dulzura con la que ayer había tratado a Benny. Eran esos momentos sin importancia los que me hacían desear que las cosas fueran distintas entre nosotros. Me habría gustado hablarlo con alguien, pero temía que mis amigas desestimaran mis preocupaciones, válidas y legítimas, y me empujaran otra vez a sus brazos solo porque el chico en cuestión era Cole Walter. Y luego estaba Nathan. Él solía escucharme con ecuanimidad, pero estaba convencida de que me ocultaba algo. Mientras no supiera lo que era, no pensaba hablarle de mis sentimientos.

Solo me quedaba Danny e hice una mueca de dolor. No había hablado con él desde mi regreso a Colorado, pero si había una persona que conocía bien a Cole era su hermano gemelo.

Tenía poca intimidad en mi nueva habitación, así que me escabullí por la puerta trasera y me encaramé a la casa del árbol. Una vez refugiada entre la vegetación, donde sabía que nadie oiría nuestra conversación, busqué el contacto de Danny y pulsé el icono de videollamada.

Respondió a la primera señal.

—Eh, desconocida. Empezaba a preguntarme si volvería a tener noticias tuyas.

Le envolvía la oscuridad allá donde estuviera, pero ver la sonrisa burlona de Danny me transportó a casa de inmediato, a nuestros apacibles paseos por Central Park, a las cenas interminables en nuestro restaurante de sushi favorito y a las larguísimas conversaciones después de todos y cada uno de los espectáculos de Broadway a los que asistíamos. Fue muy raro darme cuenta de que ahora asociaba la ciudad en la que me crie con uno de los chicos Walter.

—Perdona, han pasado muchas cosas desde que llegué —le dije.

Danny cambió de postura y encendió una luz. Estaba tumbado en la cama del que antes era el cuarto de invitados de mi familia. Ahora yo lo consideraba su dormitorio.

—¿Sí? ¿O evitabas hablar conmigo por lo de Cole?

Suspiré.

—Entonces ya te ha contado lo que pasó.

—Su versión de lo que pasó. —Danny se incorporó para apoyarse en el cabezal—. También te vi pasarlo fatal este verano, así que ya sé que la historia tiene más matices. Y, antes de que me preguntes nada, no voy a contarte nuestra conversación.

—Tampoco te lo habría pedido. —Cuando levantó una ceja con ese gesto de «desembucha» al que ya estaba acostumbrada, me reí y añadí—: Vale, puede que te estuviera evitando un poco.

—¿Por qué? —me preguntó—. Ya sé que no hace mucho que nos conocemos, pero ahora eres de la familia, Jackie. Aunque le rompieras el corazón a Cole, contestaría cada una de tus llamadas. De día o de noche, lo juro. Aunque necesitaras ayuda para deshacerte de un cadáver o algo igual de horrible.

—Hala, hay mucho que analizar ahí, pero lo más importante… ¿Cole te dijo que le rompí el corazón? ¿Y por qué iba a parecerte bien?

—¡Eh, eh, eh! Nada de preguntas sobre mi conversación con Cole, ¿te acuerdas? He dicho «aunque le rompieras el corazón», no que lo hicieras, y me parecería bien porque sé que no tienes mala intención. Tú nunca le harías daño queriendo. Además, me ofendes. De todo lo que te he dicho, ¿de verdad crees que eso es lo más importante?

—No, en realidad lo más importante era eso de que me ayudarás a librarme de un cadáver si alguna vez lo necesito —bromeé—. Me juego algo a que serías un cómplice sensacional, después de todos los programas de crímenes que te has tragado.

Danny hizo una mueca.

—¿Solo sirvo para eso? ¿Para una clase magistral de «cómo cometer el asesinato perfecto»?

Fingí meditarlo un momento.

—Bueno, también eres un magnífico hombro en el que llorar.

Y yo lo había hecho muchísimas veces. Me habría gastado un dineral en tintorería si no fuera por que Danny vestía camisetas de algodón a diario.

—Gracias, creo —dijo con sorna.

Se me encogió el corazón. Madre mía, cómo echaba esto de menos; nuestras conversaciones sinceras, el amistoso toma y daca, su sutil sentido del humor. Ahora que nos separaban casi tres mil kilómetros, lamenté como una egoísta no haberle hecho caso a Cole cuando me rogó que impidiera que Danny se enamorara de Nueva York. Si lo hubiera hecho, quizá estaría conmigo ahora mismo.

—Oye, Danny —le dije en voz baja.

—¿Sí?

—Yo también te considero de mi familia.

Una leve sonrisa se dibujó en su cara.

—En ese caso, me gustaría tener noticias tuyas cada semana.

—Los teléfonos funcionan en ambos sentidos —le dije cambiándome de mano el mío—. Si te sentías abandonado, ¿por qué no me llamaste?

Ahora le tocaba a Danny exhibir una expresión culpable. Hizo una mueca y se rascó la barbita incipiente.

—Tenía ganas, pero me daba miedo que te sintieras presionada teniendo en cuenta lo que había pasado con Cole.

—¿Y por qué iba a sentirme presionada?

—Es mi hermano gemelo —respondió Danny como si eso lo explicara todo—. Sería raro que te llamara el hermano del tío al que has rechazado, ¿no? No quería que pensaras que intentaba hacerte cambiar de idea.

Vale, en eso tenía razón. Pero yo sabía que Danny no era de esa clase de personas.

—¿Vas a intentar que cambie de idea?

—¡No, para nada!

Puse los ojos en blanco.

—Pues no digas tonterías.

—Vale —dijo ruborizándose—. ¿Cómo lo llevas?

Vaya preguntita. Vivir con Cole las últimas dos semanas no había sido un camino de rosas. Aunque entendía que estuviera molesto, las crueldades que salían de sus labios cuando no estaba fingiendo que yo no existía me dolían. ¿Cómo podía decir que quería

ayudarme a superar el dolor y al cabo de un momento llamarme estirada y burlarse de mí? Si de verdad yo le importaba, ¿por qué no quería lo mejor para mí?

—Pues estoy… bien. Voy tirando.

Danny entornó los ojos.

—Cole se está portando como un gilipollas, ¿verdad?

—Un poquito. Normalmente me hace el vacío, pero me ha dicho cada cosa que…, bueno, entiendo que esté enfadado. Le dejé besarme y luego le eché encima un jarro de agua fría. Teniendo en cuenta nuestro historial, podría haber sido mucho peor.

—Eso no es excusa. —Suspiró y se hundió la mano entre las ondas rubio oscuro—. Que no se haya salido con la suya no significa que esté bien ponerse borde.

Qué curioso. Yo tuve ese mismo pensamiento.

Por suerte, Danny me dio algunos consejos sobre cómo gestionar la situación. Nada revolucionario —ser yo misma, pararle los pies a Cole cuando se pasara de la raya y que al final las aguas volverían a su cauce—, pero se lo agradecí de todos modos. Su actitud me animó a confesarle que, aunque su hermano se estaba portando como un idiota, una parte de mí todavía quería estar con él. Sentí tanta gratitud por la normalidad con la que Danny se tomó mi confesión que se me saltaron las lágrimas.

—Pues claro —me dijo encogiéndose de hombros, como si habláramos de realidades de la vida: el cielo es azul, el agua moja, a Jackie le gusta Cole—. Pero eso no significa que hayas tomado una mala decisión. Si tenéis que estar juntos, acabará sucediendo, estoy seguro. Mientras tanto concéntrate en ti, pero no dejes que te haga sentir mal por dar prioridad a tus necesidades.

—Gracias, Danny —le dije enjugándome una lágrima solitaria, porque era exactamente lo que necesitaba oír—. Ya basta de hablar de Cole. ¿Cómo estás tú? ¿Qué tal los ensayos de *Sueño de una noche de verano*?



Si Cole no estuviera enfadado conmigo, aplaudiría lo que yo estaba a punto de hacer.

Miré por encima del hombro, pero ninguno de los profes que estaban vigilando la cafetería me prestaba atención, así que abrí la puerta y salí. Solo los alumnos de último curso tenían permiso para abandonar las instalaciones del instituto a la hora del almuerzo, pero era tan habitual que la gente se saltara esa norma que no me sentí mal por hacerlo. Apenas tardaría cinco minutos en llegar a LJD Custom Prints, un taller de serigrafía cercano, de manera que tenía margen de sobra para estar de vuelta antes de que empezaran las clases de la tarde.

Mientras caminaba, repasé mi lista de tareas para la campaña y me puse muy contenta al descubrir que ya tenía la mitad terminadas. El día anterior por la mañana Erin había aprobado el eslogan que había creado durante el fin de semana, además del logo que Katherine había diseñado. Las tareas que no supervisaba personalmente, como las redes sociales y la creación y distribución de carteles y folletos, estaban en manos de las mejores amigas de Erin. Por si fuera poco, había convencido a Skylar de que me ayudara a promocionar la candidatura de Erin en los otros clubes, pero solo porque accedí a incluir el periódico del instituto para que pudiera ligar con Chase.

Estaba convencida de que teníamos muchas posibilidades de ganar. Aunque el contrincante de Erin era uno de esos chicos que caen bien a todo el mundo, había confiado su campaña al boca oreja nada más y pasaba más tiempo fumando detrás de los contenedores con gente como Isaac y Jet que promocionando su candidatura. Pero, antes de concentrarme en redactar el discurso de la victoria, quería imprimir camisetas para que todos los colaboradores de nuestra campaña se las pusieran el viernes. Por raro que parezca, estaba agradecida de que Erin se hubiera enfrentado conmigo el día de la primera reunión del consejo estudiantil. Si no lo hubiera hecho, no habría tenido la oportunidad de involucrarme. Colaborar en su candidatura me había ayudado a darme cuenta de lo mucho que echaba de menos planificar, organizar y participar en algo importante.

Al acercarme a la plaza del pueblo, un cartel que anunciaba un café recién inaugurado me llamó la atención: CAFFEINATED PURSUIT. Me quedé parada en mitad de la acera. ¿Qué posibilidad había de que ese local fuera el que yo creía? Muy pocas, seguramente, pero de todos modos crucé la calle para echar un vistazo. Cuando empujé la puerta y entré, me quedé sin aliento.

Yo quería mucho a mis padres, pero siempre estaban ocupados cuando era niña. Sebastian y Angeline Howard eran los vivos ejemplos de trabajadores incansables, gracias a lo cual triunfaron en sus profesiones. La pega, sin embargo, era que no pasaban demasiado tiempo con Lucy y conmigo. Para compensarnos, nos llevaban todos los domingos por la tarde a una cafetería muy chula, con juegos de mesa, que había en la esquina. Si tenían una agenda demasiado apretada, como pasaba cuando mi padre estaba de viaje

de negocios o mi madre tenía que preparar la semana de la moda, Lucy y yo íbamos solas para sentirlos más cerca. A medida que nos fuimos haciendo mayores, empezamos a pasar más tiempo allí las dos por nuestra cuenta, y al final se convirtió en nuestro local favorito para charlar y tomar algo.

El diseño de esta cafetería no era exactamente igual, pero me recordó tanto al Caffeinated Pursuit de Nueva York que me empezaron a temblar las manos. Tenía el mismo estilo industrial —ladrillo visto y bombillas vintage colgantes— con el toque hogareño que le daban las plantas, las alfombras tejidas a mano y los sillones mullidos, que debían de ser tan cómodos como aquellos en los que Lucy y yo nos instalábamos durante horas. Había toda una pared dedicada a almacenar los juegos de mesa para los clientes y grandes mesas de madera donde podían echar partidas los grupos grandes. Mi elemento favorito era el suelo de mosaico inspirado en distintos juegos, una mezcla un poco rara pero creativa de fichas de *Rummikub* y de dominó entre baldosas de mandalas multicolores.

Lo que hizo que me saltaran las lágrimas, sin embargo, fue encontrar mi bebida favorita en la carta: el Caramel Kerplunk, un granizado de moca con un toque de caramelo. Era una tontería llorar por algo tan trivial como un granizado de café, pero el consuelo de encontrar lejos de casa una bebida que me encantaba fue la sorpresa más agradable que podía imaginar.

—Perdone, señorita. —El encargado, que era el típico maduro atractivo con gafas y perilla, me miraba frunciendo el ceño—. ¿Se encuentra bien? ¿Le gustaría tomar algo?

Me reí y me enjugué los ojos.

—No se preocupe por mí. Soy una boba. Es que este café… me recuerda a otro que significaba mucho para mí —dije acercándome al mostrador—. Tomaré un Caramel Kerplunk grande. Con leche entera, por favor.

—Ah, ¿se refiere a nuestro local del Upper West Side?

Señaló una foto colgada en la pared, en la que se veía un escaparate que habría podido dibujar de memoria. ¿Cuántas veces me había sentado en ese mismo banco naranja esperando a que llegara Lucy?

—¡Sí! —dije rebotando sobre la punta de los pies—. No sé si usted ha estado allí, pero prácticamente me crie en la mesa que hay al lado de la cocina. No debería admitirlo, pero mi hermana grabó sus iniciales en la madera.

—Entonces ¿conoces a Jenny? —me preguntó mientras vertía ingredientes en la batidora.

Jennifer Clive, propietaria y gerente del Caffeinated Pursuit, era una barista extraordinaria, entusiasta de los juegos de mesa y pura energía concentrada en poco más de metro y medio. Con el paso de los años llegó a convertirse en una persona importante en mi vida y en la de Lucy, una tía divertida que me enseñó a jugar al ajedrez y que siempre nos atiborraba de las pastas que tuviera más a mano.

—Desde que tenía seis años —confirmé—. Cerró la cafetería y me llevó al hospital cuando tuve peritonitis.

El hombre se quedó quieto antes de levantar la vista para mirarme con unos ojos grandes e inquisitivos.

—Soy Garrett, el primo de Jenny. Perdona si esto es demasiado personal, pero ¿eres Jackie?

—¿Sabe quién soy?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Garrett.

—Tu hermana y tú erais las clientas favoritas de Jenny. —Su sonrisa desapareció y añadió—: Se quedó destrozada cuando se enteró de que tu familia había fallecido.

Sin prestar atención a la puñalada de dolor que me provocó su comentario, me estrujé los sesos buscando recuerdos de un hombre guapo y mayor emparentado con Jenny, pero no encontré nada.

—Disculpe si se me ha olvidado, pero ¿nos hemos visto antes?

—No, pero ya sabes cómo es Jenny. Habla por los codos, así que lo sé todo de ti. —Garrett conectó la batidora y levantó la voz para que le oyera por encima del ruido—. Fui el ingeniero jefe de un equipo NASCAR durante buena parte de mi vida profesional, así que me pasaba la vida corriendo por ahí, más que en la ciudad.

Se trataba del tipo de trabajo que Cole encontraría fascinante. Quizá pudiera sacarle información a Garrett en algún otro momento, pero tenía que darme prisa si quería pasar por el taller de serigrafía y llegar al insti a tiempo para las clases de la tarde.

—Copper Valley está muy lejos de Nueva York —le dije cuando la batidora terminó—. ¿Cómo acabó aquí, si no es indiscreción?

—Mi esposa se crio en este pueblo. —Garrett vertió mi granizado en un vaso para llevar y luego añadió caramelo y nata montada—. Quería volver a casa cuando se retirase y yo necesitaba algo que me mantuviera activo, así que Jenny me propuso que abriera una franquicia. Cuesta un poco acostumbrarse a vivir en una ciudad pequeña, pero los paisajes son espectaculares.

El mundo nunca me había recordado tanto a un pañuelo como en aquel momento.

—Entiendo muy bien lo que dice —respondí a la vez que sacaba la cartera. Él empujó la bebida por el mostrador—. ¿Cuánto le debo?

Garrett rechazó la tarjeta que le tendía.

—Invita la casa. Me ha encantado conocerte, Jackie. Vuelve cuando quieras.



El miércoles por la tarde, cuando terminaron las clases, la camioneta no estaba en el aparcamiento. Al principio pensé que los chicos se habían marchado sin mí, pero al momento apareció Alex seguido de Lee y de Nathan. Isaac era el único que nos había dado plantón.

—¿Sabes algo de tu hermano? —le preguntó Alex a Lee.

—No, ¿por?

Alex señaló la plaza vacía donde habíamos aparcado por la mañana.

—Me parecía obvio, pero bueno. La camioneta no está.

Lee frunció el ceño.

—¿Le has dado las llaves?

Como Danny se había marchado y Cole tenía su propio coche, las llaves de la camioneta habían pasado al Walter siguiente, que era Isaac. Durante la última semana y media, sin embargo, Alex se había encargado de llevarnos y traernos, porque Katherine había prohibido conducir a Isaac como parte de su castigo.

Alex se sonrojó y se rascó la nuca.

—Sí, a la hora de comer, pero ha dicho que volvería antes de las clases de la tarde. No pensé que se largaría y nos dejaría colgados.

—¿En serio, Alex? —dijo Lee—. Eres idiota.

—Lo siento, ¿vale? Quería un Taco Bell. ¿Quién soy yo para interponerme entre un hombre y su Crunchwrap Supreme?

Mientras Alex y Lee seguían intercambiando insultos, Nathan sacó el teléfono.

—Llamaré a Cole. El taller de Tony no está lejos.

Diez minutos más tarde, el Buick entró en el aparcamiento con las ventanillas bajadas y la música a toda pastilla.

—Daos prisa, nenes —dijo Cole a modo de saludo. Llevaba el mono del trabajo y una mancha de grasa en la frente—. Me he fumado el descanso para venir.

Como no quería quedarme atrapada delante con él, me subí a toda prisa detrás de Nathan cuando este empujó el asiento del copiloto hacia abajo y se subió detrás. Una vez que me hube abrochado el cinturón de seguridad y acomodado en el asiento, levanté la vista, me topé con la mirada de Cole en el espejo retrovisor y me percaté de mi error. Aunque viajar detrás me permitía poner distancia entre los dos, también colocaba a Cole en el primer plano de mi campo de visión. «Como si no viviera ya de okupa en mi pensamiento». Los otros chicos ocuparon sus asientos y yo maldije en silencio a Isaac Walter.

Aunque nos había pedido que nos diéramos prisa, Cole se mostraba sumamente relajado mientras tarareaba la melodía que sonaba en la radio y tamborileaba con los dedos contra el volante siguiendo el ritmo de una canción que yo no conocía. Se había arremangado y, aunque hice esfuerzos por no mirar, mis ojos se posaban una y otra vez en sus antebrazos desnudos. Debió de notar que le observaba, porque sus ojos volvieron a buscar los míos en el espejo retrovisor.

Me quedé sin aliento. Por primera vez en más de una semana, Cole me miraba con algo que no fuera un frío desdén. No me atrevería a decir que era una expresión positiva —«cauta» la describiría mejor—, pero noté un matiz arrogante en el gesto de sus labios. Me invadió una sensación de alivio que me aflojó los hombros; podía apañarme con un Cole Walter arrogante. Era su configuración por defecto, algo con lo que había lidiado desde el día uno.

El viaje fue mucho más silencioso de lo habitual en el coche de los Walter y yo no tenía claro si eso influía en la tensión creciente entre Cole y yo, que no dejábamos de lanzarnos miraditas por el espejo.

Alex carraspeó a mi lado.

—Sube la radio, ¿quieres? —le pidió a su hermano mayor.

Tan pronto como Cole le complació, Alex me pegó un codazo suave en las costillas. Me miró antes de desplazar la vista al asiento del conductor con una pregunta en las cejas arqueadas.

—¿Va todo bien?

Las palabras tácitas estaban claras: «¿Va todo bien entre vosotros dos?».

Le tranquilicé con un asentimiento. Aunque nada iba bien, no podía hablar de eso ahora, no estando Cole en el coche con nosotros. Me pareció que Alex iba a seguir insistiendo, así que evité su mirada de un modo evidente. Por suerte captó la indirecta.

Se hizo el silencio en el coche de nuevo excepto por la radio y yo pasé el resto del trayecto resistiendo el impulso de mirar a Cole. Me estaba observando, lo notaba. ¿Exhibiría ahora la misma expresión engreída o había torcido el gesto otra vez? Solo me concedí permiso para levantar la vista cuando la casa asomó a lo lejos; si le veía

fulminarme con la mirada, saldría pitando en cuanto llegáramos. Pero Cole no me miraba con expresión asesina. Y tampoco con arrogancia. No me sentía capaz de descifrar lo que reflejaba su mirada, pero bastó para que notara un aleteo en el estómago.

—Por Dios, déjame bajar —pidió Lee antes de que el Buick se hubiera parado siquiera—. Tanta tensión sexual es asfixiante. ¿No podéis resolverla de una vez? Es un rollo.

La vergüenza me paralizó todo el cuerpo. Los demás se bajaron del coche con prisas —Nathan pasó por encima de mí para escapar cuanto antes al ver que yo no me movía— hasta que solo quedamos Cole y yo. Pasado un ratito, Cole salió y empujó su asiento. Entonces, en un gesto que yo no me esperaba, me tendió la mano. A pesar de lo abochornada que me sentía, puse la mano en la suya y dejé que me ayudara a salir del coche. Cuando por fin levanté la vista para mirarle a los ojos, me sonrió. Fue una sonrisa mínima y tensa, pero sin trazas de chulería.

—Vamos, te acompaño a la puerta —me dijo señalando la casa con el mentón como si yo no conociera el camino.

El gesto parecía una ofrenda de paz, así que emprendí la marcha a su lado. Ninguno de los dos habló y el crujido de la gravilla a nuestros pies amplificó el silencio al recorrer la avenida. Yo buscaba mentalmente posibles temas de conversación, pero me daba demasiado miedo meter la pata. Al final dejé que Cole tomara la palabra.

—¿Qué tal la vuelta al instituto?

—Bien —dije soltando un suspiro de alivio. Era un tema seguro, cómodo. Puede que Cole se aburriera como una ostra, pero podía

hablarle de las clases, los deberes y el estudio hasta hartarme—. Me he apuntado al consejo estudiantil.

Resopló.

—No me digas, señorita Empollona.

—Erin se presenta a presidenta y yo soy su directora de campaña —repliqué. «Eso no te lo esperabas, ¿eh?».

Cole estaba haciendo girar las llaves en el dedo y ahora empezó a toquetearlas.

—¿Erin y tú?

Asentí.

—La votación es este viernes.

—Bueno —dijo pasado un momento—, lo único que se me ocurre es que me alegro de haber terminado el instituto. Vais a sembrar el terror.

—¿Perdona?

Me paré en el último peldaño del porche y me volví a mirarle. Aun con la altura adicional del escalón, él seguía siendo más alto que yo.

—Me juego algo a que antes de que acabe el mes habréis prohibido hablar en los pasillos para prevenir el acoso escolar y crear un ambiente proclive al aprendizaje —respondió Cole con ojos chispeantes, aguantándose la risa—. Recaudaciones de fondos a saco, nuevo código de vestimenta e iniciativas para promover la salud y movidas así.

—¿Iniciativas para promover la salud?

—Sí, como pilates obligatorio o reemplazar los refrescos por agua vitaminada en las máquinas expendedoras.

Arrugué la nariz.

—Estás diciendo tonterías.

Sacudió la cabeza para apartarse el flequillo y me sonrió.

—Tengo que volver al trabajo. Luego te veo, Nueva York.

Momentáneamente deslumbrada por la verdadera sonrisa de Cole Walter —arruguitas en el rabillo de los ojos, un solo hoyuelo a la vista—, le vi alejarse sin despedirme. Cuando mi cerebro volvió a reiniciarse, él ya había recorrido la mitad del paseo, así que dejé la boca cerrada en lugar de gritarle un adiós bobo con diez segundos de retraso.

Tenía la sensación de que los últimos cinco minutos habían sido un sueño vívido o una breve incursión en una realidad paralela donde Cole y yo todavía nos hablábamos, porque era imposible que nosotros dos hubiéramos mantenido una verdadera conversación. Ya me costaba creer que hubiera sido tan caballero como para ayudarme a salir del coche y acompañarme a la puerta, pero ¿dirigirme palabras en mi idioma? Imposible.

Jo, si habíamos bromeado y todo.

Fue alucinante después de todo ese silencio rabioso, pero ahora que pensaba cómo habían sido estos últimos días me di cuenta de que la actitud de Cole conmigo había cambiado una pizca. Aunque no fuera amistosa en absoluto, ya no me trataba con tanta frialdad cuando coincidíamos por la casa, e incluso me había pasado el bote de kétchup la noche anterior. El momento del cambio era significativo: coincidía demasiado en el tiempo con la conversación que había mantenido con su hermano gemelo como para que fuera una casualidad. Pero, teniendo en consideración todos los aspectos, ¿acaso importaba que fuera cosa de Danny? Si eso significaba que por fin podía dejar de ir con pies de plomo cuando Cole anduviese cerca, se lo agradecía.

Siete

Colorado por la noche, especialmente en el rancho, no se parecía en nada a Nueva York. Una vez que la luz del día se apagaba, una oscuridad casi absoluta lo devoraba todo. Antes, la ausencia de farolas, de letreros de neón y de los faros de coches en circulación me ponía de los nervios, pero ahora me tranquilizaba.

Estaba sentada en una de las butacas del porche, con las rodillas abrazadas contra el pecho y los hombros tapados con una manta, cuando la puerta de la calle se entreabrió. Una figura salió con sigilo y volvió a cerrar la puerta con sumo cuidado.

Mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y, aunque no estaba del todo segura, creí reconocer la silueta de la persona que abandonaba la casa con tanto sigilo.

—¿Lee? —le llamé en voz baja.

La figura pegó un bote y algo pesado cayó al suelo.

—¡Mierda! —cuchicheó—. Jackie, ¿eres tú?

—Sí, espera.

Encendí la linterna del teléfono y enfoqué a Lee, cuyo monopatín yacía a sus pies boca abajo, todavía con las ruedas girando.

—¿Qué haces ahí sentada en la oscuridad? —me preguntó torciendo el gesto—. Das mucho miedo.

Mi mente voló a la noche de la fiesta popular, cuando Isaac me asustó y yo tuve una reacción parecida a la de Lee. Menos mal que no me había tirado el monopatín a la cabeza.

—Solo estaba aquí sentada. No podía dormir.

Ese día había vivido una extraña combinación de cosas buenas y malas. Los resultados de la votación se anunciaron durante la reunión del consejo estudiantil y la victoria de Erin fue aplastante. A todo el mundo le encantaron las camisetas que yo había encargado y me sentía orgullosa de nuestro éxito, pero me costó disfrutarlo cuando recordé que hoy era el aniversario de boda de mis padres. Antes de eso, había estado demasiado enfrascada en la campaña como para acordarme, pero, cuando volví del insti y vi la fecha marcada en mi calendario, el aire abandonó mis pulmones como si me hubieran atizado un puñetazo en la barriga por sorpresa. Esa semana había sido la mejor desde hacía siglos, porque por primera vez desde el principio del verano sentía que volvía a ser yo misma. Por eso me costaba tanto superar la tristeza; por mucho que me esforzase en seguir con mi vida, siempre estaba acechando debajo de la superficie, lista para asomar la cabeza y aturdirme.

La luz del porche se encendió antes de que Lee pudiera responder. Cogió su monopatín y desapareció por un recodo en un abrir y cerrar de ojos. Poco después apareció Katherine con bata y zapatillas, todavía medio dormida.

—¿Jackie? —preguntó con un bostezo—. He oído un ruido. ¿Has sido tú?

—Sí, se me ha caído el teléfono. —Se lo enseñé para demostrarlo —. Siento haberte despertado.

—No pasa nada, cielo. ¿Va todo bien?

—Sí, solo me cuesta dormir.

Frunció el ceño. Cuando me cambié al cuarto de Parker, Katherine hizo todo lo que pudo por asegurarse de que me sintiera cómoda. No solo me lo preguntaba cada dos por tres, sino que me hizo prometerle que, si en algún momento me suponía un problema, se lo diría.

—No será por el cambio de habitación, ¿no? —me preguntó por enésima vez—. Porque si…

—No, te lo juro.

Su ceño se acentuó, así que esbocé una sombra de sonrisa y añadí:

—Hoy es el aniversario de mis padres. Te prometo que no me pasa nada. Estaba pensando en ellos, nada más.

La expresión de Katherine se suavizó.

—¿Quieres que hablemos?

Si Lee no hubiera estado escondido al otro lado de la esquina, quizá habría aceptado su oferta. En vez de eso, negué con la cabeza. A veces lo único que puedes hacer para paliar el dolor es sentarte con él, contar las respiraciones, aceptarlo. Esta era una de esas veces.

—Vale, pero que sepas que, si cambias de idea, estoy aquí para escucharte.

Se inclinó y me besó la frente con delicadeza.

—Buenas noches, Jackie.

Una vez que se marchó, Lee reapareció con una expresión agradecida.

—Gracias por encubrirme.

—Yo he tenido la culpa de que se te cayera la tabla, así que era lo menos que podía hacer —le dije reprimiendo un bostezo. Decidí que había llegado el momento de entrar también. Me puse de pie y me desperecé. La manta que me envolvía los hombros resbaló y cayó a mis pies.

—Pero, oye, ¿adónde ibas? —pregunté volviéndome a mirar a Lee. Estaba esperando en las escaleras del porche mirando los mensajes del móvil.

—Voy a hacer skate con unos amigos —respondió con una de sus escasas sonrisas.

Eché un vistazo a mi teléfono y me sorprendí al ver la hora.

—¿A la una de la madrugada?

En sus ojos brilló un destello travieso.

—¿Sabes la urbanización que están construyendo cerca de la cantera? Una de las casas tiene una piscina inmensa, al nivel del suelo, y es una pista de skate perfecta. Pensamos que sería mejor colarnos en plena noche para evitar la movida del allanamiento de morada.

Justo cuando finalizaba su explicación aparecieron unos faros en el fondo de la avenida.

—Bueno, ya están aquí.

—Que te diviertas —le dije a la vez que me inclinaba para recoger la manta que había usado como chal. Tenía la piel de gallina desde que se me había caído.

Lee se detuvo en mitad de las escaleras y se volvió a mirarme.

—Oye, Jackie…

—¿Sí?

—No sé si Isaac te dijo algo, pero los dos te agradecemos que accedieras a compartir cuarto con Parker. Quería que lo supieras y… —Se interrumpió y negó con la cabeza—. Da igual. Espero que duermas un poco.



Una ola de frío aire otoñal llegó con el primer partido de rugby de Parker, la primera de la estación. Las hojas empezaban a cambiar de color, motitas amarillas y anaranjadas que asomaban entre lo que antes fuera una bóveda verde. Yo me había puesto un viejo jersey de lana, pero Cole insistió en que llevara una de sus sudaderas con el apellido Walter estampado en la espalda. Me pasé el trayecto en coche con la nariz enterrada en el cuello para aspirar ese aroma que tan bien conocía.

Los Walter nunca viajaban ligeros de equipaje, ni siquiera a un partido de rugby. Los dos coches iban llenos a reventar de sillas de acampada, una nevera portátil, un montón de mantas y una bolsa enorme de pipas de calabaza para comer mientras mirábamos el partido. Descargamos los coches y busqué a Cole con la vista por el campo. Como era el entrenador de Parker, había llegado más pronto para dirigir el calentamiento de las chicas.

Al momento le vi en el otro extremo, con las manos alrededor de los labios mientras les gritaba algo a sus jugadoras, que estaban haciendo estiramientos. Cole miró por encima del hombro pasado un momento y sus ojos encontraron los míos en un santiamén. Se me alteró el pulso de la emoción. Gritó una última orden y correteó hacia nosotros con el silbato que llevaba al cuello columpiándose de lado a lado con el movimiento.

—Mira, Jackie, puedes usar la silla de Parker. Es pequeña, pero cabrás —me dijo Katherine mientras sacaba una silla plegable azul oscuro del maletero.

Yo le sonreí agradecida y me ajusté la tira de la funda al hombro.

—¿Qué más puedo coger?

—Una manta, por si tienes frío.

Apenas había terminado la frase cuando salió corriendo detrás de Zack y Benny, que se habían pasado todo el viaje discutiendo quién ganaría un concurso de comer perritos calientes, si Kirby o Shaggy Rogers. Ahora se habían tirado en la hierba e intentaban inmovilizar al otro contra el suelo.

—Yo puedo hacer que entres en calor.

La voz de Cole fue apenas un susurro en mi oído, pero bastó para que pegara un bote.

Con el corazón desbocado, me volví a mirarle con una mirada que pretendía ser asesina.

—Deberías preguntarle a Isaac lo que les pasa a los que me pegan un susto, Cole. La próxima vez reaccionaré automáticamente y no me hago responsable de lo que le pase a tu bonita cara.

Él me dedicó una sonrisa pícara al oírlo.

—¿Piensas que tengo una cara bonita?

Puse los ojos en blanco.

—Tú piensas que tienes una cara bonita.

—Tú sí que eres bonita.

Un calorcillo me subió por el cuello.

—Deberías volver con tus chicas —le dije para despistar, por miedo a que dijera algo que me hiciera ruborizar aún más.

Cole volvió la vista hacia el campo, pero noté que ahora mismo le preocupaban poco sus responsabilidades de entrenador.

—¿Cómo voy a marcharme si llevas mi apellido en la espalda? —me preguntó. Tiró del cuello de la sudadera que me había prestado.

Yo trastabillé hacia él, tal como él pretendía.

Inclinándose hacia mí, me dijo:

—La verdad es que he venido a felicitarte.

—¿Por qué?

—Por el éxito de tu campaña.

Cole estaba demasiado cerca como para que mi cerebro registrase nada que no fuera la proximidad de su cuerpo, que ahora estaba a pocos centímetros del mío. Aunque tenía los ojos pegados a sus labios, sus palabras constituían un misterio.

—Erin tuvo suerte de contar contigo —continuó—. Seguro que nadie tenía la menor oportunidad.

Soltó el cuello de mi sudadera justo cuando acababa de descifrar lo que me estaba diciendo y después se alejó tranquilamente hacia el campo. Me obligué a respirar despacio. La lógica y la capacidad de razonamiento tenían la mala costumbre de abandonarme cuando Cole andaba cerca. Y si me hacía un cumplido… entonces se me derretían los sesos.

Solté un bufido, irritada conmigo misma tanto por mi reacción como por haber dejado que se acercara tanto. Me di media vuelta y me reuní con el caos de la familia Walter. George y Katherine intentaban dominar a los dos pequeños, aunque mantener a los gemelos terroríficos bajo control no era tarea fácil. Según nos acercábamos al campo, Benny soltó un chillido tan agudo que me estremecí.

—Chicos —los regañó Katherine mientras intentaba separarlos.

—No tengo fuerzas para aguantarlos ahora mismo —murmuró Nathan, que se alejó por el campo.

Yo busqué los ojos de Lee, que a su vez se volvió hacia Isaac. Al parecer, los tres estábamos de acuerdo con Nathan: los niños eran insufribles y había espacio de sobra alrededor del campo. Me despedí de Katherine con un gesto de la mano y ella asintió con un ademán comprensivo. Tras eso, seguimos a Nathan.

Los cuatro nos apropiamos de un hueco en el lateral y procedimos a instalar las sillas. Lee se sentó a mi izquierda, Nathan a mi derecha e Isaac al otro lado de su hermano.

—Tú podrías sentarte con los entrenadores, Jackie. Seguro que Cole te haría un sitio en su regazo —me dijo Isaac con una sonrisa maliciosa—. No sería la primera vez, ¿verdad?

Me crucé de brazos y lancé un largo suspiro.

—No sé de qué hablas.

Lee soltó una carcajada floja.

—Oh, venga ya. Prácticamente estabas respirando dentro de su boca hace un momento.

Me mordí el labio para no soltarle un improperio y me volví hacia Nathan con la esperanza de encontrar algo de apoyo. Él miraba al frente con los ojos fijos en el campo que teníamos delante.

—¿Por qué no les dices que paren de hacer el gilipollas? A mí no me hacen caso.

Nathan frunció el ceño con un gesto que parecía irritado y me soltó algo que no me esperaba.

—Díselo tú.

Me dio la espalda y sacó el móvil. A juzgar por su expresión hosca, nuestra conversación había terminado. Su actitud me pilló desprevenida. Él solía ser el más predispuesto a echarme un cable, pero a lo largo de esta última semana estaba cada vez más enfurruñado. Hasta este mismo instante, nunca había pagado conmigo su mal humor. Yo quería ayudarle a arreglar lo que fuera que le preocupase, pero cada vez que intentaba hablarlo con él se cerraba en banda o cambiaba de tema.

Como un Walter pasaba de mí y los otros estaban deseando tomarme el pelo, me concentré en el partido. Las chicas estaban preparadas para el saque, los dos equipos distribuidos por el lado del campo que defendían. Parker y Cole me habían explicado en qué consistía el rugby y, aunque entendía algunos aspectos, las reglas en general las encontraba increíblemente confusas. Pronto sonó el silbato y empezó el partido. Poco después un balón volaba hacia el equipo de Parker y los dos grupos se abalanzaron el uno contra el otro.

De vez en cuando posaba la vista en Cole, que corría por los laterales gritando órdenes a las jugadoras y elogiándolas cuando jugaban bien. No ayudaba que se volviera a mirarme tanto como yo le observaba a él. Me entraron ganas de borrarle de un tortazo la expresión complacida que asomaba a su cara cada vez que se daba la vuelta y encontraba mis ojos fijos en él.

A mi derecha, Lee e Isaac comentaban el partido. Los dos creaban un torrente de ruido interminable que yo conseguía bloquear, al menos en su mayor parte.

Isaac lanzó un silbido quedo que finalmente apartó mi atención de Cole.

—Tío, ¿has visto cómo ha eliminado Parker a la número siete? Da un poco de miedo —observó.

Lee asintió y mencionó algo de una falta, pero yo estaba distraída otra vez con Cole. Impartía instrucciones a gritos agitando las manos arriba y abajo para captar la atención de las niñas. En el otro extremo el balón fue a parar fuera del campo. Cole se dio la vuelta y me miró una vez más.

—Veinte pavos a que expulsan a Cole por desnudar a Jackie con los ojos desde la otra punta del terreno —bromeó Isaac—. Debería cortarse un poco delante de las niñas, ¿no crees?

Me rechinaron los dientes de rabia y me puse de pie a toda prisa. Isaac y Lee se partieron de risa mientras yo me alejaba en dirección contraria, más que dispuesta a soportar a los Walter pequeños si con eso me libraba de tener que escuchar sus incansables burlas.

El domingo por la mañana tuve que elegir entre dos opciones: ayudar a George a limpiar los establos de los caballos o recoger la fruta caída de los manzanos silvestres que bordeaban el jardín lateral. Desde que me mudé a Colorado, había descubierto que sacar un rancho adelante requería un montón de trabajo, incluidas tareas que no eran nada agradables. Lo peor, en mi opinión, era limpiar los establos, así que la elección fue fácil.

Entre Alex, Nathan y yo lo tuvimos todo recogido en una hora. Katherine estaba en modo limpieza. Por eso, en lugar de entrar y arriesgarnos a que nos asignara más tareas, los tres decidimos pasar un rato a la sombra de la casa del árbol.

—Vuelvo enseguida —dijo Alex cuando Nathan se tumbó en la hierba y abrió su aplicación de sudokus. Correteó en dirección al cobertizo.

Mientras lo esperábamos, me aventuré por la escalera en busca de material de lectura —Alex dejaba libros por todas partes— y encontré un ejemplar muy estropeado de *El conde de Montecristo*. Cuando bajé, Alex había regresado con un bate de béisbol infantil e intentaba convencer a Nathan de que le hiciera de pícher.

—Venga, Nate. ¿No quieres pasar un rato de calidad con tu hermano favorito?

Nathan resopló.

—¿Qué te hace pensar que estás siquiera entre los tres primeros?

—Te propongo una cosa —respondió Alex haciendo caso omiso del insulto—. Juegas conmigo durante quince minutos y yo, a cambio, recogeré la ropa sucia y quitaré los platos de mi escritorio.

—Bueno, vale —accedió Nathan—, pero, si empieza a ser un asco como la última vez, lo dejo.

No entendí a qué se refería hasta que Nathan escogió la manzana menos podrida de la carretilla y se la lanzó a Alex. El bate la golpeó y yo, muerta de risa, vi cómo la manzana planeaba por encima de la valla y caía en el prado, donde no estropearía el cortacésped. Por desgracia, la segunda manzana estalló con el impacto y una lluvia de fruta pastosa se precipitó sobre el césped.

La mosquitera de la entrada pegó un portazo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Se me paró el corazón al oír la voz furiosa de Katherine. Durante una milésima de segundo pensé que nos gritaba a nosotros, pero entonces vi a Isaac bajando los escalones del porche como un

vendaval, con los puños cerrados y los ojos en llamas. Un viejo Camaro rugía en la avenida con Jet al volante.

—Me largo de aquí para no verte —gritó Isaac por encima del hombro.

—Isaac, como no vuelvas ahora mismo…

—¿Qué? —rugió él a la vez que se daba la vuelta para fulminar a su tía con la mirada—. ¿Qué vas a hacer, Katherine?

Nunca había oído a ninguno de los chicos Walter llamar a Katherine por el nombre, especialmente no con tanto veneno, y contuve una exclamación de horror. Un dolor genuino asomó al rostro de Katherine antes de que consiguiera recomponer su expresión.

—A lo mejor llamo a tu padre.

Una única carcajada amarga brotó de la garganta de Isaac.

—Llámalo. Tampoco puede hacer nada desde Alemania.

Sin esperar respuesta, abrió a toda prisa la puerta del coche, se sentó en el asiento del copiloto y de inmediato subió el volumen de la radio. Música heavy metal atronó en los altavoces poniendo fin a la conversación. Jet arrancó el Camaro marcha atrás y el ambientador que colgaba del espejo retrovisor se columpió de mala manera. Mientras se alejaban por la avenida, Isaac sacó el brazo por la ventanilla y le hizo una peineta a su tía.

A pesar de esa enorme falta de respeto, ella se quedó clavada en el porche hasta que el coche desapareció.

Una vez que volvió a entrar en casa, Alex, Nathan y yo nos miramos estupefactos. Ninguno de los tres sabía qué decir.

—¿Solo es una fase? —dijo Alex rompiendo el silencio. Nos reímos de ese chiste malo, pero al momento nos quedamos en silencio otra

vez.

—¿Alguno de vosotros sabe qué le pasa? —pregunté por fin.

Alex suspiró, dejó caer el bate y se desplomó a mi lado.

—No estoy seguro, pero creo que tiene algo que ver con su padre.

—El tío Pete vino de visita a principios de verano —añadió Nathan a la vez que se sentaba a mi otro lado—. Isaac está en ese plan desde que se marchó.

Fruncí el ceño.

—¿Isaac no se alegró de verle?

Yo no sabía gran cosa de los padres de Isaac y Lee, solo que su madre desapareció cuando eran niños y que Peter Walter, el hermano menor de George, era teniente coronel del ejército destinado en el extranjero. Los dos chicos rara vez veían a su padre, por eso había supuesto que la visita habría sido el momento cumbre del verano para ellos.

—Eso es lo más raro —respondió Alex—. Nunca lo reconocerá, pero sé que Isaac tenía un calendario en el que tachaba los días que faltaban para el permiso de su padre. Algo debió de ir mal, pero no le pregunté. Lee y él tienden a ser muy discretos con su vida personal.

Charlamos sobre Isaac cosa de un minuto más, tratando de resolver el misterio, pero el tema se agotó con rapidez. Alex empezó a hablarle a Nathan de estadísticas de béisbol, así que abrí el libro que había encontrado y me puse a leer. Cuando volví a escuchar pasados unos minutos, habían cambiado de tema.

—… es una gran canción —decía Alex.

—¡Oh! —dejé el libro a un lado y me volví a mirar a Nathan con ilusión—. ¿Has compuesto algo nuevo? Me encantaría escucharlo.

Si algo me molestaba de la relación de Alex y Kim era que Nathan sintiera la necesidad de esconderse en el altillo. Pasaba tanto tiempo ahí fuera que ya nunca oía su música flotando por la casa.

Nathan se quitó una hebra suelta de la camiseta.

—No, lo siento.

—Ah. —Me froté el cuello con los dedos y miré a Alex de reojo, pero él parecía tan perplejo por la respuesta de su hermano como yo—. Hum, ¿no has compuesto nada nuevo o no quieres que lo oiga?

—Estoy trabajando en algo, pero aún no está listo —dijo Nathan. En ese momento su teléfono vibró con un mensaje entrante. Lo leyó, se puso de pie y se sacudió la hierba de las manos y las rodillas—. ¿Nos vemos luego? Tengo que hacer una cosa.

Alex observó la partida de su hermano frunciendo el ceño.

—¿Es cosa mía o eso ha sido raro?

—Ha sido raro —asentí yo. Y preocupante. La suma de indicios —su deserción del entrenamiento matutino, su malhumor y que no hubiera compuesto nada nuevo— apuntaba a que algo no iba bien.

—¿Alguna idea de lo que le pasa?

Miré a Alex con incredulidad.

—Si no lo sabes tú, no lo sabe nadie. Tú compartes habitación con él.

Puede que Lee tuviera razón al decir que tanto Kickstart le estaba derritiendo los sesos.

—Ya —dijo Alex frotándose la nuca—. Supongo que ando un poco distraído desde que salgo con Kim.

—¿Un poco? —pregunté, y negué con la cabeza cuando me dedicó una sonrisa compungida. Si acaso necesitaba más pruebas de que

Alex y yo no teníamos que estar juntos, ahí tenía una: nunca estuvo tan pendiente de mí como para perder de vista al resto del mundo—. ¿Estás contento?

La respuesta era evidente, pero quería oírla de sus labios.

—Supercontento.

—Bien —dije asintiendo con convencimiento—. Me alegro.

—Bueno…, y… —Alex hizo una mueca, como si no le hiciera gracia lo que iba a decir—. ¿Cómo van las cosas con Cole?

Ni hablar. Ni de coña iba a entrar en eso. Prefería tirarme de un puente a hablar con Alex de mi relación con su hermano mayor.

—¿De verdad quieres que te hable de eso?

Alex palideció.

—Es lo que menos me apetece del mundo.

Perfecto. Estábamos de acuerdo.

—Eso me parecía.

Ocho

El móvil vibró contra el mármol del baño cuando salí de la ducha. Me envolví con una toalla y miré los mensajes.

SKYLAR

He pasado por el Starbucks.
Llego en quince minutos

Fruncí el ceño. ¿Cómo que…? ¡Oh, mierda!

Había olvidado completamente la reunión del consejo estudiantil que Erin había convocado antes de clase. Como sabía que los Walter jamás accederían a llevarme temprano al insti, Skylar se había ofrecido a recogerme para que fuéramos juntos, pero era imposible que estuviera preparada a tiempo. Todavía chorreando, cogí el neceser y subí las escaleras deprisa y corriendo hacia mi habitación.

«¿Y si me hago una trenza en vez de secarme el pelo?», pensé mientras abría la puerta. Entré y…

Mi cerebro sufrió un cortocircuito y fui incapaz de procesar lo que estaba viendo: Cole tendido de espaldas en mi antigua cama, desnudo y con las mejillas congestionadas, la sábana peligrosamente baja sobre la cintura y la mano moviéndose bajo la fina tela.

Nos miramos a los ojos, los suyos agrandados del susto mientras se tapaba con la sábana a toda prisa.

—¿Pero qué…?

—Ay, mierda, lo siento mucho —exclamé a la vez que me tapaba los ojos.

—Buenos días, Jackie —dijo Cole, ahora en un tono desenfadado, como si no acabara de pillarlo haciéndose una paja.

—¡Erin tiene la culpa! —le solté—. Ha convocado una reunión del consejo antes de primera hora, pero he olvidado cambiar la alarma, así que ahora llego…

—Jackie.

—Y todavía tengo que buscar algo de ropa y secarme el pelo y preparar la mochila, así que estaba agobiada y he subido en piloto automático, y ahora…

—¡Jackie!

Dejé de vomitar palabras y miré a Cole. Apretaba los labios mientras intentaba no estallar en carcajadas.

—No pasa nada, ¿vale?

—Yo… ¿Qué?

—Te va a dar un patatús. No es… para tanto —me dijo—. Pero, esto, si pudieras cerrar la puerta al salir, te lo agradecería.

Le miré de hito en hito sin entender lo que me decía.

—A menos que quieras quedarte y…

Dejó la frase en suspenso y su mano volvió a moverse debajo de la sábana.

El ruido involuntario que brotó de mi garganta fue tan embarazoso que supe que pasaría las horas siguientes fustigándome al

recordarlo. Cole soltó una risita y yo, sin decir nada más, salí disparada de la habitación y cerré la puerta.

Pasé el resto de la mañana en un estado de estupor horrorizado. Ni siquiera el café con leche que Skylar me tendió cuando subí a su jeep me ayudó. El orden del día de la reunión giraba en torno al baile de bienvenida, pero yo estaba demasiado pendiente de lo mío como para prestar demasiada atención. Mientras me encaminaba a mi clase, lo único que recordaba era que Chase Kennedy había preguntado quién se encargaría de la música (al parecer, el DJ que actuó en la fiesta de primavera del curso pasado era una mierda), y Erin propuso contratar al grupo que había ganado el concurso de bandas de la fiesta popular. A mí me daba igual. Yo solo podía pensar que nunca podría volver a mirar a Cole a la cara.



Pasé la hora del almuerzo en la biblioteca. Tenía que entregar un comentario de Literatura inglesa al final de la semana y supuse que, si me sumergía en el trabajo, dejaría de pensar en el «incidente». Después de sentarme en mi rinconcito favorito, conecté el portátil, saqué el ejemplar de *Jane Eyre* y abrí el cuaderno. Estaba terminando el párrafo introductorio cuando oí su nombre.

—¿Cole todavía trabaja allí? Pensaba que tenía plaza en la Universidad de Colorado.

Me quedé paralizada en mitad de una frase con los dedos planeando sobre el teclado.

—Sí, le dieron una beca de fútbol —respondió otra persona—. Me juego algo a que no pudo pagar la matrícula cuando la perdió.

¿Que por qué me encantaba este rinconcito en particular? Porque estaba encajado detrás de una sección de libros de consulta que nadie usaba nunca y eso significaba que muy poca gente se percataba de mi presencia. Me levanté de la silla con todo el sigilo del mundo y me acerqué al final del pasillo. Cuando me asomé por la estantería, vi a dos chicas que iban conmigo a Historia de los Estados Unidos: una rubia con la constitución de una jugadora de voleibol y una morena de pelo rizado que llevaba unas gafas vintage decoradas con estrás y que, si no me equivocaba, se llamaba Savannah. Estaban sentadas a una de las mesas de estudio, cotilleando con las cabezas muy juntas.

—Es lógico —dijo Savannah mientras hacía pedazos, muy despacio, una hoja de cuaderno—. Los Walter tienen un millón de hijos. Me apuesto algo a que no pueden enviar a ninguno a la universidad.

—Pero adoptaron a esa tal Jackie, ¿no? —respondió su amiga—. Dicen que está forrada.

¡Ja! Como si Cole fuera a dejarme que le pagara nada, y menos Katherine y George. Aunque necesitaran el dinero con desesperación, los Walter jamás aceptarían ni un céntimo. Eran demasiado orgullosos.

—Creo que sí, pero Jackie salía con Alex y ya sabes lo mucho que se odian esos dos.

La rubia hizo un gesto despectivo.

—Seguro que no quiso ayudarle.

Me llevé la mano a la boca para que no se oyera la carcajada que solté. Si la insinuación no hubiera sido tan absurda, me habría sentido ofendida.

—¿Está mal que me importe un comino? —preguntó Savannah—. Cole siempre se ha creído superior a todo el mundo. Ya era hora de que la vida le bajara los humos. Además, me encanta tener un chico guapo al que mirar cuando me cambian el aceite del coche.

Dejé de reírme de golpe. Cole era un creído, eso no podía negarlo. Pero no era de esas personas que miran a los demás por encima del hombro. Era verdad que le gustaba tomar el pelo a la gente, pero siempre de buen rollo. Estaba claro que esas chicas no le conocían tan bien como yo. Fue chocante sentir la repentina necesidad de salir en su defensa y me planteé si abandonar mi escondrijo para decirles cuatro cosas.

—¡Jackie, estás aquí! —dijo alguien antes de que hiciera una tontería.

Solté un grito y eché la cabeza hacia atrás. Riley estaba de pie a mi lado con una gran sonrisa en la cara.

—No seas tan sigilosa —le dije propinándole un manotazo en el brazo—. Me has dado un susto de muerte.

—Perdona —respondió, aunque no parecía arrepentida en absoluto mientras rebotaba sobre la punta de los pies—. ¡Te he buscado por todas partes! No te creerás lo que ha pasado. Marcus, el amigo de Alex, me ha invitado a ir al cine esta noche. Nos han puesto juntos en Física y llevamos toda la semana tonteando, pero no creía que llegáramos a nada.

—¿El chico de su cofradía de *Reunión de dioses*?

Conocí a Marcus en la fiesta de fin de curso de los Walter y el chico me producía escalofríos.

—¿Qué? No, no. Tú te refieres a Malcolm. No se parecen en nada. Marcus y Alex están juntos en el equipo de béisbol.

—No le conozco, pero, si tú estás contenta, yo también.

Con un poco de suerte, si Riley tenía novio, estaría demasiado despistada como para chincharme con Cole.

Riley lanzó un suspiro de satisfacción.

—Supercontenta. Espero que me invite al baile de bienvenida si las cosas van bien esta noche. ¿Me dejarías asaltar tu armario después de clase? Tengo que encontrar el conjunto perfecto.

—No sé, tengo muchos deberes…

—Porfi… —Hizo un mohín—. Mi madre me dio una tarjeta regalo para esa cafetería nueva que te gusta. Si me dejas ir a tu casa, te pagaré en delicias de caramelo helado.

—Vale, hecho.



—Uy, qué raro —dije entornando los ojos mientras Riley aparcaba el coche junto a la camioneta.

—¿El qué?

Señalé a Lee a través del parabrisas. Se mecía en el columpio del porche con un libro de texto en las manos.

—Eso.

—Hum, vale. —Riley me lanzó una mirada rara antes de bajar la visera solar para echarse un vistazo en el espejo—. ¿Os prohíben sentaros en el columpio o algo? Mi madre también es un poco rara con esas cosas. Tenemos un sofá muy chulo en el salón que no nos deja usar porque lo trajeron de Europa.

—No —dije negando con la cabeza—. Está fingiendo que estudia.

—¿Y por qué piensas que está fingiendo? —me preguntó a la vez que retiraba el tapón de un tubo de brillo labial y se aplicaba una

gruesa capa.

—Porque es un libro de química.

—¿Y?

—Lee está en penúltimo curso. —Me desabroché el cinturón de seguridad y cogí una tira de la mochila, que había dejado encajada entre los pies—. Todos hacemos Física.

—Ah —dijo Riley—. A lo mejor le encantan las ciencias.

Yo lo dudaba mucho. Por lo que había observado, Lee se tomaba los estudios con calma. No tanto como Alex, pero prefería pasar el rato haciendo skate a estudiar y hacer los deberes. Ni una sola vez, que yo recordase, había abierto un libro en casa. Me fijé, sin embargo, en que ahora no paraba de levantar la vista de las páginas y, de todos los sitios que había para sentarse en el porche delantero, había escogido el que tenía mejores vistas de la entrada. Parecía que estaba esperando a alguien.

—Venga. —Abrí la portezuela del coche y me colgué la mochila del hombro al salir—. Vamos a hablar con él.

—¿Necesitan algo, señoritas? —preguntó Lee cuando nos acercamos.

—Necesitamos que nos digas qué estás tramando —le solté.

Una sonrisa le bailó en la comisura de los labios.

—La respuesta es no, Jackie. Pero yo, en tu lugar, entraría por la puerta trasera.

—¿Por alguna razón?

—Créeme —dijo—. Si no lo haces, lo lamentarás.

Vaya, qué mal sonaba eso. Puede que en el pasado me hubiera reído de la advertencia de Lee y hubiera hecho todo lo contrario, porque no me habría creído ni una palabra de lo que decía, pero

esta vez decidí seguir su consejo. Después de darle las gracias con un asentimiento, le pedí a Riley que me siguiera por el lateral de la casa. Normalmente había al menos un Walter en el jardín trasero a esta hora del día —jugando en los columpios, nadando en la piscina, peleándose en el césped—, pero no había nadie a la vista, y cuando empujé la puerta corredera y entré en la cocina descubrí que estaba vacía.

En la casa reinaba un silencio excesivo.

—¿Qué crees que está pasando? —me preguntó Riley en voz baja.

—La están liando, eso está claro —le susurré—. ¿Por qué no vas arriba y empiezas a probarte cosas mientras yo investigo?

Después de recordarle a Riley que me había cambiado de habitación —a la izquierda en el piso de arriba, segunda puerta a la derecha—, cogí una bolsa de bolitas de queso de la alacena y me dispuse a averiguar qué se traían entre manos. Cuando pasé por delante del comedor formal, que a menudo se usaba como vertedero y estudio para hacer los deberes, vi a Jordan acuclillado junto al aparador apuntando con la cámara a la puerta principal. Había un globo de agua del tamaño de un balón de fútbol pegado con celo encima del dintel.

Sonreí al darme cuenta de que había hecho bien al entrar por detrás.

—Me gusta esa vuelta de tuerca al clásico truco del cubo de agua en la puerta —dije agachándome a su lado para no revelar su escondrijo—. ¿Quién es la víctima?

—Isaac. —Jordan escupió el nombre de su primo como si fuera una palabra maldita—. Ayer hizo llorar a Parker. No ha llorado ni una sola vez desde que era un bebé. Queremos venganza.

«Por el amor de Dios, Isaac —pensé—. ¿Te has propuesto fastidiar al mundo entero?».

—¿Qué ha hecho esta…?

Un ruido crepitante con el que estaba familiarizada me interrumpió.

—Lee llamando a Parker. Responde, Parker.

—Te copio, Lee, cambio —respondió Parker, y entonces me fijé en el walkie-talkie que Jordan llevaba prendido al cinturón. Era idéntico al que tenía Nathan en el altillo.

—¿Posición? —preguntó Lee.

—En mi puesto. Cambio.

—El imbécil de la chupa de cuero acaba de llegar —le dijo él—. Repito, el imbécil de la chupa de cuero acaba de llegar.

—Roger.

Durante un instante la inmovilidad fue absoluta. A continuación, se abrió la puerta principal. Parker, que debía de estar escondida allí al lado, se incorporó y apuntó con el tirachinas al globo de agua. Se rompió justo cuando Alex cruzaba el umbral, solo que dentro no había agua. Una pasta espesa de color crema le cayó sobre la cabeza y salpicó la entrada. El ataque sorpresa dejó a Alex paralizado y Katherine se estampó contra su espalda cuando entró tras él.

Jordan y yo no nos quedamos allí para presenciar las consecuencias. En vez de eso, corrimos escaleras arriba, pero igualmente oímos a Katherine gritar algo de un estropicio y dinero tirado a la basura. Al parecer la sustancia misteriosa era sémola de tapioca, que en teoría iba a servir para preparar el tentempié del equipo en el próximo partido de Parker.

—¿De qué vas, Lee? —cuchicheó Jordan por el walkie-talkie—. Te dijimos que el objetivo era Isaac, no Alex.

Otro chasquido.

—No pensaríais que os iba a ayudar a tenderle una emboscada, ¿no? Hermano siempre gana a primo. Cambio y corto, perdedores.

Maldiciendo por lo bajo, Jordan dejó el artilugio en las escaleras y desapareció en su habitación.

Yo lo recogí y apreté el botón.

—¿Lee, aún estás ahí?

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Jackie. Gracias por avisar.

—De nada —respondió—. Te lo debía por lo de la otra noche.

Para cuando me reuní con Riley en mi habitación, ella había terminado de revisar mi ropa. Había tres posibles estilismos tendidos en mi cama, pero una vez que se los probó decidió que ninguno era lo que estaba buscando. Yo había dejado los tops más chulos en mi antiguo cuarto y, con un suspiro, me resigné a volver al estudio de pintura, aunque la mera idea me hacía sonrojar. Cole no salía del trabajo hasta la hora de cenar, así que al menos no tendría que verle.

Cuando entré en la habitación mantuve los ojos alejados de la cama y me dirigí directa al armario seguida de Riley y luego me concentré en buscar la caja de almacenaje correcta.

—Oh, ¿qué es esto? —Riley separó un vestido cubierto con una funda.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Es el vestido de graduación de mi hermana —le dije. Mi madre lo diseñó personalmente para Lucy, y yo lo traje de Nueva York por

si me invitaban a un baile.

Riley abrió la cremallera con cuidado y contuvo un grito.

—¡Oh, Dios mío! Jackie, es alucinante. Tienes que ponértelo para el baile de bienvenida. No aceptaré un no por respuesta.



Esa noche, más tarde, a Cole y a mí nos tocó recoger juntos las cosas de la cena. Como todo el mundo llevaba sus platos al fregadero, me entretuve a un lado de la cocina e intenté no ahogarme con la sensación de agobio que me subía por la garganta. No había hablado con él desde el bochornoso momento en que había entrado en su habitación y no creía que pudiera reunir el valor suficiente para volver a mirarle a la cara en una buena temporada.

Cole, en cambio, parecía la mar de tranquilo. Bromeó con Jordan mientras este tiraba los restos de su plato a la basura. Una vez que la cocina se quedó vacía, pasó revista de las tareas que quedaban por hacer —había platos que lavar, restos que guardar y superficies que limpiar— antes de asentir para sí y subir el volumen del antiguo equipo de música que estaba instalado sobre el mueble de las especias.

—No te importa, ¿verdad? —preguntó cuando ya estaba hecho. La música que Katherine ponía para cenar era el hazmerreír de todos, pero no porque fuera mala. A principios de los 2000 había grabado un CD con los clásicos —Ella Fitzgerald, Louis Armstrong y Frank Sinatra—, pero en algún momento de la década pasada el lector de discos se había estropeado. El CD seguía atascado en el interior después de todo ese tiempo y era la única e insustituible banda sonora de la cocina.

Negué con la cabeza. A mi madre le encantaba el jazz, así que escuchar la música de Katherine a la hora de la cena me recordaba a ella.

—Guay —dijo al tiempo que se arremangaba—. ¿Yo lavo y tú secas?

Eso me parecía factible, así que respondí con un asentimiento y nos pusimos manos a la obra. Hice cuanto pude por concentrarme en la tarea que tenía entre manos y enseguida me di cuenta de que secar los platos requiere poca concentración. Eso implicaba que tenía espacio mental de sobra para comerme el coco. Teniendo a Cole al lado, era imposible no revivir el bochornoso momento en el que había irrumpido en su intimidad. Dejé la cabeza agachada y los ojos fijos en el plato que tenía en las manos. El recuerdo era tan embarazoso que noté calor en las mejillas. Aún peor, él se comportaba como si no hubiera pasado nada. Movía el cuerpo adelante y atrás a la vez que cantaba la canción y su hombro rozaba el mío con suavidad. El leve contacto fue suficiente para que le diera aún más vueltas a la cabeza y acabé aferrando cada plato como si me fuera la vida en ello.

Cole cantaba a voz en grito, y pronto sus voces se tornaron tan exageradas que no tuve más remedio que mirarle de reojo. El agua con jabón le resbalaba por la espátula que usaba de micrófono y tardé varios segundos en advertir que me estaba cantando directamente a mí con un utensilio de cocina. Le observé patidifusa, incapaz de articular una respuesta coherente cuando hundió la mano en el fregadero y me salpicó. Al notar el agua en la cara solté un grito de la impresión, que enseguida se convirtió en una amplia sonrisa. Por lo visto, le gustó mi reacción y, antes de darme cuenta,

me había apartado del fregadero, aferrando las manos con sus dedos húmedos, y empezó a bailotear conmigo por la cocina.

—Estás de buen humor esta noche —le dije, sorprendida de ser capaz de hablarle con tanta naturalidad. Cole se las había arreglado para despejar el ambiente pegando voces y haciendo un poco el payaso.

Me miraba mientras nos mecíamos al ritmo de la música y la intensidad de su expresión me provocaba una sensación cálida. Cualquier resto de vergüenza se había desvanecido y ahora lo que sentía era un desasosiego de otro tipo, uno de esos que te provocan un aleteo en la barriga.

Se pegó aún más a mi cuerpo y me rodeó la cintura con los brazos.

—He tenido un día estupendo —me dijo al oído.

Intenté normalizar mi respiración cuando su aroma me inundó.

—¿Me lo cuentas?

—Ha venido al taller un cliente nuevo buscando un motor reconstruido —explicó—. Es piloto de carreras. No es famoso ni nada, pero compite en todas las carreras de los alrededores. Supongo que su mecánico se ha marchado de la noche a la mañana, así que me ha contratado para que lo haga yo.

—Y te hace mucha ilusión, ¿no?

—Sí, echo de menos trabajar en mi coche. Lo único que suelo hacer en el taller de Tony es cambiar el aceite y reemplazar las pastillas de freno.

Aunque no le veía la cara, noté que estaba sonriendo.

—¿Y qué implica exactamente la reconstrucción de un motor? —le pregunté.

Apoyé la cabeza en el pecho de Cole mientras él se sumergía en los entresijos de la tarea. Aunque me resultaba casi imposible seguir sus explicaciones, la intensidad de sus palabras me proporcionó toda la información que necesitaba. La mecánica le hacía feliz y la pasión de su voz iba reduciendo la tensión de mi cuerpo. No me sorprendió que un miedo que llevaba semanas persiguiéndome —¿de verdad podíamos ser solo amigos?— cobrara vida dentro de mí una vez más. Mi cabeza sabía que había tomado la decisión más inteligente, pero el resto de mi ser deseaba a Cole Walter. Aunque me decía que esto era lo mejor, no podía obviar cómo me sentía cuando le tenía cerca.

Mientras seguíamos balanceándonos por la cocina, nos imaginé en el gimnasio del instituto, a mí con el vestido de mi hermana y a Cole con una camisa blanca y los botones del cuello desabrochados. Estaba guapo sin esforzarse, como de costumbre, con esa mata de pelo desordenado y los ojos brillantes. Me emocioné solo de pensar que pudiéramos ir juntos al baile, aunque enseguida me recordé que ya me había asegurado de que no sucediera. Comprender que lo había estropeado todo oscureció la bonita imagen de nosotros dos que estaba pintando en mi cabeza.

La voz de Alex me arrancó de mi ensoñación.

—¿Jackie? —dijo a la vez que se asomaba por la puerta de la cocina con un libro en la mano—. ¿Puedes ayudarme con los problemas de Física? No sé si los estoy haciendo bien.

Tardé un momento en volver en mí. Cole y yo nos miramos y experimenté el claro impulso de acercarme a él, aunque Alex estuviera a pocos pasos de distancia. Un largo silencio se apoderó de la estancia.

Por fin Cole tomó la palabra con voz burlona.

—No te preocupes, Nueva York. Yo puedo terminar de lavar los platos. —Me soltó la mano y retrocedió—. Alex necesita tanta ayuda como le puedan prestar.

Asentí, a pesar de que lo último que me apetecía era alejarme de él, incluso si eso implicaba librarme de la tarea. Inspirando hondo, me despedí con una sonrisa y salí detrás de Alex. Notaba la mirada de Cole clavada en mi espalda y no pude resistirme a mirar por encima del hombro por última vez. Nuestros ojos se encontraron de inmediato y me dio un vuelco el corazón al ver una expresión de anhelo en su cara. Me concedí permiso para sentir ese mismo anhelo un breve instante antes de aplastarlo y dar media vuelta.



A lo largo de la semana siguiente, el baile de bienvenida era el tema de todas las conversaciones: quién había invitado a quién, cómo eran los vestidos o qué peinado iba a llevar cada cual, qué restaurantes se habían reservado para la cena o a qué fiesta asistiría la gente después. Incluso los Walter estaban haciendo planes para el sábado por la noche. Obviamente Alex y Kim irían juntos y Nathan asistiría con un grupo de amigos. Lee, el mayor cascarrabias del mundo, ya tenía pareja. El único que no iría era Isaac; le habían alargado el castigo por hacerle la peineta a Katherine.

Yo ya estaba harta del monotema, sobre todo porque mis amigos no paraban de insistirme en que asistiera. Todos sabían con quién irían y yo no quería ser la carabina de nadie. Heather se ofreció a emparejarme con su primo, pero, por considerada que fuera su oferta, solo me imaginaba llevando el vestido de Lucy si iba con un

chico en concreto. Quería ir con Cole, pero no me atrevía a pedírselo. Hacerlo no habría sido justo. No si había sido yo quien le había rechazado una y otra y otra vez. Fue un trago muy amargo comprender que había empezado a huir de él desde el instante en que nos conocimos. Por otro lado, eso no me impedía recordar la sensación de estar entre sus brazos cuando bailamos en la cocina. Dejarme llevar por esos recuerdos me condujo a una conclusión absurda: que ahuyentaría la imagen de nosotros dos juntos si me probaba el vestido de Lucy.

Después de clase fui directa al estudio de pintura. Fue raro llamar a la puerta del que hacía poco era mi cuarto, pero había aprendido a las malas la lección de que no debía entrar sin avisar. Dos veces.

—¿Sí? —preguntó Cole con una voz adormilada.

Me quedé paralizada. No me esperaba que nadie respondiera. Cole siempre trabajaba los jueves, ¿qué narices hacía en casa? Pensaba que podría colarme en el estudio, coger la funda con el vestido y salir sin que él se enterase. Mi gozo en un pozo. Me planteé marcharme sin decir nada, pero los muelles del colchón chirriaron y dos segundos más tarde Cole abría la puerta mientras se pasaba una camiseta por la cabeza. Dentro estaba oscuro, pero la luz del pasillo inundó la habitación y reveló la cama revuelta.

—Hola —me dijo con un bostezo. Tenía el pelo de la coronilla de punta y se peinó con los dedos intentando alisarlo.

Noté un revuelo en el estómago al verlo tan desmelenado. Me entraron ganas de empujarlo de vuelta a la cama y pegar mi cuerpo al suyo.

—Perdón —le dije con las mejillas ardiendo—. No quería despertarte, pero ¿puedo coger una cosa del armario?

Tendió la mano en un gesto de bienvenida y se apartó a un lado.

—Adelante.

Como no quería que se percatara de mi expresión ansiosa, procuré mantener la mirada gacha mientras me internaba en el cuarto con timidez, pero mis ojos no paraban de saltar hacia él. Cuando una sonrisa bailó en la comisura de sus labios, resoplé.

—¿Qué pasa?

—Me hace gracia tu táctica, nada más.

—¿Táctica? —repetí—. ¿De qué hablas?

—No hace falta que te hagas la tímida, Jackie.

Se acercó y, con suavidad, me tiró del mechón que me caía a un lado de la cara. Reprimí un estremecimiento cuando me lo pasó por detrás de la oreja.

—Dejaste adrede algo de ropa aquí dentro porque querías tener un pretexto para venir a visitarme.

Fruncí el ceño y le aparté la mano de un manotazo.

—No necesito pretextos, Cole. Te veo a diario, literalmente.

—Y sin embargo aquí estás, inventando excusas —me dijo para tomarme el pelo—. ¿De verdad soy tan irresistible?

—No, eres odioso.

Harta de esa conversación, me acerqué al vestidor y encendí la luz. Entre las pertenencias de Cole y las mías, el espacio, de dimensiones reducidas, estaba a reventar. Tuve que rodear un montón de cajas de mudanzas y un cesto de la ropa sucia lleno hasta el borde para llegar al fondo.

Cole me siguió.

—¿Qué hay en la funda? —preguntó cuando descolgué la percha.

—Un vestido de Lucy.

Me miró con una expresión impávida.

—Para el baile de bienvenida. No creo que vaya al baile, pero pensaba que… —Tragué saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta—. Mi madre confeccionó este vestido. Debería probármelo al menos una vez. —Me eché la funda al hombro—. Volveré dentro de un rato a guardarlo.

Alargó la mano para detenerme.

—No. Esperaré fuera mientras te cambias.

Antes de que pudiera protestar, salió al pasillo y cerró la puerta. Yo habría tardado tanto en librarme de su insistencia como en cambiarme allí mismo, así que descorrí la cremallera de la funda, me quité la ropa y me puse el vestido sin espalda con la falda evasé.

Aun con la luz del vestidor, había oscuridad en el dormitorio, así que encendí la lamparilla del escritorio antes de acercarme al espejo. Me miré los pies unos segundos —cuando me probaba las prendas de Lucy siempre me sentía como una niña jugando a los disfraces— antes de reunir el valor necesario para levantar los ojos.

El aire se congeló en mis pulmones. Todo el mundo me decía lo mucho que me parecía a Lucy, pero yo nunca lo había creído hasta este mismo instante: la chica —no, la mujer— que me devolvió la mirada era la viva imagen de mi hermana. No podía hacer nada más que contemplar mi propia imagen y se me saltaron las lágrimas cuando fingí durante unos instantes que allí no había un espejo y que tenía a Lucy delante.

Unos golpecitos en la puerta hicieron añicos mi fantasía.

—¿Jackie? ¿Va todo bien?

Despegué los labios, pero no fui capaz de articular sonidos. Tantos sentimientos distintos recorrían mi cuerpo —sorpresa, alegría,

nostalgia, angustia— que me aparté del espejo antes de que me abrumasen y abrí la puerta.

Cole exhibía una sonrisa irónica como si se dispusiera a tomarme el pelo, pero cuando me vio la risa desapareció de su rostro y perdió el aliento. Se quedó inmóvil un instante antes de tragar saliva y carraspear.

—Deberías ir al baile —dijo en un tono de voz grave y serio. El sonido me encogió el estómago.

—No tengo pareja.

Con un destello en los ojos, invadió mi espacio personal y me aferró el brazo, pero solo noté una presión suave.

—Eso son chorradas, y lo sabes.

El contacto de su mano me puso la piel de gallina.

—¿Eso es…? O sea, ¿me estás pidiendo que vaya contigo?

—Depende —respondió con tiento—. ¿Me vas a decir que sí?

Estábamos tan cerca que notaba el calor de su aliento en la cara.

—Yo… sí —susurré—. Creo que sí.

—Pues yo seré tu pareja, Jackie.

Nueve

Yo nunca había asistido a un baile de bienvenida del instituto.

Como en Nueva York estudiaba en un internado de chicas, no lo tenía fácil para conocer chicos y, aunque celebrábamos los bailes formales con el colegio St. Clement's, nuestro equivalente masculino, nunca me había atrevido a ir sola. Tenía más seguridad en mí misma desde que me había mudado a Colorado, pero seguía siendo mi primer baile con un chico y jugueteaba con el collar de mi madre mientras Cole estacionaba el Buick en el aparcamiento del instituto. Salió del coche, rodeó la parte delantera y me abrió la portezuela antes de que tuviera tiempo de desabrocharme el cinturón. Cuando me sonrió con ojos cálidos y ese gesto suyo en los labios cargado de doble sentido, el corazón me subió a la garganta. Muy en el fondo sabía que no estaba nerviosa por ir al baile con un chico; estaba nerviosa porque había ido con él.

—Ven —me dijo ofreciéndome la mano—. Hay baches en el asfalto y esos tacones parecen peligrosos.

—Qué caballero —respondí mientras me ayudaba a salir del coche —. ¿Quién lo hubiera dicho?

Tomarle el pelo me ayudaba a concentrarme en algo que no fuera el ritmo de mi corazón, que latía a mil por hora. Era una de esas personas fotogénicas y atractivas sin pretenderlo, aunque llevara

unos vaqueros cutres y una camiseta desvaída. Así que esta noche, con la mata de pelo en su sitio y un traje con la corbata a juego con sus ojos, estaba deslumbrante.

Cole se aferró el pecho y agrandó los ojos fingiendo sentirse agraviado.

—Oh, diosa, ¿por qué me maltratas? ¿Acaso mi caballerosidad solo merece una duda envenenada? ¿Una daga mortal disfrazada de cumplido?

Me contuve a duras penas para no partirme de risa, porque ¿de qué horrible novela romántica había sacado esas frases? Puede que yo no fuera la única que estaba de los nervios.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté mientras intentaba acercarle el dorso de la mano a la frente—. Creo que son las palabras más cursis y melodramáticas que te he oído pronunciar nunca.

—Jolín, Jackie —me dijo él apartándose—. ¿Desde cuándo eres tan mala?

—Desde poco después de mudarme a Colorado —repliqué con sorna—. La gente de por aquí es tan gamberra que tuve que espabilarme. Además, estoy segura de que te gusta.

Este último comentario le arrancó una sonrisilla.

Aunque estábamos al final del aparcamiento, oía el bum, bum, bum de la música que sonaba en el gimnasio del instituto. Los graves latían al ritmo de mi corazón desbocado mientras los ojos de Cole me escudriñaban. Durante un breve instante pensé que se inclinaría y me besaría, pero el portazo de un coche a pocas plazas de la nuestra rompió la magia.

—¡Eh, Walter! —gritó un chico de la clase de Isaac que conocía de vista. ¿Ethan no sé qué?—. Me alegro de verte, tío. ¿Qué haces

aquí?

Cole me sostuvo la mirada y esbozó una sonrisa maliciosa.

—Jackie me pidió que la llevara al baile —dijo antes de levantar la vista para dirigirse al probable Ethan al mismo tiempo que me estrechaba contra su costado. Mis mejillas enrojecieron al instante—. Se puso tan formal que no tuve más remedio que…

Un pequeño uf salió de los labios de Cole cuando le aticé un codazo en las costillas.

—Estos zapatos son peligrosos, ¿te acuerdas? —le susurré—. Como no te calles la boca te voy a traspasar el pie con el tacón.

—¿Mala y además violenta? Vaya suerte que tengo. —Movió las cejas arriba y abajo, pero me hizo caso—. Eh, Evan. Vamos a entrar. Hablamos luego, ¿vale?

El baile había empezado hacía más de una hora, pero Cole no había podido pedir permiso con tan poco margen. Cuando entramos, el vestíbulo estaba casi vacío. Aparte de una pareja que discutía en susurros en un rincón y uno de los adultos encargados de la vigilancia que miraba la vitrina de los trofeos con expresión aburrida, la única persona presente además de nosotros era Erin. Sentada a la mesa que usaban para recoger las entradas, tenía la mirada clavada en el móvil mientras deslizaba el dedo por la pantalla. El ruido de mis tacones contra el suelo debió de alertarla, porque levantó la vista y una sonrisa amable se dibujó en su cara para dar la bienvenida a los rezagados.

En ese momento nuestros ojos se encontraron. A continuación, miró a Cole y su sonrisa flaqueó. Nuestra relación había mejorado desde que la eligieron presidenta, pero la ausencia de Cole era un factor importante en la tregua.

Esto iba a ser incómodo.

—Hola, Erin —le dije con tanta cordialidad como fui capaz cuando llegamos a la mesa.

Transcurrieron tres segundos interminables antes de que lanzara un gran suspiro.

—Hola, Jackie. Hola, Cole. —Torció la boca tratando de imitar la expresión amistosa que había exhibido hacía un instante—. ¿Tenéis las entradas?

Cole hundió la mano en su bolsillo y, con expresión inescrutable, se las tendió sin pronunciar palabra. Estuve a punto de propinarle otro codazo para que dejara de ser tan grosero, pero no quería que la situación fuera más incómoda de lo que ya era. Me habría encantado saber qué le estaba pasando por la cabeza. Normalmente tendía a vacilar a la gente cuando estaba nervioso. Era raro en él que estuviera tan callado.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté a Erin con la intención de mostrarme educada, aplastando mis pensamientos sobre Cole—. Te sustituiré encantada si quieres descansar un rato.

No hice ni caso de la pequeña tos procedente de Cole.

—Gracias por la oferta —respondió Erin—, pero Mateo vendrá pronto a relevarme. Lo tengo todo controlado. Divertíos.

—Vale, nos vemos luego.

Di media vuelta mientras Cole tiraba de mí hacia el gimnasio como si estuviera deseando largarse de allí cuanto antes, pero entonces Erin me llamó.

—¡Ah! ¡Jackie, espera! Había olvidado comentártelo. La cantante del grupo te estaba buscando. Se llama… Paula, me parece.

Fruncí el ceño sin entender por qué una persona que no conocía de nada quería hablar conmigo.

—¿Te dijo que quería?

Erin negó con la cabeza.

—No, pero ahora están haciendo un descanso, así que puedes preguntárselo tú misma. Seguro que están en el patio.

—¿Cómo es? —le pregunté.

—No te preocupes —dijo Erin, y una sonrisa sincera volvió a asomar a su rostro—. Es inconfundible.



Después de dejarme en la entrada del patio, Cole prometió volver en cinco minutos y se marchó a charlar con Evan. Cuando salí, vi a los músicos compartiendo un canuto en corrillo. De los cuatro miembros del grupo solo uno parecía una chica y comprendí al instante lo que había querido decir Erin: llevaba el pelo lila, largo hasta la barbilla y sujeto con una colección de pinzas de mariposa; vestía una gabardina sin mangas de color lima, cubierta de imperdibles, y calzaba unas Crocs de purpurina.

—Hola, ¿eres Paula? —pregunté mientras me acercaba despacio al grupo.

La chica arrugó la nariz al oír mi pregunta.

—Por desgracia, me llamo Paulette —respondió—. Mi apellido es Cooper, así que la mayoría de la gente me llama Coop, pero respondo a cualquiera de los dos nombres. Tú debes de ser Jackie.

—¿Cómo lo has sabido?

Paulette sonrió y se encogió de hombros.

—Nathan siempre te describe como la persona más maja del mundo, y pareces buena tía.

«¿Conoce a Nathan? ¡Ah, deben de ser Miami Bay!». Nathan no me contó que sus amigos habían ganado el concurso de bandas en la fiesta popular.

—Bueno… —dije, sin saber cómo responder a su comentario. Decidí a toda prisa obviarlo por completo—. Erin me ha comentado que me estabas buscando.

—Sí, pero deja que antes te presente a los chicos. Estos son Kevin, Otis y Moby —dijo señalando a cada uno de sus compañeros.

El primero, Kevin, llevaba un moño masculino y tatuajes de manga completa en los dos brazos. Me saludó con un asentimiento, pero no dijo nada.

—¿Qué tal? —me saludó Otis, el chico que estaba más cerca. Tenía aspecto de vendedor de una tienda punk.

—Encantada de conocerte —le dije estrechando la mano que me tendía.

Moby, que parecía menos un músico punk y más un chico normal y corriente, sopló una nube de humo y me miró de arriba abajo.

—¿Eres la hermana adoptiva de Nathan?

Abrí los ojos como platos.

—No, los Walter no me han adoptado. Solo son mis tutores.

Otis asintió.

—Lógico. El trece trae mala suerte.

—Ya, bueno. —Me volví a mirar a Paulette—. ¿Qué querías decirme?

—¡Ah, sí! —Unió las cejas frunciendo el ceño—. Quería saber si has visto a Nathan. Tendría que estar aquí y sé que sois muy

amigos. He pensado que si alguien sabía dónde estaba serías tú.

—Lo siento. —Negué con la cabeza—. No le he visto. ¿Tendría que haber venido?

Paulette se desinfló ante mis ojos.

—No necesariamente, pero esperaba que sí.

—No te agobies, Coop —dijo Moby pasándole un brazo por los hombros para estrecharla contra su cuerpo—. Seguro que necesita más tiempo para aclararse. Me juego algo a que no tiene nada que ver contigo.

—¿Va todo bien? —les pregunté. Hacía semanas que me preocupaba la conducta de Nathan y, por lo que veía, sus amigos también estaban intranquilos. ¿Quizá ellos tenían más idea que yo de lo que le pasaba?

Por desgracia, la respuesta que me dieron no resolvió ningún misterio. Paulette explicó que el guitarra solista de la banda se había marchado hacía dos semanas y, desde entonces, ella había intentado, de manera un tanto agresiva (la palabra era de Otis, no suya), que Nathan le reemplazara. La chica pensaba que Nathan era un cantante y un compositor brutal, algo que la banda necesitaba con desesperación. Él, sin embargo, no lo tenía claro y no le contestaba. Cuando señalé que quizá Nathan no estuviera interesado porque prefería actuar en solitario, me quedé de piedra al ver que todos estallaban en carcajadas.

—¿Nathan te ha dicho eso? —preguntó Paulette cuando se tranquilizó lo suficiente para hablar.

Asentí desconcertada y ella volvió a reírse.

Moby le pasó el canuto a Otis, que dio una calada antes de explicarme el motivo de tantas risas.

—Te ha mentido.

Kevin asintió.

Hinché los carrillos con un gesto de frustración antes de soplar el aire que estaba conteniendo.

—No entiendo nada.

—Nathan sufre un horrible pánico escénico —me explicó Paulette con una sonrisa de medio lado que reveló el hueco que tenía entre las palas—. Le da canguelo actuar delante de mucha gente.

—Nosotros tenemos bolos constantemente —añadió Otis—. Por eso no tiene claro si unirse a nosotros.

Paulette perdió la sonrisa cuando se mordió el labio.

—Supuse que Nathan se sentiría más cómodo si actuaba delante de un grupo más pequeño de gente conocida, así que le convencí de que hiciera una prueba tocando con nosotros esta noche. Al menos pensaba que le había convencido —dijo—. Pero puede que me pusiera muy pesada y le asustase.

«No, lo dudo mucho». Nathan no se comprometería y luego les daría plantón. No era propio de él.

—¿No ha contestado a vuestros mensajes?

Ella sacó el móvil para comprobarlo.

—No.

Qué raro. Me acordé de que esa noche, hacía un rato, había visto a los chicos Walter salir de casa uno a uno. Aunque estaba castigado, Isaac se había escapado por la puerta trasera y había cogido la camioneta sin que Katherine lo advirtiera. Lee se había ido poco después en un SUV en el que sonaba música electrónica a todo volumen. Alex fue el último en salir, Skylar lo recogió y fue raro verle marcharse con todos mis amigos.

Reproducir la escena mentalmente me hizo darme cuenta de que no había visto a Nathan salir hacia el baile.

La puerta del gimnasio se abrió.

—¿Jackie?

Mirando por encima del hombro, vi a Cole esperándome.

—Ahora voy —le grité, y me volví hacia Paulette—. Es raro que Nathan no conteste y que no haya aparecido, pero, mira, si tengo noticias suyas, serás la primera en saberlo.

Intercambiamos despedidas y, mientras me reunía con Cole, coloqué a Nathan en el primer puesto de mi lista de prioridades mentales. Tenía que averiguar de qué iba todo aquello lo antes posible.



—¿Te diviertes? —me preguntó Cole a la vez que me tendía un vaso de papel con limonada de la mesa de los refrescos.

Me volví a mirarle justo cuando una de las luces psicodélicas del escenario se reflejaba en su cara. Hacía calor en la pista y se había quitado la corbata y desabrochado la camisa. El breve destello de luz reveló un brillo sudoroso en su frente y vi que el pelo se le había empezado a rizar alrededor de las orejas.

—Sí —grité por encima de la música—, pero me vendría bien un descanso. Los tacones me están matando.

Bajó la mirada a mis pies mientras yo bebía.

—Flipo con que no te los hayas quitado todavía, en serio. Nadie los lleva.

Tenía razón, casi todas las chicas que bailaban en la pista estaban descalzas o se habían cambiado los tacones por chanclas o zapatos

planos. Me parecía raro ir descalza por el gimnasio y no se me había ocurrido llevar calzado cómodo para cambiarme. Además, una gran parte de mí se resistía a quitarse los zapatos y arruinar mi estilismo. Las ocasiones de arreglarse eran escasas por aquí, a diferencia de lo que pasaba en Nueva York, donde mi familia y yo asistíamos con regularidad a galas benéficas o a entregas de premios. En el rancho yo vestía vaqueros y deportivas la mayor parte del tiempo. No me molestaba —me había acostumbrado e incluso me encantaba que los Walter fueran tan informales—, pero echaba de menos vestirme elegante de vez en cuando.

Al final el dolor fue más fuerte que mi lado sentimental.

—Si no me quito los zapatos antes de dos minutos, tendrás que amputarme el dedo pequeño del pie —le dije.

Cole se rio y me apoyó una mano en la cintura.

—Ni hablar. Vamos, me parece que he visto al idiota de mi hermano y a tus amigos.

Encontramos a Alex, Kim, Skylar, Chase, Riley y Marcus sentados en las gradas de la otra punta del gimnasio.

—Gracias a Dios —gruñí después de sentarme en el banco y librarme de los zapatos—. ¿Dónde está Heather?

Una sonrisa burlona bailó en los labios de Riley cuando me vio masajearme los dedos de los pies para devolverlos a la vida.

—Todavía bailando. ¿Por qué has tardado tanto en quitártelos?

—Eso le he dicho yo. —Cole se sentó detrás de mí y, pasándome un brazo por la cintura, me arrastró hacia el espacio entre sus piernas—. Parece ser que es masoquista.

—¿No habíamos quedado en que eso era lo tuyo? —dije inclinando la cabeza hacia atrás para mirarle. Por encima de su hombro, vi el

enorme logo pintado en la pared que había encima de las gradas. Representaba una imitación del tigre de los Frosted Flakes rodeado del nombre del instituto.

—Eh, ¿por qué nuestro insti se llama Valley View? —pregunté mientras observaba el grafismo—. ¿Los institutos no suelen llevar el nombre del pueblo?

Skylar siguió la trayectoria de mi mirada y frunció el ceño.

—Creo que la pregunta más lógica sería por qué nuestra mascota es un tigre.

—¿Porque ser tigres es más guay que ser las Cabras Montesas de Copper Valley? —sugirió Alex, que estaba tendido en una grada con la cabeza en el regazo de su novia.

—Es verdad —dijo Kim mientras le deslizaba los dedos por el pelo con aire distraído—, pero no hay tigres en Colorado. ¿Por qué no escogieron algo como un oso negro o un puma?

—Mira, guapa, hoy hemos jugado contra los Alpine Heights. Su mascota es un puma —respondió Alex a la vez que le estiraba a Kim un rizo suelto—. Si todo el mundo escogiera especies autóctonas, habría solo como unos cinco animales chulos para escoger.

—Yo siempre he sentido debilidad por el armadillo de nueve bandas —dijo Chase sin dirigirse a nadie en particular.

—Pero no hace falta que las mascotas sean animales, ¿verdad? —continuó Kim—. ¿Por qué no escogemos algo histórico, como un buscador de oro? El logo podría incluir un pico.

Alex abrió la boca y volvió a cerrarla.

—¿Qué pasa? —insistió ella—. ¿Nunca has oído hablar de la fiebre del oro?

—¡Ah, ya sé! —dijo Riley con el rostro iluminado—. ¿Qué tal las Pepitas de Oro de Valley View?

Alex y Marcus gimieron al unísono.

Con una carcajada, Skylar le pasó un brazo a Riley por encima del hombro.

—A ti no te encanta el baloncesto, ¿verdad? ¿No conoces a los Golden Nuggets de Montana?

Cole se inclinó hacia delante hasta que sus labios casi rozaron mi oreja.

—¿Quieres saber la respuesta a tu pregunta? —susurró mientras los demás seguían discutiendo—. Te lo voy a contar, pero tienes que acompañarme.

Asentí con vehemencia, pero después dudé, al caer en la cuenta de lo mucho que me dolerían los pies si volvía a ponerme los tacones. Ni en sueños iba a embutirlos de nuevo en esos zapatos, así que los dejé en el suelo y acepté la mano que Cole me ofrecía. Nadie se percató de que nos alejamos del grupo a hurtadillas y salimos del gimnasio.

—¿Adónde me llevas? —pregunté mientras correteábamos por un pasillo flanqueado de taquillas. No sé si fue porque las luces estaban apagadas o porque no había alumnos en el pasillo, pero me sentía como si estuviéramos haciendo algo prohibido.

—De excursión.

Lo dijo en tono burlón, y comprendí que disfrutaba demasiado ocultándome la información como para decirme adónde íbamos.

Mi antiguo yo se habría negado a seguirle a menos que me respondiera, pero la especialidad de Cole eran las miniaventuras, así que confié en él.

Hasta que me llevó directamente al vestuario de los chicos.

—Cole —jadeé sobresaltada a la vez que le soltaba la mano—. ¡Yo no debería estar aquí!

—Tranquila —me dijo, y encendió la luz—. Hace horas que el equipo de fútbol se ha marchado. Esto solo es una parada técnica para recoger algo y luego continuaremos.

Algunas zonas del pavimento estaban mojadas, seguramente porque los jugadores de fútbol americano se habían duchado después del partido, y yo mantuve los ojos fijos en el suelo para no pisar ningún charco mientras seguía a Cole. Dejar los zapatos en el gimnasio había sido un error garrafal. Pasamos entre las filas de taquillas hasta llegar a un cuartito con una ventana en la puerta. A través de las rendijas de la persiana de aluminio distinguí un escritorio y unos cuantos muebles archivadores. Cole alargó la mano hacia el pomo.

—¿Seguro que es…?

Me interrumpí cuando el pomo giró sin esfuerzo.

Con una sonrisa, empujó la puerta con suavidad.

—El entrenador deja su despacho abierto para que los jugadores puedan coger la llave de la sala de pesas siempre que quieran. Es un secreto a voces.

—¿No podrían despedirlo por eso? —pregunté mientras le veía hurgar por el cajón superior. Y algo peor, ¿y si alguien se hacía daño? Cuanto más lo pensaba, más se acentuaba mi ceño.

Cole se encogió de hombros, sin darle importancia.

—Confía en que… ¡ajá! Las encontré.

Me mostró una anilla plateada con un montón de llaves, pero, antes de que yo pudiera protestar por el robo, él ya estaba saliendo

del despacho y no tuve más remedio que seguirle.

—¿Estás seguro de que es buena idea?

Si mis cálculos eran correctos, habíamos infringido un mínimo de tres normas del centro escolar y la confianza que había depositado en Cole menguaba por momentos.

Puso los ojos en blanco.

—Unos pocos meses en Nueva York han sido suficientes, ¿eh?

—¿Suficientes para qué?

—Para olvidar mi consejo de que disfrutes un poco de la vida.

Negó con la cabeza como si le hubiera decepcionado.

Ah, eso. Resoplé, pero decidí no seguir protestando cuando abandonamos el vestuario.

Mientras subíamos a la segunda planta, yo estaba cada vez más perpleja. Allí arriba no había nada interesante, solo las aulas de Humanidades y Lenguas extranjeras, pero dudaba que alguna de ellas fuera nuestro destino. Estuve a punto de volver a preguntarle adónde íbamos, pero Cole se quedó parado delante de una puerta en la que nunca me había fijado. La temperatura descendió tan pronto como la cruzamos. Solo cuando remontamos un último tramo de escaleras comprendí el motivo.

Contuve el aliento al salir a la azotea. Hacía tanto frío que el aliento formaba volutas al salir de mi boca y de nuevo maldije mi decisión de dejar atrás mis zapatos de tacón.

—Toma —dijo Cole a la vez que se quitaba la americana y me la ponía sobre los hombros. No se conformó con eso y también se quitó los zapatos.

—Son un poco grandes para mí —dije, aunque estaba bailoteando sobre la punta de los pies para reducir al mínimo el contacto entre

mi piel y el gélido hormigón.

—Bueno, o eso o te llevo en brazos.

Acompañó la sugerencia con una sonrisa maliciosa, y no, gracias. No me iba a llevar en brazos ni de ninguna otra forma, así que me puse los zapatos antes de que él pudiera decidirse por la segunda opción.

Me guio a través de la azotea y yo le seguí andando como un pato e intentando no tropezar. Me sentía ridícula, pero toda la vergüenza desapareció cuando vislumbré las vistas. Desde nuestra posición privilegiada, todo el pueblo se desplegaba a nuestros pies y las luces resplandecían en la noche como brasas de una hoguera.

—¿Ves ese pico de ahí? —me preguntó señalando una de las montañas entre las que se alojaba Copper Valley—. Hay una estación de esquí abandonada en mitad de la ladera. Los turistas venían a manadas en los años ochenta y noventa, así que la población era mucho más grande en aquel entonces. Construyeron un segundo instituto para dar cabida a la nueva comunidad.

—Ah —dije asintiendo—. Ya veo por dónde vas.

—El primer centro se llamaba Copper Valley High. Este lo construyeron en el punto más elevado del valle, así que tenía las mejores vistas del pueblo. De ahí el nombre —respondió Cole mientras deslizaba una mano por debajo de mi chaqueta para acariciarme la espalda con un roce ligero como una pluma.

—¿Y qué pasó? —le pregunté al tiempo que intentaba olvidarme de sus dedos en mi espalda, pero cada leve caricia era como si me abrasara la piel, y me estremecí.

Debió de pensar que tenía frío, porque me rodeó la cintura con los brazos antes de seguir con su explicación.

—Hubo un incendio en la estación y los propietarios nunca la reconstruyeron. Sucedió hace mucho tiempo, así que no conozco los detalles. Resumiendo, menos turistas implicaba menos empleos y con el tiempo cerraron el segundo instituto.

—La historia es un poco triste, pero ahora entiendo el nombre —dije—. Las vistas son fantásticas.

—Lástima que esté nublado. Las noches despejadas se ve la Vía Láctea desde aquí —respondió, y yo eché la cabeza hacia atrás para mirar el cielo. Ni siquiera se atisbaba la luna detrás del manto de nubes, pero estaba claro que aquel era un lugar perfecto para mirar las estrellas.

—Habrá que volver cuando el tiempo sea más adecuado.

La próxima vez con una manta, aperitivos y unos zapatos adecuados.

—¿Me estás pidiendo salir otra vez?

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez —respondió arrastrando un nudillo por mi cadera—. ¿No te acuerdas de que te presentaste en mi habitación, te probaste ese vestido irresistible y me suplicaste que te trajera al baile?

—¿Qué? —farfullé. Me di la vuelta para mirarle a la cara—. No fue eso lo que pasó.

—¿Y qué pasó?

Su aliento acarició mi cara y de repente advertí lo cerca que estábamos. Si me ponía de puntillas, nuestros labios se rozarían. Los ojos de Cole descendieron a mi boca como si me hubiera leído el pensamiento y se oscurecieron. La mano que tenía apoyada en mi cintura se deslizó por mi columna y me envolvió la parte trasera del cuello.

Otro estremecimiento se apoderó de mi cuerpo.

—Yo… Nosotros…

«Nos lo pedimos el uno al otro», quería decirle, pero mi cerebro había entrado en cortocircuito y no me salían las palabras.

Una sonrisa lobuna asomó al rostro de Cole.

—¿Nosotros qué, Jackie?

En lugar de responder, recorrí con los ojos la curva de su labio superior. No fui consciente de que le estaba mirando la boca hasta que me cogió la barbilla y me inclinó la cabeza una pizca. Bajó la cara y esta vez tuve clarísimo que iba a besarme. Cerré los ojos con el corazón acelerado solo de pensarlo, pero antes de que posara los labios en los míos, estalló el aullido de una sirena y los dos pegamos un bote.

—¿Qué narices es esto? —pregunté tapándome los oídos con los dedos. Miré alrededor buscando el origen del ruido.

Cole se asomó por la barandilla y frunció el ceño.

—Creo que es una alarma de incendios.

Así era. Cuando miré abajo, el baile al completo salía del edificio hacia el aparcamiento. Nadie parecía asustado, pero eso no significaba que no estuviéramos en peligro.

Me humedecí los labios.

—Deberíamos marcharnos —dije rodeando el brazo de Cole con la mano. Aunque no hubiera ningún incendio, mis amigos se estarían preguntando dónde estábamos.

—Sí —dijo despegando la vista de la escena de abajo—. Vamos a averiguar qué ha pasado.

Diez

Unos labios me rozaron el brazo desnudo.

—Cole —dije en tono de advertencia.

Renunciar a mi sesión de estudio con Riley había sido un error garrafal. Habíamos quedado en pasar el domingo preparando el examen de Física en el Caffeinated Pursuit, pero cambié de idea cuando me despertó el repiqueteo de la lluvia en la ventana. Ni en sueños pensaba ir al pueblo con ese tiempo. El problema era que todos los Walter también estaban atrapados en la casa y eso significaba que había mucho ruido. Bueno, más de lo normal. Tampoco ayudaba que Parker no conociera el significado de «silencio». Yo estaba a punto de estamparle la PlayStation contra la pared cuando Cole llamó a la puerta y me invitó a pasar la tarde acurrucada en la cama con él. Por qué había pensado que podría estudiar repantingada en su habitación era un misterio que escapaba a mi entendimiento.

Unos dedos encallecidos retiraron el tirante del top de mi hombro. Cuando me apoyó los labios en la piel, cerré los ojos y me ordené no soltarle un tortazo.

—Cole —repetí.

—¿Hum?

Otro roce de labios.

Apretando los dientes, cerré el libro de texto con rabia.

—Voy a buscar otro sitio donde estudiar.

—No, no te dejaré. —Cole me encerró entre sus brazos y enterró la cara en mi cuello—. Ahora eres mi prisionera.

—Me prometiste que no me distraerías —gemí en tono frustrado.

Inspiró profundamente.

—Es que hueles tan bien…

—A la física le da igual lo bien que huela —repliqué—. Este examen cuenta un 20 por ciento de la nota. Si no paras ahora mismo, esta prisionera se va a amotinar.

Para demostrar que hablaba en serio, le estiré los pelillos de la pierna, que me estaban haciendo cosquillas.

—¡Ay! —Apartó la pierna y tiró un almohadón de la cama sin querer—. Jackie, eso duele.

—Pues volveré a hacerlo si no paras —le dije mientras devolvía el tirante del top a mi hombro—. Soy mala, ¿recuerdas?

—Uf, vale.

Me soltó y se desplomó contra el cabecero.

Pasó media hora antes de que volviera a empezar. A esas alturas yo estaba tan enfrascada en las preguntas de prueba que no me di cuenta de que me rozaba el muslo con el nudillo. Solo cuando comenzó a juguetear con los bajos de mis shorts Soffe reparé en sus atenciones.

—¡Cole! —chillé cuando deslizó los dedos por debajo de la tela y empezó a subir.

Él inspiró sobresaltado.

—¿No llevas ropa interior, Nueva York?

Antes de que pudiera responder, la puerta del estudio se abrió de par en par.

Katherine y George no nos habían puesto muchas reglas relativas al tiempo que los chicos Walter y yo pasábamos juntos, pero si estaba a solas en un dormitorio con alguno de ellos, la puerta tenía que estar abierta. Nos separamos sobresaltados, pero por suerte solo era Alex.

—¿Qué cojones? —exclamó Cole a la vez que le lanzaba a su hermano una mirada feroz—. No puedes entrar aquí sin llamar. ¡Largo!

Alex nos miró con timidez, y enseguida desplazó la atención a la ventana.

—Lo siento, pero no pienso perderme esto. —Cruzó la habitación de cuatro zancadas—. Tenéis las mejores vistas. Bueno, las segundas mejores vistas, todos los demás ya se han amontonado en la habitación de Jack y Jordan.

—¿Vistas de qué? —le pregunté dejando a un lado mis apuntes de Física.

—Ven y mira. Me parece que están a punto de salir de casa.

Hablaba en un tono de voz raro, como si estuviera horrorizado y fascinado al mismo tiempo.

Cole y yo intercambiamos miradas perplejas. Como no queríamos perdernos lo que pudiera estar pasando abajo, nos levantamos de la cama y nos reunimos con Alex junto a la ventana.

Lancé una exclamación ahogada al ver el coche patrulla aparcado al lado del Buick. Tuve un mal presentimiento relativo al motivo que había traído a casa a la policía o, de manera más específica, relativo a la persona por la que estaban aquí. Y conociendo a Isaac, si

hubiera estado presente, seguramente también habría apostado por sí mismo. Mi pálpito se confirmó menos de un minuto más tarde, cuando dos agentes lo escoltaron esposado del porche al coche patrulla.

—Qué fuerte —dijo Cole asomándose por encima de mi hombro para ver mejor—. ¿Qué creéis que ha hecho esta vez?

—Lee estaba en la cocina cuando ha sonado el timbre y ha oído parte de la conversación antes de que mamá los echara a todos —explicó Alex con los ojos clavados en su primo mientras un policía abría la portezuela trasera. Empujó la cabeza de Isaac con la otra mano y le obligó a subir—. Por lo visto le han preguntado por el incidente de la alarma de incendios del baile.

—¿La hizo saltar adrede? —preguntó Cole con la boca muy abierta.

La noche anterior, después de bajar a toda prisa de la azotea, los dos nos reunimos con los alumnos que quedaban en el aparcamiento del instituto. La mayoría de la gente se había ido marchando a otras fiestas, pero una buena cantidad de alumnos se quedó a averiguar qué había pasado. Encontramos a Alex y a mis amigos justo cuando llegaba el camión de bomberos, pero ellos sabían de la situación tan poco como nosotros. Cole y yo nos fuimos al poco rato.

Me mordí el labio.

—Si lo hizo, lo tiene fatal.

Los dos policías se quedaron un momento fuera del coche comentando algo, pero la conversación no duró demasiado, ya que seguía lloviendo. Se subieron al vehículo y cerraron las puertas.

Alex, que hasta ese momento parecía divertido por la situación, comprendió por fin que tal vez Isaac estaba metido en un lío importante. Agrandó los ojos mientras miraba cómo el coche patrulla daba media vuelta y los haces de los faros barrían la penumbra del jardín delantero antes de enfilar por la avenida. Forzando la vista, distinguí la mata de rizos negros de la cabeza de Isaac en el asiento trasero.

—Define «fatal» —pidió Alex volviéndose a mirarme.

Cole se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—Fatal al nivel de un delito menor en potencia.

—No conozco las leyes de por aquí, pero en Nueva York pueden condenarte a un año de cárcel —aclaré viendo cómo el coche de policía desaparecía por fin—. Pero Isaac es menor. Supongo que no tiene antecedentes, así que seguramente le impondrán servicios comunitarios y una multa. Puede que libertad condicional.

Alex levantó las cejas con aire de sorpresa al oír mi respuesta.

—Me sorprende que sepas tanto del tema, Jackie. ¿Nos has ocultado algo?

—Estudiante ejemplar de día, mente criminal de noche —bromeó Cole.

—El padre de mi mejor amiga es juez —dije, quizá demasiado a la defensiva, porque los dos chicos se dieron cuenta e intercambiaron sonrisas. Fue raro eso de verlos disfrutar juntos tomándome el pelo, cuando casi nunca estaban de acuerdo en nada.

—¿Tienes comprado a un juez? —preguntó Cole, que lanzó un silbido—. Menuda organización controlas, Nueva York.

—¿Y alguno de tus subordinados no podría hacer que absuelvan a Isaac? Mediante un soborno, de ser posible, aunque no me opongo

a un poco de intimidación física si hace falta —añadió Alex.

Los fulminé a los dos con la mirada, aunque en realidad no estaba enfadada.

—Si no andáis con cuidado, enviaré a uno de mis subordinados a que os liquide mientras dormís.

Alex y Cole se rieron a pesar de la gravedad de la situación. Aunque fuera a mi costa, el sonido me animó. Los dos chicos eran muy importantes para mí, pero después de todo lo que había pasado entre los tres y de la tensión que aún había entre ellos, no pensaba que algo tan sencillo como disfrutar de la compañía mutua fuera posible.

Sabía que no duraría. Cole y Alex volverían a evitarse tan pronto como dejáramos atrás ese instante, pero de momento notaba calor y alegría en el corazón, y me concedí permiso para disfrutarlo.



Como el día anterior no había tomado mi dosis de caramelo, el lunes por la mañana convencí a Alex de que pasáramos por el Caffeinated Pursuit de camino al instituto; a cambio le prometí revisar su comentario de *Historia de dos ciudades.* Me obligaron a traer también cafés para Nathan, Lee y él, pero el precio no me pareció excesivo. Me había costado dormirme la noche anterior; di vueltas en la cama casi hasta las dos de la madrugada, preocupada por lo que le pudiera pasar a Isaac. De manera lenta pero segura, todos los chicos Walter se estaban abriendo paso en mi corazón, incluidos los más insufribles.

La cola para hacer el pedido llegaba casi hasta la puerta de la cafetería, así que saqué los apuntes de Física para entretenerme

durante la espera. Un último repaso antes del examen no me vendría mal, sobre todo después de que ayer Cole se esforzara tanto en distraerme. Mientras repasaba los problemas de la tercera ley de Newton, oí sin poder evitarlo la conversación que tenía lugar delante de mí.

—¡… en el coche de Luke Snyder!

—No me sorprende. ¿Quién no ha terminado en el asiento trasero de ese coche? Es tan normal que se ha convertido prácticamente en un rito de paso. No, la noticia bomba es que el señor Piper pilló a Alex Walter y a Kim Henderson haciéndolo en el trastero del conserje.

Levanté la cabeza de golpe. Las dos chicas que el otro día cotilleaban sobre Cole en la biblioteca —Savannah y su amiga rubia del vóley— hacían cola en la cafetería justo delante de mí.

—Hala, a eso lo llamo yo tener clase —dijo la chica sin nombre con una risita.

Como no quería que me pillaran escuchando a hurtadillas, enterré la cara en los apuntes, pero agucé el oído.

—Sí, esa familia es un completo desastre —respondió Savannah, y mis hombros se tensaron sin que pudiera evitarlo—. ¿Has oído los rumores sobre Isaac? —continuó—. La gente dice que fue él quien hizo saltar la alarma de incendios y que ayer le detuvieron.

Me mordí la lengua para no intervenir. ¿Cómo narices lo sabía? Ninguno de los Walter difundiría rumores sobre uno de los suyos, y Katherine y George no nos habían aclarado si habían acusado a Isaac de algo o no.

La chica rubia soltó una risita.

—¿Soy una persona horrible por pensar que eso mola? Una temporada en el reformatorio y algunos problemas con papá y será el Walter más sexy de todos.

—¿Más que Cole Walter? —resopló Savannah—. En serio, Megan. Tú alucinas. ¿Le viste el sábado por la noche? Ese chico es el atractivo personificado.

¡Ajá! Por fin sabía su nombre. La cola avanzó un poco, y yo añadí a Megan a mi inventario mental de los alumnos de Valley View.

—Sí, tienes razón. —Lanzó un suspiro anhelante—. Qué suerte tiene su novia.

—Yo no creo que estén saliendo —dijo Savannah en tono conspiratorio—. Dicen que se lo monta con la encargada del Gas Exchange. Por lo que parece, se pasa allí todo el día.

Antes de que las palabras calaran en mí e hicieran estragos, Megan respondió y me rescató del pánico:

—Sí, claro, porque trabaja allí. Te digo que sale con Jackie. Heather se lo dijo a Teagan, y esas dos son amigas desde que ella vino a vivir a Colorado.

—Aunque sea verdad, ¿no lo encuentras raro? O sea, viven juntos.

Me puse roja como un tomate al oír el comentario. Como estaba harta de esa conversación, me asomé por encima de los apuntes para calcular cuánto faltaba para que me atendiesen. Por suerte solo había una persona delante de las cotillas, una anciana con un bolso tan abultado que me maravilló que no perdiera el equilibrio.

—¿Qué más da? —dijo Megan—. No son parientes.

—Ya, pero los Walter la acogieron porque no tenía otro sitio donde vivir. ¿No es un poco raro salir con alguien que forma parte de tu nueva pseudofamilia?

—¡El siguiente! —gritó el camarero en la caja registradora.

Cuando las chicas avanzaron para hacer su pedido, no pude evitar que las palabras de Savannah resonaran en mi mente. No quería darle la menor importancia a esa observación. Lo poco que sabía de ellas no las dejaba en buen lugar, así que no podía tomarme en serio nada de lo que dijeran. Pero, por más que lo racionalizara, una parte de mí se preguntaba si tendrían razón.



—¿Esto es un secuestro?

Era martes, después de las clases, y yo estaba de pie junto a la camioneta, esperando a que Alex llegara y abriera las puertas. Treinta segundos antes un coche negro que conocía bien se había parado en la plaza vacía de al lado. Cole bajó la ventanilla y me ordenó que entrara sin saludarme siquiera.

Su respuesta, como de costumbre, fue vaga y exenta de cualquier información relevante.

—No, es una misión.

—¿Ah? —Levanté una ceja—. ¿Y en qué consiste exactamente?

Cole respondió con su sonrisilla de siempre.

—Es un secreto.

Cómo no. A esas alturas ya había aprendido a escoger mis batallas y Cole a punto de emprender una aventura no era una que pudiera ganar, así que lancé un suspiro y rodeé el Buick sin hacer más preguntas.

—¡Eh, Jackie! —gritó alguien mientras abría la puerta del copiloto —. ¿Adónde vas?

Levanté la vista y vi a Alex cruzando el aparcamiento, seguido de Nathan y de Lee. Isaac, en principio, estaba en casa. Además de una burrada de servicios comunitarios y una multa considerable, le habían expulsado una semana del instituto por la bromita de la alarma de incendios.

—¿Quién sabe? —dije encogiéndome de hombros. ¿Acaso importaba la respuesta? En mis labios bailó un principio de sonrisa cuando comprendí que no, no importaba. Subiría al coche y me marcharía con Cole tanto si me decía adónde íbamos como si no—. Hasta luego.

—Decidle a mamá que estaremos en casa para la cena —añadió Cole mientras me sentaba. Toqueteó un mando del salpicadero y, tan pronto como empezó a salir aire caliente de las rejillas de ventilación, arrancó marcha atrás y sorteó con pericia el tráfico escolar.

Circulamos durante diez minutos antes de parar en un edificio de ladrillo visto, un tanto anodino, con un cartel muy críptico en el que se leía simplemente LA GRIETA.

—Eso no suena mal ni nada —dije observando lo que parecía ser la fachada. Cole aparcó el coche. El hecho de que nada indicara de qué tipo de local se trataba me chocó. No era la mejor estrategia comercial del mundo.

Cole se rio al mismo tiempo que extraía las llaves del contacto.

—Te prometo que te gustará.

Mientras yo salía del coche, distintas posibilidades sobre lo que podía ser La Grieta desfilaron por mi mente, cada cual más absurda que la anterior —un bar temático ambientado en el espacio exterior, un negocio de blanqueo de dinero, un desgarro en el tejido de la

realidad que conducía a un universo alternativo—, pero una tienda de segunda mano no era ninguna de ellas. La campanilla que había sobre la puerta repicó cuando entramos y mi primera impresión fue que habíamos ido a parar a un plató de cine estrafalario y no a un espacio de la vida real. La tienda era estrecha y estaba mal iluminada; tres largos pasillos que se internaban en la penumbra del fondo. A primera vista distinguí un busto de Shrek, un viejo acuario lleno de animales de peluche y una colección de lámparas en forma de pierna con media de rejilla. Había un gato anaranjado dormitando junto a la caja registradora y otro durmiendo plácidamente encima de un viejo reloj de péndulo.

—Por aquí —me dijo Cole. Me cogió de la mano y me arrastró a las profundidades del laberinto.

La organización de las estanterías no tenía ni pies ni cabeza: había artículos para el hogar al lado de los libros y dispositivos electrónicos más allá. Finalmente llegamos al fondo del pasillo, que daba a una mohosa sección de ropa con prendas colgadas de percheros, bandejas de accesorios y arcones rebosantes de zapatos.

—Perfecto —dijo Cole con los brazos en jarras. Pasaba la vista por el local con la misma satisfacción con la que un papá cuarentón observaría el césped recién cortado—. Nadie ha venido todavía. —Me miró de reojo—. ¿Qué te parece?

—Que es el secuestro más raro del mundo —respondí sin entender todavía qué hacíamos allí.

—¿Por casualidad has recibido hoy una invitación? —me preguntó como si tal cosa.

Le miré boquiabierta de la sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

Durante el almuerzo, Chase se había presentado en la mesa de la cafetería que mis amigos y yo solíamos ocupar. Eso no era nada raro, ya que Skylar y él empezaron a salir una semana antes del baile, pero que repartiese sobres negros lacrados con cera sí salía de lo normal. El que me entregó a mí llevaba mi nombre escrito en dorado con una caligrafía perfecta. Contenía una invitación a una fiesta de disfraces.

—Chase se toma Halloween muy en serio —me explicó Cole encaminándose a una mesa dedicada a la fiesta que acababa de mencionar; sobre el tablero había una gran variedad de máscaras, pelucas y objetos de atrezo—. Su fiesta es la única que rivaliza mínimamente con nuestro fiestorro de la cerveza de fin de curso, pero eso es porque sus padres están forrados y le dejan gastarse una pasta en decoración y catering. Yo solo fui una vez, pero sé que suele repartir las invitaciones después del baile de bienvenida.

—Vale —dije despacio, aunque hubiera dado un rodeo para no responder a mi pregunta. Conociendo el historial de Cole, seguro que algún antiguo rollete le había enviado hoy un mensaje para preguntarle si le apetecía ir—. ¿Y qué hacemos aquí?

Cogió una boa de plumas y se la envolvió al cuello con un gesto teatral.

—Buscar nuestro disfraz, claro. Quería llegar antes de que se lo llevaran todo.

—¿Nuestro disfraz?

Aunque era increíblemente presuntuoso por parte de Cole dar por supuesto que él sería mi acompañante, me dio un brinco el corazón. Había acertado al cien por cien, pero eso no significaba que no pudiera chincharle un poco.

—¿Qué pasa si prefiero ir con Nathan?

—¿Prefieres ir con él?

—No.

—¿Entonces por qué…?

—Porque —empecé lanzándole una mirada aburrida— no recuerdo que lo hayamos hablado.

Con un suspiro dramático, Cole se quitó la boa del cuello, la dejó en la mesa y se volvió a mirarme con ojos redondos e implorantes.

—Jackie, porfi, ¿puedo ir contigo a la fiesta de Chase? Te dejaré escoger la pareja de disfraces cursis que quieras.

Me incliné hacia él para retirarle una pluma del pelo.

—¿Lo que sea?

Dudó un momento y después asintió.

—Vaya, ¿cómo rechazar algo así? —Sonreí y le pasé la pluma por la punta de la nariz—. Gracias por preguntar, Cole. Me encantaría que fueras mi acompañante.

Él me apartó la mano de un manotazo.

—¿Sabes qué? Cuando te conocí no pensé que una persona tan tiquismiquis pudiera ser tan peligrosa.

—Porque no lo era —dije levantando la barbilla—. Se trata de un mecanismo reflejo que he desarrollado a fuerza de pasar mucho tiempo contigo y con tu familia. Me habéis corrompido.

Una carcajada grave brotó de su garganta.

—Dices que te hemos corrompido, pero yo creo que hemos sacado lo mejor de ti —respondió a la vez que me tiraba de la coleta con suavidad—. Me encanta que seas tan descarada.

Me puse colorada.

—¿No deberíamos estar buscando un disfraz?

—Tienes razón. —Se volvió hacia la mesa de Halloween y después de pensarlo un momento escogió un casco plateado de *foam* y un escudo a juego—. Seguro que hay una tiara por alguna parte. ¿Qué te parecería ser una princesa? Yo podría ser tu…

—¿Caballero de la brillante armadura? —terminé—. No me hagas reír. Te pega más ir de príncipe flipado.

Pero Cole no me escuchaba. Había visto algo que le indujo a dejar en su sitio el casco y el escudo.

—¡Eh! Alex tenía una igual cuando éramos niños —dijo cogiendo una espada láser verde de una caja de armas de plástico. Dobló las rodillas para adoptar una postura de lucha y agitó la espada—. Si no recuerdo mal, pasé por encima con la bici y se la rompí —añadió—. Deberíamos disfrazarnos de Luke y Leia. Tú podrías ponerte aquel biquini dorado tan sexy.

Ni de coña.

Cole debió de leerme el pensamiento. Antes de que pudiera abrir la boca para quitárselo de la cabeza, se me adelantó. Irguió los hombros, levantó un dedo y, en una pésima imitación de mi persona, dijo:

—En primer lugar, me niego a llevar un atuendo descaradamente sexual que me cosifique como si fuera un trozo de carne. En segundo lugar, ¡la fiesta es en octubre, Cole! ¿Quieres que muera congelada? Y en tercer… —Dejó de parlotear y frunció el ceño. A los pocos segundos continuó con su propia voz—. La verdad, no se me ocurre nada más.

Disimulé una sonrisa.

—Las dos primeras razones me parecen excelentes, pero iba a decir que sería raro que nosotros dos nos disfrazáramos de una

pareja que en realidad son hermanos.

Nadie sabía nada de la conversación que había oído entre Megan y Savannah. No lo había contado porque no quería darle tanta importancia a algo que no la tenía; Cole y yo no éramos hermanastros y no compartíamos un vínculo de sangre. A pesar de todo, desde ayer no había podido quitarme de la cabeza el comentario de Savannah sobre lo raro que era que estuviéramos saliendo.

—¿De qué hablas? —me preguntó.

—Se supone que es un disfraz de pareja, pero Luke y Leia son hermanos —le expliqué—. Ella está enamorada de Han Solo, y él no usa espada láser.

Cole puso los ojos en blanco.

—Vale, friki.

Un momento. ¿Qué tenía de malo recordar el argumento de una famosa franquicia cinematográfica que uno de sus hermanos me obligó a ver?

—Bueno, al menos yo no tengo unos gustos tan perversos —le dije para chincharlo—. ¿Dolor e incesto, en serio?

Funcionó. Cole me miró perplejo y después, despacio, dejó la espada láser en su sitio al comprender lo que le había dicho.

—Esa lengua tuya es increíblemente afilada. —Dio un paso hacia mí. Tenía un brillo malicioso en los ojos—. Será mejor que te andes con cuidado.

—¿O qué?

Le saqué esa lengua afilada que acababa de mencionar.

—O esto.

Cole me aferró por la muñeca, me atrajo hacia sí y estampó los labios en los míos.

No fue un beso dulce. Fue caliente y exigente, y cuando me empujó contra la mesa y me clavó los dedos en las caderas, algo rodó por el borde y cayó al suelo con un golpe sordo. Yo respondí en consecuencia, hundiéndole la mano en el pelo de la nuca y atrayéndole hacia mí. Alguien carraspeó, y de no ser por la interrupción seguramente nos habríamos dejado llevar allí mismo.

Me separé de Cole con el corazón rebotando en el pecho y reparé en la presencia de un chico de veintitantos vestido con una camiseta de Pearl Jam y unos vaqueros rotos. Estaba de pie en la puerta del almacén con una taza de café humeante en la mano. Nos miraba impertérrito, pero saltaba a la vista, por su manera de apretar los labios, que hacía esfuerzos por aguantarse la risa.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó.

—No, gracias —dijo Cole sin alterarse lo más mínimo. Yo, en cambio, enterré la cara en su camiseta, muerta de vergüenza—. Solo estábamos buscando disfraces de Halloween.

—Muy bien —respondió el chico. Le miré de reojo, y él señaló la parte delantera de la tienda con la taza—. Si queréis que os eche una mano, estaré en la caja registradora.

En cuanto volvimos a estar solos, Cole intentó besarme de nuevo, pero yo escapé por debajo de su brazo y le aparté de un manotazo para que tuviera claro que no íbamos a reanudar la sesión donde la habíamos dejado. Que nos hubieran pillado una vez era suficiente para que no fuera capaz de mirar a los ojos al empleado de la tienda al salir. Cole se rio, pero, por suerte, sugirió que volviéramos a la

tarea que teníamos entre manos: encontrar algo que ponernos para la fiesta de Chase.

Descubrimos que no sería tan fácil como parecía.

—¿Cómo vamos a revisar todo esto? —pregunté. Después de pasar treinta minutos buscando, solo habíamos inspeccionado la cuarta parte de la sección dedicada a prendas de vestir. La cantidad de material que había era abrumadora.

—¿Divide y vencerás?

—Vale —dije aceptando la sugerencia—. Tú miras las mesas y las cubetas. Yo miraré las perchas.

Empezando por el fondo, inspeccioné rápidamente las prendas masculinas, pero los únicos artículos interesantes que encontré fueron una camiseta hippy teñida con nudos que parecía demasiado pequeña para Cole y una bata roja que me recordó a Hugh Hefner y que descarté al instante.

Tras media hora más de revisión silenciosa, Cole me enseñó un estetoscopio.

—¿Qué tal médico y enfermera?

—Está muy visto —dije mientras me saltaba la sección de ropa infantil para empezar a revisar la femenina. Igual que el resto de la tienda, las prendas estaban desordenadas. Abrigo de pieles, descartado. Polo verde lima, descartado. Falda de lunares, descartada.

—¿Y si fuéramos de piratas? —me preguntó Cole diez minutos más tarde. Cuando me volví a mirarle, se había puesto una barba negra y rizada —de las baratas, sujeta con una goma— que le tapaba la mitad inferior de la cara—. He encontrado un parche para el ojo, un garfio y un sombrero de pirata triangular.

Ni en sueños le besaría disfrazado de esa monstruosidad.

—Pasando.

—¿Astronauta y alienígena?

—Esto… No creo que el verde me favorezca.

Cole suspiró.

—Bueno, ¿a ti se te ocurre algo? Me estoy quedando sin ideas.

Encontré un vestido corto de color rosa, ajustado hasta la cadera y con la falda de vuelo, entre un bañador entero y un chaleco acolchado. No era perfecto —tenía una pequeña mancha en un extremo—, pero podría funcionar.

—¿Qué tal Baby y Johnny? —le dije levantando mi hallazgo para que le echara un vistazo—. Solo tendrías que llevar una camisa y un pantalón negros.

—¿Quiénes? —me preguntó, y una arruga se dibujó en su frente.

—La pareja de *Dirty Dancing.*

Se encogió de hombros.

—No la he visto.

Devolví el vestido a su lugar con un suspiro.

—¿Qué te parece esto? —me preguntó. Cuando levanté la vista, Cole hizo unos pasos de baile con unos pompones centelleantes imitando a las animadoras del insti—. Siempre he pensado que tendría pinta de zorrón con un top por encima del ombligo —me soltó sin inmutarse—. Tú podrías ser el pasador y yo la animadora.

Una imagen de Cole vestido con el uniforme de animadora de Erin asomó a mi pensamiento y me partí de risa. Cuando avancé a la percha siguiente, algo me llamó la atención en el extremo de mi campo de visión y dejé de reír. Sobre una mesa, cubierta de cinturones y hebillas, había una taza de porcelana color azul índigo

decorada con una cenefa de estrellas y espirales. Me quedé sin aliento. Alguien debía de haberla dejado allí al darse cuenta de que tenía un pequeño desperfecto en el borde, pero el defecto no me importaba. Yo solo veía lo mucho que le encantaría la taza a Lucy para su colección. El diseño era muy especial —las tazas casi siempre se decoraban en tonos pastel y con flores— y sería el regalo perfecto para…

La emoción que me vibraba en el pecho se apagó en cuanto la realidad se abatió sobre mis pensamientos. No tenía que comprar un regalo para el cumpleaños de Lucy de este año porque nunca volvería a regalarle nada. La súbita punzada de dolor me quitó el aliento y la minúscula taza tintineó sobre el platillo cuando me tembló la mano.

«Respira, Jackie», me recordé.

El aire silbó al pasar por mis labios cuando solté el aliento que estaba conteniendo.

—¿Jackie? —Cole debió de notar que me pasaba algo, porque ladeó la cabeza y me miró con extrañeza—. ¿Va todo bien?

A pesar del dolor que me oprimía los pulmones, su preocupación me reconfortó. Lo estábamos pasando de maravilla y me dio mucha rabia que ahora lo único que me apeteciera fuera volver al rancho y acurrucarme en la cama. Al recordar que hacía un momento nos estábamos partiendo de risa o lo que había sentido cuando Cole me había empujado contra la mesa, comprendí con cuánta facilidad algo tan sencillo como una taza de té podía estropear la tarde que estábamos pasando juntos. Esta vez no me dejaría llevar por la pena.

—He encontrado algo que me ha recordado a Lucy y me ha pillado por sorpresa —reconocí a la vez que dejaba la taza donde la había encontrado—, pero ya se me ha pasado.

—¿Seguro?

Me obligué a sonreír.

—Se me pasará.

«Estoy contigo».

—Bien, porque me parece que he encontrado nuestro disfraz.

Me enseñó un sombrero de fieltro marrón claro y una boina de lana.

—Como tienes tanta facilidad para meterte en líos, deberíamos disfrazarnos de Bonnie y Clyde.



Ese viernes Cole me llevó a una carrera en pista de tierra. No sabía a qué se refería exactamente, lo más probable era que veríamos una carrera de coches en un circuito de tierra, pero a mí me daba igual, siempre y cuando eso implicara pasar el rato juntos.

Lo único que sabía sobre las carreras era lo siguiente: aunque la Fórmula 1 era la competición de automóviles más importante del mundo, la NASCAR era más popular en Estados Unidos; por alguna razón que yo desconocía, los fans de esta última se tomaban a mal los chistes sobre giros a la izquierda; y la Indy 500 era una famosa competición que se celebraba en torno al Día de los Caídos.

Cuando reconocí ante Cole mis escasos conocimientos sobre el tema de las carreras, bajó la radio y se pasó el trayecto instruyéndome. Dedicó los primeros quince minutos a hablarme de los distintos tipos de deportes de motor, pero luego procedió a

comentar las distintas disciplinas, algo sobre las diferencias entre las carreras en circuito y los *rallies*. Entonces dejé de escucharle.

No me distraje porque no entendiera lo que me decía, sino porque él me despistaba demasiado como para entender las palabras que salían de sus labios. Hablaba a mil por hora y si no tuviera las manos ya ocupadas, una en el volante y la otra sosteniendo la mía, seguro que habría acompañado sus explicaciones con gestos. De vez en cuando se volvía a mirarme con ojos brillantes para asegurarse de que le estaba escuchando. Aunque el tema no me interesaba, su pasión era encantadora y sonreí como una tonta durante todo el camino.

La pista estaba a un condado de distancia, en el quinto pino, y para cuando llegamos estaba anocheciendo. De no ser por el cartel de neón que indicaba PISTA ELWOOD y la fila de coches que esperaban para entrar en una carretera de gravilla, con las luces traseras encendidas y los intermitentes parpadeando, habría pensado que nos habíamos perdido. Ni siquiera había un aparcamiento propiamente dicho, solo un inmenso prado de hierba donde un adolescente pertrechado con una de esas balizas luminosas que usan en los aeropuertos daba indicaciones a los vehículos.

Lo primero que noté al bajar del Buick fue que la temperatura había descendido de manera considerable durante el viaje. Hacía fresco, pero no un frío incómodo, el tiempo perfecto para llevar jersey. Antes de cerrar la puerta, cogí la sudadera que colgaba de cualquier manera del asiento trasero. Me había quedado la que Cole me dio para el partido de rugby de Parker, pero esta tenía la ventaja añadida de conservar su aroma: su colonia y un toque almizclado,

casi oculto por los olores de las palomitas, la gasolina y las hojas caídas que flotaban en el ambiente.

—¡Eh, ladrona! —protestó Cole, pero la expresión satisfecha de su rostro mientras miraba cómo me la enfundaba le delató.

—Para ya —le dije a la vez que me arremangaba unas mangas demasiado largas—. Te encanta que me ponga tu ropa, salta a la vista.

—¿Salta a la vista, eh?

—Sí, siempre aparece ese brillo salvaje en tus ojos.

Cole me agarró por la cintura.

—Si quieres, volvemos a subir al coche y te enseño lo que es ser salvaje.

Agachó la cabeza y un zumbido eléctrico me recorrió la sangre cuando sus labios descendieron de mi oreja a mi clavícula.

—¡Oh, no! —fingí—. ¿Tendré que perderme un rollo de carrera para montármelo contigo? Qué horror.

Él reculó con una mueca indignada en el labio superior.

—Un rollo de… ¿Me estás vacilando? No me creo que hayas dicho eso.

—¿Asiento delantero o trasero? —le pregunté pestañeando.

—No. —Negó con la cabeza—. Va a ser que no. Tenemos una carrera que mirar.

Resoplé con desdén cuando me cogió de la mano para que nos alejáramos del coche y nos uniéramos a la riada de gente de camino a la entrada. Hacía un rato había pasado una cantidad de tiempo horrible en pleno ataque de histeria porque no sabía qué ponerme. Al final me había decidido por un pichi de pana, una camiseta de manga larga debajo, mallas y mis botas favoritas. Cuando Parker vio

el conjunto preparado en mi cama, se rio y me aconsejó llevar vaqueros. Y, mientras nos poníamos a la cola para comprar las entradas, di gracias por su sugerencia. De no ser por ella habría ido demasiado arreglada, teniendo en cuenta que la mayoría de la gente llevaba pantalones militares, camisas de franela y polares.

La entrada solo costaba diez dólares, un precio que me pareció ridículamente barato al ver lo machacada que estaba la pista. Si lo aumentaran un poco, podrían darle una mano de pintura al puesto de comida. Lo peor eran las viejas gradas de madera, tan deterioradas que me pregunté si me clavaría una astilla cuando me sentara. Pero la cutrez de las instalaciones pasó a un segundo plano cuando ocupamos los asientos; era imposible pasar por alto la energía del ambiente. Aunque el público era una extraña mezcla de familias con niños pequeños y hombres de mediana edad con camisetas de NASCAR bebiendo cerveza, todo el mundo se mostraba emocionado y la sensación era contagiosa.

—Las primeras carreras son eliminatorias —explicó Cole cuando un grupo de coches multicolor salió a la pista. El circuito en sí, un óvalo de tierra batida inclinada, era más pequeño de lo que me esperaba —. Es una ronda de clasificación. Los tiempos de las eliminatorias determinan las posiciones de salida en la carrera principal.

—¿Quién crees que ganará? —le pregunté mientras Cole me pasaba el brazo por la espalda.

—El número 12 —me dijo señalando un coche rojo y dorado situado entre los primeros—. Es muy bueno para ser de por aquí. Casi siempre queda entre los tres primeros y hace unos años corrió en las regionales.

—Es guay, pero yo apuesto por el número 88 —dije eligiendo el único coche pintado de mi color favorito.

Cole enarcó una ceja.

—¿Por qué?

—Porque es morado.

—Ese criterio —dijo con la risa chispeando en los ojos— es penoso.

Me encogí de hombros. Me daba igual si el coche que había elegido ganaba o perdía. Resultó ser la actitud más inteligente, porque, tan pronto como empezó la carrera, el 88 sufrió un choque espectacular, se salió de la pista dando vueltas y se estrelló de morros contra la zona de protección.

—Te lo dije —se rio Cole, pero yo fingí que el rugido de los motores me impedía oírle.

Ver derrapar a los coches por la pista era más divertido de lo que esperaba, pero el exceso de polvo pronto atenuó la emoción. Cada vez que los coches tomaban las curvas de los extremos, proyectaban una gran polvareda, y para cuando terminó la primera eliminatoria una neblina de polvo flotaba en el aire como humo. Cerré los ojos con fuerza y me pregunté cómo aguantaría hasta el final si los ojos me escocían tanto después de una sola carrera.

—¿Todo bien? —preguntó Cole arrugando la frente con aire preocupado.

Fruncí el ceño e intenté librarme de la incómoda sensación pestañeando.

—No lo sé. ¿Es normal tener la cara llena de polvo cada vez que los coches toman una curva?

—Toma.

Se sacó algo del bolsillo de la sudadera. Mi ceño se esfumó cuando comprendí que eran protecciones para los ojos. Había dos opciones: unas gafas de protección y otras de tipo máscara como las que usábamos en clase de Química.

—¿Vamos a hacer un experimento de ciencias? —le pregunté, pero escogí la segunda opción porque la juntura estaba forrada de espuma. Parecería una tonta, pero estaba dispuesta a hacer el sacrificio con tal de que no me entrara polvo en los ojos. Cuando me las puse se me enredó el pelo en la cinta.

—Deja que te ayude —dijo Cole apartándome las manos con unas palmaditas. Me soltó un rizo y luego reguló la cinta para que las lentes se me ajustaran a la cara.

—Bueno —le dije a la vez que me volvía a mirarle—. ¿Qué tal estoy?

Se mordió el labio inferior para contener una sonrisa.

—Adorable.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, claro.

—No, en serio. Las gafas te quedan muy bien. Si no empezara la siguiente ronda, me pondría en plan salvaje.

A pesar de sus burlas, las gafas de protección fueron un regalo del cielo y pude disfrutar del resto de la noche sin tener la sensación de que necesitaba arrancarme los ojos. Seguí escogiendo a mis favoritos en función de los colores y Cole continuó tomándome el pelo cuando perdían. La única vez que me aparté de esa estrategia fue cuando Cole señaló al conductor para el que había reconstruido el motor —el número 20, un coche todo negro de aspecto amenazador que me recordó un poco al Batmóvil—, que acabó el

cuarto de su ronda. No era un puesto pésimo, pero Cole esperaba que hubiera acabado mejor.

Por fin llegó el momento de la verdad.



—Ha sido una carrera fenomenal —dijo Cole con una mezcla graciosa de emoción y decepción cuando nos dejamos llevar por el gentío que cruzaba la puerta de camino al aparcamiento—, pero maldita sea. Le ha ido de pelos.

El conductor del número 20, que se llamaba Carter, había estado a punto de conseguir la victoria después de avanzar desde la mitad del pelotón hasta los primeros puestos. Cole y yo pasamos las últimas tres vueltas gritando a todo pulmón, y aunque el Batmóvil cruzó la línea casi pegado al ganador, estaba claro que Carter había llegado segundo.

Sonreí y columpié nuestras manos unidas adelante y atrás. A pesar del polvo, de que el piloto de Cole no había ganado y de que llevaba la marca de las gafas impresa en la frente, el recuerdo de esa noche me acompañaría durante meses.

—Gracias por traerme. Lo he pasado genial.

—¡Cole! —gritó alguien antes de que él pudiera responder—. ¡Eh, Cole! ¡Espera!

Miré alrededor y vi a un hombre fornido que agitaba el brazo por encima de la cabeza. El desconocido debía de rondar los cuarenta y pico y exhibía una maraña de rizos y una gran cantidad de pecas que le daban un aspecto juvenil. Vestía un mono de carreras que se parecía al que usaba Cole para trabajar, con las mangas atadas a la cintura.

—¿Le conoces? —le pregunté señalando al hombre.

—Sí, es Carter. Vamos. Te lo presentaré.

Cole cambió de rumbo y se abrió paso entre los espectadores que salían, y yo le seguí de cerca para que no nos separaran.

—Perdón, disculpen.

Cuando nos acercamos, una sonrisa franca asomó a la cara de Carter.

—¡Hombre, aquí está mi mecánico! Gracias por venir, Cole.

Se estrecharon la mano y, después de que nos presentara a toda prisa, los dos procedieron a analizar la carrera. Cole quería saber si el motor traccionaba mejor al final de las rectas —¿de verdad esa palabra existía?— y la rapidísima respuesta de Carter estaba plagada de términos que me superaban, así que me limité a sonreír con educación y fingir que sabía de qué estaban hablando. Lo único que tuve claro fue que Carter estaba encantado con su conducción. Cole le dijo que lamentaba que el motor reconstruido no le hubiera granjeado la victoria, pero Carter no quiso ni escucharle.

—Deja de machacarte —le dijo, y le propinó una palmada en la espalda—. Ha sido la mejor carrera de mi vida. Nunca había quedado entre los tres primeros y jamás lo habría conseguido sin ti.

—¿Seguro? —preguntó Cole todavía con una pizca de desconfianza en la voz.

Carter asintió.

—Totalmente. Cuenta con que volveré a llamarte la próxima vez que necesite ayuda.

Sonreí para mis adentros al ver que Cole erguía la espalda.

—Estaré esperando —respondió. Se había ruborizado de la satisfacción.

—Bueno —dijo Carter echando un vistazo al reloj—. Tengo que guardar mis cosas en la caravana, pero la próxima vez que vengas a ver una carrera avísame. Intentaré conseguiros pases para los boxes.

—Sería alucinante —respondió Cole mientras se estrechaban la mano de nuevo.

Antes de despedirnos levanté el móvil.

—¿Queréis que os haga una foto juntos?

Once

Estaba evitando la conversación que tenía que mantener con Nathan. Después de conocer a Paulette y enterarme de que había dejado plantada a la banda sin decirles ni una palabra, la preocupación que sentía por él desde mi regreso a Colorado se convirtió en ansiedad pura y dura. Algo iba mal y tenía que llegar al fondo del asunto…, pero Nathan estaba de mal humor desde el sábado. Arrastraba los pies cuando salíamos a correr por las mañanas como si fuera un castigo, evitaba mis intentos de entablar conversación respondiendo con monosílabos y se escondía en el altillo siempre que podía, así que decidí dejarle en paz un tiempo para que se tranquilizara.

Había pasado una semana y yo todavía no le había dicho nada.

Cuando salí para nuestra carrera matutina, decidí que ya era suficiente. Una vez tomada la decisión, di comienzo a la rutina de estiramientos y esperé a que se reuniera conmigo.

Pasaron cinco minutos. Luego diez. A las siete en punto supe que no iba a venir.

Me ardían las mejillas de la indignación. Me puse de pie de un salto y entré en la casa como un vendaval cerrando la mosquitera de un portazo. Si Nathan ya no quería venir a correr conmigo, lo mínimo que podía hacer era decírmelo a la cara. Estaba oficialmente

harta de sus plantones. Además de darle todo el espacio que necesitaba, le había contado mis problemas con Cole, y si bien era verdad que no me debía nada, empezaba a tener la sensación de que nuestra amistad era solo a una banda. Me pregunté si yo había hecho algo que le había molestado.

Unas zapatillas con tacos cayeron repicando por las escaleras cuando subí como una fiera, pero no me paré a recogerlas. Irrumpí en el cuarto de Nathan, demasiado enfadada como para que me importase despertar también a Alex. La luz que entraba a través de las cortinas era suficiente para cerciorarme de que Nathan seguía durmiendo, así que avancé hacia su cama a grandes zancadas y le arranqué el edredón.

—Es hora de levantarse —anuncié. Aunque estaba furiosa, no alcé la voz.

Él gimió y se dio media vuelta en la cama.

—¿Jackie? ¿Qué haces aquí?

Me puse las manos en las caderas.

—Despertarte, obviamente. Habíamos quedado para correr y llegas tarde.

—No voy a ir —respondió a la vez que se tapaba con el edredón.

—Sí, sí que vas a venir.

Rebusqué por su cómoda y elegí una camiseta de manga larga y un pantalón de running, y le tiré la ropa.

—Tenemos que hablar.

Nathan se incorporó de golpe y me fulminó con la mirada.

—¿Es que no sabes captar una indirecta?

Toda mi chulería se esfumó de golpe.

—Venga, Nate —le supliqué—. Soy yo. Puedes contarme lo que sea.

—¿Y no se te ha ocurrido que a lo mejor no quiero? —escupió cada palabra como si hubiera intentado reprimirlas, pero fueron demasiado venenosas como para seguir llevándolas dentro—. Eres tan mandona, Jackie… Deja de comportarte como si fueras mi hermana. Tengo demasiados hermanos mayores que se creen superiores. No necesito una más.

Un dolor agudo y cortante me atravesó el pecho y durante una milésima de segundo no pude respirar. Aparte del pitido que tenía en los oídos y de los ronquidos suaves de Alex, en la habitación reinaba el silencio. Tragué saliva y oí el glup de mi garganta.

—Guau, vale —dije conteniendo las lágrimas—. Mensaje recibido.



Alex y yo nos encaminábamos a la camioneta cuando oímos el rugido del Buick. Cole aparcó detrás de la furgoneta de Katherine, paró el motor y salió despacio. Debía de dolerle la pierna —a veces se le quedaba entumecida cuando trabajaba muchas horas— porque hizo una mueca y se detuvo un momento para masajearse el muslo.

—¿Te encuentras bien?

Cole levantó un poco la cabeza al oír mi voz. Cuando nos vio a Alex y a mí juntos en el jardín delantero, frunció el ceño.

—No es nada. —Se quedó un momento parado mientras nos sopesaba con la mirada—. ¿Vais a alguna parte?

Me sentí culpable al momento. No por Alex —Cole no decidía con quién podía pasar el rato—, sino porque no habíamos estado juntos desde el viernes anterior en la carrera de coches. Gas Exchange iba

justo de personal, así que Cole estaba haciendo horas extras, mientras que yo dedicaba las noches a trabajar en un proyecto de Historia de los Estados Unidos. Aparte de un saludo rápido por las mañanas y de las cenas con toda la tribu Walter, no nos habíamos visto en toda la semana.

—A O'Brady's —respondió Alex. Era el nombre del pub del pueblo, donde habíamos quedado con mis amigos.

Como no dio más explicaciones, yo añadí a toda prisa:

—Hay trivial de Harry Potter. Kim nos ha suplicado de rodillas que fuéramos.

Alex echó un vistazo a su teléfono y luego a mí.

—Tendríamos que ir tirando.

—¿Os importa si me apunto? —preguntó Cole.

Aluciné. Estaba tan acostumbrada a que Cole y Alex se evitaran, a que esquivaran la vida del otro como imanes que se repelen, que no se me había ocurrido invitarle.

—¿Quieres… venir a tomar algo? —preguntó Alex. La palabra «conmigo» estaba claramente implícita.

Cole se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —Su expresión era inescrutable, pero su tono me pareció sincero—. No tengo nada mejor que hacer. Me cambio en cinco minutos.

—Muy bien —respondió Alex en tono inseguro—, pero date prisa, ¿vale? Ya llegamos tarde.

En circunstancias normales, me habría quedado patidifusa al ver que los chicos se trataban con tanta educación, pero hice lo posible por comportarme como si todo fuera normal.

Compartir coche debía de ser un límite que Cole no estaba dispuesto a cruzar, porque hizo una mueca.

—Ve tirando —dijo agitando la mano hacia su hermano—. Nos vemos allí.

No se lo podía reprochar. La última vez que habíamos estado los tres atrapados a solas en un coche, Alex y yo todavía estábamos saliendo. La tormenta nos había pillado después de un partido de béisbol y Cole tuvo que venir a buscarnos. Nunca había tenido el valor de preguntarle al respecto, pero estaba segura de que nos vio liándonos. Solo de recordar ahora lo incómodo y tenso que fue aquel trayecto me entraban escalofríos.

Cole me plantó un beso rápido en la frente —olía a sudor y a humo de coche— y desapareció en la casa.

—Jackie, ¿vienes? —preguntó Alex.

—Mejor me voy con él.

—Como quieras.

Mientras Alex subía a la camioneta, me senté en las escaleras del porche a esperar a Cole. Salió cinco minutos más tarde vestido con ropa limpia y sin grasa en la cara. Sus labios dibujaron una leve sonrisa cuando me vio.

—Gracias por esperarme —dijo a la vez que me tendía la mano para que me levantara. En lugar de soltarme una vez que estuve de pie, me estrujó la mano y me llevó por el camino de entrada hacia su coche.

Fruncí el ceño cuando le oí soltar un bostezo monstruoso.

—¿Estás seguro de que quieres venir? —le pregunté—. Tienes aspecto de haber tenido un día muy largo, y no sé si el trivial es lo

tuyo. Además, Kim está decidida a ganar a toda costa. Se va a poner de los nervios si te quedas dormido en la mesa.

—Lo mío —dijo a la vez que me abría la puerta del coche— es pasar el rato contigo, aunque tenga que tragarme esa bobada del trivial. Y si a Kim le parece mal, que me haga un *avada kedavra*.

Añadió la última frase con una sonrisa satisfecha, como si estuviera orgulloso de poseer suficientes conocimientos de Harry Potter como para hacer chistes del mundo de Hogwarts, aunque fueran tan malos como ese.

O'Brady's estaba a reventar de gente, y Cole disimuló una risita cuando nos apretujamos para pasar junto a un grupo de gente de treinta y tantos vestidos con túnicas de Hogwarts mientras buscábamos a nuestros amigos. Por fin los avisté en la mejor zona del pub, uno de los enormes reservados del fondo en los que cabía todo el grupo. Alguien, Kim lo más probable, debía de haber llegado hacía horas para coger sitio y los restos de una bandeja de aperitivos —un solo aro de cebolla, un cuenco casi vacío de salsa marinara, unos cuantos palitos de apio intactos— corroboraron mi sensación.

Las chicas discutían posibles nombres para el equipo cuando Cole y yo ocupamos los dos sitios libres. A Heather le gustaba Roonil Quizlib y Neville viste de Prada, pero Kim tenía muy claro que el nombre tenía que ser Cualquier Cosa por Nuestro Lunático. Mientras tanto, Riley no paraba de proponer nombres de mal gusto que mataban de la risa a Alex y a Skylar —Ron y Ginebra Wiski o Mortalmente Sirius, por nombrar solo un par—, pero las otras dos ni la escuchaban.

—¿Y qué tal los Gilipotters? —murmuró Cole entre dientes mientras un camarero se acercaba para dejarnos una hoja de puntuación y un lápiz—. Me parece lo más apropiado, visto lo que hay.

Kim se interrumpió a media frase y volvió la cabeza despacio hacia el extremo de la mesa con los ojos peligrosamente entornados.

—No recuerdo que nadie te haya pedido tu opinión.

—Perdona, pensaba que estábamos decidiendo el nombre del equipo. —Arrastró la hoja de papel hacia sí antes de que nadie más pudiera reclamarla y obsequió a Kim con una sonrisa burlona mientras hacía girar el lápiz entre los dedos—. Un equipo es un grupo de gente que se reúne con un objetivo común, por si no lo sabías.

—Ya sé cuál es la definición de… —Ella se interrumpió con un bufido irritado—. Además, ¿qué haces tú aquí?

Cole me pasó el brazo por los hombros.

—Derechos de novio —dijo, y un estremecimiento me recorrió el cuerpo. Todavía no habíamos definido nuestra relación, pero oírle decir la palabra en voz alta me hizo comprender lo mucho que deseaba ser la novia de Cole—. Tengo otras sugerencias si te interesan. ¿Qué tal los Squibs Resentidos? Seguro que eras de esos niños que lloran cuando no reciben una carta al cumplir once años. Me sorprende que no te hayas disfrazado como esos frikis de allí.

Señaló al grupo que habíamos esquivado hacía un rato sentado en la mesa alta.

Suspirando, metí una mano por debajo de la mesa y le apreté la rodilla. No iba a morirse por tratar a mis amigos con un poco de amabilidad, ¿verdad? Cole respondió envolviéndome los dedos con

los suyos y arrastrándolos muslo arriba. Yo recuperé la mano y noté que su cuerpo se agitaba con la risa contenida.

La expresión de Kim se endureció.

—Se llama hacer *cosplay* y… Un momento, ¿tú sabes lo que es un *squib*?

—Claro. Una persona no mágica nacida de al menos un padre o madre mágico. —El labio superior de Cole tembló mientras luchaba contra la sonrisita de suficiencia que yo sabía que trataba de apoderarse de su rostro—. Todo el mundo lo sabe, ¿no?

Fue cómico ver cómo Kim miraba a Cole boquiabierta, pero lo que me arrancó carcajadas fue la expresión de Alex: una mezcla de asombro y «¿quién eres tú y qué has hecho con el verdadero Cole Walter?».

—¿Qué pasa? —preguntó Cole mientras su hermano le observaba con incredulidad—. Danny escucha los audiolibros en bucle antes de dormir. Todas y cada una de las noches. Dice que nada le induce tanto al sueño como la voz de Jim Dale, así que era inevitable que asimilara algún que otro detalle.

—Vale, te puedes quedar, supongo —le dijo Kim de mala gana una vez que recuperó la compostura. Al momento se abalanzó sobre la mesa y le arrebató la hoja de respuestas a Cole—. Pero no puedes bautizar a nuestro equipo.

Un toc toc amplificado resonó en el pub. Alguien en la zona delantera, aunque era imposible ver quién era de tanta gente que había, pidió atención por un micro. El trivial empezaría en cinco minutos y todo aquel que quisiera participar debía formar equipo si no lo había hecho ya. Heather dedicó cada segundo de la espera a interrogar a Cole como si estuviera en un programa de entrevistas

nocturno. Le hacía preguntas inapropiadas e indiscretas, pero él se tomó la desfachatez de mi amiga con filosofía y las explicaciones excesivamente sinceras que le dio me hicieron sonrojar. Solo cuando él sonrió y sus ojos se desplazaron del rubor de mis mejillas al cuello de mi camisa comprendí que lo hacía adrede para ponerme nerviosa. Me relajé contra el respaldo del banco cuando el concurso dio comienzo por fin, agradecida de tener un descanso.

Como yo solo había visto las tres primeras películas, me conformé con presenciar el espectáculo, consciente de que no sería de mucha ayuda. Kim hizo tan buen papel como cabía esperar y escribía las respuestas a toda prisa como si nos dieran puntos extra por ser los primeros en responder. Lo poco que ella no sabía lo aportó el resto del equipo. La única vez que Cole habló fue para corregir la respuesta de Kim a la pregunta de qué especie de dragón custodiaba las cámaras de alta seguridad de Gringotts.

Alargó la mano y dio unos toques con un dedo calloso en la hoja de respuestas.

—Eso está mal.

Kim levantó la cabeza de golpe.

—¿Perdona?

—La respuesta correcta es *ironbelly* ucraniano. El colacuerno húngaro es el dragón al que se enfrenta Harry en el torneo.

Alex le lanzó a Cole otra mirada que venía a decir «¿quién narices eres tú?» y Kim frunció el ceño mientras lo pensaba. Pasado un momento, farfulló algo entre dientes, tachó lo que había escrito y anotó la respuesta correcta.

Al final el equipo de *cosplayers* nos ganó por un punto porque Kim confundió el fanon con el canon oficial. Eso le proporcionó a Alex

una excusa para tomarle el pelo por leer demasiadas historias sobre magos gais de la década de 1970, algo que hizo que Kim se embarcara en un sermón largo como una tesis sobre la importancia de la fanficción. Cuando llevaba hablando cinco minutos de reloj, casi toda la mesa había pasado de ella y se había enfrascado en conversaciones más pequeñas, con la excepción de Alex. Él seguía asintiendo a su parloteo como el novio obediente que era, aunque cualquiera que echara un vistazo a su expresión de sufrimiento podía darse cuenta de que se arrepentía de su comentario anterior. Yo aproveché la ocasión para ponerme al día con Riley, que pasaba todo el tiempo con Marcus desde el día del baile. Mientras charlábamos, Cole se echó hacia atrás y se dedicó a escuchar en silencio al mismo tiempo que me dibujaba círculos en la pierna arriba y abajo. Yo estaba tan absorta en la conversación que casi me olvidé de que estaba allí.

—¿Nick? —dijo Cole tan repentinamente que pegué un bote.

Siguiendo la trayectoria de su mirada, localicé a su amigo, que estaba de pie junto al puesto de las camareras de la entrada trasera. El chico despegó la vista del teléfono al oír su nombre.

—¡Cole, hola!

Nick se acercó a nuestra mesa. No pareció sorprendido de verme cuando pasó revista a nuestro grupo, pero levantó las cejas al ver a Alex. Claro, normal.

—Vaya, qué… raro —añadió antes de devolver la atención a Cole —. Ojalá hubiera sabido que estabas en la ciudad este fin de semana, podríamos haber ido juntos al partido.

La expresión en el rostro de Cole era sonriente y despreocupada, pero el comentario de Nick hizo que su mano se quedara paralizada

en mi muslo.

—Bueno, mejor que me avises tú cuando vengas por aquí. No estoy de visita, he aplazado los estudios un año.

—¿Qué? —exclamó Nick, que me miró un momento a los ojos—. ¿Por qué?

—Tengo que ahorrar para la matrícula, no todos tenemos padres cirujanos.

Cole empleaba un tono jocoso, pero el comentario me pareció innecesariamente mordaz. Por otro lado, yo no sabía gran cosa de su amistad, solo que habían jugado juntos al fútbol. También cabía la posibilidad de que hubiera sobrevalorado su intimidad, ya que ¿por qué Cole no le había contado sus planes de aplazar los estudios?

Sea como sea, Nick se rio y se embarcó en un detallado relato de su primer mes en la universidad. Mis ojos se velaron cuando empezó a hablar de chicas, fiestas y más chicas, así que aproveché para ir al servicio. Cuando volví pasados unos minutos Nick y Cole se habían esfumado.

—¿Dónde están? —pregunté mientras volvía a sentarme en el banco. Inspeccioné el pub con la mirada; primero la zona de la mesa de billar, luego el bar. Sin embargo, aunque O'Brady's se había vaciado bastante desde que el concurso había terminado, no vi a ninguno de los dos entre la menguada concurrencia.

—Nick solo venía a comprar comida para llevar —dijo Heather sin contestar a mi pregunta.

—Vale…

Cuando pasé la vista por la mesa, nadie me miró a los ojos. De repente noté un retortijón en las tripas, así que me volví a mirar a la

única persona que nunca pondría excusas para encubrir a su hermano.

—¿Alex? —le pregunté directamente—. ¿Dónde está Cole?

Él se revolvió en el asiento y apretó los dientes a la vez que deslizaba un dedo por el charquito de condensación que había dejado en la mesa su vaso de agua vacío. Tras un momento de tensión durante el que pensé que no iba a responderme, levantó la vista a regañadientes para mirarme.

—No lo sé, ¿vale? Cuando Nick se ha marchado, Cole ha musitado algo de que se le había olvidado cerrar la tienda y se ha ido también.

Mi pensamiento se detuvo en seco. Transcurrieron cinco segundos enteros antes de que mis engranajes mentales volvieran a girar y yo asimilara la realidad de la situación.

—¿Me estás diciendo que me ha dejado aquí colgada?

«No, ni hablar». Era imposible que Cole me hiciera eso…, ¿verdad?

Las expresiones incómodas y compasivas de mis amigos sugerían lo contrario.

—No te preocupes —dijo Alex, que levantó las manos con un gesto tranquilizador—. Yo te llevaré a casa.

Eso tenía tan poca relación con el problema en cuestión que casi me entró la risa. Pues claro que Alex o alguno de mis amigos se aseguraría de que volviera al rancho sana y salva. Pero ¿cómo era posible que Cole me abandonara sin decirme adónde iba o sin despedirse? ¿Acaso había hecho algo que le había molestado? Revisé mentalmente la última hora, pero no encontré nada. Era verdad que yo no había participado en el trivial, pero Cole había dejado muy claro que le importaba un comino el concurso; la única razón de que hubiera venido esta noche era yo. Si había pasado algo

que le había inducido a marcharse, tenía que haber sucedido mientras yo estaba en el baño.

—¿Le ha dicho algo Nick?

Pensándolo bien, Cole había empezado a estar raro en el instante en que su amigo había aparecido.

Alex dudó y vi el movimiento de su garganta cuando tragó saliva.

—No exactamente.

—¿Eso qué significa? —le pregunté con paciencia infinita. Tuve que hacer un esfuerzo para no subir el tono, pero no quería pagar mi enfado con Alex. Él no tenía la culpa.

—Bueno… Nick le ha preguntado si había aplazado los estudios por ti.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Y qué ha respondido Cole?

—No ha contestado —dijo Alex—. En ese momento han llamado a Nick para entregarle el pedido y se ha despedido. Cole se ha marchado en cuanto Nick ha salido.



La puerta del estudio permaneció cerrada todo el sábado. Cole ni siquiera salió para las comidas y yo no pensaba ir a buscarle. Él sabía muy bien que la había fastidiado. ¿Qué otro motivo podía tener para evitarme durante todo el día?

Ahora que había tenido tiempo para procesar lo que había sucedido, la conducta de Cole no me sorprendía. Era típico de él tirarse a la yugular u olvidar lo que significa comportarse con decencia cuando estaba preocupado o disgustado. A pesar de todo, estaba desconcertada. ¿Cómo era posible que declarase ser mi novio

y, pasado un minuto, me dejara plantada sin una palabra? Normalmente yo entendía los motivos de sus berrinches, aunque me entraran ganas de tirarme de los pelos cada vez que presenciaba uno, pero en esta ocasión, por más vueltas que le diera, no me sentía capaz de adivinar qué le pasaba. ¿Tenía algo que ver con lo que había dicho Nick? El misterio me corroía por dentro y eso aún me enfurecía más, pero la solución al enigma no llegó hasta bien entrada la noche.

Cuando me estaba metiendo en la cama, alguien golpeó la puerta con los nudillos. Al abrir vi a Cole al otro lado vestido con botas de montaña y una chaqueta de pana forrada de borreguito. Su mirada descendió al momento a la orilla de mi pantaloncito del pijama.

—Qué pijama más mono, Jackie —se burló, y yo respondí a su odiosa sonrisa con una mueca despectiva. Si no iba con cuidado, se la borraría de la cara de una bofetada.

—¿Qué quieres? —le espeté.

—Que te vistas con ropa abrigada. Vamos a un sitio especial, pero hace frío fuera.

Su frescura me hizo hervir la sangre.

—¿Y qué te hace pensar que iré contigo a ninguna parte?

Cole suspiró como si yo me estuviera poniendo pesada sin motivo y luego invadió mi espacio personal. De no ser por que me llevaba treinta centímetros, nuestras narices se habrían rozado. Se inclinó hasta rozarme la oreja con los labios y susurró:

—Porque, aunque sé que estás enfadada conmigo, todavía soy capaz de hacer que se te acelere el corazón.

Me reventó que tuviera razón —a pesar de todo, notaba a ese órgano traidor aporreándome el pecho como un animal enjaulado—,

pero eso no significaba que tuviera que aguantar sus chorradas.

—Buenas noches, Cole —le dije en tono brusco a la vez que retrocedía un paso.

—Venga, Jackie. —Interpuso el pie entre la puerta y el marco para que no pudiera cerrarla—. No seas así.

Entorné los ojos al máximo.

—¿Que no sea cómo? ¿Que no me enfade porque me dejaste plantada? ¿O que no me moleste que te comportes como si nada?

Se desinfló ante mi mirada.

—La cagué, ¿vale?

Toda su chulería anterior se desvaneció y, ahora que no fanfarroneaba, las ojeras que tenía saltaban a la vista, pero la falta de sueño no bastaría para que le perdonara. Su triste intento de reconocer la culpa tampoco me ablandó.

—No me basta con eso —le dije.

—No tenía pensado marcharme —añadió a la vez que hundía las manos en los bolsillos—. Sucedió sin más.

Solté una carcajada mordaz. En serio, ¿qué clase de explicación era esa?

Parker, que hasta ese momento intentaba dormir, resopló sonoramente y se incorporó.

—Ya te vale, Cole. ¿También te dejaste el cerebro en el pub o qué? Es la única razón que se me ocurre de por qué eres tan borrico.

—Perdona, ¿qué?

—Te estás cavando tu propia tumba, tontorrón. Menos excusas y más arrastrarte.

Parker musitó algo de que a los chicos les faltaban neuronas y se desplomó de nuevo sobre la almohada.

—Sí —dije levantando la barbilla—. Ya la has oído.

Cole meditó un momento las palabras de su hermana antes de seguir su consejo al pie de la letra y arrodillarse ante mí. Pestañeó con ojos tristes y llenos de remordimientos, pero al cabo de un momento se le iluminaron con un brillo travieso y supe que lo que saliera de sus labios a continuación sería cualquier tontería.

—Oh, diosa benevolente…

El gemido de Parker ahogó el resto de la frase.

—¿Os podéis ir a otra parte, por favor?

Con un suspiro de derrota, me acerqué a la cómoda y busqué unos calcetines en el cajón superior. Luego saqué del cesto de la ropa sucia los vaqueros que había llevado ese día. Las dos sudaderas de Cole estaban en un colgador cerca de la puerta, pero cogí mi chaqueta por despecho. Le pedí que esperara en el pasillo y él obedeció de inmediato, se puso de pie a toda prisa y salió de la habitación para que yo me vistiera. Cuando salí, su cara exhibía una sonrisa estúpida.

—No me mires así —le dije antes de pasar por su lado de camino a las escaleras sin dignarme a mirarle. Estaba decidida a acabar con eso cuanto antes para poder volver a la cama. Solamente había cedido por consideración hacia Parker, no porque hubiera perdonado a Cole. Él seguía pidiéndome disculpas sin cesar, pero hice caso omiso. No les concedería importancia hasta que me diera una explicación, pero él se negaba a ofrecerme detalles. Al parecer había planeado una cita para compensarme por el desastre de la noche anterior y no quería estropear la sorpresa.

Me concentré en adoptar un aire apático cuando me subí a la camioneta. Sin embargo, una vez que el motor cobró vida, Cole se

desvió por un camino que apenas se podía considerar carretera en lugar de enfilar por la avenida y no pude contener la curiosidad. Eché un vistazo a un lado y a otro con la esperanza de adivinar adónde nos dirigíamos, pero estaba demasiado oscuro para ver nada. A pesar del interés que sentía, cerré la boca mientras Cole circulaba por el rancho hasta que llegamos a un bosque situado en el límite de los terrenos de los Walter.

Después de aparcar junto a un muro de enormes abetos y coger una mochila de cordones del asiento trasero, me llevó a una senda que no habría sido capaz de encontrar a plena luz del día, y menos en mitad de la noche. Tan pronto como nos adentramos en la arboleda, la oscuridad nos engulló. Saqué el móvil, pero aun iluminando el sendero con la linterna no paraba de tropezar con raíces y de enredarme con la maleza. Trastabillé detrás de Cole durante quince minutos antes de perder la paciencia.

—¿Falta mucho? —le pregunté apretando los dientes, y al momento me precipité hacia delante cuando la zapatilla se me trabó con una piedra.

—Eh, cuidado. —Cole me sujetó y se descolgó la mochila—. Toma, lleva esto. Casi hemos llegado, pero me parece que será más seguro que te lleve a caballito.

Era un milagro que todavía no me hubiera torcido un tobillo y no me apetecía tentar a la suerte, así que acepté su oferta sin pronunciar palabra. Mientras me deslizaba la mochila a la espalda, Cole se agachó para que pudiera encaramarme más fácilmente. Una vez que me hube sujetado a su cuello, dio un saltito para acomodarme en su espalda antes de seguir avanzando.

Tardamos otros cinco minutos en llegar a nuestro destino, pero al final el bosque se aclaró y salimos a un claro cubierto de hierba. Me bajé de su espalda y miré alrededor. Aparte de un tocón del tamaño de una mesa —los restos de lo que debió de ser un árbol colosal— no había nada que justificase una excursión bosque a través en plena noche.

—Cuando éramos niños, veníamos a acampar aquí —explicó Cole. Me cogió la mochila y sacó dos tazas de aluminio, un termo y una manta.

—Hum… No hemos venido a eso, ¿verdad?

Por gruesa que fuera, dudaba mucho que una sola manta nos mantuviese calientes durante la noche.

Se rio y la extendió en el suelo.

—¿Ves una tienda por alguna parte?

La respuesta no me tranquilizó. Los Walter parecían el tipo de personas que están tan acostumbradas a vivir al aire libre como para prescindir de las mantas si el tiempo lo permite.

—Bueno, no, pero…

—Solo nos quedaremos cosa de una hora. Hace demasiado frío como para estar más tiempo.

Cole se sentó y dio unas palmaditas en el espacio libre que tenía al lado.

—Siéntate. He traído chocolate caliente.

Yo no era inmune a los sobornos, sobre todo en forma de chocolate, así que acepté la taza humeante y escuché a Cole, que me explicó por qué me había llevado allí. Como no había podido ver la Vía Láctea la otra noche en la azotea del instituto, quería llevarme a mirar las estrellas un día que el cielo estuviera despejado. Eché la

cabeza hacia atrás y contuve el aliento. Miles de estrellas titilaban en lo alto como si un artista cósmico hubiera lanzado un océano de purpurina contra el lienzo negro del universo. Por más que me molestase reconocerlo, el gesto de Cole era considerado y romántico.

—Nunca había visto tantas —confesé. Poco después de mudarme a Colorado, comprendí hasta qué punto era imposible ver nada en Nueva York a causa de la contaminación lumínica, pero aquello era indescriptible. Desde allí se veía tal densidad de estrellas que parecía que había más luz que cielo, y me pregunté cómo era posible que nuestro camino entre los árboles hubiera transcurrido en la oscuridad.

—Es porque es el mejor lugar del rancho para verlas —me dijo Cole—. Si hacía buen tiempo durante las acampadas, extendíamos los sacos sobre la hierba y dormíamos bajo las estrellas.

¡Ja! Ya lo sabía yo.

—¿Tienes una constelación favorita? —le pregunté, todavía hipnotizada por el reluciente despliegue del firmamento.

—Claro. —Señaló justo encima de él—. ¿Ves esa estrella tan brillante de allí? Ahora mira a la izquierda y verás otra. La siguiente está un poco más lejos, pero ¿distingues cómo forman una especie de joroba? Esa es la Urassus Mayor…

—¡Cole! —exclamé casi escupiendo un sorbo de chocolate.

Soltó una risita.

—¿Qué? He dicho que dormíamos bajo las estrellas, no que las estudiáramos. No sé una mierda de astrología.

—Querrás decir de astronomía.

—Eso he dicho.

—No —le corregí—. Has dicho astrología.

Despegando la mirada del cielo, me volví hacia Cole y escudriñé su rostro para tratar de averiguar si bromeaba. Su sonrisa relajada era difícil de interpretar, así que añadí:

—Son dos cosas distintas. Una es una ciencia y la otra, adivinación.

Su rostro se iluminó cuando ató cabos.

—Ah, ¿como los horóscopos? Yo soy escorpio con ascendente *gatorade* o algo así —afirmó con una seguridad cómica—. Eso significa que soy amable, misterioso y protector.

Puse los ojos en blanco.

—Menudo cuento tiene Urassus Mayor.

Cole protestó con una especie de gruñido.

—¡No es verdad!

—Naciste en mayo —empecé pronunciando despacio cada palabra —. Eso significa que eres géminis.

Eso por no mencionar las cualidades tontas que se había atribuido. Amable y misterioso, y un cuerno.

Se encogió de hombros.

—Prefiero ser escorpio. Mola más.

—¡No puedes escoger el signo que más te gusta! —protesté con tanto ímpetu que el chocolate llegó al borde de la taza. La dejé en el suelo para no derramarlo—. No funciona así.

—¿Quién lo dice?

—No lo sé —respondí con cansancio—. ¿La historia? ¿Todo el mundo? Se sabe y ya está.

Su hoyuelo apareció y fue la única advertencia que tuve antes de que se abalanzara hacia delante y me rodeara el cuerpo con el

brazo. Intenté librarme de sus dedos, pero sujetó mi cuerpo contra el suyo y usó la mano libre para torturarme.

—Ya sabía yo que tendrías cosquillas. —Parecía encantado.

—¡Basta! —grité sin aliento, con lágrimas en los ojos.

No me escuchó, así que seguí forcejeando hasta que mi mano contactó con la taza sin querer y la volcó. Casi toda la bebida cayó a la hierba, pero una parte me salpicó.

—Mierda —dijo Cole. Me soltó para que pudiera apartarme del charco en expansión.

—¿Tienes una toalla o algo que pueda usar para limpiarme? —le pregunté mientras agitaba la mano para sacudirme el líquido que me goteaba de los dedos. Pensé en usar la manta, pero el tejido era peludo y sabía que acabaría llena de pelusillas.

—Trae, déjame a mí.

Me aferró la muñeca y la levantó con un movimiento deliberado que me dio todo el tiempo del mundo para apartarme. No lo hice y nos miramos a los ojos mientras sus labios se cerraban en torno a uno de mis dedos.

Sucedió tan rápido que no me percaté del giro, pero antes de que me diera cuenta Cole había dejado de lamer el chocolate caliente de mi piel y tenía mis labios atrapados en un beso profundo y tierno. Cuando su mano me rodeó la cara, le pasé un brazo por el cuello y enredé los dedos en la suavidad de su cabello; tenía la longitud perfecta, lo bastante largo para que siempre tuviera un aspecto despeinado, sobre todo si yo jugaba con él, pero lo suficientemente corto como para que no le resultara difícil devolverlo a su lugar.

Sin despegar los labios de los míos, me ayudó a tenderme en la manta y me cubrió el cuerpo con el suyo. A mí se me escapó un

pequeño jadeo y él se apartó al instante.

—¿Te parece bien? —me preguntó escudriñando mi cara con atención.

—Sí.

Mi voz sonó más ronca de lo que me esperaba y Cole sonrió.

—Bien. —Sus ojos perforaban los míos—. Avísame si cambias de opinión.

Entonces volvió a besarme, con más ansia e ímpetu que antes. Todo se desvaneció excepto el leve mordisco de sus dientes en mi labio inferior, el sabor del cacao en su lengua y la sensación de su peso que me empujaba contra el suelo. Hasta mi capacidad de pensamiento reculó cuando el placer nubló mi mente, algo que explicaba por qué apenas recordaba mi nombre cuando por fin se despegó de mí cinco minutos más tarde.

Después de darme un último beso en la punta de la nariz, Cole rodó a un lado y se desplomó boca arriba en la manta. Yo volví a mirar el cielo mientras mi pecho subía y bajaba. Aparte del martilleo de mi corazón, el único sonido que se oía en el pequeño claro eran nuestras respiraciones entrecortadas.

—Si no estudiabais astronomía cuando dormíais aquí fuera, ¿qué hacíais? —le pregunté rompiendo el silencio una vez que pude volver a respirar con normalidad.

—Nos turnábamos para ponerles nombres inventados a las estrellas —contestó con aire travieso—. A Will siempre se le ocurrían los más ridículos.

—¿Cómo Urassus Mayor?

Una carcajada le rugió en la garganta.

—Exacto.

Imaginar a Will entreteniendo a sus hermanos pequeños mientras contemplaban el firmamento nocturno me hizo pensar en Lucy.

—Hay una claraboya en la habitación de mi hermana —le dije casi en susurros—. Está justo encima de su cama. Siempre que yo tenía una pesadilla, me metía en la cama con ella y Lucy inventaba cuentos tontos mientras mirábamos a través del cristal.

—¿Qué cuentos? —preguntó encajándose el brazo detrás de la cabeza.

—Aventuras espaciales. Siempre con los mismos personajes: Lexa, Jenny y los guardianes del espacio.

—¿Los guardianes del espacio? —repitió—. ¿Eso qué es?

—Un grupo de alienígenas que juraron proteger la galaxia del mal. —Me tembló la voz cuando los detalles de la historia que había inventado mi hermana regresaron de golpe a mi memoria, pero seguí explicándoselo—: Lexa y Jenny eran dos astronautas que se perdieron en el cosmos y los guardianes del espacio las rescataron. En lugar de volver a la Tierra, decidieron unirse a ellos.

—Lexa y Jenny, ¿eh? —me dijo rozándome la mano con la suya.

Sonreí.

—Eran hermanas.

—Qué mono.

Me apretó el brazo con cariño y cambió a un tema menos doloroso.

—¿Y tú qué piensas…? ¿Hay vida ahí fuera o no crees que haya nada?

Pasamos los siguientes minutos discutiendo sobre la existencia de vida extraterrestre antes de pasar a Bigfoot, los wendigos y el monstruo del Lago Ness. Eso derivó a una discusión sobre teorías de

la conspiración: cuáles eran reales y cuáles eran nuestras favoritas. La que más le gustaba a Cole era la compra de Luisiana, según la cual si Francia había vendido a Estados Unidos las tierras al oeste del río Mississippi tan baratas era porque estaban plagadas de hombres lobo. Cuando se nos acabaron los temas tontos, nuestra conversación se volvió más seria.

—Oye, Jackie… Siento mucho lo de anoche. —Por primera vez su disculpa parecía sincera—. No debería haberte dejado plantada.

Por fin. Me aparté del calor del cuerpo de Cole y me incorporé sobre el codo para mirarle.

—¿Y por qué lo hiciste?

Una emoción que no supe identificar titiló en sus ojos.

—Fue algo que dijo Nick. No tiene importancia.

Era obvio que sí la tenía, sobre todo si su reacción había sido dejarme plantada. No estaríamos manteniendo esta conversación de no ser así.

—Pero a mí sí que me importa y me parece que merezco que me cuentes la verdad. ¿Te dio…, no sé, vergüenza o algo así?

Soltó un suspiro derrotado.

—Sí, un poco.

—Nadie te obligó a venir al pub con nosotros, Cole —le dije con el corazón en un puño. Aunque nos movíamos con gente distinta y su grupo era más popular que el mío, nunca pensé que le importara tanto su reputación como para que le avergonzara ser visto con mis amigos.

Su mirada saltó a mis ojos y se incorporó de golpe.

—Espera, ¿piensas que…? ¡Jackie, no!, no me has entendido. No me dio vergüenza que me vieran contigo o con tus amigos, sabía

muy bien dónde me metía cuando me contasteis lo del trivial de Harry Potter.

—Pues entonces explícamelo —le pedí—. Porque tengo la sensación de que sí te avergonzaste.

Cole guardó silencio un buen rato. En alguna parte, cerca del claro, un animal pequeño se movió entre la maleza.

Por fin dijo:

—Me siento un fracasado, ¿vale?

Me quedé mirándole, convencida de que le había oído mal. ¿Cómo era posible que Cole Walter, que seguía siendo el chico más popular del instituto aun después de haberse graduado, se sintiera un fracasado? ¿De verdad no se daba cuenta de que todo el mundo buscaba su compañía?

—Pero… ¿por qué?

—Porque todos mis amigos se han marchado a la universidad mientras yo sigo atrapado aquí, sin hacer nada y sin ir a ninguna parte —reconoció, y cada una de sus palabras estaba empapada de amarga insatisfacción.

El comentario no tenía sentido. Sus notas no eran tan malas como para que no fueran a aceptarle. El próximo año a estas alturas, él también se habría marchado.

—Aplazar los estudios para tener algo de dinero ahorrado es importante —observé—. Se llama responsabilidad financiera. La universidad seguirá en el mismo sitio dentro de un año.

—Pero no hablo solo de la universidad. Tengo cero… O sea, yo no… Uf. —Cole se apartó el pelo de la cara y el flequillo le volvió a caer sobre los ojos pasado un segundo—. Mira, solo hay dos cosas que se me dan bien: los coches y el fútbol. Lo segundo está

descartado por razones obvias, de modo que… ¿qué opciones tengo? ¿Trabajar en el taller de Tony el resto de mi vida?

—Ya se te ocurrirá —le dije en un tono que esperaba que fuera optimista. Sin saber muy bien cómo animarle, le cogí la mano y le entrelacé los dedos—. En parte, para eso vamos a la universidad, ¿no?

—Para ti es muy fácil decirlo —murmuró—. Ya tienes toda tu vida planificada.

No se equivocaba, pero noté un retortijón en las tripas. Dudé un momento. No sabía si estaba preparada para verbalizar algo que llevaba atormentándome todo el verano.

—¿Te cuento un secreto? —No esperé su respuesta—. No me gustó nada hacer prácticas en la empresa de mi padre. Trabajar en inversiones es aburrido.

—Entonces… ¿no irás a Princeton? Siempre podrías solicitar plaza en Boulder.

La idea de que fuéramos a la misma universidad debió de animarle, porque una sonrisa se dibujó finalmente en su cara.

—No digas tonterías —repliqué a la vez que le empujaba en plan de broma—. O Princeton, o me muero, pero… —Dejé la frase en suspenso mientras trataba de ordenar un montón de pensamientos contradictorios—. ¿Y si no quiero seguir los pasos de mi padre, a fin de cuentas?

Enarcó una ceja.

—¿Es una pregunta?

—Sí, y eso es lo que intento decirte. No pasa nada por no saber lo que vas a hacer durante el resto de tu vida, Cole. Yo tampoco lo

tengo claro. Es normal, y desde luego no te convierte en un fracasado.

Un ceño asomó a su cara.

—Puede que dudes, pero tú tienes opciones. Yo me siento como si no tuviera nada. Bueno, no es verdad. Te tengo a ti —añadió—. Eres lo mejor que me ha pasado últimamente.

—No me lo creo —le dije a la vez que notaba una emoción difusa e incómoda en las entrañas—. ¿Qué me dices de la reconstrucción de motor que le hiciste a Carter? ¿No te dijo que volvería a contratarte en el futuro? Eso es importante.

Cole asintió con un murmullo y los dos nos quedamos callados, sin saber qué más decir. La temperatura descendía rápidamente y, cuando yo empecé a tiritar, decidimos que había llegado el momento de volver a casa. Salir del bosque fue más complicado que entrar y, cuando llegamos a la camioneta, me dolían todos los músculos. Lo único que me apetecía era conectar la calefacción y acurrucarme en el asiento con la cabeza en el regazo de Cole.

Debí de quedarme dormida durante el trayecto, porque me desperté pasado un ratito notando un suave movimiento de vaivén y un cuerpo firme y cálido pegado al mío. Lo primero que vi al abrir los ojos fue a Cole, que me había llevado a la habitación que compartíamos Parker y yo. Me acurruqué aún más entre sus brazos, porque no quería renunciar a su calor.

—¿Qué pasa? —le pregunté con una voz ronca y despierta solo a medias que le hizo sonreír.

—Te has dormido mientras veníamos.

Me dejó en la cama y me quitó los zapatos.

—Sigue durmiendo, Jackie, nos vemos por la mañana.

—No te vayas —respondí aferrándole la camisa, aunque ya se me cerraban los ojos—. Eres muy calentito.

Como Cole no respondió, pensé que se había marchado, pero al cabo de un momento el colchón se hundió y se metió en la cama, a mi lado.

Doce

Mi consciencia iba y venía cuando un leve ruido me arrancó de los nebulosos fragmentos de un sueño.

No me hizo falta abrir los ojos para saber que había olvidado correr las cortinas la noche anterior, había luz en la habitación. El sol matutino la inundaba y me calentaba la cara. Demasiado cómoda como para levantarme, me aparté de la luz y me acurruqué contra la almohada. Al principio noté que estaba más dura que de costumbre, no mullida como sería lo normal, pero solo cuando percibí el leve movimiento —ascendía y descendía con suavidad— abrí los ojos de golpe. Mi cerebro adormecido tardó un momento en descifrar que el cuerpo de Cole estaba enredado con el mío. No solo su pecho me servía de almohada, sino que tenía su brazo sobre mi cuerpo y nuestras piernas estaban entrelazadas.

El ruido que me había despertado, un golpeteo rápido, se repitió.

—Parker, ¿estás despierta?

La adrenalina corrió por mis venas. Era Katherine la que llamaba a la puerta. La consciencia de la situación barrió los últimos restos del letargo y me senté sobresaltada. Cole estaba en mi cama, su madre iba a descubrirnos en cualquier momento y yo no podía hacer nada para evitarlo.

—Cielo, tienes que levantarte —siguió diciendo ella, y oí el chirrido de la puerta cuando la empujó—. El entreno de rugby empieza en…

Katherine se interrumpió cuando nuestros ojos se encontraron.

Tres interminables segundos transcurrieron mientras ella evaluaba la situación.

O bien tenía un don para escoger los peores momentos del mundo, o bien llevaba un sistema de detección de amenazas incorporado, porque Cole escogió ese momento exacto para despertarse.

—No te levantes aún —me dijo a la vez que volvía a estrecharme entre sus brazos, todavía con la voz ronca de sueño.

Cerré los ojos con fuerza para no ver la mirada asesina de Katherine.

—Cole, suéltame.

—No. —Me hundió la nariz en el cuello—. Eso no va a pasar.

—Cole Anthony Walter.

De no haber estado muerta de miedo, me habría reído de la reacción de Cole al oír la voz de su madre. Todo su cuerpo se sacudió como si le hubieran electrocutado y saltó de la cama tan deprisa que estuvo a punto de caerse.

—Hola, mamá —dijo casi sin voz y con los ojos redondos de puro pánico—. Esto no es lo que parece.

Katherine frunció los labios, pero, sorprendentemente, no gritó ni levantó la voz. Nos informó con tranquilidad de que hablaríamos después de la cena, echó a Cole de la habitación y luego se concentró en ayudar a Parker a prepararse para el entreno.

Mientras ella se desplazaba por el cuarto abriendo cajones y rebuscando en el armario, yo me quedé sentada en el colchón con

las extremidades entumecidas y un pitido en los oídos. Esperaba una explosión por parte de Katherine al encontrarnos juntos en la cama, no esta especie de antirreacción, fuera cual fuese. Seguía aturdida mucho después de que Parker y ella se hubieran marchado y creo que era eso lo que pretendía, ¿verdad?

Pasé el resto del día dándole vueltas a la cabeza. Intenté concentrarme en funciones cuadráticas y otros polinomios, pero mi mente no paraba de volver a la expresión enfadada de Katherine. La había visto muchas veces antes —cómo no verla si tenía un montón de hijos que se las daban de listos—, pero nunca dirigida a mí. ¿Qué nos iba a pasar a Cole y a mí? Cuando me trajo a casa borracha la primavera pasada, nos echaron la bronca y nos castigaron, pero esto era distinto. Más grave. Para cuando llegó la hora de la cena, yo había entrado en un estado de trance provocado por la ansiedad y no podía hacer nada más que empujar la comida por el plato.

Una vez que todos terminaron de cenar, George nos pidió a Cole y a mí que permaneciéramos sentados mientras los demás se levantaban. Alex se entretuvo con una expresión de curiosidad en la cara, pero no hizo falta nada más que un carraspeo de su padre para que desapareciera. Katherine se quedó de pie en un extremo de la cocina con los oídos aguzados y las manos en las caderas esperando a que la estampida subiera la escalera. Cuando el sonido se apagó, se sentó enfrente de nosotros.

—En ninguna circunstancia es tolerable que vosotros dos durmáis juntos.

Hablaba en tono tranquilo pero firme.

Yo agaché la cabeza con las mejillas ardiendo.

—¿Ah, no? —preguntó Cole como si no fuera para tanto—. ¿Ni siquiera si…?

—Cole —le interrumpió George—. Cierra la boca ahora mismo o te juro que…

—Vale, vale —respondió él antes de que su padre terminara la frase—. Lo siento, pero estáis haciendo una montaña de un grano de arena. No pasó nada.

Decir eso fue una metedura de pata y yo hice un gesto de dolor mientras un músculo de la mandíbula de Katherine se crispaba. Si bien era cierto que no había pasado nada, que Cole se pusiera en plan listillo solo serviría para meternos en un lío aún peor.

—No me sirven las excusas —le espetó ella—. Nada os da derecho a saltaros las normas de la casa.

—¿Y qué norma nos hemos saltado? —La pregunta de Cole contenía un desafío—. La única que pusisteis cuando Jackie vino a vivir a casa fue que la puerta tenía que estar abierta si alguno de nosotros estaba a solas en el dormitorio con ella. Hablando con propiedad, no estábamos solos.

Cogí aire rápidamente, horrorizada ante su insolencia. Un repentino instinto de supervivencia me empujó a desplazarme a un lado de la silla para alejarme lo más posible de él. Nadie dijo nada. El silencio era tan profundo que se oía el tictac del reloj de péndulo que estaba colgado en la pared de la sala, junto a la cocina.

—¿Piensas que la presencia de tu hermana de once años mejora las cosas? —preguntó Katherine pasado un instante largo e incómodo. Su voz vibraba con una ira apenas reprimida—. No sé ni cómo explicarte hasta qué punto es inapropiado lo que hicisteis.

—Por Dios, mamá —gimió Cole—. No fue así.

—ME DA IGUAL.

Katherine se interrumpió y una vena le latió en la sien. Parecía como si intentara reprimir una avalancha de pensamientos violentos.

—Tu padre y yo cometimos un error al no formular de manera explícita las normas adicionales, pero fue porque os creíamos lo bastante maduros como para entender todo lo que implicaba esa única regla. No volveremos a cometer ese error. Los dos estáis castigados hasta próximo aviso.

—No podéis castigarme. —Cole se retrepó en la silla y se cruzó de brazos con una expresión tan desafiante que se me disparó la presión sanguínea—. Soy adulto.

—Tu conducta sugiere lo contrario —intervino George antes de que Katherine estallase—. Y, sea como sea, vives bajo nuestro techo.

Cole se disponía a seguir discutiendo. Lo noté porque frunció el ceño y cogió aire para hablar, así que le di un codazo en las costillas para evitar que siguiera diciendo tonterías. Giró la cabeza a toda prisa para mirarme y le supliqué con la mirada que por favor se callara la boca de una vez.

Debió de captar el mensaje, porque hundió los hombros.

—Vale, pero, por favor…, no la toméis con Jackie. Llegamos tarde y se durmió en la camioneta de camino a casa, así que la llevé a la cama.

«Y qué más». Suspiré, pero pude contenerme para no estampar la cabeza contra la mesa de pura frustración.

—Si eso hubiera sido lo único que pasó, no estaríamos manteniendo esta conversación —respondió Katherine apretando los dientes—. Por lo que parece, olvidas la parte en la que te metiste en la cama con ella.

—¡No pensaba quedarme dormido! —exclamó Cole—. No nos machaques por algo que pasó sin querer. ¡Todavía tenía los zapatos puestos, por el amor de Dios!

Mis uñas dibujaron pequeñas medias lunas en las palmas de las manos antes de que me obligara a relajarme. Debería estarle agradecida a Cole por intentar cargar con las culpas. Aunque yo estaba medio dormida, recordaba haberle pedido que se quedara conmigo, y eso implicaba que los dos éramos responsables de lo sucedido. Fue un gesto realmente dulce, pero, a juzgar por las expresiones de sus padres, Cole no estaba haciendo nada más que empeorar las cosas.

—¿Cole? —le dije con un hilo de voz—. Cállate, por favor.

Esta vez lo hizo, gracias a Dios.

George se pasó los cinco minutos siguientes detallándonos punto por punto el castigo, pero yo desconecté porque su discurso se reducía a tareas, la prohibición de salir de casa y más tareas. Solo presté atención cuando nos advirtió que, si volvía a pasar algo parecido, tomarían medidas más drásticas.

—¿Qué clase de medidas drásticas? —preguntó Cole con recelo.

Katherine se masajeó las sienes.

—Mira, cielo, es lo último que quiero hacer, pero si Jackie y tú tenéis que estar separados, tu hermano y Haley tienen espacio de sobra.

La poca comida que había conseguido ingerir me subió por la garganta al oír esas palabras. Si la había entendido bien, estaba amenazando con echar a Cole de casa, y yo no podía permitirlo.

—Katherine, George —dije mirándolos a los ojos mientras pronunciaba sus nombres. Debajo de la mesa, me sequé las palmas

húmedas en los muslos—. Siento muchísimo lo que pasó anoche. Al desobedecer vuestra norma, Cole y yo traspasamos una línea que nunca debimos cruzar. Fue una irresponsabilidad y una falta de respeto, y os doy mi palabra de que no volverá a suceder.

—Gracias, Jackie —dijo George con una sonrisa tensa—. Te agradecemos la disculpa y la promesa.

Asentí, decidida a cumplirla a toda costa.



No sabía qué parte de la tarea era peor.

Lo primero era el tufo del estiércol. Además de impregnar el aire, el pestazo se me pegaba a la piel hasta que me daba una ducha con agua hirviendo y me empapaba en jabón.

Dicho eso, lo segundo peor era ahogarme en mi propio sudor. Me reventaba notar cómo me resbalaba por la frente y por la espalda y acabar con la camiseta empapada.

Descubrir que no estaba tan en forma como yo me creía también me irritaba. Aunque correr tenía muchas ventajas, desarrollar fuerza en la parte superior del cuerpo no era una de ellas. Mientras levantaba una última horca cargada de excrementos para descargarla sobre la carretilla con los brazos temblando por el esfuerzo, me tomé el agotamiento como un baño de humildad.

Mi castigo por haber dormido con Cole incluía muchos aspectos desagradables, pero este —la limpieza diaria de los establos— era el más monstruoso con diferencia.

Después de esparcir una nueva capa de virutas de pino por el suelo, me desplomé en el banco que había junto al cuarto de aperos y cerré los ojos. Si me paraba a pensarlo, lo peor de la situación no

era el tufo persistente, estar pegajosa ni el dolor de brazos; ni siquiera estar castigada y tener que sacrificar un tiempo importante de estudio para hacer las tareas. Lo que más me molestaba era el vacío que se había alojado en mi estómago el domingo por la noche y no me había abandonado desde entonces.

La amenaza de Katherine de echar a Cole de casa me pesaba como una losa. ¿Y si la cumplía? Imaginar que se viera obligado a vaciar el estudio y abandonar el rancho por mi culpa me producía náuseas, y durante los días siguientes casi no podía mirarle, y menos aún pasar tiempo con él. No era la posibilidad de que nos separasen lo que me preocupaba. La mayoría de la gente de mi edad no compartía casa con la persona con la que salía. Como Savannah había expresado sin ambages, nuestra situación doméstica era rara. Lo que me preocupaba era que mi presencia ya había empeorado su relación con Alex, y lo último que quería era que por mi causa se abriera una brecha entre Cole y sus padres.

La puerta del granero se abrió con un chirrido. Seguramente era Nathan que se escapaba al altillo como de costumbre, pero no estaba de humor para hablar con él. La herida que sus palabras me habían infligido seguía abierta, así que dejé los ojos cerrados y adiviné sus movimientos escuchando sus pasos. Cuando se detuvieron justo delante de mí, suspiré.

—Me encantaría besarte —dijo una voz que no era la de Nathan—, pero apestas.

Abrí los ojos y vi a Cole recostado contra la pared de enfrente. Tenía las manos hundidas en los bolsillos delanteros con aire relajado y llevaba unos cuernos rojos de demonio en la cabeza y una sonrisa a juego.

—¿No tendrías que estar limpiando el sótano? —le pregunté.

—¿Y tú no tendrías que estar limpiando los establos? —replicó.

Señalé con un gesto la carretilla preparada para descargar en el compost. Y tenía que guardar la horca, pero lo peor ya estaba hecho.

—Básicamente he terminado.

—Yo también —me dijo, aunque yo lo dudaba mucho.

Después de castigarle sin salir de casa, Katherine le había encargado a su sobrino clasificar treinta y pico años de posesiones que se habían acumulado en la cripta (que era como Isaac llamaba al sótano) a lo largo de la crianza de doce niños. Exceptuando el taller de George, los Walter empleaban el nivel inferior de la casa como un trastero gigantesco. Había cajas y cajas que revisar. Tenía que clasificar en distintas categorías todo lo que no fuera lo bastante importante como para conservarlo, pues lo donarían al mercadillo de la comunidad. Cuando nos castigaron, a Cole le asignaron la tarea de ayudar a Isaac, pero, aun con dos pares de manos, el trabajo de los chicos apenas se notaba en lo que había resultado ser un proyecto inmenso.

Como no me correspondía a mí vigilarle y estaba demasiado agotada para nuestro toma y daca de siempre, fingí creer su mentira.

—¿Y esos cuernos?

Cole se encogió de hombros.

—He encontrado una caja de disfraces de Halloween. Me parece que Alex estuvo buscando algo para llevar a la fiesta de Chase. Isaac se ha puesto el halo a juego, pero a ti te quedará mejor —dijo con un guiño coqueto—. Vente con nosotros cuando te duches. Hay un

montón de cosas chulas ahí abajo. He estado mirando los anuarios de mis padres, e Isaac ha encontrado un baúl lleno de ropa vintage que creo que te gustará. Debía de ser de mi abuela.

—¿No has dicho que ya habías terminado?

—He mentido. —Agitó las cejas arriba y abajo y señaló el accesorio—. Soy un diablo, ¿recuerdas?

Como si pudiera olvidarlo. Aunque la mayoría de la gente le consideraba el chico ideal, Cole podía ser retorcido si quería. Yo conocía de cerca su vena malvada y sospechaba que se metía en tantos líos como sus hermanos. La diferencia era que él sabía cómo salirse con la suya. También le gustaba sobrepasar los límites y saltarse las normas, todo lo cual fue, en parte, lo que me atrajo de él, pero mira cómo habíamos acabado esta vez.

—¿Qué me dices? —preguntó Cole al ver que yo no respondía—. Tú, yo y un sótano mohoso. Ya sé que no es el plan ideal, pero encontraremos la manera de divertirnos. ¿Y si fingimos que Isaac no está? Se pondrá histérico.

Me humedecí los labios.

—Hum, esta noche no me va bien. Tengo un montón de deberes pendientes.

Su sonrisa se apagó, pero la recuperó a toda prisa.

—Pues hazlos en el sótano.

O Cole de verdad tenía muchas ganas de pasar un rato conmigo, o yo no apestaba tanto como pensaba, porque se apartó de la pared y se sentó a mi lado—. Quitaré las cosas del viejo escritorio y prometo no molestarte. Venga —añadió—. No nos hemos visto desde el domingo.

El sentimiento de culpa se apoderó de mi pecho, pero me aferré a mi decisión y negué con la cabeza.

—No creo que sea buena idea, Cole.

—¿Por qué?

—Tus padres…

—No los uses como excusa —me espetó—. Sé sincera. ¿Me estás evitando?

Tenía la palabra «no» en la punta de la lengua, pero decir eso habría sido mentir, ¿no es cierto? Llevaba cuatro días esquivando a Cole cuando volvía del trabajo. No porque estuviera enfadada con él, sino porque no quería remover aún más el avispero.

—Bueno, no exactamente. Es que…

—¿Es que qué? —me espetó girándose en el banco para mirarme.

—No sé cómo explicarlo, Cole —respondí mirándome los pies—, pero cuando estoy contigo me siento… casi normal.

Tan pronto como la explicación salió de mis labios a trompicones me di cuenta de que esto abarcaba mucho más que los últimos días. El desasosiego que me corroía por dentro alcanzaba problemas mucho más importantes, sobre todo la pena incontrolable.

—¿Y eso es malo?

—No, pero… a veces echo tanto de menos a mi familia que me quedo sin fuerzas —le confesé—. Noto un dolor agudo en el pecho que no puedo pasar por alto, como si tuviera el corazón envuelto en alambre de espino, y da igual lo que haga o el tiempo que pase, porque sé que estará ahí el resto de mi vida.

Se me saltaron las lágrimas, pero me las enjugué antes de que cayeran.

—Y luego hay días en los que me sonríes y a mí… se me olvida. Todo el dolor se esfuma, y eso me hace sentir horriblemente culpable. ¿Cómo puedo tener el corazón roto y, al cabo de un momento, estar besándote tan contenta?

—Jackie. —El tono de voz de Cole fue comprensivo pero firme—. Mírame.

Cuando lo hice, sus facciones se suavizaron.

—Deja de preocuparte por si no llevas bien el duelo. No hay modo de hacerlo mal —dijo dándome un toque suave con la rodilla—. La recuperación no es un proceso lineal, algunos días serán mejores que otros.

—Para ti es fácil decirlo. —Me tragué el nudo de amargura que tenía en la garganta—. No puedes imaginarte lo que se siente cuando pierdes de golpe a todas las personas que te importan.

Me respondió con un asentimiento tan respetuoso que me sentí como si estuviera diciendo cosas absurdas.

—Ya sé que yo no lo entiendo, y te lo digo con la máxima sinceridad y sin la menor intención de hacer el idiota, pero… me pregunto si no estarás usando eso para evitar algo que te asusta —dijo—. Tus padres no te odiarían por seguir con tu vida, Jackie, y, pase lo que pase, mi familia y yo siempre estaremos aquí, contigo.

Pero ¿estarían? Yo había pensado lo mismo de mi familia.

¿Qué pasaría si Cole y yo seguíamos saliendo, las cosas se ponían superserias y acabábamos rompiendo? ¿Los Walter no se sentirían obligados a tomar partido? Danny me prometió responder a mis llamadas, aunque le rompiera el corazón a su hermano, pero ¿realmente estaba dispuesta a correr el riesgo? ¿Por qué alguno de

los Walter me iba a escoger a mí por delante de alguien de su misma sangre?

En ese momento entendí por fin el motivo por el que me había alejado de Cole desde que Katherine nos pilló juntos en la cama. Todo se reducía al hecho de que los Walter, ahora, lo eran todo para mí. Me habían acogido en su hogar cuando perdí el mío, se convirtieron en mi nuevo sistema de apoyo y me mostraron cómo volver a vivir. Yo ya conocía el dolor de perder a una familia, no podía perder otra.

Ahora bien, ¿qué implicaba todo eso en mi relación con Cole?

Como si notara mi revuelo interior, un caballo relinchó en un establo cercano.

—Lo siento —susurré a la vez que me abrazaba la cintura. Hasta que hubiera resuelto la maraña de pensamientos y sentimientos que tenía en la cabeza, sería mejor que guardáramos las distancias—. Yo… no puedo borrar el fin de semana pasado como si no hubiera sucedido. Necesito un poco de tiempo, ¿vale?

La expresión de Cole se endureció.

—En plan, ¿como la última vez?

Debí de titubear un instante de más, porque soltó una carcajada y salió como un vendaval sin pronunciar otra palabra.

Trece

—Jackie, ¿qué estás haciendo?

Levanté la vista desde el suelo, donde estaba tumbada boca abajo con un brazo debajo de la cama. Parker estaba parada en la puerta con la bolsa de rugby colgada de un hombro y la cara manchada de barro. Sopesaba la situación con un ceño de perplejidad.

—Buscando mi collar —dije poniéndome de pie de un salto.

A lo mejor ella sabía dónde estaba. Aunque Parker solía arrugar la nariz al ver mis estilismos, la había pillado inspeccionando mi joyero más de una vez, y yo sabía lo que era tener una hermana. En casa siempre le cogía las cosas a Lucy sin pedírselas.

—¿Lo has visto?

—No, lo siento. Te ayudaría, pero…

Dejó la frase en suspenso al tiempo que observaba la habitación con recelo.

Parker no tenía que explicarse para que entendiera sus dudas, porque ¿por dónde iba a empezar? Durante los últimos quince minutos había puesto patas arriba el espacio que compartíamos. Todos los cajones de la cómoda estaban abiertos y la ropa tirada por todas partes. Había retirado las sábanas del colchón, tirado el contenido de mi bolso y de mi mochila a la moqueta y vaciado el armario y los dos escritorios.

Hundí los hombros y pestañeé unas cuantas veces para contener las lágrimas. Hasta ese momento no había sido consciente de las esperanzas que había depositado en que Parker hiciera aparecer el colgante de mi madre por arte de magia.

—¿Has mirado en el baño? —me preguntó al mismo tiempo que se acercaba a su cesto de la ropa sucia, donde de la parte superior cogió una camiseta, la olió y la tiró a un lado.

—Sí, y en la sala de estar, en la cocina y en el salón —le dije recitando la lista de las zonas de la casa que frecuentaba.

Parker se quedó parada y se rascó la sien.

—Bueno, siempre que pierdo algo mi madre me dice que desande mis pasos —me dijo—. ¿Cuándo fue la última vez que lo llevaste puesto?

Repasé mentalmente el último mes. El recuerdo más reciente que tenía de haberlo llevado era el baile de bienvenida. Si lo había perdido en el instituto, tenía el horrible presentimiento de que no volvería a verlo. Solo de pensarlo se me encogió el corazón. ¿Se me habría caído en el coche de Cole? Casi seguro que no, pero tenía que comprobarlo de todas formas.

Después de prometerle a Parker que ordenaría la habitación más tarde, corrí al cobertizo en el que estaba aparcado el Buick. Las luces estaban apagadas, así que no me percaté de que Nathan estaba sentado en el asiento del conductor hasta que abrí la puerta del copiloto.

—Oh, Dios mío —exclamé llevándome la mano al corazón—. Nathan, ¿qué haces…?

Las lágrimas que corrían por sus mejillas me detuvieron en seco. No dio muestras de haberme visto, sino que siguió mirando el

parabrisas mientras lloraba entre temblores. No habíamos vuelto a hablarnos desde nuestra pelea y, aunque todavía me sentía herida por lo que me había dicho, no podía alejarme si saltaba a la vista que estaba tan mal.

Sin una palabra, me subí al coche y le tomé la mano. Él no reaccionó, pero, en lugar de preguntarle qué le pasaba, le hice compañía mientras lloraba. Al final se le acabaron las lágrimas, se secó los ojos y se desplomó contra el asiento como si acabara de correr una maratón.

Cuando por fin habló, su voz sonó queda y ronca.

—Siento haber sido tan gilipollas contigo, Jackie, no te lo merecías.

—No pasa nada —le dije. Agradecí que se disculpara, pero me inquietaba demasiado averiguar lo que le pasaba como para que me importara.

—Sí, sí que pasa —respondió, y se le rompió la voz—. Tú estabas preocupada por mí, pero yo estaba demasiado enfadado como para darme cuenta, así que lo pagué contigo y te dije un montón de idioteces que no son verdad.

Levantó la vista para mirarme en ese momento y estaba tan familiarizada con la expresión de su rostro que me quedé sin respiración; Nathan estaba llorando una pérdida.

—¿Cole te ha contado alguna vez la historia de cómo consiguió este coche?

El súbito cambio de tema me pilló tan desprevenida que respondí al instante.

—Vuestro abuelo se lo regaló, ¿no?

—Sí, cuando cumplió dieciséis años. Jamás habrías adivinado que no funcionaba viendo lo emocionado que estaba Cole. —Los ojos de Nathan se perdieron en el infinito, como si estuviera reviviendo el momento—. Mi tío Pete se salió de la carretera nada más sacarse el permiso de conducir, pero el abuelo era demasiado sentimental como para llevar el Buick al desguace. En casi todos los recuerdos que conservo de mi abuelo le veo reparando este coche en el garaje con Cole e Isaac. Nos daba lecciones de mecánica mientras trabajaba. De todos sus nietos, nosotros éramos los únicos que sentíamos el interés suficiente como para escucharle. Yo era demasiado pequeño y no aprendía nada de importancia, pero Cole había nacido para eso.

—¿Por eso tu abuelo le regaló el coche a él? —le pregunté.

Nathan deslizó una mano por el volante.

—En parte sí, seguro, pero también porque Cole fue el primero de los tres en cumplir dieciséis años.

—Ah —dije como si todo cobrara sentido. No era así, pero confiaba en que Nathan entraría en materia si yo tenía paciencia.

—Cuando Cole empezó a estudiar mecánica en el instituto, al volver a casa me enseñaba lo que había aprendido, igual que antes hacía nuestro abuelo. Hacía mucho que Isaac había perdido el interés, así que estábamos los dos solos y ese rato acabó siendo mi parte favorita del día.

—Ah.

Hasta una época reciente, era habitual ver el capó del Buick levantado y a Cole inclinado sobre el motor. Cuando intenté visualizar a Nathan en su lugar, la imagen no me cuadró, porque nunca pensé que fuera aficionado a la mecánica.

—No sabía que a ti también te gustaba arreglar coches.

Se encogió de hombros con un ademán vago.

—Sí, pero tampoco es que me apasione. En mi caso la gracia era más bien pasar un rato con mi hermano.

—¿De verdad? —dije—. Nunca te vi en el cobertizo con él.

—Dejé de ir —respondió—. Cole estaba muy enfadado después de fastidiarse la pierna y reparar el coche era lo único que parecía ayudarle, así que pensé que le vendría bien que tuviera ese tiempo para él.

—Vale…

Esperaba que Nathan siguiera con su explicación, pero guardó silencio. Decidí concederle un momento para que ordenara sus pensamientos. Mientras esperaba, me asaltaron un millón de preguntas, como «¿por qué estamos hablando de Cole?» y «¿qué tiene que ver el coche? Sin embargo, cuanto más se alargaba el silencio, más ausente estaba la mirada de Nathan.

Al final no lo soporté más.

—Nathan, por favor…, ¿qué pasa? —le supliqué—. A lo mejor puedo ayudarte.

—No puedes. —De nuevo le brotaron las lágrimas y se frotó los ojos con ademán frustrado—. Cole prometió regalarme el Buick cuando aprendiera a conducir.

—¿Y qué pasó? —le pregunté con cautela haciendo un esfuerzo por adoptar un tono neutro. Si toda esta angustia se debía a un estúpido coche, le diría de todo—. ¿Cambió de idea?

—No —respondió sacudiendo la cabeza con vehemencia—. Cole no haría eso.

—¿Y entonces qué?

Arrancarle respuestas era como intentar que Alex hiciera los deberes, que Isaac se portara bien o que Cole dejara de coquetear; casi imposible.

—Tuve otro episodio a comienzos del verano —reconoció por fin—. Fue justo después de que Danny y tú os marcharais.

La realidad me golpeó con fuerza, seguida de una sensación de confusión. Tenía grabado a fuego en la memoria el día que Nathan acabó en el hospital; me había afectado demasiado como para que lo olvidara. Así pues, ¿cómo era posible que no hubiera pensado en su reciente diagnóstico de epilepsia como el posible motivo de su mal humor?

Nathan me explicó que el neurólogo le había cambiado la medicación, pero le advirtió que tendría que pasar un periodo de adaptación hasta que encontraran la dosis adecuada. Eso significaba que, aunque ya tenía la edad para conducir, algo que esperaba con ilusión, no pudo sacarse el carnet de principiante; solo cuando llevara seis meses sin sufrir ningún episodio podría ponerse legalmente detrás del volante. A pesar de la recaída, el ajuste de la medicación dio resultado: Nathan no había sufrido ninguna crisis desde junio. Lo único que tenía que hacer era aguantar un mes más y entonces podría empezar la teórica.

Se interrumpió de nuevo y supe por su manera de cerrar los ojos con fuerza que, además de todo lo que me había contado, había algo más.

—Sufriste un tercer episodio —dije encajando la última pieza—. ¿Cuándo?

—El día del baile de bienvenida —susurró—. Fue mientras me estaba preparando. Por suerte ya había salido de la ducha, pero me

caí y me pasé diez minutos de reloj golpeándome la cabeza contra el suelo del baño. Cuando recuperé el conocimiento me sentía como si me hubiera atropellado un autobús.

—¿Tu… tu madre lo sabe?

—Sí —dijo. La mención de su madre le crispó visiblemente la mandíbula—. Ella fue el motivo de que dejara de correr, por cierto. No me dejaba salir solo cuando tú te marchaste y nadie quería levantarse temprano para acompañarme.

Se me hizo un nudo de emoción en la garganta.

—Lo siento mucho, Nathan.

—No lo sientas. Tú no tienes la culpa. —Una lágrima solitaria le cayó de la barbilla—. Ya sé que es patético llorar por esto, pero es que me siento tan… ¿Qué pasará si el médico no consigue encontrar la dosis justa de la medicación?

Fruncí los labios.

—Esto no tiene nada de patético. —Mi tono le desafiaba a llevarme la contraria, pero no lo hizo, así que me relajé y añadí—: Espero que no te importe, pero estuve leyendo un poco sobre el tratamiento de la epilepsia durante el verano. Hay un montón de medicamentos, Nathan. Estoy segura de que el médico encontrará algo que funcione y en menos que canta un gallo estarás conduciendo el Buick por ahí.

No fue la mejor charla de motivación del mundo, pero no se me ocurría otra manera de animarle. Las palabras no bastaban.

—Sí, bueno, yo también he leído un poco. ¿Sabías que no es infrecuente que un tratamiento que sigues desde hace años deje de funcionar de repente?

Hablaba con amargura, pero era lógico.

Aquello abarcaba mucho más que aprender a conducir o disfrutar de la libertad de salir a correr; la enfermedad de Nathan le afectaría durante el resto de su vida. Seguramente tenía la sensación de que carecía de control sobre los acontecimientos, y eso debía de ser aterrador. Me pregunté si todo ello —el diagnóstico y sus consecuencias— sería el motivo de que hubiera dejado de tocar. Cuando se lo pregunté, me confesó que le costaba inspirarse y que necesitaba tiempo para superar lo sucedido. Yo entendía el sentimiento a la perfección, de modo que, cuando rompió a llorar de nuevo, lloré con él.

—Oye, Nathan —le dije cuando nos enjugamos las lágrimas—, te prometo no apuntarme a las clases de conducir hasta que tú puedas hacerlo.

Sonrió.

—¿Pensabas siquiera sacarte el carnet?

—Qué va —respondí—, pero así podremos hacer las clases juntos. Será divertido.

Eso animó a Nathan. Con la intención de distraerle un poco, le convencí de que entrara en casa conmigo y viéramos una peli juntos. Cuando me bajaba del coche, algo brillante captó mi atención. Me acerqué para mirarlo de cerca y…

—¡Oh! —jadeé a la vez que cogía del salpicadero una joya que conocía muy bien.

—¿Qué es? —preguntó Nathan mientras yo inspeccionaba el colgante para comprobar que estuviera intacto.

—El collar de mi madre.

Con razón lo había perdido: la anilla que conectaba el broche con la cadena se había roto.

—No lo encontraba, así que he pensado que podría estar en el coche. No puedo creerme que de verdad estuviera aquí. —Justo cuando me disponía a guardármelo en el bolsillo, tuve una idea—: Toma —le dije poniéndoselo en la palma de la mano.

—¿Me… me lo das? —Un pequeño ceño asomó a la frente de Nathan—. ¿Por qué?

—Mi madre tuvo cáncer de pecho cuando yo estaba en primaria —le conté—. La quimioterapia fue muy dura y mi padre quiso regalarle algo especial para ayudarla a salir adelante. La lavanda simboliza la sanación y al final la enfermedad remitió, así que debió de funcionar. Puede que te ayude a ti también.

Nathan se quedó sin aliento.

Al momento, con dedos temblorosos, abrió el broche de su cadena, añadió el colgante y lo dejó caer junto a la púa de guitarra.



—Las llaves, las llaves. ¿Dónde están mis llaves?

Despegando la vista de mi taza de café, vi a Katherine murmurando para sus adentros mientras rebuscaba por la isla. Levantó el diorama de la selva amazónica de Jordan, un guante de béisbol, una barra de pan y un montón de recetas. Emanaba una energía frenética y desesperada, como si se estuviera quedando sin gasolina, pero tuviera kilómetros por recorrer antes de llegar a su destino. A lo largo de la última semana había trabajado sin cesar preparando el mercadillo, que empezaría dentro de dos días. Como era una de las coordinadoras, tenía que organizar y tasar las donaciones, pero viéndola ahora dar vueltas por la cocina me preocupé. ¿Cuándo fue la última vez que se tomó un descanso?

—¿Katherine?

No me respondió.

—Katherine —repetí en voz más alta a la vez que agitaba la mano para captar su atención.

—Ahora no, George —respondió sin mirar. Estaba superconcentrada en rebuscar por el cuenco de la fruta—. No tengo tiempo. No encuentro las llaves.

Un chorro de zumo de naranja cayó a la mesa cuando Alex soltó una carcajada explosiva mientras bebía. Isaac, que estaba sentado a su lado comiéndose un bol de cereales, sonrió con suficiencia y dejó la cuchara en la mesa. Cuando terminó de masticar, unió las manos debajo de la barbilla y me dirigió una mueca traviesa. Tenía un ojo a la funerala, pero no me molesté en preguntarle quién le había atizado un puñetazo; teniendo en cuenta las malas pulgas que se gastaba últimamente, cualquiera de sus primos podía ser el responsable.

—Eh, tío George —me dijo—. Veo que esta mañana estás de un humor magnánimo. ¿Hay alguna posibilidad de que me levantes el castigo antes de tiempo? Esta noche hay una fiesta a la que me encantaría asistir.

Katherine levantó la cabeza con los labios fruncidos, pero el gesto de desaprobación desapareció de su rostro cuando comprendió que Isaac no estaba hablando con su marido en realidad. Parpadeó desconcertada.

—Jackie, ¿eras tú la que me hablaba? Me había parecido oír a George…

—Hum, sí —respondí ruborizándome.

Alex e Isaac se partieron de risa y yo presentí que aquello me iba a perseguir varios días. Ya estaba oyendo la retahíla interminable de bromas sobre mi voz grave y varonil, estaba segura de que se les ocurriría material suficiente para crear un monólogo.

—Lo siento, cielo —me dijo—. ¿Querías algo?

—No, solo… —Señalé la cinta que llevaba colgada al cuello—. Llevas las llaves encima.

Bajó la vista.

—¡Oh! Me has salvado la vida, Jackie. Siempre las pierdo cuando voy con retraso, te lo juro. Tendría que haber llegado al centro comunitario hace media hora y queda muchísimo por hacer antes del lunes.

—Si necesitas ayuda, me encantaría acompañarte —le dije cruzando los dedos debajo de la mesa. No solo me vendrían bien unas horas de voluntariado para mis solicitudes universitarias, sino que deseaba con toda el alma salir de casa e ir a alguna parte que no fuera al instituto después de pasarme dos semanas castigada. Dudó, así que añadí a toda prisa—: Ya sé que estoy castigada y haré mis tareas en cuanto volvamos, pero la organización es mi fuerte. Así no tendrías tanto trabajo…

Fueron las palabras mágicas.

—¿Sabes qué? Me parece una idea excelente —dijo Katherine con un asentimiento concluyente—. Gracias, Jackie. Te agradezco la oferta.

—Pelota —murmuró Isaac por lo bajini para que solo yo le oyese.

Pero no bajó la voz lo suficiente.

Katherine se volvió a mirarle torciendo el gesto.

—Isaac, ¿por qué no limpias tú los establos mientras Jackie me ayuda con el mercadillo?

Él la señaló con la cuchara.

—Muy graciosa, tía K, pero paso.

—No era una pregunta —replicó ella como si tal cosa antes de volverse hacia Alex y pedirle que cargara en la furgoneta las cajas que estaban amontonadas en la mesa del comedor.

Mientras Katherine estaba de espaldas, le saqué la lengua a Isaac. Me tiró un Froot Loop y refunfuñó para sí, pero no protestó. Estaba metido en un lío demasiado grande como para recurrir a sus trucos habituales.

Treinta minutos más tarde, Katherine me dejó en la entrada principal para que no me empapara. Había empezado a llover de camino al centro comunitario y ninguna de las dos llevaba la ropa adecuada para ese tiempo. Mientras yo me refugiaba debajo del saliente, la vi aparcar lo más cerca posible y luego correr por el aparcamiento con una revista encima de la cabeza. Después de tirar a la papelera el ejemplar destrozado de *Country Living* y sacudirse la lluvia, me acompañó al vestíbulo. Saludó con la mano a un hombre fornido con aspecto de leñador que estaba sentado detrás de la mesa de las donaciones y bajamos un tramo de escaleras que llevaba a la enorme sala de eventos en la que se celebraría el mercadillo.

—Hala —dije al llegar al fondo de las escaleras deteniéndome en seco. Habían transformado la sala en lo que parecía un gigantesco mercado de pulgas con mesas alargadas que habían unido para crear pasillos. Jamás había visto tantas cosas juntas, ni siquiera cuando Cole me llevó a La Grieta. Filas de muebles, percheros y más

percheros cargados de prendas de ropa, pilas de libros y un despliegue infinito de cachivaches. Fiambreras, juguetes, utensilios de cocina y jarrones decorativos. Incluso había una vieja máquina de pinball encajada en un rincón.

—Impresiona, ¿eh? —dijo Katherine mientras observaba la sala con un brillo de satisfacción en los ojos.

—Mucho —respondí, algo que era cierto siempre y cuando pasases por alto que el sitio olía a una mezcla entre cafetería y residencia de ancianos.

Katherine me puso a trabajar sin perder un instante.

—Hay papeleo del que tengo que ocuparme de inmediato, pero, si hablas con Gabby —señaló a una mujer pelirroja muy guapa con un jersey beige—, te dará algo que hacer.

Primero ayudé a separar y doblar prendas de ropa. Aburrido pero sencillo. Una vez que hube terminado, pasé una hora poniendo etiquetas con el precio a los DVD y después tuve que desmontar cajas de cartón. Acababa de empezar a clasificar la tremenda colección de vajillas —fuentes, platos de plástico para niños, elegantes piezas de porcelana y mogollón de botes de cristal— cuando noté que alguien me miraba. Aunque estaba en la otra punta de la sala, mis ojos saltaron de inmediato a Cole, que estaba de pie en la entrada sosteniendo una caja de almacenamiento.

La avena que había comido para desayunar se solidificó en mi estómago.

Me miraba fijamente, como si hubiera estado esperando a que reparase en su presencia, y ahora que le había visto, echó a andar hacia mí. Intenté no entrar en pánico, porque no habíamos vuelto a hablar desde nuestro encuentro en el granero y todavía no sabía

cómo explicarle lo que me pasaba. De momento Cole había respetado mis deseos y guardado las distancias, pero, por lo visto, se le había agotado la paciencia.

En lugar de quedarme mirando cómo se acercaba, devolví la atención a un montón de cuencos de cerámica. Tenía que examinarlos uno a uno para asegurarme de que estuvieran limpios e intactos. Uno tenía una grieta que iba del borde a la base, así que lo separé. Percibí el momento exacto en el que llegó a mi altura, pero decidí terminar la tarea en lugar de levantar la cabeza y mirarle a los ojos. Cole resopló y, de malos modos, dejó el cajón que llevaba en las manos sobre la mesa. Un juego de copas de vino tintineó.

—Hola, Jackie. —En lugar de provocarme mariposas, el tonillo coqueto me puso de los nervios—. Qué casualidad encontrarte aquí.

Tardé un segundo en serenarme antes de mirarle.

—¿Qué hay en la caja? —le pregunté en un tono monocorde.

—Más mierda del sótano.

Dio unas palmaditas a la tapa.

Algo de cristal se rompió a unas filas de distancia y los dos volvimos la cabeza hacia el ruido. El leñador fornido del vestíbulo soltaba maldiciones con una lámpara rota a sus pies.

—Cole —dije volviéndome hacia él—. ¿Qué haces aquí?

—Pensaba que era obvio.

Señaló la caja de almacenaje. Era de plástico transparente y estaba llena de lo que parecía ropa de bebé.

—Tenía que traer estas cosas.

Sí, claro. Que yo supiera, era la primera vez que Cole traía cosas para donar, aunque llevaba dos semanas trabajando en el sótano y el taller de Tony estaba a pocas manzanas del centro comunitario.

—Bueno, pues te has saltado el punto de entrega. —Estaba en el vestíbulo que había cruzado hacía un momento, señalado con indicaciones imposibles de pasar por alto—. Si vas arriba, verás una mesa con un enorme cartel que dice: DONATIVOS AQUÍ. Y, si no lo ves, pídele a Gabby que te indique dónde está —le dije al mismo tiempo que señalaba a la mujer—. Trabaja en el centro comunitario, así que conoce el camino.

—No la veo —respondió sin despegar los ojos de los míos—. ¿Por qué no me acompañas tú?

Si me lo iba a poner difícil, yo también podía jugar a eso. Levanté el mentón.

—Ahora estoy ocupada, debería seguir trabajando.

Cole miró un momento las vajillas y de nuevo a mí.

—Seguro que eso seguirá aquí cuando vuelvas. Además, no pienso marcharme hasta que hablemos.

Suspiré soplando el aire hacia mi flequillo.

—Vale, muy bien. Acompáñame.

Después de llevarle al vestíbulo, donde entregó la caja, me encaminé a la puerta principal. Con un poco de suerte podríamos salir antes de que Katherine nos viera. Cole se sacó una gorra del Taller de Reparación de Tony del bolsillo trasero y se la puso mientras emprendía la marcha a mi lado. Había dejado de llover, pero el cielo seguía nublado y tenues cintas de niebla se arremolinaban en el suelo. Dos voluntarios que habían salido a fumar charlaban en voz baja. La conversación que Cole y yo estábamos a punto de mantener requería intimidad, así que le señalé un camino de adoquines que serpenteaba por una zona

peatonal hacia un bosquecillo de abetos con un cenador de madera en el centro.

Ninguno de los dos hablaba mientras enfilábamos por el camino, y yo dediqué esos minutos a ordenar mis pensamientos. Sabía que no podría seguir evitando a Cole, pero ¿cómo iba a explicarle a mi pseudonovio que teníamos que romper porque no quería ser expulsada de su familia si lo nuestro no funcionaba? El ejercicio mental era agotador.

Cuando llegamos al cenador, Cole me cedió el paso. Tenía bancos empotrados, aunque casi todos estaban mojados de lluvia. Encontré una zona que parecía seca, pasé la mano por la madera para asegurarme de que no tendría que pasar el resto del día con los vaqueros empapados y me senté.

—Muy inteligente por tu parte recurrir a ese truco esta mañana. —Cole se recostó contra el poste de enfrente y apoyó un pie sobre el otro con una elegancia natural que encontré irritante y atractiva al mismo tiempo—. No sabía que fueras tan astuta.

—¿Qué truco? —pregunté.

—Ofrecerte a ayudar a mi madre en el mercadillo para librarte de las tareas —respondió, y el hoyuelo asomó a su mejilla—. Yo en tu lugar me andaría con cuidado. Isaac está furioso. Pensaba que no tendría que limpiar establos en una buena temporada y tú se lo has estropeado.

—En primer lugar —empecé, y eso hizo sonreír a Cole de oreja a oreja—, le dije a tu madre que haría las tareas cuando volviera. Si Isaac se hubiera callado la boca, ella no le habría prestado atención y los establos seguirían siendo cosa mía. Segundo, ¿acaso es nuevo

que Isaac esté enfadado conmigo? Por si no te has dado cuenta, tu primo lleva meses furioso con el universo.

Cole rio por lo bajo.

—Es verdad. Se pone muy borde cuando le castigan.

—¿Tú sabes qué le pasa? —le pregunté, ya que hablábamos del tema—. Alex y Nathan dijeron que todo empezó cuando tu tío vino de visita, pero…

Cole no me dejó terminar.

—No he venido a hablar de Isaac.

Directos al grano, pues.

—Vale. —Crucé las piernas con tranquilidad—. ¿Y de qué quieres hablar?

—No hagas eso —me dijo torciendo el gesto.

—¿Que no haga qué?

—Eso. —Me señaló con un gesto vago—. No me hables como si fuera un niño pequeño al que tienes que tranquilizar mientras te comportas como si todo fuera bien.

—Yo no me comporto…

—Sí, lo haces. —La rabia empezaba a asomar a su voz, así que se interrumpió y respiró despacio por la nariz—. Mira, he intentado darte tiempo, pero ha pasado más de una semana y ni siquiera me miras. Sabes que me siento como una mierda, ¿no? Entiendo que no estés acostumbrada a que te peguen la bronca y que te asustases, pero, venga ya, Jackie. Mi madre no me echará de casa por que pasemos un rato juntos.

—Perdona —le dije haciendo un gesto de dolor al ver su expresión afligida—. Seguramente tienes razón, pero… creo que es mejor no arriesgarse.

La arruga entre sus cejas se acentuó e irguió la espalda.

—¿Arriesgarse a qué?

«A perder a tu familia».

Como yo no respondía, añadió:

—¿Todo esto es una excusa porque sigues enfadada por lo de O'Brady's? ¿O porque me marché cuando hablamos en el granero? Ya sé que no debería haberlo hecho, pero estaba cabreado y no quería contestarte mal.

—No es ninguna excusa, es que… —inspiré hondo—, me parece que esto no funciona.

Un silencio tenso se extendió entre los dos mientras Cole me miraba entornando los ojos.

—¿A qué te refieres con «esto no funciona»? —preguntó por fin en un tono conscientemente comedido—. ¿A nuestra relación de tres semanas?

Noté una sensación de ahogo.

—Yo… Sí, eso.

—No me jodas, Jackie —dijo apretando los dientes. Aun a un metro y medio de distancia, notaba la frustración que proyectaba—. No hemos tenido tiempo de saber si funciona.

—¿Y cuánto tiempo tendría que concederte, exactamente? —repliqué mientras una chispa de resentimiento prendía en mi pecho —. ¿Un mes? ¿Tres?

Era una pregunta injusta, pero sabía, por la expresión desafiante en sus ojos, que no se rendiría con facilidad. Si tenía que luchar con sus mismas armas, lo haría.

—Cuando volví en agosto te advertí que todavía no me he recuperado. Así que lo siento mucho si nuestra relación no ocupa el

primer puesto en mi lista de prioridades, pero todo mi mundo se hizo pedazos y apenas estoy empezando a recomponerlo. Ojalá pudiera hacer chasquear los dedos y volver a estar bien, pero esto no funciona así, Cole.

—¿Me vas a venir con esas? ¿Con el rollito de que estás demasiado tocada? —Negó con la cabeza—. Por favor, Jackie. Ninguno de los dos somos tan tontos como para tragarnos ese cuento.

Me indigné.

—¿Crees que finjo estar triste?

—¡Pues claro que no! Cualquiera que tenga ojos en la cara se da cuenta de que lo estás pasando mal. —Le latía una vena en la frente mientras hablaba—. ¿De verdad piensas que no me he percatado de que te cuesta respirar cuando algo te recuerda a tu familia? ¿O de que te levantas cada día al alba porque no puedes dormir?

—Entonces ¿qué quieres decir?

Cole se quitó la gorra con brusquedad y se pasó los dedos por el pelo tirándose de las raíces antes de soltarlo. Volvió a encasquetársela.

—¿Te acuerdas del día que te llevé a La Grieta? —me preguntó—. Lo estábamos pasando en grande, pero entonces encontraste esa taza.

—Claro que me acuerdo —susurré, y el recuerdo me estrujó el pecho con saña.

—Noté que estabas a punto de hundirte, pero no sucedió, ¿verdad?

El suelo del cenador crujió cuando se acercó y se acuclilló delante de mí.

—Te sobrepusiste al dolor para poder seguir en el presente, conmigo, y eso significa algo, Jackie.

—¿Ah, sí? ¿Y qué significa? ¿Que si estoy contigo me recuperaré?

Solté una carcajada queda y puse los ojos en blanco, aunque un hilillo de duda se abría paso por las grietas de mi psique. ¿Y si tenía razón? ¿Y si estar con él me ayudaba y Cole era exactamente lo que necesitaba?

«¡No, para!». No podía empezar a dudar de mí misma.

—Bueno, yo no lo expresaría así, pero… sí —reconoció, y su sonrisa arrogante de siempre cobró vida en su cara antes de languidecer con la misma rapidez. Me apoyó la mano en la rodilla—. Vivir en Colorado, pasar tiempo con mi familia y conmigo, todo eso te sienta bien. Estás mucho mejor que este verano, no puedes negarlo. Danny me contó lo mal que lo pasaste allí. Solo han sido dos meses, pero ahora diriges campañas electorales, le haces a Parker de hermana mayor y te preocupas por Isaac aunque se haya convertido en un idiota rabioso. No me alejes de ti solo porque hemos tenido un problema de nada.

Lo dijo con mucha seguridad, de todo corazón, como si expresarlo con la convicción suficiente pudiera hacerme cambiar de opinión. Me partía el alma pensar que, aun en el caso de que tuviera razón, la decisión ya estaba tomada. Él no tenía ni idea de lo que yo me jugaba, de que me quedaría muchísimo peor si perdía a otra familia.

—Cole…

—No, escúchame. Esto te sonará cursi, pero estar contigo me hace sentir bien de un modo que no me había sentido desde que jugaba al fútbol —me dijo con la voz temblorosa de la emoción—. Ya

sé que todavía estás sufriendo, pero deja que te ayude a superarlo. No quiero perder este sentimiento que me inspiras.

La expresión de su rostro era infinitamente dulce; sus ojos, infinitamente azules.

—Eso no es justo —dije evitando su mirada. La ternura con la que me observaba era abrumadora y no podía soportarlo más—. No puedes colocar el peso de tu felicidad sobre mis hombros.

El tiempo se detuvo durante un instante en el que ninguno de los dos respiró, pero fue suficiente para que su estado de ánimo cambiara.

—¿Me estás vacilando? —Se levantó. Ahora me miraba desde arriba con los puños cerrados—. Yo no estoy haciendo eso.

—¿Ah no? Teniendo en cuenta cómo es tu vida ahora mismo, si me dices que soy lo único bueno que tienes…

Me encogí de hombros con un gesto mínimo.

—¿Qué quieres decir? —me espetó—. ¿A qué viene eso de «cómo es mi vida ahora mismo»?

—¡Sabes muy bien lo que quiero decir! —exclamé perdiendo la paciencia—. Decides aplazar los estudios y luego te agobias porque tienes la sensación de que te has rezagado y de que lo único que haces es trabajar y no pasa nada en tu vida…

Cole retrocedió como si le hubiera golpeado.

—¿Es así como lo ves?

Mierda, no quería expresarlo así.

—No, yo…

—¿Qué? —me escupió—. ¿Piensas que soy un fracasado porque no tengo un futuro brillante esperándome en Princeton como tú?

Me miré las manos en el regazo.

—Lo has dicho tú, no yo.

No era así como quería que discurriera nuestra conversación, ni pretendía que Cole pensara que tenía una mala opinión de él, pero ¿qué sentido tenía tratar de arreglar las cosas cuando el desenlace iba a ser el mismo en cualquier caso?

—Cole, por favor —empecé, intentando decirle que estaba tergiversando mis palabras, pero él ya estaba harto de escuchar, harto de hablar, harto de mí.

—No. —Desplazó la mano por el aire para cortarme—. Olvídalo, Jackie. Ya no tendrás que preocuparte más por mis sentimientos. Está claro que nunca fueron una de tus prioridades.

Y entonces Cole se alejó igual que hizo la noche del granero.

Solo que esta vez tuve la sensación de que era para siempre.

Catorce

—Tengo que daros una noticia —dijo Cole a su familia durante la cena del viernes por la noche.

Yo no tenía hambre. Apenas comía desde nuestra conversación en el centro comunitario del fin de semana pasado y el poco apetito que me quedaba se desvaneció al oír sus palabras. Su expresión no reflejaba nada cuando le eché un vistazo disimulado a través de la cortina de mi pelo, pero eso no impidió que notara un retortijón en la barriga. Dejé el tenedor sobre la mesa cuando me invadió una sensación de *déjà vu*. La última vez que él había hecho un anuncio durante la cena, yo había perdido mi habitación.

Cole guardó silencio mientras esperaba a que todos se callaran, pero eso solo abrió un espacio para que sus impacientes hermanos pudieran intervenir.

—¿Te has hecho un tatuaje como Isaac? —preguntó Benny emocionado, algo que hizo que Katherine se atragantara y provocó una ronda de risitas por parte del resto del grupo. El famoso incidente del tatuaje había causado una honda impresión en los Walter más jóvenes: Benny siempre le estaba pidiendo a Isaac que le dejara ver el fénix que llevaba en la espalda y hablaba constantemente del tatuaje que quería hacerse cuando fuera mayor, para horror de su madre.

—Lo dudo mucho —dijo Jordan mientras se servía otra ración de puré de patatas—. Y si se lo hiciera no sería tan tonto como para anunciarlo en la cena.

Jack asintió.

—Sí, mamá le mataría. Me juego algo a que han vuelto a ascenderle o algo así.

—¿O sea que ahora también eres el encargado de Gas Exchange? —le preguntó Isaac en tono burlón—. Felicidades, tío. A este paso no hará falta que vayas a la universidad.

Me encogí al oír el comentario, pero por suerte nadie se dio cuenta.

—Isaac —dijo George lanzándole una mirada de advertencia desde el otro lado de la mesa.

—No seas idiota —añadió Lee atizándole una colleja a su hermano.

Nathan se inclinó hacia Jack.

—Esto no va de un ascenso —le dijo en un susurro teatral con la mano a un lado de la boca—. Me parece que Cole por fin va a confesar que ha encontrado su verdadera vocación, que es ser bailarín de ballet.

—¿Con el problema que tiene en la rodilla? —resopló Alex sin captar que Nathan intentaba aligerar el ambiente—. Y qué más.

—Todos estáis equivocados —dijo Parker—. Está claro que se muda a Las Vegas a trabajar de imitador de Elvis.

—¡Eh! —Cole dio unas palmadas para captar la atención de todos —. ¿Ya habéis terminado?

—Adelante, cariño —dijo Katherine. Había un brillo travieso en sus ojos cuando se inclinó hacia delante para animar a su hijo

estrechándole la mano—. Cuéntanos la noticia. Ya sabes que te apoyaremos sea lo que sea, aunque te mudes a Las Vegas. Siempre nos ha encantado Elvis.

La mesa estalló en carcajadas.

Cole lanzó un suspiro exasperado y negó con la cabeza, pero la broma de su madre hizo asomar una sonrisita a sus labios.

—En septiembre, un piloto amateur de pista de tierra me contrató para reconstruirle el motor —empezó cuando todo el mundo se tranquilizó—. Se quedó impresionado con mi trabajo, así que le habló de mí a un amigo suyo y ese tío es famosillo. Ha ganado casi todas las carreras de la zona, incluidas las regionales. La gente dice que podría empezar a competir como profesional.

—Eso suena… ¡Eh! Cuidado, peque —dijo George a la vez que impedía que su vaso de agua se volcara cuando Zack fue a coger la cesta del pan—. Perdona, Cole, ¿qué decías?

—Que el otro piloto me ha contratado —continuó Cole—. Y es posible que corra como profesional.

—¿Y eso que implica para ti? —preguntó Katherine.

—Bueno, a corto plazo, me ha encargado la reconstrucción de un motor, pero si todo va bien, dice que está buscando un mecánico fijo —explicó—. Todavía tengo pensado ir a la universidad, pero me parece que podría abrir mi propio negocio y empezar a crear una cartera de clientes.

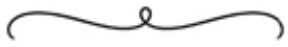
—¡Oh, Cole! —exclamó Katherine—. ¡Es una noticia fantástica! Estoy muy orgullosa de ti.

Una amplia sonrisa se dibujó en la cara de Cole que, fingiendo un tono pomposo, dijo:

—Gracias, muchas gracias.

Mientras todos los Walter le felicitaban, yo exhalé un pequeño suspiro de alivio. Había pasado en ascuas la última semana temiendo algún tipo de represalia por parte de Cole a consecuencia de nuestra ruptura. Hacía un ratito, cuando le había oído carraspear, temí que hubiera llegado el momento.

El resto de la cena fue una velada alegre en la que toda la familia compartió la alegría de Cole. Yo llevaba un tiempo sin sentirme una intrusa en su mesa, pero mientras los veía a todos intercambiar historias y reír juntos, me mantuve al margen con una sonrisa agridulce. Me alegraba de verdad por Cole; aunque todo hubiera terminado entre nosotros, solo quería lo mejor para él. Pero, al mismo tiempo, no creía que a él le apeteciese que me uniera a la celebración. Me parecía un momento exclusivamente familiar, de modo que, mientras todo el mundo escuchaba el chiste de Jack sobre unos extraterrestres que secuestraban a Elvis Presley, me retiré sin que nadie se percatara.



Si en un concurso como *Family Feud* preguntaran cuál sería la peor fiesta para romper con alguien, poca gente pensaría en Halloween. San Valentín, Nochevieja y Navidad serían las respuestas más populares, junto con los cumpleaños y los aniversarios. Sin embargo, mientras deambulaba por la fiesta de Chase Kennedy vestida como la mitad de Bonnie y Clyde, comprendí que el 31 de octubre no era un buen día para estar soltera.

Después de dejarlo con Cole no me molesté en buscar otro disfraz, ya que no tenía permiso para asistir a la fiesta. No me pasó

por la cabeza que me levantarían el castigo después de solo tres semanas. Sin embargo, Katherine me informó esa mañana de que ya no estaba castigada, así que tuve cero tiempo para pensar qué ponerme.

Me dije que daba igual, que esa noche sería genial llevara el disfraz que llevase. Pasar un rato con mis amigos me ayudaría a olvidar lo desgraciada que me sentía desde mi ruptura con Cole. Había tantos sentimientos entremezclados en mi mente —culpa, frustración, alivio, miedo— que me costaba concentrarme en las clases. Hasta tuve otra pesadilla en la que perdía a los Walter en un accidente parecido al de mi familia.

Aún peor, Cole se comportaba de un modo… raro. En septiembre, cuando le dije que quería que fuéramos amigos, reaccionó con rencor. Aunque era irritante que me hiciera el vacío, al menos yo sabía que sentía algo por mí. Pero ahora me trataba con suma educación. Me sonreía cuando nos cruzábamos en el pasillo y me saludaba por las mañanas cuando coincidíamos en el desayuno, pero, por lo demás, pasaba totalmente de mí. Era como si nunca me hubiera considerado nada más que una chica cualquiera que se había visto obligada a ir a vivir a su casa. Lo último que deseaba era que Cole sufriera, pero fue chocante y un tanto doloroso verle tan poco afectado.

La fiesta de Chase era una pasada —la casa de estilo victoriano estaba decorada de arriba abajo como una mansión encantada—, pero no fue la distracción que yo esperaba que fuera. Aunque mis amigos se alegraron mucho de verme, todos habían ido en pareja y eso me hizo sentir como una sujetavelas, sobre todo cuando me encontré sola para jugar al *beer pong*. Las preguntas constantes

también eran agotadoras. Los que estaban al corriente de lo que había pasado querían conocer los detalles de la ruptura. Todos los demás querían saber dónde estaba Cole. Al tercer «eh, ¿dónde está tu novio?», ya no pude más.

Volver al rancho, quitarme este estúpido disfraz y mirar una peli sería una manera mucho mejor de pasar la noche, pero no quería ser una aguafiestas, así que decidí esperar en la camioneta a que terminase la fiesta. Con un poco de suerte Alex se habría dejado algún libro en el asiento trasero. Y, si no, siempre podía dar una cabezadita.

Cuando salí y encontré a Isaac fumando en las escaleras del porche, que estaban decoradas con calabazas de Halloween, enarqué las cejas a tope. Aunque las consecuencias por hacer saltar la alarma de incendios en el baile de bienvenida no habían sido demasiado graves, Katherine y George no estaban dispuestos a dejar que se fuera de rositas. Le habían castigado para los restos sin salir de casa, así que era imposible que tuviera permiso para estar allí. Se tensó cuando me senté a su lado, pero no dijo nada.

—¿Eres demasiado guay para disfrazarte? —le dije para tomarle el pelo al mismo tiempo que me pasaba la mano por la falda para alisar la tela.

Isaac iba vestido de negro desde la camiseta hasta las botas.

—No me gusta dar malas noticias, pero delincuente enfurruñado no cuenta como disfraz —añadí.

—¿Quién ha dicho que no vaya disfrazado? —respondió sin molestarse en mirarme a la vez que se llevaba el cigarrillo a los labios.

—¿Y de qué se supone que vas? —pregunté—. Espera, no. A ver si lo adivino… ¿Vas de tramoyista? No, de eso no. ¿De plañidero? ¿O de parca marca blanca que ha perdido la guadaña?

Isaac se giró a mirarme y me echó el humo a la cara.

—De cáncer de pulmón.

—Encantador —le dije arrugando la nariz a la vez que ahuyentaba el humo.

—Al menos a mí no me falta la mitad del disfraz. —Me miró de arriba abajo—. ¿Qué le ha pasado a tu cómplice, Bonnie? ¿Le has perdido en un tiroteo de camino hacia aquí? Se te habrá roto el corazón.

La sonrisa desapareció de mi cara.

—Hala, vale. Tampoco hace falta que seas tan cabrón. Solo te estaba chinchando un poco.

—Venga, Jackie —dijo pegándome un codazo en las costillas—. Deberías saber por experiencia que en mí es un acto reflejo.

«Antes no», pensé. Antes del verano Isaac siempre tenía a punto un comentario inapropiado, pero sin mala idea.

—Por cierto, si estás buscando un novio sustituto, puedo presentar mi ficha policial como parte de mi currículum —añadió—. Me han dicho que los malotes enfurruñados arrasan últimamente.

Suspiré.

—¿Qué haces tú aquí, Isaac? Como Katherine se dé cuenta de que te has escapado, te va a matar.

—Pues no lo sé. ¿Tú por qué la fastidiaste con Cole?

—Vale —dije. Me di una palmada en los muslos y me levanté—. Esta noche no estoy de humor para soportar tus chorradas.

—¡Espera, no te vayas! —Apagó el cigarrillo en los escalones y se puso de pie—. Me he pasado, perdona. Me han agobiado mucho con lo del baile de bienvenida y yo… Mira, ¿podríamos no hablar de cosas serias? Ya estoy harto.

La música de la fiesta aumentó de volumen cuando alguien abrió la puerta y dos chicas borrachas disfrazadas de Harley Quinn y Hiedra Venenosa salieron dando tumbos.

—Uf —dije torciendo la cabeza, y entonces me volví hacia Isaac—. No sabía que te tomaras los disfraces de Halloween tan en serio.

—Ya, bueno, tengo hambre. Necesito comer algo o alcanzaré mi cota máxima de imbecilidad. —Me pasó un brazo por el hombro y me guio hacia la acera—. Hay un bar a la vuelta de la esquina. Yo invito.

—Gracias —le dije apartándole el brazo—, pero he cenado antes de la fiesta.

—Pues claro que sí. Por algo eres una chica responsable —respondió—. Pero algo me dice que no estás de humor para fiestas, ¿verdad? Venga, larguémonos de aquí. En ese sitio que te digo preparan un pastel de seda francés para chuparse los dedos, y una porción de pastel lo arregla todo.

Bueno, en eso estaba de acuerdo, así que suspiré y le pedí con un gesto que encabezara la marcha.

El Neon Grill era el típico *diner* americano del primero al último detalle. Había un gran mostrador con taburetes redondos, servicio directo, una ventana a la cocina, bancos corridos de vinilo rojo agrietados por el paso del tiempo y un suelo de cuadros blancos y negros. Las paredes estaban cubiertas de carteles eclécticos y recortes de periódicos sobre noticias de triunfos de la localidad.

Incluso habían decorado el local para la fiesta: murciélagos de papel colgaban del techo, había un farolillo de calabaza en cada mesa y falsas telarañas cubrían las ventanas.

Era tarde, así que no había muchos clientes, y pudimos agenciarnos un reservado alejado de la puerta. Después de mirar la carta, Isaac pidió un desayuno completo —café, dos huevos revueltos, tortitas, beicon, croquetas de patata y una porción de pastel—, y yo pedí una ración de patatas fritas y una Dr Pepper. Jugamos al ahorcado en los salvamanteles de papel usando pinturas de cera mientras esperábamos los platos y gané a Isaac todas las veces, porque solo escogía palabras groseras como tacos y partes del cuerpo.

Una vez que llegó la comida, esperé a que Isaac se hubiera zampado su montaña de tortitas antes de tratar de entablar una conversación de verdad.

—Te prometo que no pretendo interrogarte, pero quiero estar segura. ¿Va todo bien? Sé que se te han complicado las cosas últimamente.

Él ya me había dejado claro que no le apetecía hablar, pero quería que Isaac supiera que estaba dispuesta a escucharle si alguna vez cambiaba de idea. Yo había pasado por una situación parecida el verano pasado, asfixiada por el sentimiento de culpa y el dolor, pero poco dispuesta a hablar de lo que me pasaba. Danny me preguntaba cada semana, a pesar de mi silencio. Si se hubiera rendido, yo al final no me habría desahogado con él, y, aunque fue doloroso, la experiencia resultó catártica.

Isaac dejó de masticar. Durante una milésima de segundo me recordó a un ciervo paralizado por los faros de un coche, pero al

cabo de un momento una sonrisa de suficiencia se apoderó de su expresión.

—Llevo dos meses prácticamente en confinamiento, así que podría estar mejor. ¿Quieres saber lo que me ayudaría?

—Te lo juro por Dios —le dije señalándole con una patata frita—, si el próximo comentario que sale de tu boca es una grosería, te tiro el refresco por encima.

Me quitó la patata de la mano de un manotazo.

—Pues deja de ponérmelo tan fácil. ¿Sabes cuántas guarrerías puedo decir usando las palabras «correrse» y «boca»?

—Isaac… —respondí a la vez que cogía el vaso y lo levantaba con gesto amenazador.

—¡Eh! —Levantó las manos en ademán de rendición—. Tranqui, Jackie. No me voy a sentir mejor si me empapas en Dr Pepper. ¿Qué ha pasado con eso de consolar a un amigo que lo está pasando mal?

—No recuerdo haberme ofrecido a consolarte, pero vale. ¿Puedo hacer algo apto para todas las edades que te ayude a sentirte mejor? —pregunté asegurándome de remarcar la parte de «apto para todas las edades».

—Bueno, estoy muy depre últimamente. —Suspiró con aire dramático y hundió los hombros como un personaje de dibujos animados—. Me vendría bien distraerme un poco.

Puse los ojos en blanco en respuesta a su histrionismo.

—¿Como qué?

Isaac untó abundante jalea de uva en una tostada antes de responder.

—¿Por qué no me cuentas qué ha pasado entre Cole y tú? —dijo después de dejar en la mesa el cuchillo de la mantequilla—. Él no

suelta prenda y es tan frustrante…

Vete a saber por qué la petición me pilló desprevenida. Con lo chismoso que era Isaac… Se habría sentido a sus anchas con Megan y Savannah, así que era lo más normal del mundo que quisiera conocer los detalles, pero yo no estaba dispuesta a compartirlos para entretenerle.

—¿No decías que no querías hablar de cosas serias? —me escaqueé.

—Hablaba de mis cosas serias. —Amontonó una buena cantidad de huevos revueltos y una loncha de beicon en un trozo de tostada —. Me encantaría que me contaras las tuyas —añadió, y dio un enorme mordisco a su mezcla.

—Va a ser que no —le dije con una carcajada.

Guardó silencio un momento mientras masticaba.

—Muy bien —respondió después de tragar—. Por mí podemos seguir hablando de tu boca y de correrme.

—¡Isaac! —Le lancé una mirada asesina y le tiré una patata frita —. No puedes decir esas cosas. Ya sé que me tomas el pelo, pero cualquier día de estos alguien se lo tomará mal y te denunciará por acoso sexual.

La sonrisa se le borró al instante.

—Vale, perdona. —Nunca le había visto avergonzado, así que fue fascinante observar el rubor que se apoderó de sus mejillas—. Yo…, hum… Me parece que lo uso como mecanismo de defensa —dijo frotándose la nuca—, pero no es excusa.

Suspiré. No, no lo era, pero me alegraba de que se diera cuenta.

—¿Qué tal si, en lugar de hacer que me sienta incómoda como mecanismo de autoprotección, nos abrimos por turnos?

—¿Y cómo funcionaría? —me preguntó con cautela.

—Tú haces una pregunta y yo prometo contestarte con sinceridad —le expliqué—. A cambio, yo puedo hacerte una pregunta y tú tienes que decir la verdad. Empiezo yo, si quieres.

Isaac titubeó y luego asintió despacio.

—Sí, vale.

—Doy por supuesto que quieres saber lo que pasó con Cole…

Se inclinó hacia la mesa con los ojos casi brillando de la emoción.

—Sí, por qué rompisteis. ¿Fue porque te dejó colgada en O'Brady's? Eso dice Alex.

Por más que me molestase que Alex diera cosas por supuestas basándose en lo que pasó aquella noche y luego cotillease sobre el tema, a lo mejor podía aprovechar el rumor y esquivar una bala dolorosa. No le mentiría, pero tampoco le contaría la verdad, por más que le hubiera prometido a Isaac hacerlo. Solo de pensar en Cole notaba una sensación de ahogo en el pecho.

Haciendo lo posible para que mi cara no me delatase, le pregunté:

—¿Esa es tu pregunta?

—Espera, no. —Isaac hizo repiquetear los dedos contra la mesa unas cuantas veces antes de reformular su pregunta—: ¿Por qué rompiste exactamente?

Bueno, vaya, al menos lo había intentado.

—Porque tengo miedo de perder a tu familia.

Una profunda arruga se dibujó entre sus cejas. Con toda seguridad esperaba escuchar alguna anécdota escandalosa, no una confesión sobre el que había llegado a ser mi mayor miedo, pero le había prometido sinceridad.

—No te entiendo.

—Es un poco difícil de explicar —le dije frotándome la cara—, pero tu primo me gusta mucho. —No podía…, no, no quería usar la palabra que empieza por A—. Sé que él siente lo mismo, así que, si saliéramos, pienso que podríamos ir en serio.

Me miró como diciendo «no me digas».

—Sí, esa es la idea cuando decides salir con alguien…

—Pero eso no significa que acabemos juntos —continué—. Somos muy jóvenes y… ¿qué pasaría si la cosa terminara mal? No quiero que tu familia tenga que escoger bando.

Isaac echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Es la idiotez más grande que he oído en mi vida.

Di un respingo.

—¿Por qué? La mayoría de las relaciones acaban…

—Eres consciente de que ya habéis acabado mal, ¿no? —me interrumpió—. Mis tíos nunca te dejarían tirada por algo tan tonto como una ruptura, y si la familia empezara a tomar partido, cosa que dudo, me juego cualquier cosa a que tú ganarías de largo. Cole es un idiota engreído. Tú eres mucho más simpática. Ahora es el momento en el que normalmente diría algo inapropiado, pero me voy a morder la lengua.

Negué con la cabeza.

—Pero… yo no soy una Walter.

—Por Dios, estás diciendo tonterías —musitó Isaac. Alargó la mano y me quedé de una pieza cuando tomó la mía. No me esperaba un gesto de consuelo como ese por su parte—. Jackie, puede que no tengamos el mismo apellido, pero deberías saber que ya eres una de los nuestros.

Un nudo de un tamaño gigantesco se alojó en mi garganta.

—Gracias, Isaac. Te lo agradezco de corazón.

—Mira, si quieres renunciar a lo que tienes con Cole porque te da miedo que pueda pasar algo malo, hazlo —dijo Isaac, que me soltó la mano y me dio unas palmaditas paternales en el dorso—. Pero serás una idiota como la copa de un pino, que lo sepas.

—Tomo nota —respondí bajando la mirada a las patatas fritas que quedaban en mi plato—, pero te he contestado y no quiero seguir hablando de Cole. Ahora me toca a mí.

Resopló como diciendo «acabemos con esto de una vez» y asintió.

Mis patatas se habían enfriado hacía un rato, pero me llevé una a la boca mientras redactaba en mi mente la pregunta perfecta. Seguramente Isaac esperaba una pregunta sobre el baile de bienvenida, pero preguntarle por qué había hecho saltar la alarma de incendios no implicaba que fuera a darme explicaciones sobre el resto de su conducta rabiosa y destructiva. Aunque no estaba segura al cien por cien, me habría apostado algo a que el origen de los problemas de Isaac era la relación con su padre. Cuando empezó a empujar los restos de los huevos revueltos por el plato en lugar de comérselos, comprendí que estaba tardando demasiado.

Después de tragarme otra patata con un sorbo de refresco, le pregunté:

—¿Qué pasó entre tu padre y tú cuando vino de visita este verano?

Isaac se quedó con la boca abierta. Su tenedor repicó contra el plato y un pegote de huevo revuelto salió volando.

—¿Cómo cojones sabes eso? —exclamó—. Ni siquiera estabas aquí.

Como si hiciera falta preguntarlo.

—Hay mucho cotilla en la familia, ¿recuerdas?

—No sé si me gusta este rollo de abrirnos —gruñó.

Con una sonrisilla, arrastré el pastel de Isaac hacia mí por si se le ocurría renunciar a nuestro intercambio. Yo ya le había respondido, ahora le tocaba a él.

—Lo guardaré como rehén hasta que empieces a hablar.

—Quédatelo —dijo desdeñando el pastel con un gesto de la mano —. Pediré otro.

—¡Isaac!

—Mi padre es un cerdo egoísta, ¿vale? —gruñó—. Eso fue lo que pasó. Eso es lo que pasa siempre.

Se le marcaban los músculos del cuello, pero, cuando le miré a los ojos, la rabia que esperaba ver allí brillaba por su ausencia. En lugar de eso, solo vi una mirada vacua. Era tan chocante ver esa expresión en la cara de Isaac que yo…

Ay, mierda. Me estaba pasando lo mismo que con Nathan, ¿verdad? Yo solo quería ser útil y brindar mi apoyo, pero había empeorado las cosas al ponerme tan insistente.

—Perdona —le dije a la vez que empujaba el pastel otra vez hacia él—. No hace falta que hablemos de eso.

Era evidente que no le había formulado una pregunta incómoda sin más ni lo había conmocionado, no, le había tocado una fibra sensible que le llegaba al alma.

—No, es justo —dijo en un tono tenso—. Es que me has pillado por sorpresa.

Se pasó los dedos por el pelo con tanta brusquedad que noté el dolor en mi propio cuero cabelludo, pero, antes de que intentara liberarlo por segunda vez, Isaac se sumergió en su relato. Una parte

ya la conocía. Su madre se marchó después del nacimiento de Lee y los dos hermanos se quedaron con Katherine y George porque su padre cumplía misión militar en el extranjero desde que eran niños. Pero casi toda la información que me dio era nueva. El compromiso de permanencia obligatoria de Peter Walter finalizaba este año y había prometido presentar la renuncia y volver a casa para que pudieran vivir juntos como familia. Aquello que Isaac creía una reunión permanente resultó ser otra visita breve cuando su padre anunció que lo habían ascendido de teniente coronel a coronel. Eso significaba que tendría que cumplir servicio en Alemania los siguientes seis años, y aunque no era un destino peligroso como los anteriores, el padre de Isaac no quería desarraigar a sus hijos.

Traducción: que George Walter fuera un padre excepcional no significaba que las cualidades parentales fueran cosa de familia. Era obvio que su hermano no estaba a la altura de la tarea.

—Isaac, no sé qué decir.

«Vaya asco de padre» no bastaba para describir la situación.

Isaac lanzó una carcajada, pero no era de alegría.

—¿Sabías que cuando era pequeño jugaba al fútbol? —me preguntó sin hacer caso de mi comentario anterior. Empezó a hablar por los codos, casi como si no pudiera callarse ahora que por fin había vomitado el veneno—. Me aficioné porque era el deporte favorito de mi padre, pero lo dejé en cuanto me di cuenta de que eso no le animaría a venir a ver ningún partido. Y yo era bueno. Seguramente me habrían admitido en el primer equipo del instituto.

Hice una mueca.

—Estoy intentando imaginarte con una chaqueta deportiva en lugar de la chupa de cuero y no te veo.

Sus labios dibujaron una sombra de sonrisa.

—Pues esto te va a encantar. En mi primer año de instituto estaba en el equipo de decatlón académico y ganamos el estatal. Como era de esperar, el bueno de mi padre ni siquiera me felicitó, pero yo ya estaba acostumbrado.

Le miré boquiabierta.

—Un momento… ¿Hiciste el decatlón académico?

—Puede que te sorprenda —dijo como si tal cosa—, pero mi nota media es la más alta de todos los Walter.

—¿Cómo es posible? —pregunté en un tono de voz más agudo de lo normal—. ¡Si siempre estás haciendo pellas!

Se encogió de hombros.

—No tengo que esforzarme. Los estudios siempre se me han dado bien. Además, ¿por qué perder el tiempo estudiando si, por muy buenas notas que saque, a mi padre le importa una mierda?

—Entonces, este verano, cuando te dijo que no iba a volver, ¿qué? ¿Decidiste convertirte en un idiota? —le dije haciendo caso omiso de la punzada de celos que notaba en las entrañas. Mis boletines de calificaciones siempre eran impecables, pero me esforzaba mucho para sacar buenas notas y me daba rabia que otros no tuvieran que esforzarse tanto—. ¿Qué pretendías? ¿Captar su atención de otra manera?

Isaac se puso rojo como un tomate.

—Quería que estuviera tan cabreado y decepcionado como yo —reconoció—. No hace falta que me lo digas. Ya sé que fue una tontería. Katherine le llamó después de que me detuvieran y ¿sabes qué?, ni siquiera se enfadó conmigo. Solo me prometió que, si volvía

a liarla, me enviaría a una academia militar a cursar el último semestre.

—¿No le importó? —pregunté en voz baja de pura incredulidad. No podía imaginarme cómo debió de sentirse Isaac.

—No —respondió—. Tú tienes suerte. Puede que tus padres murieran, pero al menos te querían.

Me mordí los carrillos y conté hasta cinco. Que mis padres hubieran muerto no se podía considerar buena suerte desde ningún punto de vista, pero también entendía que Isaac estaba demasiado inmerso en sus problemas como para ser consciente de lo insensibles que habían sido sus palabras. Alargué la mano por encima de la mesa y le aticé un manotazo en la cabeza.

—Te he oído soltar un montón de tonterías otras veces —respondí con toda la calma que pude reunir—, pero esta ha sido la mayor gilipollez que he escuchado jamás, digna de un ignorante privilegiado. Mis padres han muerto. No me digas que tengo suerte.

—Ay, mierda. —Se quedó blanco—. Jackie, lo siento mucho. No quería decir…

—Ya sé que no, Isaac —le dije pellizcándome el puente de la nariz —, pero estás tan amargado por lo de tu padre que olvidas lo más importante: Katherine y George te quieren. Son tus padres en todos los aspectos que importan. Tienes una familia alucinante y maravillosa por la que algunas personas matarían, pero si no dejas de hacerles daño no estarán ahí cuando más los necesites.

Apretó tanto los labios que se convirtieron en una línea muy fina.

—Hablas igual que mi hermano.

Ah. Qué interesante.

—Oh, Dios mío —exclamé pasado un instante—. ¿Fue él quien te dejó el ojo a la funerala?

—Puede —murmuró en un tono disgustado que me arrancó una risita—. Fue un golpe bajo.

—Alucino, de verdad —le dije—. Lee no hace nada más que defenderte, así que tuviste que hacer algo increíblemente chungo. Hasta boicoteó la jugarreta que Jordan y Parker te habían preparado.

—Bueno, la verdad es que sí. —Isaac agachó la barbilla, incapaz de mirarme a los ojos—. No le hizo ninguna gracia que… que yo…

—No hace falta que me lo cuentes si no te apetece. Me parece que ya te has sincerado bastante por una noche. Pero recuerda que siempre estaré dispuesta a intercambiar verdad por verdad la próxima vez que estés cabreado o que necesites desahogarte, ¿vale?

—Vale —asintió—. Eso puedo hacerlo.

—Bien. —Me bebí el último trago de refresco y lo dejé a un lado—. Vamos a pagar y a volver a casa antes de que Katherine se dé cuenta de que no estás.

Quince

La operación «devolver a Isaac a casa sin que nadie se percate» fue más sencilla de lo que me esperaba.

Después de pagar la cuenta y volver a casa de Chase, encontré a Alex y a Kim montándoselo en el patio. Fue violento interrumpirlos —no hay nada tan incómodo como ver a una amiga metiéndole la lengua en la garganta a tu ex tan profundamente que empiezas a preguntarte si lo asfixiará—, pero eso al final nos favoreció. Alex ni siquiera pestañeó cuando vio a Isaac a mi lado. De hecho, le tendió las llaves de la camioneta con entusiasmo cuando mencionamos que queríamos marcharnos. Ningún otro Walter estaba invitado a la fiesta, así que Alex podría quedarse en casa de Kim si no tenía que llevarme de vuelta al rancho.

Cuando llegamos, no hice el menor esfuerzo por amortiguar los ruidos de mi entrada. Mientras Isaac trepaba por el árbol que daba a su ventana, yo entré por la puerta principal, dejé que la mosquitera se cerrara de un portazo y me quité los zapatos de tacón de dos patadas junto al zapatero. La expedición en busca de golosinas debía de haber sido un éxito, porque cuando entré en la cocina mi atención se desplazó de inmediato a la sala, donde estaban reunidos los Walter más jóvenes todavía con los disfraces puestos, el botín de golosinas derramado por el suelo y *El retorno de las brujas* sonando

de fondo en la tele con suavidad. Parker y Jack estaban llevando a cabo una dura negociación, pero al final ella empujó cinco chocolatinas de coco hacia él, que a cambio le dio un chupachups. Eran casi las diez, así que me extrañó encontrarlos levantados, pero comprendí que el exceso de azúcar debía de tener la culpa cuando Benny soltó un chillido agudo y derribó a su hermano gemelo al suelo.

Oí un suspiro fatigado y lo que parecía el paso de la página de un libro.

—¿Ya estás aquí?

Vete a saber cómo había pasado por alto la presencia de Katherine al entrar en la cocina. Estaba sentada a la mesa con un libro en una mano y una copa de vino en la otra y tenía delante unas cuantas minichocolatinas.

—No estaba de humor para fiestas —le dije.

Katherine frunció el ceño una pizca, pero no preguntó.

—¿Alex ha venido contigo?

—No, quería quedarse. Me ha traído una de mis amigas.

Isaac había aparcado la camioneta detrás del cobertizo para que no se viera desde la casa, había dejado las llaves en el asiento delantero y le había escrito un mensaje a Alex para pedirle que la aparcara en el sitio de costumbre cuando Kim le trajera por la mañana. Me reventaba mentirle a Katherine, pero era un mal necesario si queríamos estar seguros de que no enviarían a Isaac a una academia militar, así que aplaqué mi sentimiento de culpa ofreciéndole ayuda.

—No estoy cansada. Si quieres, me quedo con los niños y los meto en la cama cuando acabe la película.

La velocidad a la que Katherine apuró el vino y se apresuró a levantarse me arrancó una sonrisa.

Me sujetó la cabeza con las dos manos y me plantó un beso en la frente.

—Eres un ángel.

Me dio unas cuantas instrucciones —principalmente, que no los dejara enredarme para ver otra película y que me asegurara de que todos se cepillaran los dientes— y se marchó a su habitación. El bajón del azúcar no tardó mucho en llegar. Para cuando empezaron a aparecer los créditos, los niños apenas podían mantener los ojos abiertos y no me costó demasiado llevarlos arriba. Se cepillaron los dientes y se pusieron los pijamas, y yo me quedé en mitad del pasillo sin saber muy bien qué hacer.

A pesar de la hora, estaba muy despejada.

Me había pasado casi toda la película dándole vueltas a lo que me había dicho Isaac. Quería creerle desesperadamente; ahora yo era una de los Walter. En noches como esta, cuando me trataban como si fuera una hermana mayor, no me parecía una idea tan difícil de aceptar. Pero había otras veces, como en la cena de ayer, en las que me preguntaba si una pequeña parte de mí siempre se sentiría una intrusa. En ese momento lo que más deseaba del mundo era hablar con Danny. El verano pasado, él había encontrado la manera de distraerme cuando le daba demasiadas vueltas a la cabeza, pero no quería arriesgarme a despertarle, porque al día siguiente empezaban los ensayos generales de la obra y necesitaría una buena noche de sueño.

A Nathan se le daba bien escuchar y las cosas estaban mejor entre nosotros desde que me había contado lo de sus episodios

constantes, pero él solía mantener un horario de sueño regular. Miré por la ventana, aunque era imposible que estuviera despierto a esa hora, y al momento volví a mirar al ver que todavía había luz en el granero.

En ese caso tenía claro lo que iba a hacer.

Casi había llegado a las escaleras cuando oí unos susurros. La puerta de Katherine y George estaba entornada y una suave luz dorada se colaba por el resquicio.

—¿… crees que fuimos demasiado duros con ellos? —preguntaba Katherine cuando pasé por delante.

Como no quería invadir su intimidad, seguí andando, pero entonces habló George y me quedé paralizada.

—En absoluto. Tienen que entender que esperamos que se comporten de una manera determinada, sobre todo si están saliendo.

Ay, mierda. Los nervios me revolvieron las tripas cuando comprendí que Katherine se refería a mí y a Cole. Me sentía tan incómoda escuchando su conversación a escondidas que se me puso la piel de gallina, pero, por otro lado, llevaba un montón de tiempo preocupadísima por que nos hubiera pillado juntos. Me mordí el labio mientras decidía qué hacer. Si esta era mi oportunidad de saber cómo se sentía en realidad…

—No estoy segura de que sigan saliendo. —La voz de Katherine dejó entrever una decepción sorprendente.

George soltó una risa queda.

—Vaya, pues sí que han durado poco.

—No te rías —cuchicheó ella molesta—. Me preocupa que sea por nuestra culpa. Jackie está un poco rara desde que discutimos y

últimamente no los veo juntos. ¿Y ahora esto?

No tenía ni idea de lo que quería decir con «esto», pero por su manera de enfatizar la palabra debía de ser algo malo. Un escalofrío desagradable me recorrió la columna.

—Cariño, todo irá bien —respondió él, y oí la sonrisa de su rostro —. Son adolescentes. Los jóvenes rompen.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero es que, al verlos juntos… Se me ocurrió una idea absurda y ahora no puedo quitarme la imagen de la cabeza.

—¿Qué idea? —preguntó George.

Katherine tardó tanto en contestar que pensé que no había oído su respuesta.

—Que algún día sería nuestra hija —dijo por fin—. Oficialmente.

—Es una idea muy bonita —respondió George con otra risa suave —, pero Jackie siempre formará parte de nuestra familia, sea cual sea su relación con Cole. Lo sabes, ¿verdad?

Esa afirmación hizo que me tambaleara en el sitio.

—Sí, pero… —A Katherine se le rompió la voz—. ¿Y si se marcha a Princeton y ya no vuelve?

Me incliné hacia delante, desesperada por oír la respuesta de George, pero una tabla del suelo crujió a mis pies. Con el corazón aporreándome el pecho, me alejé con sigilo a la seguridad de mi habitación. Una vez dentro me quedé con la espalda pegada a la puerta mientras mi pecho subía y bajaba con rapidez. La mente me funcionaba a mil por hora por lo que había oído.

Para empezar, ¿qué narices tenía Katherine en la cabeza imaginándonos a Cole y a mí casados? ¡Yo solo tenía dieciséis años, por el amor de Dios! ¿Y George? ¿Se me iba la olla o de verdad

había dicho que yo siempre formaría parte de la familia Walter? Si lo había dicho en serio, eso significaba que… ¿Isaac tenía razón? ¿De verdad me había convertido en una de los Walter?

Saqué mi teléfono, me dejé caer al suelo y abrí mi galería de fotos. Antes de marcharme a Nueva York había sacado una foto al mural que Katherine había pintado en una pared del granero. El gesto que tuvo al incluirme me llegó al corazón. En aquel entonces pensé que me había añadido porque le sabía mal que yo no tuviera a nadie más, pero todavía me reconfortaba saber que alguien pensaba en mí. Sin embargo, una vez que llegué a casa, todo el dolor y el sentimiento de culpa que había estado reprimiendo me inundó y no había tenido valor para mirar la imagen. ¿Cómo podía hacerlo si toda mi familia había fallecido?

Pero ahora… No podía desviar la vista.

Ahí estaba yo, entre Cole y Alex. Con Danny a nuestro lado y yo…

Oh, no.

Mis ojos se posaron de nuevo en Cole. Me rodeaba los hombros con el brazo y tenía la mata de pelo revuelta. Exceptuando su chaqueta de deportista, que era un asunto delicado, Katherine había captado a su segundo hijo a la perfección. Hasta le había puesto la sonrisita de suficiencia.

Madre mía, cómo me gustaba esa sonrisa. Sabía muy bien cómo usarla para ponerme de los nervios, pero en parte por eso lo pasábamos tan bien, ¿no? Ese toma y daca, ponernos a prueba hasta que supimos exactamente cómo hacer reaccionar al otro. Pero lo que teníamos era mucho más que bromear y coquetear. Danny había tardado todo el verano en entender los entresijos de mi personalidad: las señales que lanzaba, qué me hacía reír, cuándo

retirarse o cuándo seguir insistiendo, cómo consolarme. Esas eran las cosas que su hermano sabía por instinto. Cole me caló desde el instante en el que llegué a Colorado y usó esa conciencia para ayudarme a salir adelante, aunque yo no me diera cuenta en ese momento.

Cole estaba en lo cierto, yo había tenido miedo. De hecho, había estado tan asustada por lo que pudiera perder que olvidé lo primero que me enseñó cuando llegué: que no pasaba nada por disfrutar un poco de la vida. Y, por culpa de ese miedo, había enviado a paseo todo lo que teníamos juntos.

Pero quizá pudiera recuperarlo.

Era casi la una y cuarto de la mañana, pero sabía que Cole había cogido un turno más en Gas Exchange en lugar de ir a la fiesta; había visto el Buick en el aparcamiento al pasar por el pueblo de camino a casa de Chase. Cuando Cole hacía un turno extra, solía volver al rancho sobre la una o las dos, y si estaba en casa quizá no se hubiera acostado todavía.

Me puse de pie de un salto y salí al pasillo. Ya no se oían susurros en la habitación de Katherine y George. Cuando llegué al estudio, fue un alivio ver la puerta entornada y una luz encendida.

Tan pronto como entré supe que algo iba mal. Cole era un poco desastre y el cuarto estaba más ordenado de lo normal: la cama hecha, nada de ropa tirada por el suelo. Pero la verdadera señal de que pasaba algo raro eran las cajas de mudanza: solo tres, pero llenas hasta el borde con sus pertenencias. La luz que había visto desde el pasillo procedía de la lamparilla del escritorio en el que estaba el ordenador y, cuando me acerqué a apagarla, vi la carta. Iba dirigida a mí.

Jackie:

Tengo que confesarte algo, pero las palabras no son mi fuerte, así que ten paciencia conmigo.

Desde que tengo uso de razón, mi madre siempre me ha dicho que el único límite es el cielo. Podía ser como quisiera, conseguir lo que me propusiera, y lo único que tenía que hacer era esforzarme. Más o menos cuando cumplí dieciséis años, decidí que mi sueño era llegar a ser jugador de fútbol americano profesional (pretencioso y tópico, ya lo sé). Empecé a entrenar con mi padre en el jardín para mejorar mis habilidades y, no lo digo por presumir, pero tenía un don natural. Pasé de ser el mejor jugador de la liga de fútbol americano con banderines, que es la versión para niños, a formar parte del primer equipo cuando entré en el instituto.

En aquella época, ser receptor era lo que más me importaba del mundo. Era el sentido de mi vida y no conocía una sensación mejor que despistar a un defensa y atrapar un balón alto para conseguir un touchdown. En cuanto a la presión que sentía cuando llegaba la última jugada del partido y sabía que tenía que hacer algo para que ganáramos..., eso era pura felicidad. Puede que tengas razón cuando dices que soy un masoquista, porque no me importaba recibir algún que otro trompazo. Notar que el aire

abandonaba de golpe mis pulmones me servía para acordarme de que estaba vivo.

Pero mi madre se equivocaba. Los límites son reales y no todos los sueños se hacen realidad.

Cuando me obligaron a dejar el fútbol por culpa de la lesión, fue como si me hubieran arrancado una parte de mi identidad. Sin el fútbol me sentía hundido y vacío. Iba por la vida como si fuera un autómata y lo único que me rescataba de la monotonía era trabajar en el Buick.

Y entonces pasó algo que lo cambió todo. Apareciste tú. De repente, esa sensación de vacío que notaba en el pecho empezó a llenarse cada vez que pasábamos un rato juntos. No me preguntes el motivo, yo todavía no entiendo por qué tu presencia me afectó tanto. Puede que fuera porque tú nunca me habías conocido como Cole Walter, el mejor receptor del estado. ¿O quizá porque los iguales se atraen? Estabas destrozada cuando llegaste, no del mismo modo que yo, pero los dos habíamos perdido una parte fundamental de nosotros mismos. Por la razón que sea, pronto comprendí que tú eras el antídoto para todo lo que funcionaba mal en mí.

Creo que eso contribuyó a la sensación de vacío que volvió a apoderarse de mí cuando te marchaste este verano. Todos mis amigos se iban a estudiar a la universidad y yo sabía que no me lo podía permitir. Y aunque hubiera podido, no sabía

qué estudiar. El fútbol americano siempre fue mi plan. ¿Qué opciones tenía? Sin beca, sin unos estudios a los que aspirar y sin la menor idea de qué hacer con mi vida. He quedé aquí dejándome la piel en múltiples trabajos sin futuro. Por eso me parecías lo único bueno que tenía en la vida.

Antes de que te enfades, no digo todo esto para culpabilizarte ni para arrancarte una disculpa. En realidad soy yo el que debería disculparse. Lo siento mucho, Jackie. Tenías razón (normalmente la tienes). En lugar de resolver mis problemas, recurrí a ti para que fueras mi manantial de felicidad. Estaba tan pendiente de mí mismo y de nosotros que no te escuché cuando me dijiste lo que necesitabas. Fue egoísta por mi parte, sobre todo porque te estabas esforzando mucho para recuperarte.

Si te digo la verdad, creo que eso me asustaba un poco. Porque si tú te ponías bien ¿me quedaría yo a solas con mi alma rota? No digo que no quiera que encuentres la manera de sobrellevar tu pena, porque sí que quiero. Te deseo toda la felicidad del mundo. La mereces más que nadie que conozca. Lo que pasa es que (como ya he comentado antes) soy egoísta.

Pero no puedo seguir siendo egoísta contigo. No es justo y si tú puedes superar la peor tragedia que puede sufrir una persona, yo puedo dejar atrás algo tan trivial como el fútbol.

Ahora bien, para hacerlo tengo que salir de esta casa. Si no lo hago, me da miedo recaer en esta dependencia que tengo de ti. Will y Haley me han ofrecido el apartamento que hay encima de su garaje y he decidido aceptar. Es pequeño y está lleno de corrientes de aire, pero al menos será para mí solo. Aun después de que te pasaras al dormitorio de Parker, siempre tuve la sensación de que el estudio de pintura era tuyo, así que devolverte el espacio será lo más justo.

Por favor, no te preocupes por mí. Me voy a concentrar en recuperarme y en averiguar qué quiero hacer con mi vida. Puede que cuando lo consiga por fin sea el momento perfecto.

Con todo mi amor,

COLE



—Hoy toca decidir la campaña de recaudación de fondos para la fiesta de invierno de este año —dijo Erin después de pasar lista. Rebuscó por sus notas hasta que encontró lo que estaba buscando —. En la lluvia de ideas de la semana pasada salieron algunas propuestas interesantes: podríamos hacer una recolecta de juguetes, montar un puesto de sidra caliente, vender bastones de caramelo u organizar una feria de invierno. Yo voto por los bastones de caramelo. Son baratos, dan poco trabajo y se venden bien.

Dejé de escucharla mientras continuaba la reunión del consejo escolar.

Habían transcurrido tres días desde que Cole se fue a vivir con Will y Haley y yo había pasado cada momento del día dándole vueltas a la mejor manera de disculparme. Sabía que estaría agobiada hasta que supiera cómo resolver la situación, aunque al final no acabáramos juntos. Leer su carta me ayudó a entender que los dos teníamos parte de culpa. Los dos habíamos tomado decisiones tontas y egoístas por culpa del miedo, y yo me sentía fatal por haberle echado en cara sus inseguridades. Sobre todo porque yo era tan responsable como él, si no más. ¿Lo hice adrede? No, pero eso no le restaba crueldad a mi comentario de que no estaba haciendo nada con su vida.

No era así como yo le veía, para nada.

Cole proyectaba seguridad en sí mismo para dar y tomar, así que nunca me pasó por la cabeza que pudiera sentirse perdido. Lo que tenía que hacer era demostrarle que él era mucho más que un deporte al que jugaba cuando estaba en el instituto, y pensaba que una conversación no sería suficiente. No después de que él me hubiera abierto su corazón en el papel.

El día anterior, durante el almuerzo, por fin se me había ocurrido una idea. Chase había venido a nuestra mesa para comer con Skylar y le había recordado que, si quería que la última publicación de su blog («Cómo crear un fondo de armario cápsula: guía para principiantes») saliera en el periódico escolar de esta semana, el artículo tenía que estar en la bandeja de entrada de Chase ese mismo día. En ese momento recordé una cosa que Skylar me había comentado la primera semana de clase: «A veces, cuando hay

escasez de noticias, utiliza algún artículo de mi blog para rellenar el espacio».

Si Chase necesitaba contenidos, yo estaría encantada de proporcionárselos. Para el final de la última hora de clase tenía una versión preliminar. Con eso, el borrador del artículo se escribió prácticamente solo. Ahora lo único que tenía que hacer era convencer a Chase de que lo publicara.

—Que levante la mano quien esté a favor de los bastones de caramelo —pidió Erin en un tono que daba a entender que esperaba que la gente acatara su sugerencia.

Levanté la mano, porque me daba igual una campaña que otra. Solo quería que fuera cerrando los temas para poder hablar con Chase, pero cada vez que miraba el reloj el tiempo parecía correr hacia atrás. Ni siquiera me di cuenta de que me estaba revolviendo en el sitio hasta que Skylar me miró frunciendo el ceño y me arrancó el boli de la mano, porque estaba apretando el botón sin parar.

—Chase, ¿podemos hablar un momento? —le pregunté tan pronto como Erin nos dejó marchar—. Quería comentarte una cosa.

—Oooh. —Skylar movió las cejas arriba y abajo unas cuantas veces mientras los tres nos levantábamos y recogíamos las mochilas —. Parece ser que alguien tiene un problema.

—Claro —me dijo Chase prestando cero atención a la bromita de Skylar—. ¿Qué pasa?

—Quería hacerte una propuesta. —Mientras hablaba, nos desplazábamos por la fila del fondo del auditorio. Se había convertido en mi sitio y el de Skylar después de que nos sentáramos allí en la primera reunión del semestre—. Para el periódico.

Chase se volvió a mirarme por encima del hombro con una ceja enarcada.

—¿Estás pensando en desbancarme para poder dirigirlo igual que la campaña de Erin? —preguntó—. La gente ya está comentando que seguramente saldrás elegida presidenta el año que viene.

¿Sería verdad? Mentiría si dijera que no había considerado la idea de presentarme.

—No —respondí notando un calorcillo en las mejillas, aunque no sería mala idea convertirme en su aprendiz. Chase se graduaba en primavera, y si él me enseñaba los pormenores, tal vez podría ocupar el puesto de editora durante el último curso. No me vendría mal añadir otra actividad extracurricular a la solicitud universitaria—. Skylar me comentó que a veces necesitas material extra.

Cuando llegamos al pasillo principal, Chase nos dejó adelantarle antes de sentarse en el apoyabrazos del último asiento de la fila y cruzarse de brazos. Yo había visualizado la conversación en algún banco vacío del vestíbulo, pero supuse que íbamos a mantener el resto de la charla allí mismo.

—Es verdad —respondió casi con una sonrisa bailándole en los labios.

«Bueno, de perdidos al río…».

—He tenido una idea —le dije—. He pensado que deberías empezar a publicar una columna mensual sobre exalumnos; estarían dedicadas a antiguos estudiantes que hayan hecho cosas interesantes y nos permitirían echar un vistazo a sus trayectorias una vez terminado el instituto. El artículo podría destacar tanto sus logros de la época del Valley View como los posteriores. No solo sería beneficioso para los estudiantes actuales, sino que…

—Vale, ya lo pillo —dijo Chase, que levantó una mano antes de que pudiera terminar mi venta. Se frotó la barbilla mientras lo pensaba—. ¿Tienes alguna sugerencia sobre quién podría ser el primer exalumno?

Skylar se tapó la boca con el puño para toser, pero el sonido recordó sospechosamente a «Cole».

Le lancé cuchillos con la mirada y luego me volví a mirar a Chase.

—Sí, y te he preparado un borrador.

Le tendí las páginas que había impreso por la mañana.

Mientras leía lo que había escrito, Chase enarcó las cejas.

—Hala, Jackie, esto es muy bueno. Me has dejado impresionado. —Cuando volvió a mirarme a los ojos, noté que estaba a punto de decir que sí—. ¿Tienes alguna imagen que podamos usar?

La pregunta me descolocó un instante, pero entonces recordé la foto que les había sacado a Cole y a Carter en la carrera.

—Tengo una que podría funcionar.

—Muy bien.

—¿Y eso significa que…?

—Publicaré el artículo —dijo asintiendo.

—¡Sí! —chillé a la vez que me ponía de puntillas y unía las palmas de las manos—. Muchas gracias. Te prometo que no te arrepentirás.

Chase levantó un dedo.

—Con una condición —añadió, y yo me quedé muy quieta—. Tienes que unirte al periódico del insti y seguir escribiendo esta columna.

Como si eso fuera un gran inconveniente…

—Me parece muy bien —dije reprimiendo una sonrisa—. Pero te pondré una condición a mi vez.

Dieciséis

Silencio.

Dejé de caminar por encima de la gastada moqueta y me volví a mirar a Nathan.

—Bueno, ¿qué te parece?

Nada bueno, si tenía que guiarme por la expresión de su cara. Estaba sentado en la misma posición en la que le había encontrado cuando había ido a buscarle al altillo con la esperanza de que me asegurara que mañana todo iría bien: sentado con las piernas cruzadas en el único almohadón del sofá que no estaba hundido, con un librito de sudokus en las manos y el walkie-talkie a su lado. La única diferencia era que ahora me miraba con las cejas enarcadas de manera no muy distinta a como me había mirado Parker cuando le dije que no sabía hacer un lanzamiento en espiral ni qué era eso siquiera.

—Está muy bien pensado, desde luego —dijo, aunque su tono sugería algo distinto.

Hundí los hombros al mismo tiempo que soltaba el aire que estaba conteniendo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada —respondió, pero su mirada saltó al rompecabezas que tenía en el regazo para no tener que mirarme a los ojos.

Ya, claro, no me lo tragaba. Nathan nunca había tenido facilidad para mentir.

Rodeé la mesita de café, me dejé caer a su lado y le pegué un codazo suave.

—¿Qué pasa? Te prometo que podré encajar la verdad.

Suspiró, introdujo el lápiz entre las hojas para marcar la página y dejó el librito cerrado a un lado.

—¿No crees que es un poco…, no sé, excesivo?

Mi condición para convertirme en la nueva columnista de Chase fue que tenía que publicar el ejemplar de este mes tres días antes. Eso implicaba un montón de trabajo extra para él, pero, una vez que le expliqué mis motivos, accedió a regañadientes. En lugar de salir el lunes siguiente, el periódico saldría mañana, que casualmente era el día que se celebraría la siguiente carrera en pista de tierra. El cliente actual de Cole competiría con el motor que él le había reconstruido y toda la tribu Walter asistiría para apoyarle. Esperaba que el piloto quedara en una buena posición, porque había planeado buscar a Cole después de la carrera, enseñarle la primera columna de los exalumnos y disculparme por hacerle sentir inferior. Cuando le conté a Nathan mi plan, no esperaba que reaccionara con escepticismo. Que se lo tomara a risa o con indiferencia quizá, pero pensaba que me apoyaría.

—Si te digo la verdad, a mí me preocupa que no sea suficiente.

Intenté hacer caso omiso a esa vocecilla interior que me susurraba todas las cosas que podían salir mal, que mi plan sería un fracaso y que Cole nunca me perdonaría, pero, cuanto más pasaba de ella, más presencia tenía en mi mente.

—La cagué, Nathan. Esto tiene que ser perfecto.

—Ya lo entiendo, pero… ¿por qué necesitas tantas cosas? —Se desplazó a un lado y se giró hacia mí para que pudiéramos mirarnos mientras hablábamos—. El artículo, presentarte allí después de la carrera… es un poco exagerado. ¿No puedes pedirle perdón y ya está? Yo creo que él preferirá que le hables claro en lugar de preparar todo esto a sus espaldas. ¿Y si no quiere que hablen de él en el periódico?

Ay, mierda. A pesar de que había analizado y vuelto a analizar mi plan hasta el último detalle, no me había parado a pensar que a Cole podría no hacerle gracia que su idea de negocio apareciese publicada donde todo el mundo podría verla, porque nunca le había molestado ser el centro de atención. Pero era demasiado tarde para cambiar eso.

—Puede que tengas razón, pero Cole me desnudó su alma en una carta larga como una novela. Una disculpa normal y corriente no me parece suficiente para compensarle por lo mal que le traté. —Me mordí el labio mientras lo meditaba por millonésima vez—. ¿Y si no me cree? Tengo que…

La puerta del granero se abrió de golpe, cortándome a media frase.

—¿Dónde cojones estás, Nueva York? —gritó una voz que conocía muy bien y que en todas las ocasiones me llenaba de mariposas la barriga, tanto de las buenas como de las malas—. Tenemos que hablar.

Agrandé los ojos. ¿Qué hacía Cole aquí? Aún más importante: ¿por qué estaba tan enfadado? La última vez que le vi fue el día después de Halloween, cuando sacó las últimas cosas del estudio. No me dijo una palabra entonces y no había vuelto a verle.

Como yo no contestaba, Nathan se rodeó la boca con las manos.

—¡Estamos aquí arriba!

—Traidor —cuchicheé enfadada. Le fulminé con la mirada mientras me levantaba a toda prisa del sofá. No para esconderme —eso habría sido infantil—, pero, si tenía que enfrentarme a Cole, quería hacerlo de pie. Oí el momento exacto en el que empezó a remontar la escalera de mano y se me aceleró el pulso. Llevándome una mano al corazón me pregunté si sería sano que latiera tan rápido.

Tuve la sensación de que pasaban siglos antes de que llegara arriba, pero una vez que estuvo plantado en el altillo el aire entre los dos vibró con emoción contenida como si fuera un ser con vida propia. Nos miramos un minuto entero sin que ninguno de los dos pronunciara una palabra. Tenía una expresión rara en los ojos, como si quisiera rodearme con los brazos y atizarle un puñetazo a la pared al mismo tiempo. La magia se rompió cuando avanzó un paso y tiró algo a la mesita baja. El objeto cayó plano sobre la madera.

—¿Qué es eso? —me preguntó, y no tuve que mirarle para saber lo que era.

Tal como me esperaba, cuando bajé la vista, un ejemplar del periódico escolar del día siguiente me devolvió la mirada.

LA ESTRATEGIA GANADORA DE COLE WALTER

Era rápido en el campo. Ahora está especializado en construir los motores de carreras más veloces de la pista.

Dos años después de que sus sueños de ser futbolista terminaran en tragedia, Cole Walter, un día considerado el mejor receptor del estado, ha encontrado una nueva profesión ideal. Perder su beca para la Universidad de Colorado Boulder le exigió replantearse el futuro antes incluso de llegar a la universidad…

—¿De dónde has sacado eso? —le pregunté con voz temblorosa. Necesitaba tiempo para pensar, porque no era así como yo tenía previsto que fueran las cosas. En teoría iba a tener toda la noche para preparar una disculpa bien articulada que planeaba ensayar una y otra vez después de la cena. Debería haber sido más lista, las cosas nunca me salían como las había planeado cuando había un Walter involucrado, especialmente si ese Walter era Cole.

—Chase me lo envió —respondió a la vez que se hundía una mano en el pelo. Lo llevaba más enredado que de costumbre y tenía los mechones rubios de punta en sitios inesperados y ondulados detrás de las orejas como si se hubiera hundido las manos en el pelo una y otra vez—. Pensó que debía adelantarme un ejemplar, teniendo en cuenta que soy el protagonista de uno de los artículos.

—Estás enfadado —adiviné.

—¡Sí! —exclamó—. No. O sea, no lo sé.

Levantó una mano y se desplomó en el asiento del sofá que Nathan había ocupado hasta hacía un momento. El muy chivato debía de haberse marchado a la chita callando mientras Cole y yo nos mirábamos.

—Lo que dices… es genial, Jackie. Seguramente has escrito las cosas más bonitas que nadie ha dicho nunca de mí, pero no entiendo por qué lo escribiste.

—Porque quería…, bueno, quiero decir que…

Me había quedado en blanco y era incapaz de articular dos palabras juntas. Quería decirle lo que sentía, que tenía razón al decir que yo estaba asustada y que lamentaba infinitamente cómo habían ido las cosas cuando rompimos. Que me dolía como un cuchillo en el corazón que pensase que yo le consideraba un fracasado cuando en realidad era la persona más importante de mi vida.

Nathan tenía razón. El artículo no era una buena idea. Cuando Cole quería comunicarme algo, me lo mostraba. Quizá, en lugar de decirle lo que sentía con palabras, debía demostrárselo con un acto.

Decidí cambiar de táctica. Miré a mi alrededor hasta que mis ojos se posaron en la cuerda que colgaba del techo; no había vuelto a tocarla desde que Cole me obligó a probarla tantos meses atrás.

—¿Podrías llevarme al pueblo? —le pregunté a la vez que me quitaba el coletero de la muñeca y me recogía el pelo en una coleta —. Tengo que enseñarte una cosa.

Se cruzó de brazos.

—No te ofendas, pero no estoy de humor para excursiones.

—Lo entiendo —le dije mientras me desplazaba hacia el borde del altillo—, pero te prometo explicártelo todo cuando lleguemos.

—O me lo podrías explicar ahora.

—¿Te acuerdas del día que me trajiste aquí por primera vez, cuando llegué en primavera?

Al alcanzar el borde, me apoyé en la barandilla y alargué el brazo hasta que mis dedos rozaron la cuerda. Una vez que la tuve en la

mano, apoyé el pie en la parte inferior de la barandilla y subí.

—Tenía un día horrible y por alguna razón absurda pensaste que me animaría saltar al heno, pero no me lo creía.

Cole agrandó los ojos cuando pasé la pierna por encima del borde y salté al otro lado.

—Jackie, ¿qué estás haciendo?

—Me prometiste que era seguro y que lo hacías constantemente cuando eras niño —dije pegando un tirón a la cuerda para asegurarme de que estaba fija. Oía el rugido de la sangre en mis oídos, así que inspiré despacio para tranquilizarme—. Querías que confiara en ti, aunque me diera miedo hacerme daño. Sé que ahora mismo no lo merezco, pero te lo ruego. Necesito que confíes en mí como hice yo.

Le dediqué una sombra de sonrisa y salté.



—¿Es aquí adonde me traes? —preguntó Cole echando un vistazo al Caffeinated Pursuit mientras aparcaba el Buick en la única plaza libre de la calle—. ¿Una cafetería? Y me parece que está cerrada.

—No es solo una cafetería —dije, pero él tenía razón en una cosa: aunque era jueves por la tarde, el cartel de la puerta mostraba en ese momento el mensaje de DISCULPEN, EL LOCAL ESTÁ CERRADO. Pero las luces estaban encendidas, así que me desabroché el cinturón de seguridad y cogí el bolso—. Vamos, conozco al dueño.

Si esa información sorprendió a Cole, la verdad es que no lo demostró.

Bajé del coche y eché a andar por la acera sin darle ocasión de responder, con la esperanza de que me siguiera. La portezuela del

lado del conductor se cerró a mi espalda y yo me atreví a esbozar una pequeña sonrisa mientras me encaminaba a la entrada. Por suerte, cuando miré a través del escaparate, vi que Garrett acababa de salir de la cocina cargado con una gran caja. Reparó en mi presencia al instante, dejó la caja en el suelo y se acercó a abrir la puerta.

—¡Jackie, me alegro mucho de verte! —dijo a la vez que nos indicaba por gestos que entrásemos. Habíamos generado una buena sintonía en el último mes y medio, no tanta como yo tenía con su prima, pero Garrett salía a charlar conmigo cada vez que yo entraba.

Cole enarcó las cejas al mismo tiempo que le echaba un buen vistazo a Garrett, pero no dijo nada.

—A ver si adivinas con quién hablé la semana pasada —continuó Garrett, que estaba demasiado emocionado como para esperar mi respuesta—. ¡Con Jenny! Le hizo mucha ilusión saber que habías encontrado mi local y dijo que era cosa del destino, aunque también insistió en que te dijera que ella tiene mejor mano para preparar el Caramel Kerplunk.

Me reí.

—La próxima vez que hables con ella, dile que sigue siendo mi barista favorita y que iré a visitarla la próxima vez que vaya a Nueva York.

Debería haber pasado a verla cuando fui a casa durante el verano, pero vivir en el apartamento de mi familia ya fue bastante complicado. No fui tan valiente como para visitar otro lugar plagado de recuerdos. Sin embargo, después de descubrir este café y experimentar tanta nostalgia, supe que había sido un error.

—Se lo diré de tu parte —respondió Garrett con una sonrisa. Echó un vistazo al reloj y luego a mí—. ¿Queríais pedir algo? Tenía que cerrar temprano, pero si eso significa destronar a Jenny como tu barista favorito, estoy dispuesto a prepararte tu batido de siempre.

—¡No, no! No hace falta. Solo iba a enseñarle a mi… O sea, este es Cole —dije señalándole con un gesto apurado—. Quería que viera tu local, pero veo que estás ocupado. Ya volveremos otro día.

Garrett parecía estar preparando una especie de evento. Había un bufet dispuesto enfrente del mostrador de café con los calentadores de comida de acero inoxidable ya esperando a que los llenaran de comida y había quitado dos de las mesas más grandes. En su lugar había varias mesitas altas. Una de las que teníamos más cerca contenía un surtido de velitas, portavelas de vidrio y un encendedor de cocina.

—Han alquilado el local para una fiesta de compromiso, pero no empieza hasta dentro de una hora —explicó Garrett—. No me importa que os quedéis un rato. De hecho, ¿por qué no os sentáis a una mesa del fondo? Me han sobrado algunos aperitivos. Podéis probarlos para que esté seguro de que vale la pena servirlos.

Cole le vio desaparecer en la cocina y se volvió a mirarme con los labios apretados en un gesto contrariado.

—Os lleváis muy bien, ¿no?

—¿En serio, Cole? —Le sonreí—. Reconozco que es un hombre guapo, pero es mayor que tu padre. ¿Qué insinúas?

—¡Nada! Yo no… no quería decir eso —balbuceó—. Es solo que me parece raro. ¿De qué os conocéis?

—Es pariente de una amiga mía, pero solo hace un mes que le conozco. Entré porque el local se llama igual que una cafetería de

Nueva York que Lucy y yo frecuentábamos cuando éramos niñas —dije mientras Cole giraba sobre sí mismo para echar un vistazo al sitio—. Resulta que está inspirada en la que había cerca de mi casa. Ven, te la enseñaré.

Me acerqué a la caja registradora para señalarle la foto del Caffeinated Pursuit original, que decoraba la pared del fondo.

—¿Qué hace ahí una foto de Stuart Calhoun Junior? —preguntó.

Yo no tenía la menor idea de quién era ese, pero Cole estaba observando la imagen de un tipo vestido con un mono de carreras que sostenía la clásica bandera de cuadros blancos y negros, y supuse que se trataba de un piloto famoso.

—Garrett fue el ingeniero jefe de un equipo de NASCAR —le expliqué, y el ceño de Cole desapareció—. Algún día deberías preguntarle por eso. Creo que tenéis algunas cosas en común.

La puerta de la cocina se abrió y Garrett reapareció cargado con una bandeja rebosante de aperitivos. Los dejó en una mesa encajada en un rincón del fondo del salón y se limpió las manos en el delantal que llevaba atado a la cintura.

—A ver qué os parecen —nos dijo antes de seguir con sus preparativos.

Los últimos reparos de Cole se esfumaron en cuanto vio las albóndigas de macarrones con queso, los champiñones rellenos y las *gyozas*.

—Vaya pintaza —susurró mientras nos sentábamos—, pero ¿quién celebra una fiesta de compromiso en una cafetería de juegos de mesa?

Una sonrisa bailó en mis labios mientras me volvía a mirar la pared de los juegos multicolores.

—Seguramente gente como tu hermano y Kim.

Cole soltó una risita.

—Ya le gustaría a Alex tener tanta clase.

—Ni falta que le hace —repliqué. Con la excusa de arrimarme a la mesa, arrastré la silla hacia Cole. Me había sorprendido que escogiera la silla de mi izquierda en lugar de sentarse enfrente, pero así los dos teníamos vistas del local—. Kim tiene sofisticación de sobra para los dos.

—No sé si será verdad, teniendo en cuenta que sale con él —murmuró Cole a la vez que partía una *gyoza* por la mitad. El vapor brotó del interior.

Enarcando una sola ceja, estuve a punto de señalar que yo también había salido con Alex, pero me mordí la lengua en el último segundo. Recordarle mi relación con su hermano nunca era buena idea, y menos en un día como hoy.

Cuando me ofreció la mitad de la empanadilla, negué con la cabeza. Estaba demasiado nerviosa como para comer. Cole debió de llegar a una conclusión parecida, porque se quedó mirando la comida un momento antes de dejar el tenedor en la mesa.

—Muy bien —dijo empujando el plato—. ¿Por qué me has traído a este sitio, Jackie?

Noté un revoloteo nervioso en la barriga, pero me obligué a respirar profundamente y me lancé.

—Cuando me vine a vivir aquí y me llevaste de visita turística por el rancho, me enseñaste tus sitios favoritos: el altillo, los establos, la cascada. La idea de montar a caballo no me emocionaba, que digamos, pero vimos el ocaso juntos y fue alucinante —dije—. Siempre haces cosas así por mí y yo quería ofrecerte algo a cambio.

Cole guardó silencio un instante. Por fin dijo:

—¿Qué cosas?

—Llevarme a vivir aventuras y sacarme de mi zona de confort.

—¿Como por ejemplo?

—Bueno, el último semestre del curso pasado me convenciste de que hiciera pellas —le recordé—. Me llevaste a aquel almacén que era medio guay, pero también siniestro, donde estaban tus amigos, para que me olvidara de aquel comentario tan horrible que me hizo Mary, ¿te acuerdas? Fue la primera vez que me saltaba las clases, me emborrachaba o jugaba a la botella.

Frunció el ceño.

—¿Y eso es bueno?

—Vale —dije haciendo una mueca—, puede que no sea el mejor ejemplo del mundo, pero si descubrí este café fue porque salí de las instalaciones del insti durante la hora de comer. Antes de conocerte, nunca me habría atrevido a saltarme una norma como esa.

Me miraba de reojo con unos ojos perspicaces y serios, y yo no era capaz de adivinar si había metido la pata otra vez o si no me creía.

Después de un ratito que se me hizo eterno, resopló:

—Entonces ¿me estás diciendo que soy una mala influencia?

—No. Lo que quiero decir es que tú has estado compartiendo conmigo facetas de tu vida desde el primer día. En estos dos últimos meses me has enseñado tus atracciones favoritas de la fiesta popular, me has llevado a la azotea del instituto y hemos ido a ver las estrellas. —Dudé un momento y le apoyé la mano en la suya—. Estamos aquí porque quería enseñarte una mínima parte de mi mundo. Ya sé que no es lo mismo que estar en Nueva York y que el

rollo de los juegos de mesa es un poco excesivo, pero es el único sitio de Colorado en el que me siento cerca de mi familia.

Sin embargo, al estar allí sentada con Cole me di cuenta de una cosa. Desde el instante que había cruzado la puerta, había notado una sensación de pertenencia. Este local era un hogar que me hacía mucha falta lejos de casa, un sitio de Colorado que poseía mucha más relevancia para mí que para los Walter. Pero no era perfecto. Le faltaba algo que me costaba definir; quizá la banda sonora de la ciudad, las sirenas que aullaban, el claxon de los coches, los autobuses al pasar. El estrépito de la ciudad de Nueva York siempre atravesaba las paredes, estuvieras donde estuvieses, y en comparación Colorado parecía una biblioteca. Además, Lucy nunca había pisado este sitio. Era un detalle menor al que no debería dar importancia, pero la ausencia de mi hermana era como una constelación a la que le faltase la estrella más brillante, antinatural e incompleta.

Mientras miraba a Cole, sentí que ahora faltaba algo más: faltaba él.

—Yo… te lo agradezco, Jackie, pero esto y el artículo… —Apartó la mano—. No sé. Me parece…, bueno, fuiste tú la que me dejaste, ¿no te acuerdas?

—Fue un error del que me arrepiento con todo mi corazón. —Me interrumpí un momento para aclararme las ideas, porque no quería hacerme un lío con las palabras—. Lo siento mucho, Cole. Tú tenías razón desde el principio. Cuando tu madre amenazó con echarte, entré en pánico porque caí en la cuenta de que nuestra relación no existía en el vacío. Que saliéramos afectaba al resto de tu familia y…

—Para el carro —dijo. El desconcierto se apoderó de sus facciones —. ¿Qué tiene que ver nuestra relación con mi familia?

—¿En aquel momento? —respondí mientras una sensación ardiente me ascendía por el cuello—. Todo. Te rechacé porque no quería perderlos.

Aun después de asimilar que tenía un sitio permanente en el hogar de los Walter, solo de plantearme la vida sin ellos me ahogaba de pena.

—¿Perderlos? —repitió Cole. Ahora fruncía el ceño y veía los engranajes de su cerebro en funcionamiento mientras procesaba mi confesión—. ¿Cómo ibas a perderlos? Ya te lo dije, siempre estaremos contigo.

—Sí, gracias. Ya lo he entendido —resoplé agotada. En el borde de mi campo de visión, Garrett había empezado a encender las velas, pero yo no desvié la atención de Cole—. Daba igual lo que me prometieras, porque ellos eran ante todo tu familia y me daba miedo lo que pudiera pasar si lo nuestro no funcionaba. Ya sé que parece absurdo, Isaac me lo dijo, pero es que sois lo único que me queda, además de mi tío Richard.

Cole guardó silencio mientras me observaba. El silencio que llenaba el espacio entre los dos era tan tenso que se me antojó casi palpable, como si pudiera hacerlo añicos solo alargando la mano. Su expresión hierática era indescifrable y debería haberme preocupado, pero en ese momento mi nerviosismo desapareció. Aunque decidiera que ya no quería ser mi chico, yo podría capear el temporal. Lo que me dijo era verdad: los Walter nunca me abandonarían.

Cole habló por fin.

—Vale, solo por tenerlo claro: ¿me estás diciendo que cortaste conmigo porque mi familia te gusta más que yo? —El matiz burlón de su voz me provocó un revuelo de esperanza en el cuerpo—. He pasado por muchas rupturas, pero es la primera vez que alguien me pone esa excusa.

—Lo siento —respondí casi sin voz, medio llorando y medio riendo —, ¿qué le voy a hacer?

—No, si lo entiendo. Benny es todo un machote. —Me dedicó su sonrisilla característica, que desapareció al instante—. Seguro que te pueden dejar por razones peores, creo.

Después de leer su carta, por fin era capaz de reparar en ellos, esos momentos fugaces en que las inseguridades de Cole asomaban la cabeza. Me froté el pecho mientras recordaba cómo, exactamente, había azuzado esa falta de autoestima para alejarle de mí.

—Sabes que eres una persona alucinante, ¿verdad? —le pregunté con suavidad. Mis dedos se movían inquietos en el regazo. Sentía el impulso de retirarle el flequillo de los ojos, pero se había apartado la última vez que le había tocado, así que me pisé las manos con los muslos e intenté recurrir a las palabras—. Me da igual que todavía estés averiguando quién eres tras abandonar el fútbol. Para mí siempre has sido el mismo.

—Continúa, no te cortes —me soltó en un tono vacilón que me habría hecho poner los ojos en blanco en circunstancias normales—. No voy a interrumpirte.

—Bueno, eres un hermano mayor muy atento, una persona supertrabajadora, dulce cuando quieres serlo y, según tu signo del zodiaco, increíblemente misterioso —dije esta última frase en broma y la risa asomó a sus labios—. Pero, en serio, echo muchísimo de

menos estar contigo, Cole. Nunca debería haberte puesto barreras, pero no me di cuenta de lo aterrorizada que estaba hasta que fue demasiado tarde y ya lo había estropeado todo. Necesito que sepas que ya no tengo miedo.

—Jackie —me dijo. Tenía las pupilas tan dilatadas que casi devoraban el precioso azul de sus iris—, olvidas mi mejor cualidad.

—¿Ah, sí? —intenté decirlo en un tono desenfadado, pero era inútil, el corazón me latía con la potencia de un tambor. Seguro que Cole oía los latidos—. ¿Y cuál es?

Cole se inclinó hacia mí, me rodeó la nuca con la mano y reclamó mis labios con un beso ardiente. Yo me fundí con él y cada terminación nerviosa de mi cuerpo se disparó mientras yo entrelazaba los brazos por detrás de su cuello. Noté que se me expandía el corazón; estaba tan rebosante de alegría y afecto que temí que pudiera estallar, y la pena que todavía llevaba dentro retrocedió a un segundo plano. No desapareció, pero se tornó más llevadera. En eso consistía la verdadera recuperación, ¿verdad? En aceptar que el dolor está ahí, pero escoger la felicidad, y yo estaba dispuesta a escoger a Cole una y otra vez.

Cuando nos despegamos y volví a abrir los ojos, noté que el ambiente de la cafetería había cambiado; las luces eran más tenues y las velas parpadeaban por todas partes. Proyectaban un resplandor dorado por el espacio, que se había transformado en algo más romántico de lo que una cafetería inspirada en los juegos de mesa tenía derecho a ser.

—¿No ibas a decirme cuál es tu mejor cualidad? —le pregunté a Cole cuando recuperé la compostura. Yo apostaba por su capacidad para besarme hasta dejarme sin aliento.

—Obviamente, mi destreza para las carreras de piscardos —dijo fingiendo un tono altivo que me hizo reír, pero al cabo de un momento sus ojos se tornaron serios—. Jackie, yo quiero estar contigo, quiero que estemos juntos, pero tienes que saber que no voy a volver al rancho. Si quiero que las cosas cambien, necesito hacer esto por mí mismo. Además, en casa de Will y Haley tengo un cuarto de baño para mí solo y ellos no me ponen reglas. ¿Eso es…? ¿A ti te parece bien?

Su pierna rebotaba rápidamente debajo de la mesa como si le preocupara que las nuevas circunstancias pudieran hacerme cambiar de opinión, así que le empujé el pie con el mío.

—Sin reglas, ¿eh? —le dije moviendo las cejas arriba y abajo en plan provocador—. Me parece que eso podría gustarme.

Sonó la campanilla de la puerta y los dos giramos la cabeza hacia el tintineo. Una mujer enfundada en un vestido de cóctel entró seguida de una pareja mayor que parecían sus padres. Garrett nos miró y yo asentí.

Había llegado el momento de marcharnos. Recogimos nuestras cosas —mi bolso y mi chaqueta, su teléfono y sus llaves— y al encaminarnos a la puerta Cole se volvió a mirarme.

—Gracias por enseñarme este sitio, Jackie. Te agradezco que me hayas dejado atisbar cómo era la vida en tu casa. Me encantaría ir a Nueva York contigo en algún momento. —Me pasó un brazo por los hombros y me estrechó contra su cuerpo—. Si alguna vez te apetece enseñarme aquello, me encantaría ver algo más. Deberíamos visitar a Danny alguna vez.

Algo en su comentario me chirrió, pero no acababa de saber qué era.

—Como tú siempre has sido mi guía turístico, es justo que intercambiemos los papeles —le dije—. Hay muchas cosas en Nueva York además del Caffeinated Pursuit.

Mientras pensaba en todos los sitios divertidos a los que le podía llevar, comprendí por qué las palabras de Cole me habían sonado raras. Nueva York siempre sería mi hogar; era mi lugar de nacimiento, el ambiente en el que me había criado y la ciudad que llevaba en el corazón.

Pero el hogar se encuentra también donde está tu familia, y los Walter estaban aquí.

Por eso, ahora, Colorado también era mi casa.

Agradecimientos

Volver al mundo de los chicos Walter once años después de la publicación del primer libro ha sido la montaña rusa más salvaje que he experimentado como escritora. Siempre quise continuar la historia de Jackie, pero la vida no dejaba de interponerse; recientemente, cuando estuve cuidando de mi madre mientras luchaba contra un cáncer en estadio IV. Nunca olvidaré las emociones en conflicto que sentí cuando vi por primera vez el tráiler de la adaptación de *Mi vida con los chicos Walter,* de Netflix. Estaba sentada en cuidados intensivos con ella, sin saber si estaría con nosotros cuando la serie se estrenase, y llorando con desconsuelo mientras veía cómo la historia que había escrito siendo una niña cobraba vida en la pantalla.

Gracias a Dios, mi madre sigue con nosotros. Una vez que su salud mejoró y después de todas las muestras de apoyo que recibí tras el estreno de la serie, supe que había llegado el momento de continuar la historia de Jackie. Cuando empecé a escribir la secuela, la presión de que estuviera a la altura del primer libro fue muy fuerte. Por suerte, conté con muchas personas increíbles que me ayudaron a lo largo del camino.

En primer lugar, muchas gracias a mi editora, Wendy McClure, por mantenernos a mí y a esta historia en el buen camino. Tu ayuda ha

sido valiosísima en esta novela. Sin tu paciencia y tu cooperación cuando dudaba de mí misma y me enfrentaba al bloqueo del escritor, seguramente seguiría dándoles vueltas a varias escenas. Te agradezco que me arrastraras hasta la línea de meta más de lo que pueden expresar las palabras.

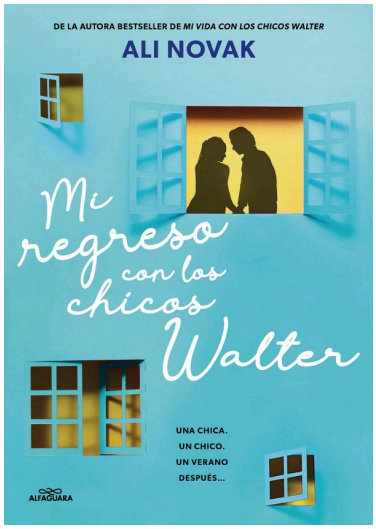
Gracias a mi hermana, Flynn Novak, por ayudarme a terminar las escenas que no funcionaban; a Kelly Anne Blount, por ser mi banco de pruebas mientras discurría el argumento de la novela; y a Cass y a Vicki Kalnins, por la lectura beta de la novela y por sus comentarios críticos. Z. W. Taylor, gracias por ayudarme con el título del libro. Refleja a la perfección no solo el regreso de Jackie al universo Walter, sino también el de los lectores y el mío propio. La próxima vez que nos veamos te traeré una bolsa de queso en grano de Wisconsin.

También me gustaría darle las gracias a mi maravilloso agente, Alex Slater, por todo lo que ha hecho por mí. Gracias a todo el equipo de Sourcebooks por vuestra ayuda con esta historia, especialmente a Jenne Abramowitz, Jenny Lopez, Olivia Haase, Thea Voutiritsas, Sabrina Baskey, Brittany Vibbert, Jessica Thelander, Deve McLemore, Karen Masnica, Lia Ferrone y Delaney Heisterkamp.

A todos los lectores que llevan conmigo desde los tiempos de Wattpad o de la publicación de mi primer libro, gracias por vuestra fidelidad a mí y a este universo. Sé que la espera ha sido muy larga y confío en que disfrutéis de la secuela tanto como del original. Si habéis descubierto mi obra a través de la adaptación de Netflix, os agradezco que hayáis comprado un ejemplar del libro. Todos y cada uno de vosotros sois importantísimos para mí.

Para terminar y por encima de todo, muchas gracias a mi marido, Jared. Si sobreviví al año pasado fue gracias a ti, y este libro no existiría sin tu apoyo. No solo eres mi mejor amigo, sino también mi puntal, mi conductor de carreras semiprofesional favorito y el amor de mi vida.

Llega la secuela de *Mi vida con los chicos Walter*, la novela best seller en la que se basa la nueva serie adolescente de Netflix y que ha cautivado a más de 1 millón de lectores.



Tras pasar el verano en Nueva York, Jackie Howard regresa al rancho de los Walter. Se marchó porque necesitaba espacio, sobre todo después de ese beso de despedida con Cole. Y, aunque ha podido dejar de escribirle durante el verano, no ha conseguido parar de pensar en él.

De vuelta en el pueblo de Colorado, el plan de Jackie consiste en evitarlo, pero su primer encuentro cara a cara le deja claro que la atracción que siente por Cole es irresistible. Todo se complica: él es el chico que no puede sacarse de la cabeza, y los Walter se han convertido en la familia que quiere y necesita. ¿Cómo puede seguir adelante si eso significa elegir entre el amor y la familia?

Ali Novak nació y se graduó en Wisconsin. Con quince años, empezó a escribir su primera novela, *My Life with the Walter Boys*, y desde entonces su obra ha recibido más de 130 millones de visitas online. Perfecto error es su primera novela publicada profesionalmente, y es la primera parte de una trilogía.



Título original: *My Return to the Walter Boys*

Primera edición: julio de 2025

© 2025, Ali Novak
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Victoria Simó Perales, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación a partir del diseño original de Brittany Vibbert para Sourcebooks Fire
Imágenes de portada: © CACTUS Creative Studio / Stocksy

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10489-83-7

Compuesto en punktokomo.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Mi regreso con los chicos Walter
Prólogo
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Ali Novak
Créditos

DE LA AUTORA BESTSELLER DE *MI VIDA CON LOS CHICOS WALTER*

ALI NOVAK



Mi regreso con los chicos Walter

UNA CHICA.
UN CHICO.
UN VERANO
DESPUÉS...

ALFAGUARA